REYES CALDERÓN

LOS CRÍMENES DEL CAVIAR



Planeta

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

PRÓLOGO

Primera parte

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10

Segunda parte. Tres semanas antes

1
2
3

4
5
6
7
8

Tercera parte

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10

Cuarta parte. Tres semanas antes

1
2
3
4
5

Quinta parte

1
2
3
4

Sexta parte. Tres semanas antes

1
2
3
4
5
6

Séptima parte

1
2
3
4
5

Octava parte

1
2
3
4
5

Novena parte

1
2
3
4
5
6

Décima parte

1
2

3
4
5
6

Undécima parte

1
2
3
4
5
6
7

Duodécima parte

1
2
3
4

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora	Descubre	Compa

Sinopsis

Juan Iturri, comandante de la Interpol, sabe que se la han jugado cuando su superior le cita en un lujoso restaurante para presentarle a dos hombres con un encargo que no puede rechazar: investigar la muerte de seis personas muy ricas y poderosas en la elitista urbanización de Sotogrande. Todos el mismo día; todos del mismo modo.

Una casualidad imposible que ha acabado con la vida de un matrimonio dueño de una farmacéutica, de un príncipe árabe, de un cardenal candidato a suceder al papa, de un empresario muy conocido y, lo más sorprendente, de un reputado médico al que Iturri conocía muy bien. Se trata del doctor Jaime Garache, el marido de ella, de Lola MacHor, la juez de la que aún, después de tantos años, sigue enamorado y con la que deberá volver a reunirse para hacer lo que mejor saben, investigar.

LOS CRÍMENES DEL CAVIAR

Reyes Calderón

Planeta

Valencia, lloro contigo.
Espero sonreír pronto, también contigo.

PRÓLOGO

Marrón.

Se mirase por donde se mirase, la llamada que recibí aquel cinco de agosto, el día antes de marcharme de vacaciones, sonaba a marrón, sabía a marrón, olía a marrón. *Era* un formidable marrón.

El sofocante calor agostizo soldaba la ropa a la piel. Sin embargo, en cuanto llegó a mis oídos la picuda voz de aquel monseñor, por cuyas venas corría la pura ortodoxia, sentí un intenso escalofrío y supe que tenía que salir corriendo. A veces, simplemente, lo ves venir. No hacen falta indicios ni huellas. Tampoco informes periciales o pruebas documentales. Simplemente, lo sabes. Eso es todo.

La conversación no tardó en confirmar mi intuición. El encargo que querían que asumiera era un marrón, pero no un marrón cualquiera: los crímenes no olían a pobre, olían a cuna dorada, a antepasados ilustres, a vanidad mórbida. Ni polvo blanco, ni chicas de alterne ni pistolas semiautomáticas. Nada inmundo, repugnante o siniestro sobre la mesa. Nada de ratas, basura y ese tipo de detalles que pertenecen a los miserables. El que querían endosarme era un marrón señorial, sofisticado. Caviar de beluga iraní. Ese era el problema, que eran crímenes de ricos. Las muertes espolvoreadas de oro o de incienso me aprietan el culo sin remedio. Y había de todo en abundancia: un antiguo Bentley azul, un club de golf, una mansión con cocinero francés, un yate de gran eslora y baños de oro, una cruz pectoral... Todo ordenado, limpio y magnífico, todo muy *polite*, muy civilizado, muy Sotogrande, salvo por el pequeño detalle de los muertos.

Para salir corriendo.

Primera parte

1

Es doblemente placentero mentir al impostor.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El príncipe*

5 de agosto, Lyon

El sábado cinco de agosto amaneció sin una nube en el horizonte. Las noticias locales, que escuché en la radio mientras me afeitaba, indicaban que, en Lyon capital, el termómetro simplemente se fundiría. No presté demasiada atención. Las temperaturas extremas no son ninguna rareza en esta zona y además, no iba a aguantarlas demasiado tiempo: era mi última mañana de trabajo. Sobre la enorme cama de dos metros de mi pequeño y coqueto apartamento de sesenta descansaban mi maleta y mi mochila dispuestas a venir conmigo de vacaciones. Había alquilado una pequeña cabaña de piedra en A Fonsagrada, una aldea rural en el primitivo Camino de Santiago, en la montaña lucense, donde pensaba dedicarme al *dolce far niente*.

Siendo sábado, y estando en agosto, no podía esperarme más que una mañana de trámite. Dedicaría las horas a archivar papeles, a cerrar y enviar el último informe sobre drogas sintéticas y a ordenar la mesa, aunque esto último, en mi caso, es del todo innecesario: soy muy pero que muy ordenado. Enfermizamente ordenado.

Abrí el balcón para que la estancia se ventilara y, con una taza de café negro en una mano y doce almendras en la otra, mi desayuno habitual, saboreé mis privilegiadas vistas.

Lyon es una ciudad atravesada por dos ríos que forman una península en el

centro, con hermosos puentes y pasarelas que los cruzan. Vivo en la margen izquierda y trabajo en la derecha, por lo que cada día empleo una media hora en alcanzar la sede de la Organización Internacional de Policía Criminal, más conocida como Interpol, que es donde trabajo codirigiendo la unidad para la delincuencia organizada a nivel europeo.

Llevo casi diez años aquí. Con anterioridad, ejercí de policía judicial en España. Mi traslado se entendió como un ascenso y a nivel laboral lo fue, pero en realidad se trató de una huida: hui por ella, por la juez MacHor, la única mujer a la que he querido; a la que sigo queriendo. No soportaba verla en brazos del doctor Garache, su pomposo y encantador marido. Tenerla tan cerca y tan inmensamente lejos me hacía enfermar y opté por poner millas entre nosotros. De poder escoger, viviría en España, preferentemente en mi Pamplona natal, pero, de no residir en mi tierra, la vida en Lyon no está nada mal. Es una localidad histórica bellísima, pero también una ciudad cosmopolita, tanto que, a veces, uno olvida que está en Francia. Es posible que sus tres universidades y la fuerte presencia industrial farmacéutica y biotecnológica, que atraen a muchos expatriados como yo, la hagan especial. Especial y carísima: tras París, es la ciudad francesa con el PIB más alto.

A pesar de que vivo solo y no he permitido jamás que una mujer suba a mi apartamento, no soy un ser solitario. Tengo mi equipo de montañismo, mi grupo de colegas de Interpol y mis aventurillas. No soy famoso, ni rico ni joven (paso de los cincuenta), pero cosecho un cierto éxito con las mujeres: supongo que la placa y ser español afectan, aunque, de hacer caso a sus comentarios, ellas mencionan mis ojos verdes y mi contundente físico, que, dicho sea de paso, cuido con esmero.

Terminé la última almendra, cerré el balcón, me lavé los dientes y, con la mochila al hombro, bajé silbando las escaleras.

Nada más verme entrar en el ala de Interpol donde se ubica mi unidad, mi secretaria se levantó de su puesto y me persiguió por el pasillo hasta mi despacho. Louise es una mujer de mediana edad, soltera, eficiente, con bastantes

años de experiencia en la Casa y muy discreta; sin embargo, no esperó a que abriera la puerta para abordarme.

—Comandante Iturri, los sábados de agosto solo estamos dos administrativos de retén en la Unidad —comentó con su cantarín acento parisino, que siempre me provoca una sonrisa. La información salió de su boca mezclada con una colección de gestos extemporáneos, extraños en una mujer tan pausada y comedida como ella. Luego, añadió—: Y recordará, porque llevo meses comentándolo, que esta tarde salgo de viaje al extranjero.

Louise tenía razón. La tregua de agosto es una norma no escrita que polis y cacos respetamos por igual. Once meses al año, nuestros parroquianos (terroristas, traficantes y capos de la droga) se afanan en joder al mundo, pero el mes de agosto es inhábil: debe pasarse en Marbella o en Ibiza pillando nuevos psicótropos y derramándose ante familia, colegas y amantes. Estando los malos en hibernación criminal, los mandos policiales nacionales pueden relajarse al sol de cualquier playa. Y los miembros de Interpol, que trabajamos para estos últimos, pasamos *a mejor vida*. Esa es la ley.

Dejé la mochila sobre la mesa y me di la vuelta para responderle con una amplia sonrisa:

—Louise, ambos sabemos que el retén no nos afecta: mañana tú te irás a tu gran viaje y yo volaré a España. Está claro que estás intentando decirme algo, pero no te sigo. ¿Me explicas qué me he perdido, por favor?

—Verá, comandante, esta mañana, a eso de las nueve, he bajado a tomar un café de despedida con mi amiga Sophie, de la oficina del secretario general, y ha comentado... No ha sido nada concreto, ya sabe cómo son estas cosas, pero ha insinuado que...

—¡Adelante, Louise! —bromeé—. Me encanta la información reservada. No me ahorres detalles.

—No, comandante, nada de eso, pero me ha dicho... En fin, Sophie me ha dicho que ha escuchado a otra compañera que le van a llamar... ¡Vale, ya lo he dicho! —concluyó soltando de una vez todo el aire que le quedaba en los pulmones.

Extendí las manos con las palmas hacia arriba, expresando confusión.

—Que me van a llamar... Dime, Louise: ¿quién va a llamarme y para qué?

—De los paraqués y los porqués mi amiga no sabe nada, pero sí que le va a llamar alguien del cielo —dijo, levantando el dedo índice—. En la Secretaría General se ha mencionado su nombre...

Tras escuchar el impreciso mensaje, y ya completamente tranquilo, respondí:

—No parece preocupante, Sophie. Será por el informe definitivo sobre Sinaloa...

Se cuadró y me clavó en el rostro sus ojos grises, gatunos. Louise no es muy grande, pero sí tiene el carácter que se espera en alguien que debe meter en vereda a avezados policías procedentes de distintas partes del mundo.

—Debería tomárselo en serio, comandante Iturri. Mi amiga Sophie es más fiable que un oráculo: lo que dice siempre se verifica. Yo que usted —me dijo pasando sin disimulo revista a mi vestimenta casual— iría a buscar el uniforme. O un traje como Dios manda.

Divertido por aquel despliegue de imaginación, agradecí la advertencia, que olvidé de inmediato, me acomodé en el despacho y me metí en mis informes.

A las doce y veinticinco sonó el teléfono: una extensión interior. Estaba cerrando el informe sobre las relaciones entre proveedores chinos de químicos para fabricar fentanilo y el cártel de Sinaloa, siempre un ave fénix. El teléfono insistía y yo recordé la conversación, me asomé a la zona de Secretaría y busqué a Louise con la mirada. Ella sacó la cabeza por encima del panel que la separaba de su compañera, enarcó exageradamente las cejas y movió los labios diciéndome: «¡Se lo avisé!».

Una voz de mujer con un fuerte acento alsaciano, más próximo al alemán que al francés, me comunicó que el jefe del gabinete del secretario general necesitaba verme a la una, sin excusas. Se aseguró de que lo había entendido, repitió dos veces a cámara lenta el lugar del encuentro y la hora, y colgó. Lo primero que hice fue bajar la vista y toparme con mis chinos beis y mis queridas pero viejas zapatillas Nike. Debería haber hecho caso a Louise. Pero ya no tenía arreglo.

2

5 de agosto, Lyon

No lo supe hasta mucho más tarde, pero mientras yo estaba saboreando mi docena de almendras en el balcón, los testículos del secretario general de Interpol, que estaba avistando ballenas en la isla de Andøya, a trescientos kilómetros al norte del círculo polar ártico, se encogieron hasta casi desaparecer. No fue por el frío, aunque en esa zona noruega había amanecido un día gris y lluvioso, cuanto por el sonido de su teléfono privado, que, en agosto, solo una catástrofe cósmica puede activar. Esa llamada generó otra llamada. Y esa otra, otra. Y, finalmente mi teléfono sonó y con él estalló el marrón. Y digo «estalló» porque los marrones son como los infartos fulminantes: no avisan.

A pesar de la revelación matutina de Louise, la llamada me sorprendió; en la sede central de Interpol trabajamos más de mil personas y, si bien es cierto que ocupo una posición estratégica, estoy lejos, lejísimos, de mantener relaciones estrechas con las máximas autoridades operativas de la Organización. Pero lo que me dejó estupefacto no fueron las prisas, normales cuando estamos con un pie en las vacaciones, cuanto lo inopinado del lugar. ¿Por qué el cachorro del secretario general me citaba en un restaurante y no en su despacho?, ¿por qué en Mère Brazier, la leyenda de la cocina gastronómica de Lyon? Era obvio que aquella minuta no iba a ser sufragada por Interpol: se me requería para una reunión privada, confidencial y de la que con toda probabilidad no quedaría huella.

«Merde!», me dije, ya sentado en el taxi, al observar mis zapatillas deportivas. «Merde, merde, merde!», repetí. ¿Por qué no habría escuchado a

Louise? Sé de la importancia de la intuición y de la maestría de las mujeres en ese campo. No sé explicarlo, pero es tan cierto como que la noche sigue al día. Aun así, yo, macho ibérico, lo dejé correr.

—¡Ah, *monsieur* Iturri, bienvenido! Sus anfitriones aguardan en uno de los salones privados de la planta superior. Acompáñeme, por favor.

La seguí por un pasillo, más bien angosto, hasta la escalera que conducía al piso superior. Me encanta la decoración. Por eso, mientras tanto disfruté del ambiente *art déco*, de los suelos de parqué, las enormes vidrieras emplomadas, las cortinas de terciopelo y las molduras de principios del siglo XX. Todo en el edificio tenía ese característico encanto francés, mezcla de república y monarquía absoluta; de Luis XVI y Robespierre; de Napoleón coronándose a sí mismo, pero con un toque de modernidad en las sillas y lámparas de diseño contemporáneo.

Sin embargo, la belleza del entorno no impidió que me flaquearan las piernas y que un escalofrío persistente recorriera mi espalda, desde la nuca hasta la rabadilla. Había dedicado los pocos minutos que mediaron entre recibir la llamada y salir hacia el restaurante a repasar los acontecimientos de la última semana, a la caza de alguna brizna de información. Como no lograba nada y no quería acudir a ciegas, llamé a uno de mis contactos (algo más que un contacto) de altos vuelos. No suelo molestarla para tonterías, es una fuente demasiado valiosa, pero la ocasión lo merecía.

—Hélène, soy Iturri. Quiero hacer un regalo a mi madre por su cumpleaños y me dicen que tienes un buen amigo pintor...

—¡Te han informado bien! Pero no es nacional. De hecho, vive en España, en una urbanización gaditana que se llama Sotogrande... Los cuadros hay que recogerlos allí.

—¿Y qué tipo de pintura hace?

—Hiperrealista, pero muy en la gama de los rojos. Ha hecho varias exposiciones.

—¡Rojo, eh! ¿Cuántas exposiciones dices que ha hecho? —pregunté preocupado.

—Lo tendría que comprobar. Calculo que media docena. No lo recuerdo...

Había mantenido la conversación de pie, paseando por mi cubículo, pero, tras colgar, tuve que sentarme. ¡No podía creérmelo!

En nuestro lenguaje, el color rojo siempre indica sangre, muertos; el número de exposiciones, la cantidad de fallecidos. Estoy familiarizado con la condición humana, pero un asunto con media docena de muertos era una cuestión muy seria. Además, para más complicación, mi colega confirmaba que ocurría en Sotogrande: el lugar con más gente importante por centímetro cuadrado de España, por no decir de Europa.

descargaepub.com

3

5 de agosto, Lyon

La amable empleada de Mère Brazier me acompañó hasta un reservado del primer piso, de cuya gruesa puerta lacada en negro brotaban voces amortiguadas. Era una sala espaciosa, con varias mesas redondas vestidas con impolutos manteles blancos, aunque solo una de ellas, arreglada con un exquisito centro de flores, estaba ocupada.

Había tres personas sentadas alrededor de ella, todos varones, todos trajeados, para mi desgracia, que departían con una mujer de cierta edad que se mantenía de pie. Carraspeé y levantaron la cabeza. Dos de ellos se incorporaron; el tercero permaneció sentado.

Estreché primero la mano de mi anfitrión, Henry Weber, jefe del gabinete del secretario general de Interpol. Su piel, naturalmente blanquísima, casi lechosa, aparecía teñida de color cangrejo recién cocido, poniendo en evidencia la enorme probabilidad de que aquella misma mañana lo hubieran arrancado de la playa de arenas doradas donde estuviera tumbado. Pensé que su carácter armonizaba bien con la Costa Azul: Saint-Tropez o quizá la Promenade des Anglais.

Weber me presentó al caballero que se había puesto en pie como Al Waleed bin Aziz al Saud. Era un hombre alto y extraordinariamente delgado, de piel olivácea, con cabello oscuro entrecano y un fino y trasnochado bigote negro. Le calculé unos sesenta y tantos. Pese a estar en el interior, llevaba gafas de sol de montura dorada. Estaba seguro de no haber coincidido con él antes. En todo

caso, su traje gris claro de dos mil dólares, su reloj de oro de cien mil y la manicura de sus manos casaban bien con su apellido saudí. Mientras su sonrisa mostraba unos dientes blanquísimos, me estrechó la mano con tanta fuerza que me clavó el sello de oro que adornaba su dedo meñique. Me fijé en él. Llevaba grabadas unas letras árabes, una palmera y, bajo ella, dos sables cruzados: el escudo de la familia real saudí. Si el anillo era suyo, y no tenía por qué dudarlo, compartía mesa y mantel con uno de los príncipes Al Saud. Entonces, ¿por qué no había acudido el secretario general en persona, en vez de un burócrata de tercera?

El segundo hombre, que permaneció sentado, estaba ligeramente inclinado hacia atrás, con la pierna cruzada, dejando ver unos lustrosos zapatos ingleses y unos tobillos finos, cubiertos por calcetines ejecutivos. No estaba impedido de ninguna forma, solo era maleducado, y se limitó a levantar la mano a modo de saludo. Era de estatura media, pelo rubio y liso, y gélidos, casi metálicos, ojos grises. Le calculé unos cuarenta y cinco años. Iba vestido con el típico traje de cura, negro con alzacuellos. Fumaba un cigarrillo, a pesar de que allí, como en todas partes, estaba prohibido. Confieso que, desde el principio, todo lo que vi en él, especialmente su altivez e inmodestia, me pusieron en su contra. La animadversión fue mutua, a tenor de la mirada de desdén, quizá desprecio, que me dirigió al revisar mi vestimenta. Con el mismo descaro, yo me fijé en él: su traje negro no lucía como el del saudí, pero era de similar factura. Tampoco su camisa negra brillaba, pero sí sus contundentes gemelos de oro. Dijo llamarse monseñor Ígor Zánel y ser el director general de la Fundación Lammet de Zúrich, una institución sin ánimo de lucro dedicada a causas sociales de la que no había oído hablar.

La mujer que estaba en pie era la dueña del establecimiento, en cuyas sabias manos habían dejado nuestro almuerzo. La dama optó por *araignée de mer* (centollo) con caviar y sus aliños, pato laqueado y, de postre, su famoso *soufflé de Grand Marnier*, precedido por una variedad de quesos. Todo sonaba a música celestial. De no estar en tensión, podría haberlo disfrutado. Pero lo estaba: en la mesa solo habían dispuesto tres cubiertos; o bien yo no estaba convidado a comer y solo querían hacerme algunas preguntas, cosa tan extraña como

irrespetuosa, o bien el secretario iba a *s'enfuir*, a darse a la fuga, y dejarme a mí con el marrón, que era de lejos lo más probable.

—Agradezco que respondieras a nuestra inesperada llamada, comandante Iturri —comenzó Weber cuando Nicole hubo abandonado la estancia. Distanció tanto las palabras, que por un momento me pareció que tartamudeaba.

—Juan es suficiente. Es un placer acompañaros, a pesar de que la premura me ha impedido venir adecuadamente vestido —me excusé.

Weber movió varias veces la mano quitando importancia al asunto.

—Pues si os parece, olvidamos las formalidades. Incluso las del atuendo. La sociedad está cambiando tan deprisa que ya no sabes qué ponerte para ir correctamente vestido...

La pequeña parrafada me concedió tiempo suficiente para que mi respiración recuperara su ritmo habitual. El estómago, sin embargo, seguía cerrado. Mientras nos ofrecían una degustación de mantequillas y una copa de champán, apareció el sumiller para ayudarnos a elegir el vino. Insistió en un Château Margaux de 2006, que maridaría bien con nuestro menú. Al comprobar de reojo el precio de la botella, mil cien euros, confirmé que no pagaba Interpol.

—Comandante Iturri, Juan, antes de que llegaras, comentaba con nuestros amigos tu larga y exitosa carrera, primero en la policía española y ahora con nosotros, en Interpol. Les estaba contando tu papel en la investigación de la financiación del atentado yihadista de Al Shabab en el hotel de Nairobi en 2019, que mereció el reconocimiento expreso de las autoridades kenianas, y de tu buena fama en tu país de origen, España... —Que te halaguen es siempre pésima noticia y en la mayor parte de las ocasiones suele ser antesala de un puñetazo en la boca del estómago; cada vez más inquieto, traté de cortarlo, sin éxito—. Como sabes, Juan, si nos nutriéramos solo de las contribuciones estatutarias de los países no podríamos hacer demasiadas cosas. Las hacemos gracias a muchos amigos privados, como los aquí presentes, quienes nos ofrecen generosas aportaciones voluntarias. Esa cultura de colaboración nos hace atender sus llamadas incluso un sábado de agosto. Por eso estamos aquí, aunque yo debo ausentarme de inmediato. —Perforándome con la mirada, se aseguró de que sus

palabras atrapaban toda mi atención y luego enfatizó—: Se trata de un asunto delicado...

El político escogía las palabras con cuidado, el cura fumaba sin tregua y en la sonrisa del árabe se dibujaba el nerviosismo; era más que suficiente para reafirmar mi percepción original. Si mi negativa cercenaba mi carrera, que así fuera. Tengo edad suficiente para saber que lo prioritario es esquivar todos los marrones posibles.

—Es un honor que hayáis pensado en mí, pero llevo años en un despacho, alejado de «asuntos delicados». Aunque estaré encantado de recomendaros a alguno de los compañeros del área operativa...

Weber sorteó mis palabras, comprobó ostensiblemente la hora en su reloj de pulsera, suspiró y se incorporó arrastrando la silla hacia atrás.

—No sabéis cuánto me apena abandonaros y, sobre todo, perderme el *soufflé* de *madame* Brazier —bromeó para luego añadir—: No os levantéis, por favor...

Dejó la servilleta sobre la mesa, estrechó las manos del sacerdote y del árabe, y a mí, que me puse en pie, me lanzó una intensa mirada. Luego, se evaporó. Eso fue todo. La fuga del funcionario, que a todas luces lo fue, elevó tanto los decibelios de mi suspicacia que me excusé. Camino del lavabo de caballeros, situado en la misma planta, anduve reflexionando sobre lo ocurrido. Weber, es decir, Interpol, acababa de hacer «un Maquiavelo». A ojos de los donantes, Interpol los ayudaba, pero se guardaba la baza de negar estar al tanto de lo que fuera que sucediera en esa mesa. La maniobra resultaba muy conveniente para todos, menos para mí, que quedaba al pie de los caballos.

Yo seguía sin entender lo que ocurría. Aquello no tenía ningún sentido. Me lavé las manos por tercera vez y regresé dispuesto a salir de allí tan rápido como Weber. O más. Sin embargo, no contaba con monseñor Zánel...

4

5 de agosto, Lyon

—¡Por fin, comandante! Temía que hubieras huido tras tu jefe. Él es un cero a la izquierda, pero a ti no te lo perdonaría: el motivo de esta comida es transcendental... —dijo con insultante altivez. En su correcto inglés británico capté un regusto alemán; en sus gélidos ojos, un tinte..., no sé cómo expresarlo..., agresivo, demasiado mundano para un cura. Era un político, un tipo acostumbrado a negociar y no precisamente con Dios.

En mis minutos en el excusado había buscado datos acerca de su fundación, para mí desconocida. Su cuidadísima página web explicaba que se dedicaba a la realización de proyectos filantrópicos en todo el mundo bajo la supervisión del Departamento Federal del Interior de Suiza, estaba exenta de impuestos y, aunque carecía de afiliación política o religiosa, la gran organización católica a la que pertenecía Zánel dominaba el patronato. En suma, era un paraguas perfecto para hacer casi cualquier cosa sin pagar impuestos y sin dar explicaciones ni a la Iglesia ni al Estado.

Dejó el cigarrillo en el platillo del pan, que usaba como cenicero, y tomó del asiento contiguo un sobre grueso, del que extrajo una fotografía de gran tamaño que colocó ante mí. Mostraba a un hombre rechoncho y con cara bonachona, que posaba sonriendo vestido con la parafernalia propia de un cardenal: sotana, muceta, solideo y faja de seda rojos, y una gran cruz pectoral colgada de un cordón del mismo color. En la mano sujetaba un bonete a la usanza romana; en el dedo, un grueso anillo de oro.

—Este es el cardenal Norberto Ochavarría, natural de Friburgo, pero de

ascendencia española, como testifica su apellido; un sacerdote de reconocida honestidad, devoto desde su niñez y muy reputado, amén de una eminencia: doctor en Matemáticas y Derecho Canónico, proprefecto del Dicasterio de las Causas de los Santos y miembro de la Sacra y Militar Orden Constantiniana de San Jorge. Tenía sesenta y nueve años, una edad ideal, quizá un poco joven... Él era nuestra gran esperanza y nuestro mejor candidato.

—¿Candidato?, ¿candidato a qué? —indagué.

Ígor Zánel me observó con estupefacción. Y, como si de pronto se hubiera dado cuenta de que yo era un completo analfabeto, me espetó:

—A sumo pontífice, naturalmente...

—¿Ha fallecido el papa Francisco?

A mi pregunta, mordaz, respondió con una medio sonrisa maliciosa.

—Aún no, pero, al menos por edad, la Iglesia no tardará en necesitar un reemplazo.

Contemplé la imagen evitando tocarla, como si ese gesto pudiera comprometerme, y tras unos segundos levanté la vista y lo miré a él. Por toda explicación, con ridícula solemnidad, me entregó un dosier. Lo abrí con cierta curiosidad. Incluía un informe forense y una colección de fotografías. Tomé la primera: pertenecía al cardenal, pero esta vez aparecía exánime sobre un suelo de mármol ajedrezado, boca arriba, revestido para celebrar misa. La parte superior del alba blanca estaba oscurecida por la sangre que había manado de su boca y en cuya comisura aún quedaban rastros. Se había agarrado a la estola verde con ambas manos, como si ella pudiera salvarlo de lo que fuera que lo aquejara.

Estoy familiarizado con este tipo de imágenes, pero nunca me acostumbraré a las miradas de los fallecidos por muertes violentas. En los ojos del cardenal, inyectados en sangre que caía como lágrimas rojas sobre sus mejillas, se leía una terrible angustia. Toda la parte visible de su cuerpo —cuello, rostro, manos— estaba cubierta de grandes moretones. Daba la sensación de que cada poro de su piel hubiera estallado tiñendo la superficie de un extraño color violáceo. Abandoné las imágenes y leí trasversalmente el informe forense.

Al parecer, la mañana del catorce de julio, mientras se preparaba para celebrar misa en una casa de Málaga, se desplomó. Lo encontró su secretario aún con

vida y consciente, pero ya sin habla. Se le trasladó en ambulancia al hospital más próximo, pero falleció durante el trayecto. Las pruebas toxicológicas certificaron un envenenamiento con ricina, compuesto que había provocado un sangrado masivo. La autopsia no encontró signos de violencia ni heridas de defensa de ningún tipo, por lo que la muerte podría deberse tanto a una ingesta accidental como a un suicido o un asesinato. Tenía razón: los hallazgos serían los mismos si masticó un par de docenas de semillas de ricina porque creyó que eran pipas, si lo hizo porque quiso suicidarse o si alguien agregó subrepticiamente el tóxico a su alimento.

Levanté la vista y la clavé en Zánel. Conozco la ricina, es un patógeno de categoría B que se extrae de las semillas de una planta, la *Ricinus communis*, que se encuentra en los jardines de medio mundo. Es un polvo blanco, inodoro, soluble en agua y bastante estable dentro de un amplio rango de pH y de temperatura. Sin embargo, su uso como tóxico es infrecuente, porque su letalidad no está asegurada. Los rusos, por ejemplo, utilizaron ricina para asesinar a Georgi Márkov y Vladímir Kostov, dos periodistas disconformes exiliados en Reino Unido. Empleando la punta de un paraguas, les inyectaron sendos perdigones con ricina en la pierna. El primero falleció, pero el segundo sobrevivió. La última vez que trabajé en un caso con ese tóxico fue en 2013, en un envío de cartas contaminadas con ricina al senador Roger Wicker y al entonces presidente Obama.

Repasé el resto de las imágenes: retrataban el mismo escenario desde distintas perspectivas y la habitación que había ocupado. No tenía nada de particular: cama, mesa de estudio con silla, un armario..., pero me fijé que, sobre la mesilla de noche, descansaba una jeringuilla hipodérmica. Repasé el informe forense. La autopsia describía una pequeña marca en su abdomen, compatible con un pinchazo de ese tipo de jeringuilla. Permanecí pensativo; algo no cuadraba.

—¿El cardenal estaba enfermo?

—Estaba fuerte como un roble.

Cerré el informe y se lo devolví. Permanecí callado, mirándole fijamente.

—¿Y bien?

—A riesgo de parecer irrespetuoso, padre, me reafirmo en lo dicho: a menos

que ese cardenal fuera traficante de drogas o blanqueara capitales, materias a las que me dedico, esta reunión es improcedente. Por cierto, la policía española se halla entre las mejores del mundo: la investigación está en inmejorables manos.

Monseñor se retiró el flequillo liso, lacio, rubio, introduciendo todos los dedos en el cabello y echándoselo hacia atrás. Me recordó un anuncio de champú para consumo de egocéntricos vanidosos.

—El cardenal era una gran persona, no se dedicaba a nada ilegal o inmoral. Y estimo en mucho a tus compañeros, comandante, pero permíteme que te facilite el resto de la información antes de juzgar... ¡Ah, por cierto!, no me gusta que me llamen «padre»; prefiero que te dirijas a mí como «don Ígor» o «monseñor».

¿Don Ígor?, ¿qué se había creído ese diosecillo presuntuoso?

Me entregó un segundo dosier. Encendió otro cigarrillo y se envolvió en humo. La opacidad parecía su hábitat natural.

Lo abrí, confieso que con algo de reparo. Como en el caso anterior, contenía fotografías y un informe forense. Las primeras fotografías mostraban a un varón de unos sesenta años sobre una mesa de autopsias. Presentaba síntomas similares a los del cardenal: ojos inyectados, lágrimas de sangre, púrpura, vómitos sanguinolentos. Como fotografía forense, incluía nombre y fecha del deceso: Claudio Guinea, catorce de julio. El fallecimiento se había producido el mismo día y casi a la misma hora que el del cardenal, pero en distinta plaza: uno en Sotogrande y otro en Málaga. Según los forenses del caso, la causa del fallecimiento era la misma: envenenamiento por ricina. La diferencia entre ambos es que en este habían dado con una posible autora: Margarita Rice, la esposa del finado, para la que el juzgado de instrucción había decretado prisión provisional. Eso sí cuadraba. El veneno es un arma manifiestamente femenina. Permite al llamado «sexo débil» matar sin emplear la fuerza y con tiempo de huida y de camuflaje. Y que sea la esposa encaja también: la mayoría de los crímenes tienen al asesino cerca... Eché un vistazo rápido al resto de las fotografías. Me detuve en una concreta: en la mesilla de noche de la habitación de Claudio Guinea había una jeringuilla idéntica a la que tenía el cardenal.

Bebí un sorbo de vino —magnífico, por cierto— y luego ponderé la secuencia.

—Tu cardenal, ¿mantenía una relación con esa mujer? Me refiero a la esposa de Claudio Guinea —pregunté. Parecía lo más lógico. Los varones somos bastante primarios: de cualquier edad y condición, se nos engancha por la entrepierna. Pero el sacerdote se lo tomó a mal.

—¡Esa es una maldita patraña! Don Norberto nunca trató con esa mujer. Además, llevaba una vida intachable, por no mencionar, como muestra la fotografía, que era un príncipe de la Iglesia con casi setenta años... —Zánel aplastó con saña el cigarrillo en el cenicero improvisado, hasta deshacerlo—. Lo que sí puedo confirmarte es que ambos hombres cenaron juntos en Sotogrande y la policía cree que esa mujer envenenó la cena de ambos y se los llevó por delante.

—Si la memoria no me falla, el periodo de latencia de la ricina es de unas diez horas. Si tu cardenal falleció a primera hora, se intoxicaría la noche anterior entre las diez y las once, antes de acostarse. Los datos cuadran.

—¡Pero no se trata de que cuadre, sino de que la gente llegue a conclusiones maledicentes!

—¿Maledicentes?

—¡Naturalmente! Sotogrande, una joven despampanante, una urbanización de alto *standing,* una cena a base de caviar... Debemos demostrar que no fue ella, porque, en otro caso, los enemigos de la Iglesia se van a cebar...

—Comprendo el problema reputacional, pero me reafirmo: no soy tu hombre.

Sus ojos se habían vuelto de hielo cuando me espetó con voz imperiosa y desafiante:

—¿No has escuchado a Weber? Interpol vive de donaciones y la contribución de mi organización ha sido en extremo generosa...

Esta vez fui yo el que sonreí con marcada insolencia.

—Si has leído mi historial, *padre*, sabrás que no tengo voto de obediencia. Y ahora, vais a tener que excusarme: tengo que salir de viaje.

—Pero... ¡esto no puede ser! ¡Eres católico! Al menos, estás bautizado. ¡Tienes obligación de ayudar a la Iglesia!

Moví la cabeza a derecha e izquierda.

—Esa es *tu* Iglesia, no la mía. Además, hay decenas de cardenales; buscad

otro. Seguro que encontráis uno incluso mejor.

La encendida perorata que Zánel empezaba a amasar se truncó cuando dos camareros entraron en la sala para llenar nuestras copas y servirnos el segundo plato. El pato laqueado, presentado en una cazuela de cobre, olía de forma deliciosa. Tanto Al Waleed como yo nos entretuvimos observando cómo lo trinchaban y nos lo servían, acompañado por diversos condimentos que tomaban de pequeñas cazuelas también de cobre. Sin embargo, el sacerdote mascullaba palabras ininteligibles y prodigaba gestos de enfado.

5

5 de agosto, Lyon

—¡Qué servicio más pesado! En fin, antes de que nos interrumpieran, decía que no aciertas a comprender la importancia que reviste este asunto. ¡No lo entiendes en absoluto! Personalmente, he invertido mucho tiempo y mucho dinero en el cardenal. ¡Cantidades ingentes!

Lo corté.

—Creo que lo entiendo demasiado bien, Ígor. Y mi respuesta no cambia.

En ese instante, su gesto mudó. Relajó los hombros y, mientras encendía otro cigarrillo despreciando las viandas, hasta se permitió sonreír.

—De acuerdo, tú ganas: te explicaré lo que ocurre...

Lo interrumpí con un gesto.

—Un asunto previo, Ígor, cuando hablas de vuestra «organización», ¿te refieres a la fundación que diriges, a la Fundación Lammet?

Las risas de monseñor Zánel no contagiaron a Al Waleed, que se limitó a levantar levemente las cejas, y, por descontado, tampoco a mí. Aquellos alardes de poder sonaban tan extemporáneos como falsos: en el mundo del verdadero poder, nadie necesita jactarse.

—¡No, no! Mi fundación es una pequeña pieza en un gran universo, extendido ya por todo el mundo, en servicio de Dios.

Respiré hondo un par de veces.

—Entendido. Y ahora, monseñor, dejémonos ya de juegos. Es obvio que tanto el cardenal como tú tenéis secretos, todos los tenemos. Ochavarría podría estar enfermo y querer mantenerlo en secreto; ser el amante de esa tal Margarita, o

gustarle el pescadito frito... Eso a mí no me incumbe y tengo que coger un avión. ¿Vas a contarme la verdad o no?

Sonrió con una sonrisa fatua, de esas que tratan de evidenciar que su dueño es mejor que los demás.

—Todo lo que te he dicho es verdad. No obstante, hay algunos detalles que no puedo compartir contigo: *sigillum confessionis*. Secreto de confesión. Pero no falto si digo que don Norberto nunca, y subrayo nunca, tuvo trato con mujeres y nunca, y subrayo nunca, conoció a esa tal Margarita.

—Todo eso me parece muy bien, pero...

Su tono de voz, tratable hacía un instante, se alteró.

—Pero ¿es que no lo entiendes? ¡Se lo cargaron! Su muerte responde a un plan cuidadosamente elaborado para hacernos daño...

—¿Haceros daño?, ¿a quién, a tu fundación?, ¿por qué? Sinceramente, no lo entiendo —repliqué.

Al darse cuenta de que iba demasiado deprisa, Zánel volvió a suavizar sus formas.

—¿Quieres que sea sincero? Muy bien, lo seré en la medida de lo posible. Supongo que estarás de acuerdo conmigo en que, de un tiempo a esta parte, el mundo se ha polarizado hasta extremos insospechados. En Estados Unidos, Trump ha seccionado la ciudadanía americana en dos mitades, que consideran a la otra como su enemigo; en España, lo ha hecho Pedro Sánchez. En el Vaticano, ha sido el papa Francisco quien ha segmentado en dos el Colegio Cardenalicio. Hay una explicación práctica: al perseguir los abusos financieros o luchar sin cuartel contra los abusos sexuales, Francisco ha pisado muchos callos y esos pies dolidos se han puesto en su contra. Pero hay otra explicación que resulta más plausible, pero menos evidente desde fuera. La peculiar *visión* de la Iglesia, de la curia, del sacerdocio, en suma, de cómo se debe gobernar la Iglesia que tiene el papa Francisco ha dividido a los purpurados en dos hinchadas muy distantes: una, más aperturista y progresista; otra, más conservadora y guardiana de las tradiciones...

La conversación empezaba a dejarme frío.

—Ígor, ¿puedes ir al grano? No me interesa la política vaticana...

Escuché una respiración profunda y malhumorada, que trataba de calmarse. Lo consiguió solo a medias.

—De acuerdo, iré al grano: a Francisco se le eligió mayor, setenta y seis años, y con poca salud. Todos pensamos, equivocadamente, que duraría poco o que seguiría los pasos de su antecesor, Benedicto XVI, y renunciaría. Ni ha muerto ni ha renunciado, aunque muchas veces se le ha *animado* a hacerlo... Ha pasado una década y su política está haciendo un daño terrible a la fe, pero en unos años (cinco, siete, diez..., pocos para el tiempo eclesiástico) la Iglesia tendrá que elegir otro pontífice. ¿Sabe cómo se realiza esa elección?

Me encogí de hombros.

—Entiendo que se reúnen, votan y cuando llegan a un acuerdo, sale fumata blanca.

Asintió con unas palmadas crípticas.

—Con matices, pero sí. Se reúnen todos los cardenales, pero solo votan los menores de ochenta años. Hoy por hoy, en números redondos, hay ciento cuarenta cardenales hábiles, de los que menos de una docena tienen posibilidades de convertirse en sucesores de Pedro. Con los nombramientos realizados por este pontífice, los cardenales afines a Francisco no solo nos ganan en número, sino que también cuentan con mejores perfiles. En las quinielas de papables, suenan McElroy, obispo de San Diego; Marengo, el más joven, que trabaja en Mongolia; el chino Chito Tagle, arzobispo de Manila, que estuvo al frente de Caritas Internacional, o Matteo Zuppi, presidente de la Conferencia Episcopal Italiana. De todos, solo Zuppi no sería mal visto por los conservadores, aunque desde luego no sería nuestra primera opción. ¿Comprendes?

—¿Y a qué sector pertenecía tu cardenal? Entiendo que era conservador.

—Como muchos otros, el cardenal Ochavarría tenía una pata en cada corriente. En temas como emigración o pederastia era partidario de ir a por todas, cayera quien cayera; en otros asuntos era mucho más conservador e incluso presidía misas tridentinas...

—Disculpa mi ignorancia, ¿qué es una misa tridentina?

—Es la misa tradicional en latín; el rito preconciliar, para que me entiendas.

En 2007, Benedicto XVI permitió celebrar, sin autorización del obispo, misa según el misal romano de Juan XXIII. Pero en 2021, Francisco, que deseaba un único rito para todos, revocó ese permiso poniendo condiciones muy severas. Eso generó bastante ruido entre los grupos conservadores, con cierta añoranza por la tradición previa al Concilio.

—¿Qué opinaba tu cardenal?

—Se lo preguntaron en una entrevista. Y, como era él, sencillo y transparente, la defendió, o más bien defendió la libertad de emplearla. «Yo, cuando celebro solo, a veces la utilizo; me parece muy bella, aunque jamás lo haría con fieles», dijo más o menos. A raíz de esa entrevista, y de algunas otras, el nombre del *cardenal matemático,* como llamaban de manera cariñosa a Ochavarría, comenzó a sonar con fuerza en las quinielas. Y lo curioso es que sonaba por igual entre progresistas y conservadores... En la fecha en que murió era claramente el hombre de consenso, el mejor candidato a nuevo pontífice...

—Y el candidato de tu organización...

Esta vez sonrió con amplitud. Respiré hondo.

—Mira, Ígor, que existan facciones en la Iglesia o en cualquier otra institución es algo lógico: siempre hay visiones diferentes sobre prioridades o dinámicas. Lo que no acabo de entender es qué importancia tiene. Lo pintas como una lucha fratricida...

—¿Importancia? ¡Enorme! A los ciudadanos, empresas o funcionarios les afecta muchísimo que en su país gobierne la izquierda o la derecha, ¿no? Pues en la Iglesia pasa algo parecido. En juego están cuestiones tan espinosas como sus finanzas, en números rojos; la ecología; la apertura del sacerdocio a hombres casados en lugares donde no haya sacerdotes; el modo de erradicar la pederastia; la gobernanza; el acercamiento de divorciados y homosexuales; la misa en latín; el rol de las mujeres, y un largo etcétera. Verás, comandante, he trabajado con tres papas y muchos cargos eclesiásticos, algunos son manifiestamente mejorables, por no decir blasfemos, pero estos días pasarán y recuperaremos nuestra esencia, nuestra ortodoxia y lo que siempre fue nuestro, por la gracia de Dios. El cardenal Ochavarría iba a ser un instrumento de Dios, pero esa panda de eclesiásticos comunistas amigos de homosexuales se lo ha llevado por delante.

Empecé a comprender por dónde quería Zánel conducirme. Pero seguía sin cuadrarme.

—Lo que dices, y cómo lo dices, destiñe tus palabras y tu naturaleza, Ígor. Aseguras que todo es por la pureza de la fe, pero tu apariencia es la de un hombre práctico, de traje caro, buena mesa y partidas de golf. La gente como tú solo se moviliza cuando le tocan el bolsillo, el asiento o a su mujer. Teniendo en cuenta que no estás casado, ¿qué te iba a ti en esto?

Esta vez sí soltó una carcajada.

—*Touché*. Pero no como imaginas. La defensa de la fe, el bolsillo y el poder no tienen por qué separarse. Te lo explico con un ejemplo. ¿Conoces la Soberana Orden de los Caballeros de Malta?

—La identifico con aristócratas elitistas con ropajes decimonónicos, nada más.

—No vas del todo descaminado, pero te lo aclaro. Solo quienes los gobiernan suelen ser aristócratas; el resto de los caballeros de Malta, club al que solo se puede acceder por invitación, comparte la moralidad intachable y la práctica católica. Vuestro rey Felipe, su padre o Luis de Borbón son caballeros de la Orden, como lo fue don Juan; sus tías son o fueron también damas de la Orden. La reina Letizia..., bueno, ella no. En fin, es una institución interesantísima que se remonta a las cruzadas. En sus orígenes, combinaban actividades militares con labores hospitalarias, pero con el paso del tiempo se decantaron por las labores humanitarias; es posiblemente la primera ONG de la historia. En la actualidad, suman unos trece mil miembros. No es mucho; sin embargo, en la práctica son como un Estado soberano sin territorio: mantienen relaciones diplomáticas con más de un centenar de países y misiones permanentes en organizaciones como la ONU, el Consejo de Europa o la OEA. Tienen embajadas; expiden pasaportes y sus propias matrículas de automóvil; acuñan moneda, emiten sellos, tienen sus propios tribunales y su príncipe y gran maestre es internacionalmente reconocido como jefe de Estado, inviolable y con inmunidad de jurisdicción universal.

—¿Son ricos?

—Su palacio está en Via Condotti en Roma, el lugar más caro y selecto de la

ciudad, exento de autoridad italiana y con franquicia aduanera. Pero no se trata de riquezas, es mucho más que eso: su red de contactos es increíble; los encuentras en el Club Bilderberg, en la Trilateral, en la ONU, en el G7... Pero, y aquí viene el asunto, la Soberana y Militar Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén de Rodas y de Malta, que es como se llama, nació como orden caballeresca cristiana. Espada, pero también cruz; es decir, debe servir a la Iglesia, con Francisco a la cabeza.

—Entiendo...

—La Orden posee privilegios litúrgicos centenarios y derechos adquiridos concedidos por muchos antiguos sumos pontífices, pero son difíciles de aceptar por un hombre del pueblo como Francisco. Enseguida llegaron los roces. Por ejemplo, el papa nombró una comisión para aclarar por qué la Orden había financiado la distribución de preservativos en algunos países de África. El gran maestre lo consideró una injerencia en su autonomía y reaccionó de manera durísima. Y el desenlace fue que Francisco forzó la salida del gran maestre, cuyo cargo es vitalicio, asumiendo el gobierno el delegado pontificio. Poco antes, había forzado también la salida del presidente del Banco del Vaticano, Ernst von Freyberg, también caballero de la Orden.

—De modo que se trata de no perder poder, con lo que ello conlleva...

—En efecto. Como la Orden de Malta, muchas otras, que están viendo como les siegan la hierba bajo sus pies, me apoyaban porque tenían puestas muchas esperanzas en el cardenal Ochavarría... No puedo defraudar a tanta gente: necesito demostrar que Ochavarría no se suicidó ni lo mató esa tal Margarita, sino que ellos, nuestros enemigos, lo asesinaron... Tú estás acostumbrado a escuchar tras las paredes, a buscar información, a casar las piezas del puzle. Y eres español, por lo que a nadie extrañará tu presencia. Solo te ruego que vayas allí y pongas la oreja...

Me encogí de hombros y conferí a mis palabras toda la fuerza que me fue posible.

—Monseñor Zánel, voy a ser muy claro, y por última vez: sé que me estás mintiendo y bajo ningún concepto voy a aceptar esa responsabilidad.

Se irguió y, como un lince, se lanzó contra la que creía su presa.

—Represento a lo más granado y poderoso de la Iglesia católica, tanto en el cielo como en la tierra. Me estoy humillando para rogarte en su nombre que limpies el honor de una persona santa; de mi organización, santa e intachable, y de mí mismo, ¿y dices que no? Este crimen no debe quedar sin castigo. Y para que veas mi firme voluntad, estoy dispuesto a estudiar en una próxima reunión los pormenores de tus emolumentos. ¡Seré generosísimo!

—Ya te he dado mi respuesta, monseñor.

—Pon una cifra...

—No insistas, Zánel, no lo haré. Pero esta misma tarde te enviaré un par de nombres de profesionales cualificados de total confianza, que aceptarán el encargo y te sacarán del lío en que te hayas metido. Ese del que no has querido hablarme.

Hice ademán de levantarme, pero el árabe, que se había mantenido tozudamente silencioso durante la comida, me sujetó por la muñeca. Se deshizo de sus gafas de sol y clavó en mí sus ojos color ala de cuervo.

—Un viejo proverbio árabe reza: «No hay sustituto para la experiencia». Un buen investigador no deja de serlo por estar en un despacho y lo mismo pasa con la valentía, de la que me consta haces gala... Comprendo y respeto tu decisión, querido comandante, pero permíteme contarte algo antes de que te retires...

6

5 de agosto, Lyon

La llegada del *soufflé*, uno de los postres más famosos de Lyon, si no de Francia, interrumpió nuestra charla. Lo degustamos en silencio.

Soy goloso, me lo terminé en un plis plas; estaba en su punto, algo nada fácil de lograr. Zánel lo comió incluso más deprisa que yo. Al Waleed, que comentó que su dieta diaria nunca superaba las mil trescientas calorías, apenas probó media cucharadita, un disparate, y no solo porque un postre en Mère Brazier ronda los cincuenta euros, cuanto porque mi educación norteña me impide dejar nada en el plato: es un desprecio al cocinero y a la humanidad.

—Imagino, comandante, que te estarás preguntando qué hace un príncipe saudí de religión islámica en una comida en la que se habla de rencillas entre católicos. Permite que para aclararlo te hable de mi familia, que, Alá sea alabado, es la pieza esencial de mi corazón. Soy un hombre de familia. Me he divorciado tres veces y solo tengo dos hijos, pero para los árabes la familia es una institución amplia en la que caben abuelos, nietos, hijos, sobrinos, tíos... La vida moderna no siempre nos permite residir bajo el mismo techo, como antaño, pero seguimos manteniendo esos lazos. Yo tengo hermanos, hermanas y una miríada de sobrinos... Pero de la misma madre solo contaba con un hermano, llamado Hamid. Teníamos nuestras diferencias, como todos los hermanos, pero siempre sentí debilidad por él.

Se detuvo y, empleando los dedos índice y pulgar de la mano derecha, se atusó varias veces su fino bigote. Cuando concluyó, cerrando la densa pausa que se había instalado entre nosotros, metió la mano en el bolsillo interior de su

americana y extrajo un sobre. «Es el día de los sobres», pensé. Lo abrió y sacó cuatro instantáneas polaroid que colocó en abanico ante mí. Todas ellas, especialmente repulsivas, mostraban desde distintos ángulos el cuerpo de un varón de barba corta, achaparrado y sobrado de peso, ataviado con un pijama de seda negro con la camisa abierta. Estaba tendido en una enorme cama redonda. Como había visto en las fotografías del cardenal y del empresario Guinea, toda su piel padecía una terrible púrpura.

—Este es el cadáver de mi hermano Hamid. Lo encontró de esa guisa la tripulación de su barco la mañana del catorce de julio. Estaban fondeados en el puerto de Sotogrande. Fue una muerte inopinada, imprevisible, del todo repentina. Avisaron a la embajada y ellos a las autoridades españolas.

—La historia se repite —masculló Zánel.

No repliqué. Mi mente estaba enganchada a la segunda imagen, donde pude identificar una jeringuilla, idéntica a las que había visto en la habitación del cardenal y en la de Guinea.

—La policía científica no halló en su cuerpo ni en su camarote, que estaba cerrado por dentro, una sola señal de agresión. Tampoco las cámaras o la seguridad detectaron entradas ilegítimas. Con esos indicios, el informe provisional concluyó que se trataba de un suicidio por envenenamiento con ricina... En nuestra cultura, el suicidio no es solo un acto ilícito, también recibe un castigo eterno, lo que impide el enterramiento en terreno sagrado. Sin embargo, ante la gran similitud entre los fallecimientos de mi hermano, Ochavarría y Guinea, siguieron investigando y finalmente determinaron que esa mujer, esa tal Margarita, fue autora de los tres envenenamientos, aunque ella jura y perjura que es falso... Querido comandante: monseñor Zánel quiere demostrar que su cardenal no estaba liado con esa mujer y que lo mató uno de sus enemigos, para que su patronato se quede tranquilo. Yo deseo otra cosa... La *qisa* de nuestro libro sagrado otorga a los parientes del asesinado el derecho a reclamar la ejecución del asesino: vida por vida, ojo por ojo, nariz por nariz, oreja por oreja. Quiero venganza, necesito venganza y, para eso, preciso una información que yo no puedo recabar sin disgustar a mi país.

Me había picado la curiosidad.

—¿Puedes decirme qué hacía tu hermano en Sotogrande y no en Marbella, que es el territorio donde a tus paisanos les gusta recalar? ¿Qué hacía con el cardenal y el empresario? Porque doy por hecho que cenaron juntos...

El árabe unió sus manos y agachó la cabeza.

—Siento no poder responder con precisión, pero, según la información recabada, Hamid estaba en Sotogrande para la reunión mensual del Club del Caviar.

—¿Club del Caviar? ¿Sabes cuál era su objeto o quién formaba parte de él?

—Desafortunadamente, no dispongo de esa información, pero su secretaria me confirma que acudía cada mes, los segundos jueves, y que encargaba caviar iraní para la cena. Desconozco si los otros fallecidos pertenecían al club.

Giré la cabeza y miré al cura.

—¿Y tú, padre, tienes esos datos?

Zánel alzó las cejas al mismo tiempo que las manos.

—*Sigillum confessionis* —sentenció—. Mis labios están sellados, pero como el príncipe, estoy seguro de que las claves de este embrollo no pasan por esa tal Margarita, sino por un asesino profesional y despiadado que ha puesto sus ojos en nosotros...

Se abrió la puerta y llegó hasta nosotros un delicioso aroma a café, un extraordinario Kopi Luwak de Indonesia, negro, espeso, muy intenso. Mientras nos lo servían, acompañado de unos minúsculos *macarons*, miré de reojo a mi interlocutor, que me pareció sensiblemente más viejo de lo que había supuesto inicialmente. Carraspeé. Tenía que poner fin a la conversación y salir por piernas.

—No lo interpretéis como acritud, pero voy a ser sincero. Es obvio que sois hombres acaudalados; puedo imaginarme cuántos ceros tenían vuestros cheques para Interpol. Tú, Al Waleed, que estás vestido de petróleo, puedes levantar el teléfono y hablar con las autoridades de Washington o Madrid, por no mencionar vuestras fluidas relaciones con la monarquía española. Sin embargo, aquí estamos los que estamos. Seamos sinceros: Interpol ha delegado en Weber, un ayudante político de tercera fila; y en vez de estar hablando con la CIA y el CNI

español, estáis hablando conmigo. Esto cuadra incluso menos que un suicidio o un crimen pasional.

El árabe, que jugaba con las patillas doradas de sus gafas, las dejó sobre la mesa y volvió a mirarme a los ojos.

—Estás en lo cierto: soy un príncipe saudí y mi país mantiene relaciones económicas y financieras fluidas con los Estados Unidos y de amistad con España. Pero, en este momento, no es suficiente. Mi primo, príncipe heredero con poder omnímodo, se ha encargado de dejar claro a todo el mundo que lo ocurrido con Hamid no es prioritario para él. Lo amaba, pero está librando otras batallas más importantes...

—No te comprendo... —fue Zánel el que interrumpió en esta ocasión.

—El petróleo se agota, Ígor, y cuando no esté sobre la mesa, Washington dejará de ser nuestro fiel aliado. Por eso, mientras se arma hasta los dientes e intenta promover una imagen más moderada del reino, dejando a las mujeres conducir o poseer un móvil personal, mi primo y monarca ha comenzado a diversificar la economía y a negociar con Egipto e incluso con Israel. En este momento, diseña la entrada en el capital de varias importantes empresas españolas cotizadas y no va a poner en peligro ese negocio por Hamid... —No pudo contener las lágrimas al añadir—: Mi fortuna asciende a veintisiete mil millones de dólares, comandante, pero para el mundo no soy más que un pobre árabe. Mi primo ha desoído mis súplicas; tu Gobierno no me ha hecho caso; Washington ha mirado para otro lado. Solo vuestro rey exiliado ha venido en mi ayuda. Solo él se ha portado como un hermano. Necesito limpiar del todo el nombre de Hamid para que pueda ser enterrado en tierra sagrada y, sobre todo, necesito saber el nombre de quien lo mató...

Negué con la cabeza varias veces. No me lo creía. No podía ser.

—Zánel, no has perdido ocasión de demostrar el poderío de tu organización; Al Waleed, tú has hecho lo contrario que Zánel, pero los dos habéis mostrado lo mismo: que yo carezco de poderes y recursos. Sin embargo, llevo demasiadas horas de vuelo para pasar cosas tan obvias como esa jeringuilla. Aparece en todos los escenarios; en un parte forense, incluso se describe explícitamente una marca en el abdomen compatible con un pinchazo de esas características.

Aunque en ningún lado se habla del análisis del contenido de esos viales, hace plausible la conclusión de que todos los crímenes corresponden al mismo autor...

—Muy sagaz, comandante —escupió Zánel.

—Nada de eso, *padre*. Habéis mantenido esas fotografías para que yo las viera. Por lo que he apreciado, se trata de una jeringuilla hipodérmica cuya capacidad, a lo sumo, alcanzará los 0,50 miligramos. La ricina que se puede diluir en ese vial no sería ni de lejos suficiente para matar a quien la recibiera; ningún forense que sepa su oficio apostaría por un suicidio por ricina. Sin embargo, os lo habéis callado y os habéis limitado a hablarme de un fantasmal Club del Caviar... En fin, amigos, es obvio que a tu hermano lo envenenaron en tierra, antes de subir al barco, y que tu cardenal no se inyectó su propio veneno. Y también que os estáis reservando lo más importante; no quiero saberlo, pero debo reafirmarme en mi decisión: no puedo ayudaros.

El árabe levantó la pequeña taza de porcelana y se la acercó los labios.

—Eres tan perspicaz y humilde como me habían dicho, comandante, y eso me alegra, pero hay un asunto que aún no hemos tenido tiempo de comentar y que explica, por encima de tus muchas virtudes, la razón de que estemos aquí sentados y de que no hayamos hablado de esas jeringuillas hasta este momento. —De nuevo, echó mano al maldito sobre y dejó a mi lado otra imagen. Esta vez era yo el que aparecía en ella, junto con otras dos personas. Con su dedo índice señaló a una de ellas—. En cada una de las jeringuillas aparecieron dos pares de huellas: las primeras correspondían al propio fallecido que se inyectó su contenido; el segundo par, al doctor Jaime Garache. Sé de tus profundos lazos con él y con su esposa, la juez Lola MacHor...

Esta vez sí sujeté la imagen. En ella se nos veía a Jaime, a Lola y a mí, los tres muy trajeados, en algún acontecimiento que no alcancé a recordar, pero del que, sin duda, había pasado tiempo. Fui incapaz de decir nada: la inesperada revelación había matado la poca capacidad de reacción que me quedaba. Levanté los ojos y, con el corazón atropellado, los hinqué en su mirada. Pasados unos segundos, Al Waleed continuó:

—Siento ser transmisor de malas noticias, comandante, pero hay un fallecido más, el propio doctor Garache. El dictamen oficial indica que lo atropellaron

junto a una mujer, la tarde del catorce de julio, en el mismo lugar que a mi hermano y al cardenal Ochavarría.

Me esforcé en mantener la naturalidad para ocultar mi angustia, pero las palabras me brotaron desesperadas.

—La mujer fallecida no será su esposa, ¿verdad?

—¿Su esposa? ¡No, no! Era una de sus colaboradoras. —Extrajo del sobre una segunda fotografía. Mostraba a Jaime Garache y a una joven rubia, de piel muy blanca y rasgos nórdicos, ambos cubiertos con batas blancas de laboratorio. Yo seguía sin habla. Mi cabeza iba y venía pensando en Lola y en sus hijos...

—¿Y por qué...? Quiero decir..., ¿tu hermano, o el cardenal, o ese empresario tenían alguna relación con el doctor Garache? Me consta que era un médico reputado, pero tengo entendido que se dedicaba únicamente a la investigación.

—Lo único que puedo decirte con certeza es que mi hermano Hamid me presentó al doctor Garache como su médico en la última carrera de Fórmula E en Riad. Allí estaban también Claudio Guinea y el padre Zánel, aquí presente, y, por cierto, también estaba allí vuestro exiliado más ilustre, que Alá lo guarde... No volví a saber de él hasta que el detective que contraté para que investigara los pormenores del asesinato de Hamid me informó del atropello, coincidencia que me pareció muy sorprendente. Demasiada casualidad.

—Zánel, dime la verdad: ¿verdaderamente era su médico?

Encendió otro cigarrillo antes de responder.

—Lo era, sí, pero no porque estuvieran enfermos. No puedo darte detalles, porque estoy bajo secreto de confesión. Pero sí puedo confirmarte la relación...

—Jeringuillas hipodérmicas una vez al mes, los segundos jueves —mascullé, sin poder entenderlo del todo.

Al Waleed me tomó de la mano.

—Querido comandante: veo que te importa mucho esa familia y me alegro, porque, aparte de mi dinero, siempre a tu disposición, y de mi amistad incondicional, lo que significa que estaré en deuda contigo toda la vida, es mi única arma para convencerte.

Cerré los ojos e inspiré hondo un par de veces. Luego los abrí. Ígor Zánel dejó de jugar con la pequeña cucharilla del café y me miró fijamente. Le sostuve

la mirada.

—Prometo hablar con las personas adecuadas para que agilicen la investigación; no puedo hacer nada más. Como miembro de Interpol, solo puedo volar bajo: carezco de poderes policiales, de facultades de investigación y de sanción... Si me plantara en Sotogrande tendría las mismas competencias que un simple civil. Encargarme esta investigación es tan inútil como enviar señales de humo en un día de lluvia.

—¡No seas modesto, comandante! —rebatió Zánel—. Conoces a todo el mundo y todo el mundo policial te conoce a ti. Además, su señoría MacHor, que continúa en Sotogrande intentando entender qué le pasó a su pobre marido, puede mover muchísimos hilos...

—Lo siento, Ígor. Los profesionales son la mejor opción.

—No me estás entendiendo bien: si no lo haces por la Iglesia, por Hamid o por simple compasión, hazlo por Lola MacHor. Porque de no defenderla, el mundo va a caer sobre ella y sus hijos como un lobo sobre un pobre cordero. ¿Sabes lo que dirá la prensa? Que tres hombres importantes murieron tras inyectarse voluntariamente el contenido de unos viales que habían sido manipulados por su marido, ya que tienen sus huellas, y por los que seguro cobraba una cantidad nada despreciable.

—Estoy convencido de que el doctor Garache no era un asesino, pero Zánel tiene razón: pinta mal para la reputación de la juez MacHor —incidió el árabe.

Permanecí mudo mientras mi cabeza y mi corazón se batían. Tal como estaban las cosas, a nadie le interesaba agitar ese árbol. Lola estaría a salvo. Pero Zánel era mal bicho, un ser despreciable capaz de cualquier cosa. El aire acondicionado funcionaba a toda potencia. Empecé a sentir frío, un frío intenso, incómodo. El frío del miedo.

—Al Waleed, ¿qué enemigos tenía Hamid?

—Hamid era extremista y abiertamente propalestino, de modo que los judíos no le tenían demasiada simpatía. Dentro de nuestro país, tampoco era demasiado querido. Sin embargo, ladraba más que mordía. Era un pez muy pequeño, demasiado pequeño para entrañar peligro para nadie. Solo hacía ruido...

—Entiendo. ¿Qué enemigos tenía tu cardenal?

—Ochavarría era el más firme candidato de la ortodoxia. Los que nos odian estarían dispuestos a hacer cualquier cosa...

—¿Cualquier cosa? ¿Qué quieres decir con eso?

—No quiero decir nada más que lo que he dicho. Tenemos un inepto y un blasfemo al frente; todos lo vemos, aunque pocos nos atrevemos a decirlo en voz alta.

Volví a quedarme pensativo. Sabía que era un marrón y que debía salir corriendo.

—¿Qué datos tenéis sobre esa tal Margarita Rice?

Respondió Zánel, como el misógino que es.

—Treinta y seis años, metro ochenta; rubia natural; cuerpo escultural muy retocado; llanita, de padre del Peñón y madre de Algeciras. Llevaba tiempo persiguiendo a algún rico madurito. Tuvo pequeñas escaramuzas que no cuajaron hasta que Claudio Guinea, que acababa de divorciarse de su primera mujer, cayó en sus garras. Creo que existe un nombre feo para describir la situación.

Al Waleed puso sobre la mesa una tarjeta de titanio, una American Express Centurion de color negro en la que habían grabado mi nombre.

—Si decides aceptar, que Alá así lo disponga, operas con crédito ilimitado: cualquier cantidad, hasta dos millones de dólares por operación, con el número de operaciones que necesites. Y con mi gratitud ilimitada. Solo te pido que mires donde yo no puedo mirar, escuches lo que yo no puedo escuchar y finalmente me des un nombre.

Me froté la cara con ambas manos. Seguía sin estar convencido.

—De acuerdo. Procederemos así: iré a Sotogrande y haré unas averiguaciones previas. Luego decidiré. Pero no os prometo nada.

Al Waleed se puso en pie y yo lo imité. Me estrechó entre sus brazos y me besó en las dos mejillas. El cura continuó sentado, fumando.

—No olvides la tarjeta de crédito, comandante.

—Te lo agradezco, príncipe, pero prefiero no aceptarla.

Sonrió con un deje de tristeza.

—¡Tal y como vuestro más ilustre exiliado me anticipó! Permite, al menos, que me encargue de tu alojamiento en Sotogrande. Supongo que en el mismo

lugar que la juez MacHor.

En la puerta de Mère Brazier me esperaban un sol que ya no picaba y un Mercedes negro desmedido, con los cristales tintados. El chófer tenía orden de trasladarme a casa para recoger el equipaje y luego al aeropuerto, donde un avión privado me conduciría a donde quisiera ir. Habría sido preferible ir por mi cuenta, pero el viento había empezado a mover los árboles y se amasaba una tormenta. Debía darme prisa si quería despegar. Nada más subirme al vehículo, aún con mi ánimo en *shock*, telefoneé a la juez MacHor.

Mi querida y añorada Lola MacHor.

7

5 de agosto, Lyon

¡Jaime, muerto! No podía hacerme a la idea. ¿Cómo estaría Lola? Tengo su número privado. Fue al primero que llamé, pero ¡cómo no!, lo tenía apagado, perdido o extraviado en su bolso. Lola es una de esas mujeres que, en vez de bolso, llevan una especie de saco sin fondo colgado al hombro. Si escucha el móvil, que ya es difícil, no es nada seguro que lo localice en ese pozo. Tras telefonearle doce veces seguidas, me vi obligado a optar por una vía indirecta.

Dudé unos instantes entre llamar al juzgado y telefonear a alguno de sus hijos. Lo del juzgado resultaba más neutro, un comandante de Interpol poniéndose en contacto con el área penal del Tribunal Supremo de un Estado miembro no canta desafinado; sin embargo, una vez iniciada esa llamada, perdería el control sobre ella y no podría evitar que quedara constancia y, en un asunto delicado y extraoficial, la trazabilidad es importante. Además, en agosto no habría nadie. Al menos, nadie que yo conociera y de cuya discreción pudiera fiarme. Cerrada esa vía, me decanté por la familia. Y ahí llegó la segunda decisión. Lola tiene cinco hijos; los conozco a todos superficialmente. Opté por Marieta, la pequeña, la que más se parece a su madre. Lola me había invitado a su boda y me tiene cariño.

—Marieta, perdona que te moleste, soy...

La presentación quedó en un conato.

—¡Comandante Iturri! ¡Qué alegría recibir tu llamada! Ha sido transmisión de pensamiento. Ayer por la noche, reunidos todos los hermanos, decidimos llamarte para pedirte ayuda.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté con cara de póquer. Como todo policía, la bordo.

—A mi padre lo atropelló un coche en Sotogrande, una urbanización cercana a Cádiz: murió en el acto. Mamá está fatal, va a estallar...

Me invadió un sudor frío al escucharla.

—¡Dios, cuánto lo siento! ¿Los demás estáis bien?

—Sí, sí. Iba solo, asistía a un congreso médico o algo así. Al enterarnos de la noticia, bajamos a Cádiz con mi madre, aún en estado de *shock*. Cuando terminamos los trámites, ella decidió no regresar. Pidió un permiso sin sueldo en el Tribunal y se ha quedado allí, en un hotel, aferrada a sus cenizas. Y eso es literal, Juan: ¡se lleva la urna a desayunar y pide un expreso doble para mi padre! —Se detuvo para recuperar el resuello. Marieta habla a velocidad de vértigo—. Y lo peor no es eso; lo peor es que no ha derramado una sola lágrima.

—Pues eso sí que es raro —comenté—. Tu madre es fuerte, pero también muy llorona.

—¿A que sí? ¡Tan llorona como yo, que soy como una fuente! Pero no llora porque se le ha metido en la cabeza que a mi padre lo atropellaron a propósito. Dice que hasta que no sepa quién y por qué, no puede permitírselo.

—¿Cree que lo asesinaron? ¿Y cómo es eso?

—Está convencida de que no fue un simple atropello con fuga, dice que es una conspiración... Ya la conoces, comandante; siempre anda viendo fantasmas. Todos hubiéramos esperado que..., bueno, ya sabes... —Se interrumpió, porque la atacaron las lágrimas. Cuando se repuso, añadió—: Sabemos que te pedimos mucho, pero no digas que no antes de pensarlo un poco, por favor.

—No hay nada que pensar, querida Marieta. Contad conmigo para lo que sea necesario... —la azucé. Tenía que preparar la maleta.

—¡Ah, qué alivio! ¡Gracias, gracias, gracias! Mi madre no ha llamado ni hablado con nadie. Y nadie es nadie. No es una mujer solitaria ni introvertida, tiene buenos amigos, pero esta vez... Esta vez ha optado por seguir sola. Tú eres nuestra última esperanza. ¿Crees que podrías acercarte a Sotogrande y hablar con ella? Eres uno de sus mejores amigos. Quizá contigo se abra, llore y se

olvide de la dichosa conspiración... No hay ni que decir que nosotros correremos con todos los gastos...

Nunca lo confesaría ante Zánel o ante Al Waleed, pero mi renuencia se deshizo cuando escuché a esa niña y recordé a su madre, y luego, con un cosquilleo de emoción en la voz, acepté.

—No prometo nada: vuestra madre es terca como una mula bilbaína. Pero cogeré el primer avión para ir a hablar con ella. Dime dónde se hospeda... Espera, una cosa más: ¿fue tu madre la que reconoció el cadáver?

—No. Tanto ella como nosotros estábamos deshechos, rotos. Al final, Pedro, mi marido, que es un cielo, se ofreció a hacerlo.

—Entiendo. Dile que me llame, por favor. Me gustaría hablar con él...

8

5 de agosto, Madrid

Solo tengo dos debilidades: mi pipa y Lola MacHor. Mantengo la primera a raya, más porque afecta a mi forma física que por la casi imposibilidad de fumar en público. Pero por la noche, cuando regreso a casa, tras pasar un par de horas en el gimnasio y tomar una cena ligera en algún *bouchon*, me siento en mi *chaise longue*, me sirvo una copa de armañac y lío una cachimba con Holger Danske, un tabaco negro pero suave, de hebras finas a base de Burley y selección de Virginias, que no se apaga con facilidad y me permite alargar el momento. En su segunda fermentación lo impregnan con *bourbon* y su humo denso con matices blancos llena de perfume todo mi apartamento. Un gran placer que me resisto a abandonar.

Mi segunda debilidad, mi obsesión y mi sueño, es la juez María Dolores MacHor. ¿Qué decir de ella? Lola es una bilbaína pelirroja clara, de rostro pecoso y pelo ensortijado, terca como una mula y tan quijotesca que cree ciegamente en la justicia. Lleva tantos años en los juzgados como yo en la policía, pero nunca han logrado institucionalizarla, corromperla o doblegarla, aunque, me consta, lo han intentado. Desde que coincidimos por azar, nuestros destinos han discurrido paralelos, siempre fuera de mi alcance. Cuando comenzamos a trabajar juntos, era juez de instrucción; yo, un simple agente de policía. Ella fue ascendiendo; yo, también. Pero en cada paso fue alejándose más y más de mí. Decidí poner tierra por medio cuando no pude soportarlo más. Pedí traslado a Interpol y aquí sigo.

Actualmente, Lola es la presidenta de la Sala de lo Penal del Tribunal

Supremo, la primera mujer en ocupar ese puesto en la historia del Tribunal. Yo me muevo en círculos policiales y entre grandes delincuentes; ella, entre gente importante, actos oficiales, familia y amistades poderosas. Sin embargo, cuando los cachorros de ETA me secuestraron, Lola fue la primera en echarme de menos, la primera en salir a buscarme, la primera y la única que se partió los cuernos por mí. Lo dio todo por mí. De no ser por ella, mi muerte hubiera sido uno de los últimos estertores de esa organización terrorista. Luego, cuando dieron conmigo, y a pesar de las protestas de su marido, acampó al pie de la cama del hospital francés donde me ingresaron. Fue el primer rostro que vi al abrir los ojos.

Ese rostro...

Lo curioso de todo esto es que Lola está en las antípodas de las morenas con las que ligo en Sirius o El Tonneou y que, de un modo u otro, se parecen entre ellas como si tuviera un prototipo: treinta y tantos, cuerpo de gimnasio, largas melenas lisas, pechos pequeños y poca vergüenza. A sus cincuenta y tantos, Lola las supera en edad, arrugas, en el ancho de sus caderas y en la abundancia de sus pechos. No me atraen las pelirrojas, pero me muero por Lola. Me disgustan las pechugonas entradas en carnes, pero me pirro por las de Lola. Hiciera lo que hiciese, se vistiera como se vistiese, dijera lo que dijese, moriría por ella.

Yo procedo de una familia de raíces carlistas y tradición católica. Ella desciende de la burguesía vasca, PNV del auténtico, y más proclive a la realidad terrenal que a la celestial. Sin embargo, votaría a Lola hasta si se presentara por Bildu..., aunque nunca lo haría, lo sé: Lola es de fiar, no dejaría que el fin justificara medios como los que usan.

Supongo que todo esto muestra que hay una gran diferencia entre el deseo y el amor. Deseo más que nada tenerla entre mis brazos, acariciar sus pecas, recorrer despacio su cuerpo, besarla, comérmela entera, observarla horas sin cuento, pero, si por el motivo que fuera, no pudiera más que mirarla, sería feliz sabiendo que ella me corresponde. Como aquella vez en que me besó...

Nunca tuve opciones reales, porque estaba Jaime, su marido... Estaba, pero ya no está ni estará. No es que me alegre de su muerte, pero tampoco me causa una gran tristeza. Su desaparición abre al menos una ventana a la esperanza.

Mil veces me he preguntado por qué bebo los vientos por ella y solo puedo decir que no tengo ni idea. Quizá porque me paró los pies, quizá porque siempre estuvo fuera de mi alcance, quizá porque viste toga y tacones de aguja, quizá porque es auténtica, o quizá porque sus genes irlandeses están educados, como los míos, para la caza del hombre. Sí, ese punto nos une. Lola es un sabueso: emplea el mazo con la misma facilidad con que usa sus dotes criminalísticas.

«Vas para viejo, Iturri —me dijo una de las últimas veces que nos vimos—. Ya no eres aquel vigoroso policía de provincias que mataba un caso de dos guantazos. Vas perdiendo gracia. Ni siquiera llevas pistola. Pronto empezarás a echar barriga y a perder pelo. Deberías buscarte una francesita mona, casarte y hacerle un par de críos... Deberías pensar en ser feliz, que esta vida dura poco».

En el encargo que me hacían, Lola MacHor era mi premio: no podía dejarlo pasar.

El avión del árabe me dejó en la terminal ejecutiva del aeropuerto de Madrid. Alquilé un coche, envié unos wasaps e hice unas llamadas que me llevaron a concertar dos cenas sucesivas: a las ocho, con una amiga del Centro Nacional de Inteligencia en un pequeño y poco glamuroso restaurante de la colonia Puerta de Hierro. A las diez, en Pozuelo de Alarcón con otra *amiga* que nada tiene que ver con los servicios de seguridad.

Me dirigía hacia la primera cita cuando me entró una llamada.

—Comandante Iturri, soy Pedro, el marido de Marieta Garache.

—¡Ah, Pedro! Gracias por ponerte en contacto...

—A la inversa, comandante. Para mí supone una liberación poder compartirlo. ¿Cómo te has enterado? Sé que los de Interpol sois rápidos, pero no imaginaba que tanto.

En guardia por sus palabras, le seguí la corriente.

—Hacemos lo que podemos. Cuéntame, por favor.

—¿Qué puedo decirte que no sepas? Verás, yo me dedico a las finanzas. Por eso no me pareció extraño que mi mujer y mis cuñados me pidieran que arreglara las cuestiones económicas de su padre para hacerle más fácil el trago a

Lola. Esperaba encontrarme algunos ahorrillos, un fondo de pensiones, algunas acciones (a los médicos les encanta la bolsa), pero no una cuenta en Suiza con setenta millones de dólares... Me asusté, la verdad. Mi suegro era una eminencia, pero no conozco a ninguna eminencia que consiga ahorrar esa cantidad de dinero antes de cumplir sesenta. Es muy fuerte, ¿no crees?

—Setenta millones de dólares es una cifra nada despreciable —repetí, aún sin poder digerirlo—. Dime, esa cuenta, ¿está también a nombre de Lola?

—No, solo al de Jaime. No creo que Lola sepa de su existencia, ¡estaba preocupada por no tener suficiente dinero líquido para sufragar los gastos del sepelio!

—¿Conoces el origen de esos fondos?

—He seguido su procedencia a través de las anotaciones de mi suegro y preguntando a algunos colegas suizos. Jaime recibió en un día de febrero seis transferencias. La primera, de veinte millones, procedía de una fundación farmacéutica con sede en Madrid. Eso podría cuadrar, porque era de una farmacéutica. Pero recibió otras cinco de diez millones de dólares cada una procedentes de bancos de Arabia Saudí, Islas Vírgenes Británicas, Dubái, Luxemburgo y una fundación de Zúrich.

—¿La Fundación Lammet, por casualidad?

—La misma. Y esa fue la que más me preocupó. Que mi suegro reciba una donación de una empresa farmacéutica es comprensible, pero que reciba millones de una fundación destinada a causas sociales, no.

—Explícate, por favor —le pedí.

—Esa fundación tendría que recibir fondos para destinarlos a causas sociales, no cogerlos y dárselos personalmente a mi suegro. Verás, Lammet ofrece la posibilidad de crear subfundaciones personalizadas a medida del donante para la implementación de sus propios proyectos filantrópicos. Eso es lo que se ha hecho en esta ocasión: crear una fundación cuyo patronato está formado por miembros de los patronatos de otras fundaciones del mismo origen, desde la que hacen y deshacen sin pagar impuestos ni dar explicaciones. Eso no es raro financieramente, pero su objeto social nada tiene que ver con el trabajo de mi suegro: está unida a un torneo anual de golf... He preguntado a mis colegas y me

cuentan que es un torneo para gente con la cartera llena, al que solo se puede acceder por invitación. Vamos, que es un evento en el que agasajan con toda clase de atenciones a los ricos con la finalidad de afeitarles un poco la cartera. Lo que no parece tener sentido es que lo hagan para dárselo a mi suegro. Por cierto, en este momento, esa cuenta está en números rojos y han tenido que hacerle un préstamo puente desde otra fundación.

Moví la cabeza sin poder evitarlo.

—De acuerdo, no te preocupes por eso de momento; lo resolveremos. Ahora me gustaría que compartieras conmigo toda información que tengas sobre el atropello: datos del conductor, el reconocimiento del cadáver, autopsia...; todo lo que se te ocurra. Aunque te resulte doloroso, esos detalles podrían serme de utilidad.

—Bueno, no hay mucho que decir. Mi mujer y mis cuñados decidieron que no fuera Lola la que hiciese la identificación. Estaba fatal. Todos estaban fatal, por eso yo me ofrecí.

—Supongo que la experiencia te habrá impactado mucho. Un anatómico forense requiere mucho estómago...

—Para ser sincero, no; me ahorraron la parte dura...

—¿Qué significa que te lo ahorraron? ¿No hicisteis una identificación directa?

—No, qué va. Me entregaron sus objetos personales: su cartera, su anillo de casado, el reloj que le regaló Lola cuando cumplieron veinticinco años de casados, su ropa, las llaves de casa... Como mi suegra se mostró cautelosa e insistía en que los objetos y las prendas de vestir pueden fácilmente cambiar de dueño y encontrarse en el momento del fallecimiento en manos de otros, no dio su brazo a torcer hasta que cotejaron las huellas...

—¿Y adujeron la desfiguración del rostro para no hacer una identificación directa?

—No. Dijeron que Jaime andaba siempre entre virus extraños, sobre todo después de la pandemia, y el juez encargado no vio necesario poner en riesgo la integridad de los forenses si el método dactiloscópico era conclusivo. Lola se puso como un basilisco, pero finalmente cedió. Como quieren enterrarlo en

Pamplona, en el panteón familiar, para evitar los incómodos traslados, los hermanos decidieron incinerarlo. No se lo comentaron a Lola porque sabían que se opondría. Ahí empezó todo: aseguraba que habíamos destruido pruebas de un asesinato... Ya sabes cómo se pone con esas cosas... Pero lo peor es que decidió quedarse con sus cenizas y con su ropa en el hotel y así sigue. ¡Ojalá puedas convencerla de que vuelva!

9

5 de agosto, Madrid

—Créeme, querido comandante: el mundo es mucho mejor con Hamid bin Aziz muerto y enterrado; lo único que lamento es que no haya ocurrido antes. Cómo murió, me importa un comino, aunque, si me das a escoger, espero que sufriera muchísimo —sentenció la agente del CNI con la que cenaba, cuando mencioné su nombre. Betty es una mujer curiosa: castaña clara, de rostro anodino y mediana edad, ni fea ni guapa, tiene aspecto de ama de casa de clase media alta. Habla por los codos, pero nunca dice una palabra que no deba decir. Hace tiempo que nos conocemos. De hecho, hemos colaborado en un par de ocasiones, pero es puro CNI y, por lo tanto, peligrosa.

—Veo que te caía simpático... —repliqué, tratando de tocar en la herida.

Se encogió de hombros.

—Estoy obligada a ser realista, Iturri; estos tíos tienen petróleo y nosotros necesitamos petróleo. Tenemos mucho más que perder que ellos y ponernos estupendos diciendo que los derechos humanos tal y cual solo sirve para pegarnos un tiro en el pie. Todo eso lo entiendo. Pero no hasta el punto de permanecer impasibles cuando meten a un activista en su embajada y lo cortan en trocitos porque los incomoda; no mientras vemos la que están armando en Yemen... —Mi cara transparentó mi disgusto: mi segunda cena era en una hora y no tenía tiempo para hablar de política internacional—. Vale, lo pillo: solo te interesa tu chico... De acuerdo, hablemos de Hamid bin Aziz, que es para echarle de comer aparte. Pero antes dime por qué Interpol mete el hocico en esto.

—No es Interpol, soy yo, querida. Anda, sé buena y déjame escuchar lo que

sale por esa boquita tuya tan bien informada —la adulé, por si servía de algo.

—De acuerdo: tu árabe es otro príncipe megalómano con una mente enferma y un ego hipertrofiado. Intentó occidentalizarse en Londres, donde estudió, pero lo único que consiguieron su cara simiesca y sus gustos contrahechos fue desprecio, de modo que regresó a su patria lleno de ira y dispuesto a matar a Occidente. Salvo su hermano Al Waleed, en su extensa familia de petrodólares tampoco lo apreciaban mucho. Sus hermanos y primos son respetados..., «aceptados» es un verbo más correcto, en la sociedad occidental: han estudiado, invertido, comerciado, creado o apoyado compañías; ayudan en causas benéficas, asisten a fiestas, se codean con unos y otros, mantienen las formas... Pero tu chico buscó la vía del extremismo: financiaba todo lo financiable, sobre todo en Palestina, donde llegó a ser tenido por un héroe de Hamas. Por eso estaba en la mira de americanos, judíos, y de nosotros, los europeos. Naturalmente, su estricto islamismo era impostado: no era un firme creyente. De hecho, bebía como un cosaco y le encantaba el jamón.

—Nada de eso me importa, querida amiga, lo único que necesito saber es por qué se lo cargaron y quién...

—A ver, Iturri, entre tú y yo: teníamos dos relatos preparados. El primero era el del suicidio: el príncipe, cansado de su insulsa vida de donnadie, masticó una dosis potencialmente letal de semillas de *Ricinus communis*, arbusto de la familia de las Euphorbiaceae, más conocido como higuerilla o higuera del diablo, y la palmó: fallo multiorgánico.

—Define dosis letal...

Se echó a reír.

—Te has dado cuenta del tamaño de la jeringuilla, ¿no? De acuerdo, ahí va el segundo relato: Hamid bin Aziz asistió a una cena en Sotogrande el día trece de julio, en la que también participaron el cardenal Norberto Ochavarría (no me has preguntado por él, pero sé que lo conoces) y un empresario español, un rico marqués llamado Claudio Guinea. La esposa de este último, mucho más joven que él, quería quitárselo de encima como fuera. Se coló en esa cena y envenenó la comida...

—Doy por sentado que no has visto nunca un envenenamiento por ricina. De

ser así, no me estarías contando este camelo: la ricina no produce hemorragias masivas —la recriminé. Luego sonreí y aventuré—: Quizá no fuera ricina, quizá fuera otra sustancia...

—Lo era: lo ratificaron con una técnica inmunológica llamada ELISA sándwich... No me preguntes de qué va, porque no tengo ni idea, pero me quedé con el nombre porque así se llama mi hija... Por cierto, ¿quieres saber qué cenaron? Según la autopsia, en el estómago de los tres hallaron caviar de beluga y tarta de queso...

«De nuevo el caviar», pensé.

—¿Y por qué lo pintáis como un suicidio?

—¿No te parece conveniente? —respondió sin acritud—. Los suicidios son bastante socorridos.

—¿Conveniente? ¿Conveniente para quién?

—¡Ah, cómo sois los de Interpol! ¡Queréis saberlo todo! ¿Quieres los detalles morbosos? Pues ahí van: la policía registró su fastuoso yate forrado de oro por todas partes, ¡mira que son horteras estos tíos! ¿Sabes qué encontraron? Además de drogas y alcohol. —Asentí con la cabeza—. Pues a dos menores: dos niñas de trece y once años, ambas de nacionalidad egipcia. Las mantenía encerradas, medio desnudas y muertas de miedo en los camarotes contiguos al suyo. Al parecer, a tu chico lo aterraba coger el sida, de modo que optaba por «estrenar» personalmente las mercancías.

»Y era una mala bestia. A la más pequeña van a tener que reconstruirla de arriba abajo y es difícil que sea madre... A la mayor, casi la mata a golpes. ¿Y sabes qué? Que ambas estaban llenas de mordeduras; su dentadura perfecta ha dejado su sello en cada parte de su cuerpo: piernas, brazos, senos, cuello... A la pequeña le arrancó un pezón...

Cerré los ojos con asco y pena, mientras verbalizaba lo que me parecía obvio.

—Tráfico de menores...

—Negativo: eran *nikah mut'ah*, matrimonios temporales. Hamid pagó unos quinientos dólares al cambio a los padres de las menores por casarse con ellas durante una semana. Después de ese tiempo, el matrimonio se extingue y las devuelven a casa. Es como ir de putas a la guardería, con bendición religiosa.

Menos mal que se murió por su cuenta, que si no... Tengo una hija de catorce años y me entran ganas de...

—Así que cocinasteis el incidente a vuestra manera...

Se encogió de hombros.

—Hamid ya estaba muerto y nadie, ni los saudíes, ni los egipcios, ni nosotros, ni nadie, quería un incidente desagradable. El suicidio era una buena salida para todos, pero no nos dimos cuenta de que, a pesar de ser un cabrón, era un cabrón árabe y un suicidio impedía que lo enterrasen en terreno sagrado...

—Así que tuvisteis que echar mano del segundo relato: Margarita Rice envenenando a su fofo y viejo marido, al cardenal, al árabe...

—Si añades al cóctel que Margarita Rice no es española, sino gibraltareña, aún sabe mejor. En todo caso, el juez dictaminará...

No me resistí a preguntarlo.

—¿Y qué ha pasado con las niñas?

—No me preguntes eso, por favor...

—¡No jodas!

—Las van a devolver a sus padres cuando se repongan, pero como Hamid falleció antes de resolver el contrato, mantienen el título de esposas. Eso les garantiza dinero suficiente para que sus padres no tengan que venderlas cada verano, cada vez por precios menores, porque ya no son vírgenes... Una mierda...

Tomó la copa de vino y se la terminó.

—Y tú, ¿quién crees que le dio el pasaporte?, ¿Margarita Rice?

—No lo sé, querido Iturri... Era un tío tan gris y minúsculo que nadie perdería el tiempo quitándolo del mapa. De hacerlo por alguien, apostaría por Israel, siempre apuesto por ellos, pero insisto en que no los veo enemistándose con Arabia por ese cabeza hueca. —Betty dejó de jugar con las migas de pan y me clavó la mirada. Vi en ella un brillo especial y entonces lo comprendí. Ella seguía hablando—: Y ahora te toca a ti contarme por qué Interpol está metiendo las narices en este asunto. Me extraña, la verdad; no tenéis nada que hacer ahí: lo vuestro es Marbella, no Sotogrande...

—Nada de Interpol. Es una simple e inocente curiosidad particular. Y si temes que se filtre, estate tranquila. No se lo diré a nadie...

Se echó a reír.

—¡Joder, Iturri! No recordaba que fueras tan bueno. Has acertado: Hamid era uno de nuestros informantes, uno muy bueno. Él hablaba con nosotros y nosotros hablábamos con el Mosad. Tuvimos que hacer de tripas corazón, ya sabes cómo va esto. —Puso su mano sobre la mía. Estaba helada—. Y para celebrar tu silencio, te regalo un consejo: déjalo estar. De verdad; es pura mierda y te salpicará. En fin, querido, debo marcharme; tengo que recoger a la niña. Está con sus amigas en una hamburguesería...

Ahora fui yo el que envolví su mano entre las mías.

—¡No puedes marcharte todavía! He pedido que nos preparen un helado de café...

Betty sonrió divertida, recordando aquel *gelato* que compartimos en la Piazza Navona, en una vida pasada.

—Mi hija espera que la recoja...

—Pues sé una buena madre y deja que se divierta media hora más. No es tarde...

Recuperó su mano, me sonrió y se alejó para hacer una llamada. Aproveché para pedir el helado.

—¡Quince minutos, comandante! No puedo darte ni uno más. ¿Por quién me quieres preguntar?

—¿Tienes alguna duda?

—De acuerdo, empiezo por el cardenal Ochavarría. —Saboreó una cucharadita de helado de café. No era ni de lejos como el italiano, pero se dejaba comer—. Me caía bien: buena persona, quizá demasiado ingenuo, pero honrado. Inteligente, sobrio, recia piedad y con mucho sentido común. Un hombre de Dios, en dos platos. Apartamento modesto, amigos de toda la vida, gustos frugales...; salvo el coñac, siempre bebía armañac. Por lo demás, limpio como una patena.

—Te veo muy puesta. ¿Lo seguíais?

—¡Naturalmente! Tenía muchas papeletas para ser el próximo pontífice. Y un papa es un papa: no tiene armas ni ejércitos, pero sus palabras aún pueden

levantar ampollas, apoyar políticas o derrocar dictadores. Siempre seguimos de cerca a los candidatos. Y este era de los buenos.

—De los buenos, ¿para quién? —Sonrió como si el dardo le hubiera llegado —. Aclárame eso.

Echó un vistazo a su reloj.

—Voy a simplificar, que me tengo que marchar. Años 2005 y 2013. En ambos, hubo cuatro fumatas negras antes de que finalmente apareciera la fumata blanca. Pero las dos figuras que aparecieron en el balcón del Vaticano no se parecían demasiado y las comparaciones son casi imposibles de evitar. El primero, Benedicto XVI, tocaba a Mozart al piano, escribía sesudos libros teológicos, se adornaba con mucetas de armiño, brillantes zapatos rojos y camauro, una gorra de terciopelo rojo con un borde de piel blanca de armiño que le daba aspecto de Papá Noel y no se había visto desde el final del Concilio Vaticano II. Y era alemán. El segundo, Francisco, se presentó sin ningún adorno. Lleva anillo de plata, no de oro; usa pantalones y zapatos negros bajo la sotana blanca, rechaza vestimentas litúrgicas sofisticadas y se niega a vivir en el apartamento papal. No sabe tocar el piano ni podría impartir clases de teología dogmática. Y es argentino.

—Entiendo lo que dices, pero gran parte de las cuestiones son puramente estéticas.

—Sin duda, pero ética y estética son muchas veces cara y envés de la misma moneda. Al menos, yo lo veo como un esfuerzo simbólico deliberado de posicionarse. Benedicto representaba la estética conservadora, la vuelta al símbolo, a la tradición, al misterio insondable de un Dios omnipotente a quien hay que adorar. Francisco, que sonríe a inmigrantes, mujeres maltratadas y comunidades LGTB mientras condena el capitalismo, representa la nueva estética, la que mira al hombre que se hace Dios para abrazar nuestra miseria. El mismo Jesucristo, dos versiones. Y, según quien lo mire, incompatibles. En la práctica, uno implica inmovilismo, perpetuar privilegios, lujos, prebendas y opacidad; el otro, lo contrario. En resumen, el primer bando es un órgano; el segundo, una guitarra. ¿Sabías que los más conservadores consideran que la guitarra no es un instrumento digno para el culto? Pues, del mismo modo, los

cardenales «dubia» piensan que Francisco puede ser bueno para el mundo, pero no es digno de Dios. El cardenal Ochavarría tocaba el órgano y la guitarra. Veremos a ver por dónde salen ahora los purpurados.

—Interesante pregunta...

—Por cierto, ¿sabes cómo consiguen que la fumata sea negra? —dijo echando la mano al bolso, que descansaba sobre la mesa—. Utilizan perclorato potásico, al que añaden azufre, el signo del demonio. Para la fumata blanca cambian el azufre por lactosa y resina de conífera. Dos colores, dos significados distintos.

Mi respuesta salió con la rapidez de una bala.

—La lección de química no hará que me despiste, Betty. Deja el bolso, que me quedan cinco minutos, y háblame de Zánel.

Abandonó de nuevo el bolso.

—Ígor Zánel... Te lo describo en dos palabras: es lo opuesto a Ochavarría. Con la excusa de la Fundación Lammet, lo puedes encontrar en todos los saraos donde haya palos de golf, exquisiteces culinarias, hoteles de lujo y gente guapa con el bolsillo lleno. Es un cortesano, un enredahistorias con clériman... Un don Tartufo. Pertenece a la organización, pero de ella no puedo decirte ni Pamplona: mi jefe directo es de esa cuerda y el ministro es cercano, pero sí puedo decirte, aunque con ese tío soy parcial, que Zánel me cae como el culo: es un gilipollas arrogante, un soberbio que no se relaciona con mujeres o pobres porque no son dignos de su presencia. Eso es lo que él cree, porque, en realidad, no es más que un mediocre; un mierda que han pintado de dorado chillón. Es conocido en los ambientes cortesanos por su insultante y despótico comportamiento con sus subordinados y los que no son dignos de su celestial presencia, pero es un lameculos con los de arriba, los donantes y los poderosos. Por cierto, si son poderosas, tampoco le importa que sean mujeres. Su solemnidad es ridícula; si su organización le negara su favor, no tendría ni un trozo de acera donde caerse muerto. Y precisamente por eso es tan peligroso: se aferra a lo que sea con tal de seguir en su puesto. ¡Ten cuidado con él!

—Concreta, querida Betty; no te sigo. ¿Insinúas que su organización ya no lo apoya?

Respiró hondamente antes de responderme.

—Se dice que llevan tiempo intentando defenestrarlo: desentona, no da la talla, no vive como se espera de un sacerdote, no rinde cuentas de su gestión... Esas críticas llegaron a oídos de Zánel, que ideó un plan en el que era imprescindible: identificó al cardenal Ochavarría, se ganó su favor y empezó a venderlo en sus partidas de golf entre las altas esferas. Cuando el nombre del cardenal empezó a sonar, él estaba a su lado. Era obvio que, en esas circunstancias, la organización no podía degradarlo y retirarlo a una residencia de estudiantes llenos de acné y con las hormonas desatadas. ¡Iba a ser la mano derecha del próximo pontífice!

—¿Y qué ocurrirá ahora que Ochavarría ha muerto?

—¿Quién entiende los designios de Dios? —bromeó—. Pero, como amiga, te advierto de su peligrosidad: Zánel es un animal herido y desbocado.

—Gracias por la advertencia. ¿Y qué me puedes decir de la Fundación Lammet?

Volvió a coger el bolso y sacó un iPad bastante antiguo, trasteó en él unos segundos y luego lo giró hacia mí para que pudiera verlo.

—Esta es la sede de la Fundación: un palacete de mil metros cuadrados, en una parcela de cinco mil, situado en Fluntern, el barrio residencial de lujo por excelencia, a los pies de Zürichberg. Está a pocos minutos del lago, de los mejores restaurantes y de los campos de golf, lo que para Zánel es fundamental: juega cinco días por semana... No está mal, ¿no crees? Dentro, en zona separada, hay un apartamento de doscientos metros cuadrados, dotado de capilla, donde reside nuestro hombre junto con otros cuatro varones que trabajan para la organización. Cuentan con piscina y cancha de tenis, y con un impecablemente cuidado jardín de azaleas y rododendros a la sombra de los abetos, los castaños y el bosque de helechos... Ese es el paraíso de Zánel..., su reino. Ahí se siente fuerte, con mando en plaza y sin competencia... hasta ahora.

—¡Tenías esa información en el bolso y te ibas a marchar sin dármela! —exclamé.

—No me la habías pedido, comandante —dijo con gesto divertido.

—Has repetido «hasta ahora» en un par de ocasiones. ¿Insistes en que lo

defenestran?

—Eso dicen mis fuentes. La fundación sirve de soporte económico a la organización. No solo recauda fondos, también es un vehículo para dar soporte financiero a actividades difícilmente encajables en una organización religiosa. Zánel es un genio en esos asuntos: políglota, político y, como te decía, golfista empedernido. De hecho, el acontecimiento del año es el torneo de golf al que asiste un número no pequeño de fuerzas vivas europeas. No obstante, Zánel se ha vuelto..., no sé cómo decirlo..., demasiado mundano. Y los donantes actuales buscan cosas más auténticas. Oye, ahora sí que tengo que irme. Pero sé listo y hazme caso: déjalo estar y saca a tu jueza de allí cagando leches, que puede salir escaldada... ¡Oye, no me mires así! Mi obligación es estar al tanto.

—¿Qué coño pasó en Sotogrande, Betty?

Un silencio denso siguió a mi pregunta.

—No sé lo que pasó. Pero lo que puedo contarte es que, tras la muerte del cardenal, Zánel se cobró algunos favores, violó lealtades y hasta sobornó a la asistenta para acceder al domicilio de Ochavarría en Fráncfort. Entró en su ordenador y en la nube. Lo registró todo. ¿Qué buscaba? Ni idea, pero debía de ser algo importante si se tomó tanto esfuerzo.

—¿Seguro que no lo sabes?

—Seguro. Él cuenta a diestro y siniestro que la culpa de este crimen singular recae en el entorno del papa. El rumor, diseminado desde Estados Unidos, se va extendiendo.

Betty consultó su reloj y se llevó la mano derecha a la frente.

—¡Bendito sea Dios! Llegaré tarde otra vez.

10

5 de agosto, Madrid

El que llegó tarde a la segunda cita fui yo. Silvia Sainz-Nora llevaba ya dos güisquis, que es lo que le gusta beber y los tolera divinamente. Nuestra intimidad, amplia, ha sido solo unilateral. Para un paciente, su médico, si es bueno, es un ser cercano a quien ansía ver y con quien cree tener familiaridad e incluso intimidad. Para el médico, sin embargo, solo son pacientes a los que escuchar, animar y, si es posible, curar. Lo mismo sucede con nosotros. Silvia no vino a mí con un nódulo en un pulmón o con una arritmia, sino con un marido violento y borracho, un capullo integral. La ayuda profesional, los consejos, la posibilidad de hablar por primera vez de tantas cosas como había soportado la unieron a mí con lo que ella tomó por un hilo indeleble, cuando para mí no era más que trabajo. Naturalmente, no me aproveché del momento; no es legal, ético ni práctico —a medio plazo genera muchos problemas—. Como los cuerpos ahogados terminan saliendo a la superficie por la fuerza de los gases generados por la putrefacción, las historias forjadas alrededor de la confusión de sentimientos te estallan siempre en la cara.

—¡Cuánto tiempo, comandante! No sabes cómo me ha sorprendido tu llamada. Pensé que no coincidiríamos más...

—¿Por qué pensaste tal cosa, querida Silvia?

Se llevó el vaso de nuevo a los labios y tomó un exiguo traguito.

—Bueno, lo que ocurrió fue bastante... violento. Yo pasaba por un mal momento...; en fin, que no suelo insinuarme de esa manera. Pero me alegra

tenerte aquí. Nunca llegué a darte las gracias y a pedirte disculpas. No es mi forma de ser, ya lo sabes... Por cierto, finalmente he logrado el divorcio.

Fingí no saberlo.

—Me alegro. ¿Estás bien?

Sonrió. Lucía un impecable vestido de seda de tirantes, en un tono naranja oscuro, sencillo, largo, recto, y seguro carísimo, aunque a mí me recordó a un camisón. Al cuello llevaba un largo collar dorado con bolas naranjas y fresas. Estaba estupenda, salvo por los labios, inflamados y enrojecidos; debía de haberse sometido recientemente a algún tratamiento estético.

—Sí, debí hacerlo mucho antes, pero, qué quieres, ¡tengo apellido compuesto desde hace generaciones! —bromeó—. Somos gente seria, recta, discreta... No nos gusta dar que hablar, pero, finalmente, la mezcla de las aficiones malsanas de mi marido... En fin, lo hemos llevado todo con mucha discreción y, gracias a tu magnífica investigación financiera, con eficiencia... Pero no me has llamado por eso, ¿verdad? Dime, querido comandante, ¿qué puedo hacer por ti?

—Quiero exprimir tus conocimientos, si me lo permites, Silvia...

—¿Mis conocimientos? —estalló en una gran carcajada—. ¡Soy una ignorante ilustrada! Tengo un grado en Arte y un máster en Empresas Sociales... Quiero decir que sé un montón de cosas que estoy segura de que te son totalmente inútiles...

—Pues esas cosas que llamas inútiles me van a venir de perilla. Verás, ando con un asunto en tu mundo y necesito que me guíes por él, pero debes prometerme por todos tus apellidos compuestos que esto quedará entre tú y yo.

—¡Naturalmente! ¡Qué divertido! Por cierto, ¿a qué llamas mi mundo?

—Sotogrande, necesito que me hables de Sotogrande.

—¡Ah! De eso sí puedo hablarte. Y enseñártelo, si quieres, pero tendrá que ser en septiembre: mañana salgo para América. ¿Puedes concretar un poco más?

Sonreí. Me gustaba aquella mujer. Rondaba los cincuenta, si no los había cruzado ya, pero se mantenía bien. Era elegante, poco afectada para venir de donde venía y bastante sensata. Pero tuvo la mala suerte de emparentar con un tipo de medio pelo que no la merecía.

—Supongamos, solo supongamos, pura hipótesis, que Sotogrande, tu

Sotogrande, fuera el escenario de un crimen y que yo tuviera que investigarlo. No es un sitio cualquiera: necesitaría entender qué tipo de gente vive allí, cómo se relacionan, qué buscan; ese tipo de cosas...

—¿De cuánto tiempo dispones? —preguntó, muy práctica.

—¿Podrías resumírmelo mientras cenamos? Me han dicho que en este sitio las alcachofas son estupendas.

—Vale, pues pidámoslas y empecemos.

Cinco minutos después, Silvia estaba en su salsa.

—Ponte en escena: principios de los años sesenta. Un rico financiero filipino-norteamericano, un héroe de guerra que sirvió a las órdenes de MacArthur, empieza a viajar por el Mediterráneo buscando terrenos para crear una pequeña y exclusiva urbanización donde él y sus amigos pudieran disfrutar de familia y deporte sin ser molestados. Como todo paraíso, necesitaba ciertas condiciones: fácil comunicación, abundante agua para regar un campo de golf y terreno para construir villas. Y lo encontró en Cádiz, en el estuario del río Guadiaro: tenía el aeropuerto internacional de Gibraltar a menos de una hora, agua abundante y cinco grandes cortijos —Sotogrande, Paniagua, Valderrama, El Conchudo y Los Canos—, que unidos acumulaban casi mil quinientas hectáreas, a la venta. Se enamoró del lugar, pero, como extranjero, carecía de capacidad para adquirir terrenos. ¿Qué hizo? Pues apuntar alto, al mismísimo Franco. Al dictador la propuesta le pareció caída del cielo. Que desembarcara en España la inversión extranjera era una espléndida noticia: significaba reconocer que había suficiente paz social y seguridad jurídica; significaba congraciarse con el mundo norteamericano. Y significaba, y esto no es menos importante, validar estéticamente el Régimen.

La nueva apelación a la estética me hizo sonreír.

—Aclárame esto último; no te he comprendido.

Me dedicó una sonrisa cómplice.

—Franco fue muy hábil: hizo coincidir dos mundos muy distintos apelando que ambos buscaban un mismo sueño. El norteamericano y sus amigos filipinos, belgas o británicos andaban buscando un sitio donde desplegar su modo de vivir: viviendas de familia para el disfrute y el descanso; zonas espaciosas; naturaleza

y deporte; exclusividad... La arquitectura tradicional andaluza de villas y cortijos que observaron en Sotogrande les gustaba, porque casaba bien con el modelo californiano de suburbio jardín y con el pragmatismo de sus arquitectos de cabecera. Pero también lo hacía con el ideal arquitectónico franquista de posguerra: austeridad de materiales, sobriedad de acabados, arquitectura abierta, flexible, adaptable. Patios abiertos que recuerdan claustros, sucesión de bóvedas de arista que poetizan la volumetría y unen la vivienda con el entorno, el suelo con el cielo, el espíritu castrense y el lujo interior. No había mejor publicidad para el Régimen... Y no solo eso: se logró que el aclamadísimo Robert Trent Jones diseñara el campo de golf de Sotogrande, que pronto se convirtió en uno de los mejores de Europa, y que el arquitecto español del momento, Carvajal, construyera la casa del embajador norteamericano en Sotogrande... En fin, que no me quiero enrollar mucho: Franco, que estaba poniendo en marcha su plan de desarrollo, vio en Sotogrande la excusa perfecta para el acercamiento con el mundo. Y el mundo vio en Sotogrande un paraíso.

—Perdona, Silvia, no sé si te estoy entendiendo bien. Pintas Sotogrande casi como una colonia extranjera en España...

—Las cazas al vuelo, querido Juan. En los orígenes, la presencia española fue muy parca: los Vallejo-Nájera, los Álvarez Guerra, los Benjumea, mi familia... Pero entonces llegó el bloqueo...

—¿El bloqueo de Gibraltar?

—Sí, claro. En 1966, la Asamblea General de Naciones Unidas estudió la cuestión de Gibraltar y lamentó la demora en el proceso de descolonización. Franco aprovechó la resolución para realizar una propuesta formal de devolución a España, solicitando la anulación del Tratado de Utrecht. Los británicos no solo rechazaron la propuesta, sino que convocaron un referéndum de soberanía que concluyó con un chapucero noventa y nueve por ciento de los votos de los habitantes del Peñón en contra de su devolución a España. En respuesta, el general ordenó el cierre de la Verja y el corte de toda comunicación terrestre, aérea y marítima entre España y el Peñón. La Verja permaneció cerrada, como sabes, hasta 1982 y el tránsito aéreo hasta el 2006. Ese bloqueo provocó la fuga masiva de foráneos y la apuesta decidida de grandes familias españolas por

Sotogrande: Sáenz de Vicuña, Villar Mir, Mora Figueroa... Entre ellas, promovieron canchas de polo, de tenis, nuevos campos de golf, el puerto... Pero los paraísos son casi siempre deficitarios y hubo que abrirse... al vulgo. —Rio de nuevo—. No mucho, lo suficiente para cuadrar las cuentas sin perder la esencia. Por eso, Sotogrande es la antítesis de Marbella: ni aglomeraciones, ni luces de neón, ni discotecas, ni construcciones masivas ni petrodólares. Solo el espíritu original: privacidad, diversión sana, familia y deporte.

—Y ahora, ¿cómo está?

—Más o menos igual: ha crecido hacia la montaña, pero sigue manteniendo ese aire primitivo...

—Franquista...

—Más bien tradicional, sin estridencias. Clase media y media alta; sin ruido y sin horteradas... La gente se reúne en sus casas, donde se organizan desde veladas literarias, teatrales o musicales hasta cenas benéficas; se ve en los partidos de polo o en los campos de golf y coinciden un rato en la playa, que, por cierto, no es de las mejores...

Decidí ir directamente al grano. Empezaba a hacerse tarde y estaba cansado.

—¿Conoces a Claudio Guinea, Silvia?

Echó hacia atrás su melena rubia, un gesto que parecía mimetizarla con el lugar que describía.

—¡Cómo no! ¡Pobrecillo! Dicen que se lo cargó su mujer, la segunda, Margarita no sé cuántos, y que la han metido en la cárcel. ¿Ese es tu crimen?

—Háblame de Claudio, por favor —corté.

—¿Qué puedo decirte de Claudio? —se tomó unos segundos—. Pues mira, para empezar, era un tipo listísimo, una mente sobresaliente; creo que uno de los hombres más listos que he conocido, ¡y con sentido del humor! Ácido y filoso, pero ingenioso. Y un mujeriego impenitente: siempre estaba en celo. Pero, desafortunadamente, era un arribista. Entró en el círculo cuando se casó con Carmen, por cierto, muy amiga de mis tías. Le hicieron marqués por sus servicios a la Corona, aunque llamar marqués a Claudio es como llamar encanto a una vaca. De hecho, ya ves, ha muerto siendo un distinguido y acaudalado comerciante, infestado de bótox y casado con una aspirante a señora.

—Eso es un poco cruel, ¿no crees?

—No es una crueldad, es la realidad —señaló con imperturbable serenidad—. Yo lo apreciaba, como aprecio a todos los que han conseguido con esfuerzo lo que se proponían. Se propuso convertirse en riquísimo y lo consiguió. —Silvia me dedicó una sonrisa sincera, tomó un minúsculo trocito de pan y me dijo sin pizca de afectación—: Verás, yo divido a los ricos en tres grupos: tradicionales, auténticos y nuevos. Los tradicionales son pura educación y descanso. Mi padre era un perfecto ejemplar del primer tipo; su día se dividía entre el tiempo que pasaba montando a caballo y el que dedicaba a descansar de montar a caballo y a departir con los demás aristócratas. Nunca dio un palo al agua, vivía de las rentas, aunque, eso sí, pertenecía al patronato de no sé cuántas fundaciones y daba gusto cenar a su lado, porque poseía una educación exquisita...

»Al grupo de los nuevos ricos pertenecen los dioses de los efectos especiales: emociones, sorpresas, polémicas, flases, revistas, Instagram... Son gente que siente la enfermiza necesidad de que todo perro pichichi sepa que son ricos. Les gusta que les hagan la pelota, gastan el dinero sin control, llevan todo infestado de logos y todo lo que tienen debe ser *más* grande que lo de los demás.

—¿Y los auténticos? Entiendo que es donde te encuadras...

—Pues sí, esa es mi rama materna. Ni a mi madre, una duquesa educada a la alemana, ni a mí ni a mis hijos nos parece maravillosa la inutilidad: somos demasiado victorianos para aceptar que el trabajo sea una maldición que solo los pobres deben soportar. Mamá nunca criticó abiertamente a papá, pero a sus hijos siempre nos hacía notar que un pelo engrasado por el sudor del trabajo era mucho más valioso que el engominado de mi padre. Quizá por eso yo sea tan esnob... Sin embargo, somos ricos y disfrutamos de esa indiferencia que produce la independencia financiera. Mi madre era austera y firme, y yo también, pero nunca me preocupó demasiado a cuánto ascendían las facturas del internado, de la universidad norteamericana donde estudié o de mi suntuosa boda. Cuando monté mi ONG, me inquietaba lo justo que fuera mal, porque estaba segura de que tampoco sería tan grave: siempre encontraría a alguien con un apellido concreto que me pudiera avalar, prestar o condonar. Y si no era así, tampoco pasaba nada. La tediosa y prosaica necesidad de valorar cada euro, de ganarme

la vida en cada factura, día a día y año a año, no está en mi lenguaje, pero sí estaba en el de Claudio. Todos en mi familia hemos enseñado a trabajar a nuestros hijos, a vivir la justicia con nuestros empleados y a no defraudar al fisco, y esperamos que estos hagan lo mismo con nuestros nietos. No somos parásitos, sino miembros de esa aristocracia que siente la obligación de dejar el mundo un poco mejor que lo encontramos...

—Salvo lo de Hacienda, que no me lo creo, entiendo tu discurso.

Silvia sonrió.

—Sea como sea, Claudio Guinea era un campo de minas, un hombre lleno de complejos, presa de sus propios diablos. Siento que haya acabado así. Lo cierto es que está siendo un verano malísimo. ¡Menudo mes! ¡Nadie va a querer volver a Soto en julio!...

Me puse en guardia enseguida.

—¿Por qué malísimo?

—¿Por qué? ¡En un solo día han muerto cuatro personas! Fíjate cómo suena: catorce de julio; por la mañana, Margarita asesina a Claudio; a mediodía, encuentran fiambre a un príncipe árabe en un barco atracado en el puerto de Sotogrande y casi se organiza un incidente internacional; y por la tarde, fallecen Juanjo y Pitita Aguirrezábal, condes de Gardoqui... ¡Demasiado funeral para un día de verano!

Aguirrezábal: ese apellido no lo tenía fichado.

—¿Conocías a ese matrimonio?

—¿A los Aguirrezábal? ¡De toda la vida! De la quinta de Claudio, pero indudablemente auténticos. Tenían una de las casas más bonitas de Sotogrande.

—¿Y qué les ocurrió?

—Pues no lo sé con exactitud. Tengo entendido que tuvieron un accidente saliendo de Sotogrande, pero no han contado detalles. En eso de la privacidad los Aguirrezábal son, eran, muy estrictos... Pero, si quieres mi opinión, huele un poco raro...

Seguí un rato más disfrutando de su compañía y de sus conocimientos y a eso de las doce nos despedimos prometiéndonos llamarnos, aunque los dos sabíamos

que no lo haríamos. Cuando ya estábamos en el exterior del restaurante, una idea se me cruzó por la mente:

—Silvia, ¿no conocerás a un sacerdote apellidado Zánel?

—¿Ígor Zánel? ¡Y quién no! Cuando lo veo, escondo la cartera. Ese hombre terminará empaquetando trozos de cielo y vendiéndolos al mejor postor... ¡Mira, de ese prototipo no hemos hablado!

—¿De qué prototipo?

—De los lugartenientes de los ricos... De nuevo, me ha invitado a su Charity Golf Tournament, un torneo benéfico que organiza en Zúrich cada año. Solo millonarios. Y, como siempre, he declinado. Mi concepto de beneficencia no es el suyo. Por cierto, dicen las malas lenguas que lo van a defenestrar...

—¿Y eso?

—No sé qué habrá hecho. O la ha liado con alguna autoridad o ha conseguido menos fondos de lo esperado. En fin, comandante, me ha encantado la cena...

La observé mientras se alejaba, con su vestido de seda naranja ondeando a su paso. «Me cae bien», volví a pensar. Luego, entré en el coche y programé el navegador rumbo a Cádiz: tenía seiscientos treinta y nueve kilómetros por delante. Haría una parada cada dos horas y llegaría justo a la hora del desayuno.

Segunda parte

Tres semanas antes

1

No son los títulos los que honran a los hombres,
sino que los hombres honran a los títulos.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El príncipe*

14 de julio, Sotogrande

Un cielo negro rabioso; luna, pero no estrellas, y el día en posición vertical, a punto de saltar como un muelle comprimido. Claudio Guinea, que no quiere perderse el momento, detiene su coche y desciende con rapidez. Conduce el Bentley azul. De entre su exquisita colección de automóviles, es el más antiguo y el que más le gusta. Como si fuera su fiel braco alemán, inexcusable compañero de cacerías, le palmea un par de veces el capó. «Buen chico», susurra, y enfila el hoyo tres. No se molesta en cerrar. En su selecta sociedad, sería una vulgaridad innecesaria.

Una ráfaga de viento inoportuna le hace detenerse. Se amarra la cremallera del chaleco y reubica su abundante cabellera pajiza dentro de la visera azul marino. Su vestimenta es acorde con las estrictas normas del Real Club de Golf donde se encuentra. Allí, camisetas sin cuello, pantalones estilo pirata, gorras con visera hacia atrás, bañadores o prendas distribuidas por proveedores fantasmas no son bienvenidos.

Al observar el aparcamiento vacío, sonríe. En los últimos años, nadie se le ha adelantado un viernes. Hay camareros, cocineros u otro personal auxiliar en el recinto, pero Claudio Guinea solo se compara con sus pares.

Como cada viernes estival, ha madrugado hasta anticiparse a las gallinas y

cruza apresuradamente el aparcamiento con la mente fija en el hoyo tres, donde pretende cobrarse una de las piezas más exquisitas que conoce; la que más ha echado de menos durante las últimas semanas que ha pasado cazando en África, acompañado de dos amigos y de Margarita, su recién estrenada mujer.

En la mano lleva su viejo bastón silla de caza, un modelo inglés de aluminio y cuero, fabricado a medida, con el asiento amortiguado y plato de tope. Ha visto mejores tiempos: relamido por el sol y la humedad, su cuero está tan agrietado que pide jubilación. Sin embargo, es su preferido.

La primera semana de casados, la estúpida Margarita decidió que el bastón era demasiado viejo y simple para un hombre tan importante como su marido y encargó uno nuevo, tirando el auténtico a la basura. ¡Por todos los santos, lo sembró de marquetería! Nada más verlo, Claudio lo lanzó por la ventana y exigió que le devolviese el suyo o recogiera sus cosas para siempre. La muy tonta ni siquiera entendió lo que ocurría. No entiende nada. Es incapaz de comprender que no son los materiales o el precio los que lo hacen valioso, cuanto su fidelidad y compañía durante tantos años. Pero, claro, ella procede de otra tribu, una que solo entiende de baratijas. No, definitivamente Margarita no es de los suyos, solo un brazo y un tanga de los que colgarse. Casarse con ella ha sido un terrible error que va a corregir de inmediato.

Anda deprisa, como si fuera a llover y no llevara paraguas. Ha consultado la previsión y tiene certeza de que no se mojará; solo calor y poniente, pero, no sabe por qué, la mañana entona rara y está nervioso. Lo está desde la cena del día anterior: como cada segundo jueves de mes, en estricto secreto, se ha reunido con el resto de los miembros del Club del Caviar para recibir su dosis. Sin embargo, esta vez, por lo que sea, no le ha caído bien. Aun así, sonríe satisfecho de sí mismo.

Ha trabajado duro para estar donde está. A diferencia de los demás miembros del Club, de sus amigos y colegas o de la gente que lo rodea, ha tenido que emplearse a fondo, porque no nació rico. Estudió más que nadie, siempre becado y siempre con el agua al cuello. En ocasiones, se ha visto obligado a saltarse alguna línea roja, pero incluso eso lo enorgullece, lo ensoberbece. Aspira una bocanada de aire, se recoloca la visera y acelera. No aminora la marcha cuando

Jacinto, uno de los camareros del club, con el espinazo levemente doblado como es su costumbre, sale a su encuentro para darle la bienvenida.

—Buenos días, don Claudio. ¡Es un placer verlo de nuevo y tan en forma! ¿Quiere que le tenga preparado café y tostadas a su regreso?

—Gracias —zanja con aspereza y sin detenerse.

Toma un bugui para llegar hasta el hoyo tres, ubicado estratégicamente en un pequeño altozano sobre el mar y encarando el oriente. En aquel emplazamiento no existe cosa o criatura capaz de entorpecerle el espectáculo del amanecer. Desde allí puede intuir las tejas del cielo, sus paredes, sus recodos y hasta sus sótanos salados. Desde allí, mucho más que desde su despacho o su avión privado, se siente señor de su destino.

Dueño absoluto.

Abre el bastón y lo coloca en el suelo, bajo la encina centenaria, y luego despliega el pequeño respaldo. Al incorporarse, encuentra que la luna, como un buen acomodador, ilumina su asiento mientras lo pinta de rocío. Extrae su pañuelo blanco del bolsillo, lo agita hasta convertirlo en una pequeña fusta y con ella cepilla la capa de cuero, que enseguida se desprende de las pequeñas briznas de hierba.

Se acomoda y atornilla su mirada en el cielo. Por un instante, el brillo de la luna se acentúa. «Su último estertor», piensa, y siente un escalofrío. Termina de subirse la cremallera del chaleco; la noche mueve algo de aire, frío y blando a la vez. Cruza las piernas y saca el cigarrillo que fumará tras el éxtasis.

Respira hondo la negrura magnífica. El preludio es realmente hermoso. Un placer de primera categoría, ante el que toda preocupación deviene pequeña. Se frota el mentón. No se ha afeitado. Al notar la incipiente barba, su boca simula una mueca. Se desprende de la visera, se sacude el cabello y vuelve a colocársela. De madrugada, Margarita ha intentado hacer de las suyas, hay que reconocer que en eso es notable tirando a buena, pero no se lo ha permitido. Ya no la quiere a su lado.

Por fin, el día asoma como un niño miedoso tras el horizonte entreabierto. Guinea se incorpora admirado. La luz, que va a arrancarse, durante un instante se enquista en un simple ribete. Aguanta la respiración. Casi de inmediato, el día

toma impulso rodeándose de una manada de colores pulidos, chispeantes como monedas de oro, como joyas.

Una fortuna.

Se coloca el cigarrillo entre los labios, extrae del bolsillo su Dupont de oro, una antigualla que conserva como recuerdo del pasado, y lo enciende. Repentinamente, nota un chasquido en lo más insondable de sus entrañas. De inmediato, lo invade una inusitada angustia y siente la necesidad de ponerse en pie. Le tiembla todo el cuerpo. Nota algo indefinible, un dolor interior, visceral, que nunca ha sentido, y como si alguien hubiera cambiado sus setenta y tres años por setenta y tres piedras y se las hubiera cargado a la espalda; se nota un anciano. El pitillo se le cae de entre los labios. Vuelve a fijarse en el horizonte y descubre, aterrorizado, que todo se ha vuelto rojo. Mira a su alrededor, arriba y abajo, se mira las manos: resulta extraño, el mundo es monocorde. Hasta el mar. Hasta la silla de su bastón. Hasta el aire es rojo. No recuerda un miedo parecido, ni siquiera cuando Carmen, su primera esposa, se enteró de su último *affaire* y lo abandonó. No, ni siquiera entonces. Esta sensación es muchísimo más lacerante, una angustia profunda y oscura, una urgencia imposible de desatender. Sin mirar atrás, arrastra los pies hacia el bugui para dirigirse al club, pero, al notar que la maldita sombra roja avanza y se abre paso en su interior, cambia de rumbo.

Arranca. Ya todo es rojo intenso. Se siente solo, sin nadie que pueda ayudarlo, sin nadie que quiera. Pareciera que ha transcurrido un siglo desde que viera amanecer. Todo se torna irreal. ¿Y si su vida hubiera sido un simple ensayo y fuera a caer el telón?

De pronto, la duda se disipa: es ella. No la conocía, pero la reconoce. La ve venir. Nunca ha creído a quienes le decían que se la siente llegar, pero tenían razón: su tiempo ha concluido. No quedan prórrogas, ni descuentos ni añadidos. Ni su inmensa fortuna ni su privilegiada inteligencia pueden comprarle un amanecer más, ni siquiera un par de segundos: es un pobre de solemnidad. La campana suena, final del combate. KO técnico. Y sin saber cómo, su mente se aleja más y más de lo que tiene alrededor y se vuelve del todo sabia, de forma que su existencia, condensada en una décima de segundo, destila triunfos y vergüenzas, también rojos.

Sonríe con un rictus de tristeza al ver pasar ante sus ojos todos los secretos inconfesados e inconfesables, los días de piel morena y sudor, las sacudidas de la fortuna. Hubo una época en que fue pobre y su única salida era ser el más listo. Hubo otra época en que fue venerado por todo el mundo. Pero ya nada de eso importa. Dando tumbos, se sube al coche.

El vómito de sangre lo pilla sentado en el interior. Respira y dice en voz alta:

—Si vienes a buscarme, estoy en el Bentley.

Tres minutos después, Claudio Guinea está muerto.

2

14 de julio, Sotogrande

Es temprano. En la cafetería del Real Club de Golf de Sotogrande hay una única mesa ocupada. En ella se sientan dos hombres, ambos con el mismo hándicap de golf y con la tez tostada, fruto de las muchas jornadas al aire libre.

Su aspecto, como el del edificio que los rodea, es sobrio y comedido, sin estridencias. Salvo por los Audemars Piguet deportivos que lucen en sus muñecas, cualquier observador los tomaría por dos simpáticos jubilados de clase media que desayunan sin prisa. Pero las apariencias engañan cuatro de cada cinco veces. A sus setenta y tres años, ambos caballeros ostentan marquesados de viejo cuño y empatan ocupando un discreto pero suculento puesto ochenta y cuatro entre los hombres más ricos de España, según el listado de la revista *Forbes*. Como viejos y acaudalados nobles, desprecian a los esnobs y a los nuevos ricos, a los que tienen por decadentes y horteras, y adoran sus rutinas: llevan toda la vida con el mismo sastre, el mismo peluquero, el mismo servicio y hasta las mismas escopetas, y, por descontado, les gusta pasar desapercibidos. Por lo demás, se parecen tan poco como un ciprés a un olivo.

Felipe (Pipe) de Liébana, marqués de Tisón, sentado de espaldas a la pared, es una raya impecablemente recta en una cabellera oscura, escasa, engominada hacia atrás. Se tiñe desde la juventud y, como entonces, luce pequeños pero señoriales rizos en la nuca. No hace falta que hable; sus ojos verde rana, pequeños y almendrados, cantan a la lengua su acento sevillano. Como apenas mide metro sesenta, sus zapatos a medida están provistos de alzas, algo que en su juventud no le restó sexapil, tanto que una de sus novias aseveraba que era la

viva imagen de Superman. El tiempo y la buena mesa le han achaparrado el cuerpo, convirtiendo a Clark Kent en un Sancho Panza risueño, apacible y de apariencia bonachona. Solo en apariencia. Se cuenta que como abogado corporativo era del todo implacable.

Sentado frente a él se halla Diego Dosantos, marqués de Buenrostro, doctor en Medicina y Cirugía, que es puro hueso: setenta kilos desperdigados en una osamenta de un metro noventa y dos centímetros. De hecho, cuando sale al campo y hace viento, se llena de piedrecillas los bolsillos para lograr mayor estabilidad. Con el tiempo, su pelo rubio ha devenido níveo, pero continúa siendo tan abundante y ondulado como cuando era joven y jugaba al baloncesto en el equipo de Yale. Su cara angulosa, seria y orgullosa, contrasta con los colorados mofletes de Pipe. Sus diferencias, sin embargo, no ocultan una antigua amistad a prueba de bomba: han estudiado toda la primaria y la secundaria juntos; luego, el bachillerato, en el mismo internado londinense. Han enviudado casi al mismo tiempo y comparten tanta vida que hasta han pasado el COVID juntos...

Toman café; el primero, con leche; el segundo, cortado. Ambos lo acompañan con una tostada con tomate y jamón.

—Este AOVE es excelente —señala el abogado mientras consulta el reloj—. ¡Conchos, menos veinte! Nuestra salida es en quince minutos. ¿Dónde andará Claudio? Es puntual como un reloj suizo.

Diego Dosantos se encoge de hombros y masculla entre dientes:

—Lo era hasta que Margarita le sorbió el seso.

Margarita fue la última paciente que atendió antes de jubilarse y dejar su espectacular clínica de cirugía plástica, a la que acude toda la *jet*, en manos de su hijo. No niega que, a sus treinta y ocho años, en ropa interior o en esos minúsculos bikinis que suele ponerse, está para comérsela. Pero cuando él la mira no puede dejar de adivinar la cicatriz de la reconstrucción de los pezones, las marcas de las dos liposucciones, la abdominoplastia y la elevación de los pómulos. Le resulta patético que su amigo se dejara engatusar de esa manera y abandonara a Carmen, su primera esposa; una mujer con clase.

Pipe de Liébana se lleva la mano a la frente mientras guiña un ojo para evitar

el sol.

—Creo que lo que le ha sorbido es otra cosa. En todo caso, Claudio sabe que las partidas de golf son sagradas —dice, mientras marca su número—. ¡Mierda! No contesta.

Diego deja la taza sobre la mesa, junto al cuenco de tomate, y levanta el brazo. Jacinto, el camarero, que está limpiando nuevamente la barra de mármol con un impoluto trapo blanco, acude como un animal de compañía tan bien educado que no necesita ni correa ni golpes. Es joven, no llega a los treinta años, pero lleva ya tres trabajando en el club solo para socios. No le pagan bien y hay más de un gilipollas, pero, por lo general, la gente es amable y el aire acondicionado está siempre encendido. No soporta el calor.

—¿Otro café, señor?

—Quizá luego. Jacinto, ¿has visto esta mañana al marqués de Úbida?

—¿A don Claudio? Sí, claro. Vino temprano y se dirigió al hoyo tres para ver amanecer. Suele venir después a desayunar, pero hoy se ha dirigido al aparcamiento.

Diego chasquea los dedos.

—¿Al aparcamiento? Ahí lo tienes: ¡ha vuelto a fumar! Se habrá escondido en el coche para que no lo pillemos. ¿Te has fijado en qué coche traía hoy, Jacinto?

—Creo que el Bentley azul —explica. Es un eufemismo. Lo sabe con certeza. Mientras su dueño se dirigía al hoyo tres, ha estado olisqueando el Continental GT.

Los dos hombres se miran y, sin decir palabra, se levantan y se dirigen al aparcamiento. Jacinto no dice nada, pero picado por la curiosidad los sigue a prudencial distancia.

3

14 de julio, Sotogrande

Mientras se ponen en camino, el doctor Dosantos comenta con pesadumbre:

—Claudio me da pena. ¿De qué te sirve la fortuna, el título o codearte con reyes y reinas si tienes que esconderte en el Bentley para fumar un cigarrillo? Siempre vuelve al tabaco cuando algo lo preocupa. ¿Qué será esta vez? Apostaría que la culpa es de Margarita... ¡Esa arribista le traerá la ruina!

—No te empecines, Diego. Sé que no estabas de acuerdo con que Claudio volviera a casarse, pero vivir solo no es bueno para un hombre como Claudio.

El médico sujeta el antebrazo del abogado.

—¿Qué quieres decir con «un hombre como Claudio»? ¿Qué le pasa a él que no nos pase al resto? Un buen servicio que te tenga la casa lista y te prepare una buena cena; los nietos viniendo a verte; golf, el barco... ¿Qué más necesitas?

Pipe se encoge de hombros.

—Pues alguien que te acompañe a las cenas y a la ópera, que te mantenga la cama caliente, que te haga sentir joven de nuevo. Y, cuando llegue el cáncer de próstata, te haga compañía. ¿Acaso tú no lo echas de menos?

El doctor Dosantos guarda silencio un instante.

—Sí, querido amigo. Mi cama está fría y me disgusta ir de *single* a todas partes. Pero de ahí a babear como Claudio hay un trecho. Fui muy feliz con mi esposa, pero eso ya pasó. Y si crees que cuando nuestro amigo babee y se orine encima Margarita lo cuidará, estás muy equivocado. Contratará a un par de enfermeros que pagará con el dinero de Claudio y ella se buscará uno de esos *musculines* que andan por los gimnasios, y como Claudio estará a por uvas, ni

protestará. Con Carmen no ocurriría... Mira, nuestro amigo es muy inteligente, más que todos nosotros, pero cambiando a una mujer elegante y de mucho mejor apellido que él, que no deja de ser hijo de un capitán del ejército, por una tía ordinaria e interesada, la ha pifiado que te cagas.

—Olvidas la delantera, doctor... —comenta el abogado mientras sacude el aire a su alrededor, tratando de zafarse de una bandada de mosquitos minúsculos —. Carmen tenía barco, propiedades, título nobiliario y el jodido dinero de su papá, pero cero sexapil...

—Esta discusión es absurda, porque estamos de acuerdo: si Claudio hubiera dejado su pilila quieta, no habría Margaritas ni gotas naranjas que le hicieran llegar tarde y jodernos la salida —zanja el médico y aprieta el paso para recorrer los últimos metros que lo separan de la zona de aparcamiento.

—¿Qué son esas gotas naranjas?, ¿algún reconstituyente? La verdad es que está hecho un chaval. ¿Te has fijado en su piel? ¡Me recuerda a la de mi nieta! Le he rogado que compartiera el nombre del médico conmigo, pero el muy egoísta no ha soltado prenda...

El médico niega con la cabeza mientras sacude de nuevo el aire; los puñeteros mosquitos.

—¡Ah, Pipe! Hay cosas que no se pueden reconstituir, aunque tengas mucho dinero. —Se detiene—. Mira, si quieres saber algo más, pregúntaselo a él.

—De eso nada, tío; desembucha. ¿Qué ha hecho esta vez?, ¿se ha colocado un *piercing* en la pilila?, ¿se ha hecho un tatuaje en el culo? Venga, dime de qué va.

El doctor suspira.

—Como no toleraba la viagra por los dolores de cabeza, se puso a investigar y dio con un preparado que producen en la India. Se lo trae un vecino de Sotogrande alto, un tipo raro: son unas gotas de color naranja, de uso tópico y carísimas. Por si te entran tentaciones, tiene un huevo de efectos secundarios: infartos, trombosis venosa, priapismo y otras lindezas...

—¡Joder! Verdaderamente desincentiva. ¿Y has dicho que son de uso tópico? ¿Quieres decir que se ponen directamente en la...? —El médico asiente—. Pues me da lo mismo; con gotas o sin gotas no puede hacernos esperar.

Por fin alcanzan a ver el Bentley, aparcado bajo el techado blanco. En lontananza, se adivina la silueta de su amigo en el interior, sentado en el asiento del conductor, con el codo asomando por la ventanilla bajada. A sus oídos llega el sonido de la radio encendida: en un volumen más que elevado, tres tertulianos de Cope mantienen un animado debate sobre la inflación.

—¿Qué mosca le ha picado? ¡Menudo capullo! Una salida de golf es materia sagrada —comenta el abogado. Todos los socios del Real Club saben que de no estar en el *tee* 1 con una antelación de, al menos, cinco minutos de la hora fijada, perderán el derecho a salir al campo—. Anda, vamos...

Se apresuran. Cada uno se acerca por un lado del vehículo. Abren las puertas al mismo tiempo y también de manera simultánea se inclinan e introducen la cabeza en el coche mientras pronuncian las consabidas maldiciones. Diego, que se ha acercado por el lado del conductor, es el que primero se topa con el cuerpo, que tiene la cabeza ladeada hacia la izquierda y ligeramente inclinada hacia atrás. La vista de aquellos ojos inyectados en sangre lo horroriza de tal modo, que trata de salir de allí a toda prisa y se golpea la frente abriéndose una pequeña brecha. Se lleva la mano a la zona y al retirarla llena de sangre se marea, se tambalea y cae al suelo, donde queda sentado junto al vehículo. Pipe, que no ve la cara de Claudio, sigue protestando porque van a perder su puesto de salida.

—¿Qué coño te ocurre, Claudio? ¡Lo tuyo no tiene nombre!

Como no responde, extiende el brazo y lo zarandea. La cabeza del muerto se gira hacia la derecha y el abogado se topa de frente con sus ojos. No son aquellas bolas azules, brillantes y burlonas, que enamoraban a las mujeres de cualquier edad y condición. Ahora son rojos como la venganza y late en ellos tal desesperación y angustia que las lágrimas de sangre y los restos de vómito sanguinolento en la comisura de sus labios quedan disimulados a su lado.

Todavía con la mano aferrada a su brazo, Pipe de Liébana no puede evitar las arcadas y el pan, el tomate y el aceite que acaba de ingerir terminan sobre el asiento del copiloto. Luego, saca la cabeza a toda prisa, cierra la puerta y se deja caer al suelo. Su puño derecho golpea la arena con movimientos repetidos, cada vez más fuertes.

—¡Dios, esto es una pesadilla! ¡No puede ser!

Diego, con su almidonado pañuelo blanco taponando la herida de la frente, gatea hasta donde se encuentra el abogado. Mientras se arrastra, levanta un polvillo blanco que queda flotando en el aire, como niebla. Él ha sido capaz de aguantar la embestida de su estómago, pero no el llanto por el que trata de expulsar un dolor del todo insoportable. No le ha tomado el pulso, ni siquiera lo ha tocado, pero es innecesario para constatar lo obvio: está muerto. Introduce su mano por la boca del niqui y sujeta el colgante que lleva anudado al cuello; es una pequeña cruz de oro, que antes adornó el pecho de su madre y de la que nunca se separa. Cuando llega al lado de su amigo, este está limpiándose los restos del vómito con su pañuelo.

—¿Está... muerto?

Dosantos asiente. El abogado agacha la cabeza y la mueve a ambos lados.

—¡Dios! ¿Has visto sus ojos? No es un infarto, ¡ni de coña! ¿Cuánto apuestas a que la zorra de Margarita lo ha envenenado?... ¡Pobre Claudio, morir a manos de tu propia familia! —solloza.

4

14 de julio, Sotogrande

—Te lo juro, Diego; ¡cuando eche el guante a esa arpía la mato! ¿No podía disfrutar de la riqueza de Claudio y preñarse para asegurarse una fortuna? Hay que caer sobre ella con todo el peso de la ley... Espero que sus hijastros la despellejen sin piedad. De momento, hemos de dar cuenta a las autoridades y avisar a su familia.

El médico baja la cabeza, coge un puñado de gravilla del suelo y lo suelta poco a poco. La polvareda blanca los abraza como un chal.

—No podemos avisar a nadie, porque, de intervenir la policía, le practicarán la autopsia y las pruebas toxicológicas detectarán las gotas naranjas. ¡Sería una vergüenza para toda su familia! Ellos no merecen un final así. Sería terrible para su reputación...

Pipe de Liébana, cuyas manos descansan sobre sus piernas, mientras sus dedos regordetes retuercen nerviosamente el pañuelo, se echa a reír. Su risa es triste, cínica.

—¿Y crees que a Claudio le importa ahora su reputación? ¡Joder, Diego: está muerto! ¿Te has fijado en sus ojos? El pobre ha debido de sufrir mucho. Al menos, no tenía ese tono macilento que se te pone cuando te mueres. Como Toñete. ¿Lo recuerdas en la caja, con las orejas bailando? Eran tan amarillas que parecían artificiales. ¡Una putada morirse y acabar así! —resopla—. Y nosotros... ¡Qué coño! ¿Cuándo hemos pasado a primera fila?

El médico se encoge de hombros.

—¿Acaso eso te importa tanto?

Felipe reflexiona unos instantes antes de responder:

—He vivido una buena vida. Ni grandes alegrías ni grandes penas: bastante llevadero. He trabajado muchísimo, pero en lo que me gustaba. Mi esposa también fue feliz. Nos queríamos. Mucho, pero sin aspavientos. Fue una buena compañera. Y yo me esforcé también por serlo. No me quejo. Sería ingrato si lo hiciera, pero...

—Pero ¿qué?

El abogado tarda unos instantes en decidirse a escupir sus pensamientos, esos que no querría contar ni a un confesor.

—¡Que tengo miedo, coño! Miedo a la muerte, un miedo cerval...

—¿Miedo? ¿Por qué? Un resfriado traicionero, un desmayo, una subida de tensión..., unos minutos y al panteón. Eso es todo. ¿Te inquieta que tu cadáver tenga orejas de gnomo? ¿Qué más te dará entonces? A mí, hasta Claudio me da un poco de envidia hoy. No es que esté harto de la vida, no lo estoy, pero hay momentos que merecen la pena ser vividos y hay momentos para retirarse. Y yo estoy de retirada...

—¡Joder, todo merece ser vivido! Sábanas limpias, el sol en la cara, enseñar a mi nieta a dar el mejor *swing* de la historia, una partida, comer un buen tiramisú, tomar una tostada con un amigo como tú... Hay infinidad de cosas que me hacen sentir bien, que merecen la pena. Incluso, algunas no engordan.

Diego mira al horizonte. Está azul, un azul de intensidad media, como él. Pipe lo imita. No hay tensión en su conversación, no hay dramatismo ni sollozos, solo una honda pena compartida y una garrapata de dolor muy dentro.

—Te pareceré inhumano, pero me alegra que Claudio haya muerto joven. Hubiera hecho cualquier cosa antes de convertirse en viejo. Odiaba esa fase. Supongo que como todos. Pero, dejando aparte la filosofía, deberíamos sacarlo del coche, porque con estas temperaturas los cuerpos se degradan con rapidez. ¿Recuerdas el velatorio de Osorio el agosto pasado? Dejaron la caja abierta y tuvieron que encender velas aromáticas... Además, si pasa mucho tiempo, se le quedará el cuerpo doblado y no habrá quien lo meta en una caja. De momento, podríamos llevarlo dentro. A lo mejor, en la cocina hay un frigorífico grande...

El abogado, que aún permanece en el suelo, consigue levantarse no sin

dificultad. Los zapatos de clavos resbalan por el cascajo que cubre el suelo del aparcamiento.

—¿Un frigorífico?, ¿con la merluza y el rape? ¡Es grotesco! Además, no debe tocarse nada. Tenemos que esperar a la policía.

—¿Policía? ¡Y una leche! Nada de policía. Tengo un plan perfecto...

—¿Tú, un plan perfecto? ¡Me echo a temblar!

—Ríete si quieres, pero lo tengo. Voy a llamar a Jacinto a la cafetería.

—¿El camarero?, ¿ese es tu plan perfecto?

—Espera y verás... Jacinto, el señor Guinea va a necesitar una grúa: su Bentley se ha averiado... Necesitamos que vengas de inmediato al aparcamiento...

—¿Una grúa? ¡No me jodas, Diego! Eso es imposible... —susurra.

—¡Qué va!, es muy sencillo. Mira, nadie se ha enterado todavía y vamos teniendo cierta edad. Ponemos el bikini al Bentley y fingimos que se ha estropeado. Llamamos a una grúa, pero, en vez de llevarlo a un taller, hacemos que lo lleve a casa, donde, a todos los efectos, pasará por una muerte natural; el consabido infarto. Yo puedo certificarlo: aun jubilado, tengo el título de médico y conozco su historial. Y mañana habrá un funeral normal, sin que esas gotas lo conviertan en el hazmerreír del mundo.

El abogado mueve compulsivamente la cabeza a izquierda y derecha:

—¡De entre todas tus gilipolleces, esta es de las peores! No es una tajada, doctor, ni unas rayas de coca u otro lío de faldas: está muerto, ¡fiambre!, y no de cualquier modo. Hay que avisar o nos exponemos a meternos en un lío de tres pares de narices.

—¿Quién lo dice?

—La ley.

Diego pasea la mirada por el rostro del abogado y se echa a reír.

—Si es por eso, no habrá problema. Yo soy médico: no entiendo nada de leyes.

Felipe niega con la cabeza.

—¡Eso no cuela! Tendrán que emitir un parte judicial de defunción cuando sepan por qué ha muerto y nosotros debemos avisar a su familia.

—¡Uf, demasiadas cosas a la vez! Todo esto es tremendamente complicado para un anciano como yo. A mi edad, ya no comprendo frases enrevesadas. Me falla gravemente la memoria; a veces hasta creo que Ana, mi esposa, sigue viva...

—¡No me jodas, Diego, que soy abogado! Y muy bueno, por cierto.

—Lo sé, pero míranos: vamos dando síntomas de senilidad. Si decimos que no sabemos lo que hacemos, nos creerán. Basta con dejar que la orina nos moje fastuosamente la pernera, ya me entiendes. O podemos hacernos los dormidos en medio de la conversación: yo puedo hasta roncar.

—¡Y un huevo! Yo no estoy senil; y tú, tampoco.

El doctor Dosantos tuerce un poco la cabeza y mira a su amigo con ojos emotivos:

—Era nuestro amigo, Pipe. Míralo una vez más y dime si podemos dejar que lo recuerden como un viejo verde que se ponía gotas naranjas en el pene para cumplir con su nueva esposa... Anda, amigo, llevémoslo a su casa.

Pero es difícil doblar el brazo a un abogado como Pipe de Liébana.

—Muy nobles sentimientos, doctor, pero ¿has escuchado alguna vez que a los infartados les sangren los ojos y vomiten sangre? ¡Piensa, por Dios! Apuesto un huevo y la yema del otro a que Margarita lo ha envenenado. ¿La dejamos irse de rositas? Hay que dar parte y luego conseguir que la policía y el juez instructor sellen el asunto y nada salga a la luz pública.

Mientras Diego se sacude de nuevo los pantalones, espeta con voz afligida:

—Aquí no votan PP ni Vox, tío. Si te toca un juez podemita estará en todos los periódicos.

—¡Di que sí! Tú sigue echando leña al fuego.

Diego se encoge de hombros.

—Pongamos los puntos sobre las íes; además de su amigo, eras su abogado, ¿no? Conocerás su testamento...

—Lo conozco, sí.

—Vale: ¿qué gana Margarita envenenando a Claudio? Tenían separación de bienes.

Felipe abrocha los brazos sobre el estómago y cierra los ojos. Está mareado.

Seguro que tiene la tensión por las nubes.

—Cierto. Margarita recibe un pequeño ático en Madrid y una renta de ocho mil euros mensuales mientras no contraiga nuevo matrimonio.

—¡Ahí lo tienes! Margarita está jodida sin Claudio. ¿Por qué habría de matarlo? No es lógico. Y si te preocupa el envenenamiento, cojamos una muestra y la enviamos al laboratorio. Y si hay rastros de veneno, decidimos después... Pero hay que darse prisa...

—De acuerdo, hagámoslo así. ¿Adónde enviamos la grúa, a la casa que comparte con Margarita o en la que vivió con Carmen?

—El garaje de Carmen es más accesible. Repartámonos: yo me planto en casa de Carmen y tú vas a buscar a Margarita, ¿vale? Anda, démonos prisa en sacar el bikini; por una vez, las manías de Claudio nos vendrán bien.

5

14 de julio, Sotogrande

A Jacinto, que ha seguido de lejos a los dos marqueses, contemplar la reacción del primero y los vómitos del segundo le indica que ha ocurrido algo muy serio. En el interior, el conductor parece inmóvil. ¿Por qué sigue allí? ¿Por qué no lo hacen salir? ¡Se les va a pasar la hora! Tras lanzar un par de miradas furtivas al vehículo, bordea agachado y sigiloso el aparcamiento hasta alcanzar el Bentley por el lado izquierdo. Del interior emerge la melodía del anuncio de unas patatas fritas.

Cuando cuela su cabeza en el habitáculo, se topa con el cadáver. Los inyectados ojos de Guinea le producen tal impresión que, sin poder evitarlo, vomita sobre el cuerpo el bocadillo de mortadela que ha desayunado. Sin detenerse, sale corriendo hacia las cocinas, donde se embucha una cerveza fría de un tirón. Luego, se deja caer sobre uno de los taburetes y esconde la cara entre las manos.

No han pasado dos minutos cuando suena el teléfono fijo. Como un autómata, se acerca para contestar.

—Real Club de Golf. —Su voz suena ronca, aguardentosa.

—Jacinto, soy el marqués de Buenrostro. El señor Guinea va a necesitar una grúa. Necesitamos que vengas de inmediato al aparcamiento.

—¿Qué?

Pero el marqués ya se ha olvidado de él y está intentando deshacer las reticencias de su amigo Liébana. Aunque hablan entre susurros, puede captar la esencia de la conversación. Cuando por fin entiende a qué se refieren con el

bikini, el marqués cae en la cuenta de que no ha colgado y corta la comunicación, no sin antes repetirle las órdenes.

Sin pensarlo, Jacinto, que no sale de su asombro, se acerca al aparcamiento arrastrando los pies. Allí se topa con los dos marqueses, que discuten junto al vehículo de Guinea. Tienen entre manos una funda para coches: las de Claudio Guinea, personalizadas, son famosas en el club. La están deslizando por ambos laterales del Bentley, desde su parte trasera hacia el morro, pero se han topado con los espejos retrovisores, cuya lengüeta es ajustada, y les está costando avanzar.

—No pueden hacer eso... —masculla. Ellos no lo oyen.

—¡Ah, ya estás aquí! Muy bien. Necesitamos una grúa, Jacinto. No pongas esa cara. ¿Acaso no sabes lo que es?

—Claro que lo sé, pero lo ocurrido en el Bentley...

El doctor corta por lo sano.

—Hasta los Bentley se estropean. Y este no va a moverse solo. ¡Venga, espabila! ¿Dónde está el garaje más próximo?

—Creo que en Manilva...

—¿Crees o lo sabes?

—Lo sé.

—¿Y a qué esperas para avisarlos? —lo conmina el médico.

—Pero yo pensaba...

—¡Nada de pensar! Ese no es tu trabajo —le espeta, con un punto de altivez —. Pero, ya que estás aquí, échanos una mano con esto. Ya sabes cómo mima el señor Guinea todos sus coches y que cada uno tiene su *bikini*, así lo llama él, hecho a medida. Por eso vamos a ponérselo para que lo lleven a casa, no se estropee.

—¡Pero eso no puede ser! Él está... él está...

Esta vez es el abogado el que lo detiene con un gesto de la mano, mientras saca la cartera. Trastea en el interior. No sabe si tomar un billete de cincuenta euros o con uno de veinte será suficiente. Se decanta por este último. Se lo entrega mientras lo azuza:

—Date prisa en telefonear a la grúa. Nos estamos achicharrando en este

infierno.

Estupefacto, Jacinto se da la vuelta y se dirige a trompicones a la cafetería del club. El billete de veinte euros le quema en la mano. «¿Qué se han creído esos dos?», piensa lleno de rabia. Coge el teléfono y pide una grúa. Luego, hablando en susurros, se comunica con el puesto de la Guardia Civil.

6

14 de julio, Sotogrande

Apenas quince minutos después de abandonar el Real Club de Golf, el doctor Diego Dosantos, a lomos de su Mercedes Alas de Gaviota, se halla en la puerta de la casa de Carmen, primera esposa de Claudio Guinea. Lo sigue de cerca, en extraña procesión, la grúa que arrastra el Bentley de Claudio.

Como ha avisado a Carmen de su visita, encuentran la verja de la vivienda abierta y el portón del garaje grande subido. Diego aparca en la explanada, junto al Rolls-Royce descapotable de color azulón de la dueña, cruza unas palabras con el hombre uniformado que aguarda en la entrada y se dirige al conductor de la grúa para darle indicaciones. Entre este y el mayordomo sitúan el Bentley en el garaje. Cuando se asegura de que el empleado de la compañía de grúas abandona la propiedad, con una buena propina en la mano, y la puerta exterior está cerrada, sigue a la doncella hasta el jardín.

El de Carmen es un jardín inmenso, pero sabe exactamente el punto al que dirigirse: el punto desde donde se domina la playa y la inmensidad del mar. La vista del horizonte, desplegada en abanico, es magnífica. Pero no se detiene en ella, sino en la mujer que lo contempla: sin maquillaje, descalza, envuelta en un vestido largo de tirantes de tono azul verdoso y con un ligero chal sobre los hombros, se gira al escuchar que se acercan.

—¡Carmen, estás preciosa! Eclipsas hasta las vistas —exclama, mientras roza su mejilla en señal de saludo.

—Esta vista es lo mejor de la casa; en especial, cuando amanece. Esa espuma blanca siempre igual, siempre cambiante, irrepetible... Es muy poético. No me

extraña que a Claudio le chiflara. Dicen que ha encontrado un sucedáneo en el hoyo tres, pero, sin duda, no es lo mismo. En fin, dejemos los prolegómenos: ¿qué nueva tontería ha hecho mi exmarido? Habla sin tapujos, ya no me importa.

El doctor respira hondo y baja la vista.

—Soy portador de pésimas noticias. Claudio ha sufrido un... terrible accidente. Creo que debes estar a su lado en estas circunstancias.

—¿Lo ha pedido él?

Diego, descolocado, tarda un instante en responder.

—Podríamos decirlo así, sí. Carmen, por favor, deberías...

—¿Cómo de grave es? ¡Me estás asustando!

Diego mira al cielo y luego al suelo.

—Mucho... Todo: ha fallecido.

Al escuchar sus palabras, la dama se deja caer en el suelo, de rodillas. Enseguida, llegan las lágrimas. Sabedor de que no puede perder tiempo, Diego se inclina junto a ella.

—Lo siento mucho, querida, pero ahora tienes que escucharme. Claudio murió en el club. Pipe y yo nos hemos tomado la libertad de traerlo aquí, con la idea de decir que vino a verte y le sobrevino aquí el infarto. Firmaré el parte de defunción, si te parece bien...

Aún de rodillas y con las manos apoyadas en el césped, Carmen asiente.

—Es un bonito detalle por vuestra parte. ¿Estaba ella allí? Me refiero a cuando ocurrió.

—¿Margarita? No, qué va. Teníamos salida de golf...

—¿Estás seguro de que ha sido un infarto?

Diego masculla:

—Soy cirujano plástico, querida, sé lo justo de infartos. Pero creímos que era lo mejor para tu familia, por eso obramos así...

—No entiendo nada. Vas a tener que explicarte...

Entre sollozos, el médico habla de las gotas naranjas y del daño a la reputación de la familia si la noticia transciende; de las lágrimas de sangre y la grúa, y de que han contratado una funeraria, que está al llegar. Carmen escucha en silencio, ya sin llorar.

—Llegados a este punto, es tu decisión, querida: puedes avisar a la policía y se abrirá una investigación, o puedes dejarlo correr. Si optas por lo primero, este es el momento: Margarita será la primera sospechosa, aunque no hay motivos racionales para matar a quien te da de comer... En todo caso, deberías vestirte para la ocasión. Va a ser un día largo y desagradable. Además, y esto es vital, imperativo, el servicio debe sacar del coche el cuerpo cuanto antes, porque con este calor... En fin, que es muy urgente...

Carmen levanta la mano rogándole silencio.

—¿Dónde está ella?

—Pipe ha ido a su casa para informarla y la traerá aquí, si estás de acuerdo.

—¿Tengo que aguantar a esa hija de... que ha matado a mi marido convirtiéndolo en un semental? No quiero verla ni en pintura.

—No seas tan dura, querida. Ella no fue la única culpable.

Con enorme sigilo, un criado se les aproxima. Carmen se sobresalta.

—¡Por Dios, Plinio! Le tengo dicho que carraspee antes de acercarse: ¡parece un espíritu! —le espeta, mientras le tiende la mano para que la ayude a levantarse.

—Lo siento, señora. —Plinio retrasa un instante su aviso. Adora a la señora y no desea hacerle daño—. Ha llegado la funeraria y doña Margarita la llama por teléfono.

—¿Cómo se atreve? No le dedicaré ni un minuto. Mándela cortésmente al infierno...

Mientras Plinio pone rumbo a la casa para cumplir el encargo, Diego le susurra al oído:

—Es su esposa legal, Carmen... Pero recuerda el régimen económico matrimonial. Con la desaparición de Claudio, se quedará prácticamente en la calle...

A Carmen se le escapa una risa floja.

—De la calle salió, que vuelva a la calle. ¡Plinio, espera! Deme el teléfono, creo que voy a contestar... Otra cosa: llame al mecánico y pónganse los dos de inmediato a las órdenes del marqués de Buenrostro... —Bajó la voz y, como pensando para sí, añadió—: Tengo que llamar a los chicos. Álvaro está en

Boston, pero María está aquí... Tienen que saber que su padre... Al fin y al cabo, lo es, ¿no? Y debo vestirme...

El médico deja a Carmen al teléfono y sigue al mayordomo, un caballero bastante alto de mediana edad y rostro mayestático, vestido con pantalón negro y camisa blanca de manga corta, con los ojos tan rasgados que uno podría pensar que no ve.

—¿Se llama usted Plinio? —le espeta Dosantos.

—Mi nombre real es Joel, pero el señor me rebautizó cuando vine a servir a esta casa...

—¿Claudio lo rebautizó?

—Sí, marqués: el segundo mayordomo también se llama Joel, lo que producía confusiones incómodas. Don Claudio decía que yo le recordaba mucho a una estatua de cuerpo entero de un tal Plinio el Viejo que tenía en su casa de la Toscana... Disculpe; recabaré la ayuda del mecánico, que es de toda confianza.

—Escúcheme antes atentamente: saquen el cuerpo del coche, introdúzcanlo en el ataúd y ciérrenlo. No permitan que nadie lo vea, ¿de acuerdo?

—Tengo que informarle de que don Claudio expresó el deseo de que lo enterraran con el uniforme de gala del Cuerpo de Ingenieros y exhibiendo la Encomienda de la Orden de Carlos III.

—Nada de vestirlo, Plinio; háganlo como le indico. Cuando lo vea, me comprenderá.

7

14 de julio, Sotogrande

Una mujer mayor de rasgos mediterráneos, vestida con un fino uniforme azul claro, delantal de puntilla fina y cofia, acompaña al recién llegado hasta la estancia de la señora. Margarita Rice está sentada ante un tocador dotado de un espejo de notables proporciones. A Pipe de Liébana se le antoja más propio de un camerino que de un dormitorio, pero se abstiene de verbalizar sus pensamientos; al fin y al cabo, la cabra irremediablemente tira al monte.

Cuando lo introducen, Margarita, que se había recogido la melena rubia con una pinza, perfila con un lápiz azul una raya bajo sus pestañas. No se gira, pero exclama animada:

—¡Adelante! No seas ceremonioso: me encanta que me visite mi abogado preferido. —Reintegra el lápiz al bote repleto de ejemplares similares y, con voz imperiosa, ordena—: Nana, déjanos solos... Bueno, ¿qué ocurre? Tenía entendido que ibais a pasar la mañana pegando golpes a una pelotita de golf. No entiendo qué gracia le veis a eso...

Pipe se abre paso por entre los rocambolescos muebles que llenan innecesariamente el luminoso espacio y se planta ante ella, que se ha soltado el pelo y está adornándose la muñeca con una serie de esclavinas de oro que extrae de un joyero de piel tostada.

—Se trata de una combinación de circunstancias que...

Pipe no avanza. Margarita gira la silla y le espeta:

—¡Por Dios, desembucha! Me estás poniendo nerviosa.

—Tu marido te necesita. Es muy importante. Vengo para llevarte con él...

Margarita deposita un dedal de crema en la cuenca de su mano izquierda y comienza a frotarse la piel. La habitación se llena de un intenso olor a naranja. Apaga las bombillas de luz blanca que rodean el espejo y se pone en pie.

El vestido, minúsculo y transparente, deja entrever su espectacular silueta. A pesar de sus sandalias planas, sus piernas son larguísimas. Al abogado le viene a la cabeza el breve tiempo que compartieron. Tras el zarpazo del dolor y de la soledad que le había causado la muerte de su esposa, había frecuentado algunas amistades femeninas. Margarita entre ellas. No provenía de su mundo, pero su inteligencia y su educación eran sensiblemente superiores a la media. Solía pedirle que se vistiera de azafata, había volado como sobrecargo durante algunos años y conservaba el uniforme azul, y él fingía ser un pasajero con un ataque de ansiedad... Tras un mes de relación, ella pretendió asegurar su posición con un contrato. Pipe se negó. Como respuesta, ella se alejó, llevándose el uniforme, las caricias y la crema con olor a naranja.

—Mi marido me necesita... ¿De qué pelmazo quiere que me ocupe?

El hombre traga saliva.

—Debes cambiarte de ropa, Margarita. Ponte algo más... —va a decir discreto, pero se reprime—, más neutro. Y no te retrases. Tu marido ha sufrido... un... accidente.

—¿Accidente? ¡Mierda, Pipe!, ¿por qué me aterrorizas así? ¡Pensé que le había dado un infarto! ¿Qué se ha roto?, ¿la cadera? A su edad, no es de extrañar. —Se da cuenta de que son de la misma quinta y añade—: Perdona, no quería ofenderte.

—Es difícil que tú puedas ofenderme, querida... —dice—. Claudio ha muerto...

La mujer se tapa el rostro con las manos. Los segundos se suceden. No emite gemido alguno, ni siquiera los espasmos de quien llora en silencio. Simplemente sopesa. El abogado la observa: es como una flor lozana a la que el sol va a abrasar en un suspiro.

—Está en casa de Carmen, Margarita. Por favor, cámbiate de ropa y vámonos.

—¿De Carmen? ¿Por qué de Carmen? ¡Yo soy su esposa! —grita iracunda.

—Porque así lo quiso él. Date prisa.

Puesta en pie, Margarita abandona la habitación por una puerta camuflada en el papel de adamascado purpúreo de la pared. Regresa en un tiempo sorprendentemente corto.

—¿Mejor así?

Se ha puesto un vestido negro de cóctel, con amplio escote a la espalda, combinado con sandalias de tacón blancas y un collar de perlas.

—¡No, no! Totalmente inapropiado. Eso guárdalo para el funeral. Ponte algo que sirva para un roto y un descosido. Y límpiate los labios. Demasiado rojos. Y una coleta...

—Lo quería y él estaba colado por mí. A ti también te quiero, lo sabes, ¿verdad?

El abogado, al que le arde la sangre, no puede reprimirse.

—En los últimos años, Claudio estuvo colado por muchas mujeres. Sobre todo, por una preciosa morenita pecosa, amiga de su nieta mayor, algo más metida en carnes de lo que nos acostumbra su generación. La diferencia entre vosotras dos es que ella es una señorita de nuestro mundo, por eso Claudio ni siquiera se acercó. Tú fuiste mucho más fácil... Y sigo insistiendo en que llevas demasiado maquillaje...

Margarita, que ha regresado vestida con un conjunto de camisa y pantalón gris pálido, el pelo recogido en una coleta alta, adornada por un pañuelo azul y verde, y un collar con una enorme esmeralda rodeada de brillantes en el centro, dibuja una sonrisa amarga, levanta su nariz respingona y estalla rabiosa:

—¡Y yo insisto en que te metas en tu vida!

8

14 de julio, Sotogrande

Mientras Plinio, ayudado por el mecánico, se ocupa del cuerpo, el doctor Dosantos consiente en que Carmen le cure la herida de la frente. A la mujer se le desata la lengua.

—Por aquel entonces, Claudio no estaba bien. Me refiero a cuando se lio con esa puta... Ha sonado un poco fuerte, ¿verdad? ¡Válgame Dios!, no debería haberlo dicho así, aunque sea cierto. Cuando empezó a acostarse con Margarita estaba destrozado. Bueno, ella no fue la primera. Supe de algunos ligues previos, aunque ella fue la más hábil. La amargura le deshizo el alma y lo llevó a comportarse así. Fue como un día de ventisca. ¿Puedes exigirle al jardinero que tenga el jardín sin mácula un día de ventisca? Obviamente, no. Yo sabía lo que ocurría, ¿cómo no iba a saberlo?, pero no hice nada. No lo auxilié ni le presté la atención que me pedía, porque estaba tan inmersa en mi dolor que era incapaz de ocuparme de ninguna otra cosa. ¿Lo entiendes? Nuestro hijo había muerto. ¡Mi pequeño! Y había sido por su culpa. Le dije que no le regalara esa moto, que era demasiado potente para un chico tan pequeño y delgado, pero no me hizo ningún caso. Y el mismo día que la estrenó, lo enterramos. Él fue el culpable de nuestra pérdida; sin embargo, no derramó una sola lágrima ni me pidió perdón. Se comportaba como si nada hubiera pasado y por eso yo empecé a vivir como si no existiera y él empezó a concentrarse en otras cosas: el trabajo, los viajes, sus inversiones; luego, en su propia rabia, tratando de pasar página, viviendo todo lo que no había vivido. Empezó a actuar como un perro y a ir olfateando todos los

traseros que pasaban a su vera, hasta que Margarita lo enganchó. Fue lista, tengo que reconocérselo; una puta muy lista.

Un Plinio aún más sigiloso que de costumbre se acerca a la señora y le comenta que todo está dispuesto en el comedor grande. Ella, con los ojos llenos de lágrimas, le ordena que deje abierto el féretro.

—¡No! —chilla Diego.

—Pero ¿qué te ocurre, doctor?

—Nada... Es que..., en fin, en el club hacía calor. Mucho calor...

—¡Tonterías! Plinio...

—Creo que el doctor tiene razón, señora: mejor que lo recuerde como siempre, vivo.

Finalmente, la mujer cede.

—De acuerdo, aunque siento no ver su cara. Él siempre fue guapo, no de un modo definitivo, ya me entiendes. No era demasiado alto y tenía cierta tendencia a engordar, pero sus ojos azules tenían tanta fuerza que te fascinaban. Me enamoré de él como una quinceañera... Bueno, era una quinceañera. Me enamoré hasta el tuétano. Me lo presentó mi hermano Federico, con el que había ido al colegio. Era un colegio caro, su familia no podía permitírselo, pero recibió una beca de la fundación, porque era muy brillante. No sé cómo lo hacía, pero siempre lograba que alguien lo becara. Cuando lo vi, supe que nunca habría ningún otro para mí. Recibí muchas críticas: nadie acertaba a comprender por qué escogía a un hombre como Claudio pudiendo elegir entre tantos jóvenes prometedores de buena familia y patrimonio. Mi familia se opuso, porque no era de nuestra clase y les resultaba vulgar; algo innegable, por cierto. Los amenacé con fugarme o hacer alguna tontería peor y finalmente lo aceptaron. Desde que se anunció nuestro compromiso, muchos me negaron el saludo o mudaron su gesto, pero eso duró poco: mi padre era demasiado importante y nadie quería perderse una boda a la que asistieran los príncipes. Fuimos felices, ¿me crees, Diego?

Este se limita a asentir, esta vez convencido.

—Yo disponía de una renta sustanciosa que nos hubiera permitido vivir con holgura, pero él no quería eso. Quería fundar su propia dinastía, no pastar en la

mía. Y lo consiguió: terminó por ser más importante que mi padre, a quien tuvo que prestar cierto capital cuando las cosas se torcieron. Pero ya lo conocías: siempre tenía que llamar la atención y alardear de ser un machote, pero me fue fiel. Hasta el accidente. Entonces la amargura le fundió el alma. ¡Puf! ¡Se acabó! Estaba enfadada con él, ¿lo entiendes? Mi pequeño murió por imitar a su padre. Pero sé que siempre me quiso.

—De eso no hay duda, querida.

Plinio regresa para avisar a la señora de que el marqués de Tisón y la señora Margarita han llegado y esperan en el salón interior.

Del comedor de invitados —una habitación amplia, rectangular, que se abre al jardín con grandes ventanales de cristal—, han retirado mobiliario, alfombras y cuadros, salvo un retrato de la familia Guinea, previo al divorcio, donde un Claudio sonriente posa su mano derecha sobre el hombro de su esposa, sentada en una butaca sencilla, con la espalda muy recta y las piernas dobladas, ligeramente inclinadas hacia la izquierda. La mujer acaricia los rizos dorados de su hija, sentada en el suelo, mientras Álvaro y el desaparecido Rodrigo permanecen en pie a su lado, junto a los dos perros de la familia, Poncio y Pilato.

En el centro de la estancia ya desocupada han colocado el ataúd oscuro, con un gran Cristo dorado sobre la tapa. A su alrededor, han improvisado un jardín introduciendo del exterior algunas de las grandes macetas sembradas con flores de temporada.

Entran en el comedor en silencio, casi en procesión: primero la señora de la casa, del brazo del doctor Dosantos, seguidos de Margarita y, unos pasos detrás, Pipe de Liébana, así como Plinio y el mecánico, portando dos enormes velones encendidos. El resto del personal de servicio con sus uniformes de gala cierran la comitiva. Carmen se encamina en formación hacia el fondo. Antes de alcanzarlo, se detiene, arranca de uno de los macizos una petunia morada, la besa y la coloca sobre el ataúd. Luego, vuelve a sujetar el brazo del médico y continúa hasta situarse bajo el cuadro. Un empleado coloca una silla liviana ante el ataúd. Carmen se acomoda.

Margarita, que subida a sus tacones de aguja persigue decidida a su rival, al percatarse del imponente cuadro y de la falta de asiento se detiene a los pies del ataúd.

—Plinio, por favor, acerca una silla a doña Margarita. Al señor no le gustaba que las visitas se sintieran incómodas. Y ponga el aire acondicionado a plena potencia, por favor.

—Gracias —responde Margarita, sin percatarse de la pulla. Frente a la polifónica voz de Carmen, la suya suena muy pequeña.

Mientras el mayordomo regresa con otra silla, Margarita trata inútilmente de reducir el carmín y de esconder el llamativo collar entre los pliegues de la blusa, mientras lanza miradas de ira al abogado: Carmen viste un vestido negro de manga francesa, sandalias blancas y un collar de perlas al cuello, lo mismo que ella se hubiera puesto de no haber intervenido Liébana.

El tiempo anda callado como Plinio; despacio, como viernes de ayuno. Felipe ha mirado dos veces el reloj; Margarita, tres; Carmen, ninguna. Al doctor Dosantos cada vez le duele más el golpe del ojo. Y la cabeza. Pero nadie osa moverse ni decir nada. Solo Carmen trasiega un rosario de cuentas. Los veinte minutos de tenso silencio se quiebran con la llegada de la impetuosa hija de Claudio. Vestida impolutamente de negro, con su larga melena rubia al viento y un bebé de corta edad en sus brazos, viene acompañada de su esposo, sus otros dos hijos pequeños, que visten de blanco nieve, y de Poncio y Pilato, que de inmediato rompen a aullar ante el ataúd. Carmen se pone en pie y abre los brazos en una calculada llamada a su prole.

Los recién llegados avanzan pisando fuerte, pero al pasar junto a su madrastra, la menor de los Guinea se detiene. Y, hablando lo suficientemente alto para que todos escuchen, dice, mientras palmea a los perros para que dejen de aullar:

—Perdónala, Señor, y gracias por eliminarla definitivamente de nuestras vidas.

Margarita enrojece y, mientras se lleva la mano al collar, se pone en pie. Carmen no pierde el tiempo y, con un morboso placer en la voz, le espeta:

—No hace falta que ocultes la baratija que llevas al cuello, querida: es falsa,

como lo son el resto de tus joyas. Mi marido, que no se fiaba de ti, mandó hacer réplicas y guardó las originales en el banco. Como puedes imaginarte, esa caja de seguridad está solo a su nombre y al de sus legítimos herederos... ¡Ah, vaya, lo siento! Olvidaba que Claudio no se molestó en incorporarte a su testamento.

La mujer acusa la sorpresa unos instantes, durante los cuales parece un cóctel de indecisión. Finalmente, gana el orgullo y estalla roja de ira entre grandes voces:

—¡Eres vieja y patética! Por eso Claudio se enamoró de mí y te abandonó.

—¿Amor? ¡Pobrecilla! Solo eras su nuevo juguetito de feria. Para él no valías nada: sin apellido, solera o clase, no eres más que una paleta gibraltareña. Aunque contrataras cien personas de servicio, nunca serías una señora. Se nace señora; no se logra con tetas postizas y tangas de colores. Claudio te hubiera abandonado a ti antes que a Poncio o a Pilato.

El médico y el abogado, discretamente colocados en una de las esquinas, se miran entre sí. Se conocen desde hace tanto que no necesitan hablar: ambos saben que deben salir de allí. Por el movimiento de sus piernas, Pipe comprende, además, que su amigo tiene que hacer pis con extrema urgencia. Se escabullen por la puerta que da al jardín y se dirigen a la zona de la piscina, donde saben que hay servicios. El día se ha puesto bronco y amenaza tormenta. En parte es un alivio; solo en parte: el viento sordo levanta una desagradable polvareda y no ha bajado la temperatura.

—La pequeña Guinea ha hincado la mirada en Margarita como el tenedor en un entrecot: les va a salpicar la sangre... —dice el médico. Mantiene los ojos cerrados, disfrutando del placer que le produce vaciar por fin la vejiga.

—Es como su padre. En fin, vayámonos a cogernos una elegante y discreta cogorza.

Están atravesando el jardín cuando unas agudas risas histéricas, que salen de la garganta de Margarita, les hacen regresar. La escena los deja sin habla.

—¿Echarme?, ¿a mí? ¡Sois tan idiotas como Claudio! —Y con expresión de triunfo añade—: ¡Estoy embarazada de ocho semanas! Y si por algún motivo este niño se malograra, tengo congelado esperma de Claudio. Si no me tratas con el respeto que merezco, puta vieja, el hijo póstumo de Claudio y yo nos

quedaremos con todo. ¡Prepárate!, te voy a hacer sentir el dolor que me has infligido hoy multiplicado por cien. Y, por cierto, la primera decisión que voy a tomar es cargarme a esos dos putos perros.

Diego y Pipe se miran aterrorizados.

—Creo que no voy a firmar ese parte de defunción —susurra el médico.

Tercera parte

1

Los príncipes y los gobiernos son mucho más peligrosos que otros elementos en la sociedad.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El príncipe*

6 de agosto, Sotogrande

El hombre de rasgos eslavos pasa revista a las mesas del desayuno como si formaran parte de un regimiento uniformado. Para aquel camarero, de cara rosácea por los genes y el sol, el perfeccionismo es un rasgo de carácter. Lo ha desplegado siempre en su trabajo y lo exhibe en ese momento, al pasar revista a la milimétrica distribución de los cubiertos y las tazas de las diez mesas del desayuno y en la colocación de los impolutos manteles blancos, que se mecen al son de la brisa que penetra por la terraza.

Cuando el mobiliario recibe su visto bueno, Nikolái continúa con la inspección del pequeño bufé de platos fríos y dulces —los platos calientes se preparan en el momento—. Tras convencerse de que todo está en su sitio, mira el reloj y sonríe extendiendo los labios. Las siete y veinticinco en punto.

Aunque viste de camarero a tiempo parcial —pantalón negro y niqui blanco con el logo del hotel MIM de Sotogrande—, su aspecto y su comportamiento son más de un aristócrata ilustrado y cosmopolita, de maneras agradables y sonrisa franca.

Nikolái luce unas largas y frondosas patillas que se ensanchan en el extremo hasta casi cubrir la mandíbula, más propias de la época zarista que de la era de la inteligencia artificial. A diferencia del cabello, de tono rojizo oscuro, en el vello

de las patillas se aprecian muchos hilos blancos. Sus ojos, negros y perspicaces, se ocultan tras unas lentes redondas sin montura que se sostienen sobre una nariz fina y recta. Su complexión esbelta y su altura, metro ochenta, tampoco desdicen su aspecto. Sus brazos, llenos de vello, no muestran tatuaje alguno.

Se encuentra a gusto en España y, aunque no hay nada como su Crimea natal, lo apasionan el clima, la comida y el exotismo de aquella pequeña y peculiar comunidad, perfecto maridaje entre el mar y el oro, entre el suelo y el cielo.

Mientras el momento de regresar llega, su vida gira en torno al edificio de dos alturas, adquirido por un exjugador del Fútbol Club Barcelona y convertido en un hotel *boutique*. Pequeño y tranquilo, su soberbia balconada sobre la Marina, con los barcos atracados al pie del edificio, le otorga una personalidad insuperable. No es suntuoso, pero la sobria elegancia de sus cinco estrellas mimetiza bien con la porticada arquitectura mediterránea que lo rodea, en una deliciosa gama de sonrojos de albero, tierra y rojo tostado.

El desayuno se sirve entre las siete y media y las diez y media. Sin embargo, para los clientes son días de vacaciones y descanso, por lo que suelen acudir a desayunar bien entradas las nueve, cuando no a las diez. Salvo aquella señora. Lleva ya trece días hospedada en el hotel y cada mañana a las siete y media en punto se acerca a la terraza del primer piso a tomar su desayuno, acompañada de su viejo perro, su gran pamela de paja, sus aún más grandes gafas de sol y su caja de cartón.

Es una mujer de unos cincuenta y tantos, más cerca de los sesenta que de los cincuenta, de cabellos rojizos y rizados y abundantes pecas alrededor de la nariz y las mejillas. Aunque tiene aspecto de inglesa o irlandesa, habla castellano.

Los primeros días, la caja de cartón hizo las delicias de los entremetidos y curiosos camareros. Es un embalaje corriente, pintado en colores plata y azul, que anuncia atún rojo salvaje de almadraba en aceite de oliva. Vencida por una irresistible curiosidad, la camarera de piso echó un vistazo a su interior mientras hacía la habitación y descubrió un jarrón grisáceo con tapa, de los empleados por las funerarias.

«¡Pues mira, eso cuadra! —certificó el recepcionista de noche en uno de los momentos de descanso en la sala del personal—. Cogí un recado para ella de

Funerarias Camarero, de Benalmádena: algo sobre la factura de la cremación de su marido».

«¡No jodas! ¿Lleva en esa caja las cenizas de su marido? ¿Y por qué va con ellas de veraneo?», indagó Yanina, la camarera marroquí, de aspecto frágil y comedido, pero de lengua larga y afilada.

«He escuchado al director que es una juez importante», sentenció Eugenio, un argentino afeminado al que gustaba exhibir sus preferencias.

Nikolái, que procede de un país donde un inocente comentario sacado de contexto puede dar con tus huesos en la cárcel, huye del cotilleo. Además, le disgustan los impertinentes ojos de la camarera y la expresión acaramelada con que Eugenio se dirige a él, por lo que evita acudir a esa sala.

No obstante, en lo más secreto de su alma espera con ilusión la llegada de aquella mágica hora para servir a la juez MacHor. La mujer se sienta siempre en la misma mesa y pide invariable la misma comanda: café con soja y sacarina, cruasán, vaso de agua fría y doble expreso. Se toma los dos primeros y coloca junto a la caja el expreso, que continúa intacto cuando se marcha.

Al escuchar el rumor del caftán, Nikolái estira la espalda, se mesa las patillas y de inmediato se apresura a recibir a su madrugadora clienta. Cuando ella alcanza su sitio, el camarero ya ha apartado la silla para que se siente; su perro lo hace a su vera.

—Buenos días, señora. Espero que haya dormido bien. Hoy tendremos fuerte poniente. Si sale, no olvide las gafas de sol. Los días como hoy llenan las consultas de los oculistas.

—Gracias, Nikolái. Lo recordaré.

2

6 de agosto, Sotogrande

Apenas cinco minutos después, y con su virtuosismo característico, deposita sobre la mesa el cruasán a la plancha, la mermelada, los cafés y el vaso de agua fría. Al rostro de la juez acude una expresión entusiasta y las arrugas que rodean su boca se tensan en una sonrisa.

—Gracias, Nikolái. Me he despertado soñando con este café.

El líquido está demasiado caliente y, cuando atraviesa la garganta de la juez, quema todo lo que encuentra a su paso. Se apresura a vaciar el vaso de agua.

—Tenga cuidado, el café tan caliente puede dañarle las mucosas...

—¡Vaya! Eso ha sonado muy profesional. ¿Tiene conocimientos médicos?

El camarero niega con la cabeza e informa con voz insegura:

—No, señora. Soy doctor en Ciencias Físicas. Trabajaba en estudios atómicos...

—¡Estudios atómicos! Impresionante... —dice ella mientras se lleva de nuevo la taza a la boca. Ahora está en su punto.

El camarero toma el móvil del bolsillo trasero de su pantalón. Juguetea con él unos instantes, localiza una fotografía y se la muestra a la juez.

—Este de aquí soy yo, el día que presentamos el descubrimiento del oganesón, un nuevo elemento sintético de la tabla periódica, de símbolo Og y número atómico 118... —dice señalando uno de los rostros. A Lola todos le parecen iguales—. Lo llamamos así en honor al físico ruso Yuri Oganesián, que fue mi maestro.

La juez mira con creciente fascinación al que, hasta ese momento, no era para

ella más que un camarero muy educado.

—¡Madre mía! No entiendo nada de ciencia; siempre fui negada en matemáticas. Con los números en general. Pero lo que cuenta suena extraordinario.

Él se encoge de hombros.

—Me parece muchísimo más difícil ser juez. Decidir si alguien vive o muere, si va a la cárcel o no...

MacHor niega con la cabeza y responde con cierta hilaridad.

—Nuestra Constitución abolió la pena de muerte en 1978, pero tiene razón: la responsabilidad de privar de libertad a una persona durante un periodo prolongado es también muy fuerte. Ahora que nadie nos escucha, confieso que cuando tengo que dictar sentencias de ese tipo me entra diarrea...

Lola se muerde el labio inferior y se maldice a sí misma por hablar de más: «¡Bocazas!, habrá pensado que soy boba». Se instaura un incómodo silencio, que Nikolái rompe al darse cuenta de que ha olvidado traer el cuenco de agua para el perro. Se ausenta y regresa al cabo para inclinarse y ponerlo a sus pies. A la juez se le pasa por la cabeza que las patillas de ambos se parecen mucho, pero se abstiene de comentarlo: si le habla de las diarreas y lo compara con el perro no vuelve a tostarle el cruasán. Reincorporada al «modo señoría», le espeta:

—Supongo que habrá sido duro dejar su vida atrás...

Él respira hondo.

—Creo que no más que llevar las cenizas de su marido a desayunar.

—¿Cómo sabe...? —pregunta MacHor perpleja, mientras nota que se está sonrojando.

—Este es un hotel pequeño: la gente cotillea. Ese es uno de los pocos puntos negros de esta zona, que me parece el paraíso. ¿Hace muchos años que veranea usted aquí?

—En absoluto. Yo soy visceralmente del norte. Para mí no hay maravilla en el mundo comparable con la costa bilbaína. Sin embargo, tiene razón; en estas semanas, este punto de encuentro de océanos y continentes me ha cautivado...

—¿Quiere tomar algo más, señora MacHor? —investiga, mientras extiende la bandeja que descansa bajo su brazo y retira el vaso que unos minutos antes

contuvo agua mineral.

—Muchas gracias, Nikolái. Es suficiente.

Extiende la mano hacia él. Entre los dedos, escondido, hay un billete de cincuenta euros. Nikolái lo agradece con una inclinación de cabeza; sin embargo, no lo acepta.

La juez enarca las cejas y sonríe.

—Agradezco el gesto, Nikolái, aunque sea una estupidez: he vivido fuera de mi país y sé lo duro que resulta. Espero que no se tome a mal mi osadía, pero, al menos, tómese un café conmigo. Mañana temprano abandono Sotogrande. Estoy segura de que a Jaime, mi marido, que era un científico como usted, le hubiera gustado que charláramos —afirma, poniendo los ojos en la caja de cartón.

—Tenemos prohibido sentarnos con los clientes, señora...

Ella inspira hondo un par de veces.

—Sabe, Nikolái, en el tiempo que lleva trayéndome el café no he podido por menos que palpar su tristeza. Demasiado dolor gratuito. Sé que dos tristezas no hacen una alegría, pero la compañía no deja de ser un bálsamo, ¿no cree?

El camarero, que cambia la mueca de sorpresa con la que ha contraído el rostro por otra bondadosa y agradable, permanece en pie, con la bandeja en la mano.

—¡Venga, siéntese! A esta hora todo el mundo duerme. Además, el cliente siempre tiene razón, ¿no?

Todavía dubitativo, Nikolái termina por apoyar la bandeja en la mesa vecina y aceptar.

—¡Así me gusta! Dígame, Nikolái, ¿vivía usted en Moscú?

—En Dubna, una pequeña ciudad del óblast de Moscú, junto al Volga, de poco más de setenta mil habitantes, junto al Instituto de Investigaciones Nucleares. La mayoría de los habitantes de Dubna trabajamos, de una u otra manera, para ese instituto.

—Y, ¿por qué trabaja usted de camarero siendo un físico tan importante? Cualquier centro de investigación español lo acogería con los brazos abiertos —pregunta la juez.

Nikolái responde con voz queda y mirando a derecha e izquierda.

—El de camarero es un trabajo grato. Además, aquí nadie me conoce y, en ocasiones, el anonimato es agradable... En unas semanas, emigraré a Portugal.

—¿Teme represalias? —se interesa la juez, leyendo entre líneas mientras su cabeza comienza a buscar opciones que permitan resolver esa circunstancia.

—Durante dos décadas, tuve el honor de dirigir el Instituto de Dubna, donde me precedieron los más renombrados científicos de mi país. Aunque, con la disolución de la Unión Soviética, el instituto perdió mucho lustre, la sociedad rusa aún nos considera héroes. Una pequeña comunidad nota cualquier ausencia y yo la abandoné sin dar explicaciones. Imagino que las autoridades y mis compañeros no estarán contentos.

—¿Y por qué se marchó?

Inspira y espira un par de veces antes de confesar:

—Uno de mis subordinados me advirtió de que mis críticas a la invasión de Ucrania habían llegado a los jefes e iban a llamarme a filas. Yo no lo recordaba, pero quizá en una de esas noches en que el vodka corre como un río en época de deshielo se me pudo escapar algo. También es posible que sea la maniobra de un colega que soñaba con apropiarse de mi puesto. Fuera por un motivo o por otro, no me lo pensé dos veces: el presidente Putin tiene mucho de Stalin. Y de Lenin. Malvendí lo que tenía, reuní el dinero y con un pequeño petate hui rumbo a la frontera más próxima, donde me «limpiaron» la mayor parte de mis ahorros, incluyendo el reloj que perteneció a mi padre. Si no cambia el régimen, no podré volver: soy un traidor, pero guardo la esperanza de que al menos mis restos mortales puedan descansar en Rusia. En fin, señoría, yo tenía planes, unos buenos planes, pero el presidente Putin tenía otros y no se parecían nada a los míos. Puede imaginarse quién ganó...

La juez MacHor se echa a reír.

—¡No hablemos de planes! Usted tenía unos, yo tenía otros, pero aquí estamos ambos, a las siete y media de la mañana, sentados en la terraza de un hotel, yo con las cenizas de mi marido sobre la mesa y usted con una bandeja llena de recuerdos y mirándose los zancajos. Vaya ironía, ¿no? Disfrutemos al menos de esta maravillosa vista y del pequeño placer de saber que, cuando demos el último sorbo al café, podemos pedir otro.

Lola posa los ojos en el mar. Tras varios días durmiendo poco y atropelladamente, se siente débil, mareada, tanto que no sabe si los barcos atracados en la Marina se mueven por el fuerte levante o por la coctelera que ella tiene en la cabeza.

—¿Tiene usted familia, doctor? —pregunta, poniendo el acento en su titulación.

—Soy viudo. Nunca tuvimos hijos. ¿Y usted?, ¿tiene hijos? —se atreve a preguntar.

Mientras pregunta, se percata de que una raspa de cruasán se ha adherido a su caftán blanco, a la altura del pecho. Le entran unos deseos irrefrenables de acercarse y quitársela, pero, con gran dolor de corazón, desiste. No sería prudente.

—Sí, y me estoy portando fatal con ellos.

—Eso no puede ser verdad —comenta galante.

Ella mueve la cabeza varias veces.

—Lo es. Cuando me instalé en este hotel, desconecté el teléfono. No me malinterprete: los quiero mucho. Son buenos hijos, estupendos hijos, y agradezco mucho sus desvelos, pero hay momentos en que una necesita estar sola. Y este es uno de ellos.

—¿Es por la muerte de su marido?

Evitando responder, la mujer se agacha para acariciar al perro que dormita a sus pies: es un terrier *schnauzer* mediano negro, tan viejo y cansado que ni ladra el pobre. El camarero no interrumpe sus pensamientos. Permanece con los ojos fijos en ella, aguardando para seguir bebiendo sus palabras. Finalmente, la juez se incorpora, levanta la taza de café a la altura de los ojos, hace un gesto hacia la caja que contiene la urna y da el último sorbo.

—¡Por los buenos planes!

Está terminando el brindis cuando la sombra de un hombre que cruza la terraza hacia ellos los distrae. Como si alguien hubiera apretado un resorte invisible, Nikolái se pone en pie. Aquel nuevo cliente le ha fastidiado su mejor momento del día.

3

6 de agosto, Sotogrande

El hombre avanza ocultando las manos en los bolsillos y la mirada bajo unas gafas de sol oscuras. Viste chinos de color beis, polo verde oscuro y náuticos y se cubre la cabeza con una visera negra que deja escapar unos rizos abundantes y morenos en la sien. Tras una breve inspección de soslayo, que Lola realiza de una manera instintiva, casi automática, concluye que anda por los cincuenta, o quizá algo más, y se conserva bien: tiene buena planta y cuenta con unos brazos bronceados y bien torneados.

La juez suele ser más sutil. Fijarse de forma tan incisiva en la gente no es propio de ella, pero hay algo en el porte del recién llegado que le resulta familiar: los andares; su espalda cuadrada; el olor, un aroma a tabaco de pipa que llega hasta su nariz mezclado con el de una colonia cara. Aspira una gran bocanada de aire y la retiene unos instantes, saboreándolo, recordando. Enseguida, torna de nuevo su mirada al mar; Nikolái, a su pequeño bufé.

Antes de tomar asiento en una mesa cercana, el hombre se cala la visera. Luego, levanta el brazo para avisar al camarero. Pero Nikolái, que se halla de espaldas, no lo ve. Como el gesto no causa efecto, lo llama. Tiene un cierto tono nasal en la voz.

—Disculpe, ¿puede traerme un café americano, por favor?

Al escucharlo, algo se despierta en la juez. Sus neuronas se apostan de inmediato en modo procesamiento y sus entrañas se contraen para recoger el impacto. Aquella dicción... Aquella pequeña colección de palabras... De pronto, mil y un instantes se le hacen presentes en tropel. Y como si alguien hubiera

abierto un bote de pimienta blanca, a la que es alérgica, su mente empieza a estornudarlos uno tras otro. Son tantos que se siente incapaz de hacer recuento. Sin siquiera sopesarlo, se incorpora. Al hacerlo, golpea involuntariamente la pata delantera del terrier, que emite un quejido lastimero. Le frota con cariño las orejas erguidas mientras se disculpa y luego, con presteza, sujetándose la pamela con la mano, se acerca hasta la otra mesa.

—¿Iturri?

El hombre se desprende de la visera y las gafas y deja a su alcance sus brillantes ojos verdes, que lucen como faros en medio de aquella barba corta y perfectamente recortada.

—¿Lola? ¿Lola MacHor? ¡Por todos los santos, señoría! ¡Qué alegría!

Juan Iturri se pone en pie y se sitúa frente a la juez, que dibuja una enorme sonrisa. Ambos dudan sobre qué saludo será más conveniente: un abrazo, un par de besos, nada... Como mujer en un tribunal por donde, durante mucho tiempo, solo paseaban togas masculinas, y teniéndoselas que ver con abogados varones de despachos caros y de solera, se ha visto obligada a adoptar actitudes serias, reservadas, cortantes e incluso glaciales; a poner en su sitio a algún abogado de prestigio y a más de un catedrático listillo e incluso a sacar a pasear su entrenada mala leche. Sin embargo, esa es más una pose que un carácter. Finalmente, Lola manda la seriedad a paseo y lo achucha en un corto pero intenso abrazo. Llega hasta su nariz el olor a tabaco adherido a su piel, como antaño, como siempre. Sonríe al hacerlo mientras se le saltan las lágrimas.

—¡Qué sorpresa! ¡La última persona que esperaba encontrarme! ¿Qué haces aquí?

—Trabajo, siempre trabajo... ¡Lola, pero qué alegría! —reitera, reteniéndola por los codos. Luego, indaga mirando en torno—: ¿Estás sola?

La juez no responde. Como si el mundo hubiera entrado de pronto en una nueva era glacial, se queda muda y su sonrisa se congela. De no llevar aquellas grandiosas gafas de sol, su interlocutor habría podido notar como su resucitada mirada moría de nuevo.

—Lola, ¿qué ocurre? —Su tono suena meloso. Le duele engañarla de esa manera, no se lo merece, pero de momento tiene que avanzar con cautela.

La juez inspira hondo un par de veces.

—¿Ves esa caja de colores azul y plata que está en aquella mesa? —Juan Iturri dirige la vista hacia la dirección que Lola indica y luego asiente—. Contiene las cenizas de Jaime. Murió hace veintidós días.

Esta vez es el inspector Juan Iturri quien toma la delantera, la rodea con sus fuertes brazos y durante un largo minuto ambos se sumergen en un intenso lazo. Lola mantiene en todo momento los ojos cerrados, pero al verse envuelta en aquel olor tan conocido, piensa que está sufriendo una alucinación y los vuelve a abrir. Iturri sigue allí. Como continúa sin estar convencida, le pellizca la espalda.

El comandante se queja y afloja la presión.

—¡Coño, Lola!, ¡eso duele!

—¡Perdona, solo quería asegurarme de que eras real! Llevo tanto tiempo sin dormir, que ya no me fío ni de mi cofia...

—De tu sombra... —la corrige mientras deposita un largo y cariñoso beso en su frente y la anima a que se siente a su lado.

—¿Cómo ha sido, Lola? Tendría que haberme enterado.

En una milésima de segundo, a la mujer toda la fatídica escena se le hace de nuevo presente. El chófer acababa de dejarla en casa, desde el Tribunal, donde había tenido un día denso y estresante. En el pequeño vestíbulo había soltado el bolso y la enorme cartera y en el mismo vestíbulo se había deshecho de sus altísimos tacones y de la americana. Luego, descalza, se había dirigido a la cocina para prepararse una Coca-Cola mientras se desabotonaba la camisa. Entonces, el timbre sonó dos veces seguidas. Eso lo recuerda bien. Maldiciendo la manía de la gente de llamar dos veces, como si una sola no fuera suficiente, se acercó a la puerta. Se abotonó la camisa antes de abrir, pero permaneció descalza. Los dos policías traían cara de circunstancias. «¿Cómo dice? ¿Un accidente en Sotogrande? Se equivoca de domicilio, agente; mi marido está en Fráncfort. Se fue hace dos días. Salió temprano de casa, con la maleta de los viajes cortos, sin siquiera tomarse un café. Cuando me ofrecí a prepararselo dijo que iba a perder el avión y que, si llegaba con tiempo, tomaría algo en Barajas. Tras aterrizar, me llamó», había respondido mientras se preguntaba por qué demonios estaba contando su vida a aquellos desconocidos. «¿Cómo que el perro

no ha sufrido daños? ¡Ahí tiene una prueba fehaciente de su equivocación, agente: nosotros no tenemos perro! Esto, evidentemente, es un error». Tomó su móvil y marcó el número de su marido. Lo hizo sonar un rato, pero nadie respondió. Se hallaba dentro de una bolsa de pruebas, junto al resto de sus pertenencias, en las dependencias del instituto anatómico forense de Cádiz. Trata de zafarse de esos recuerdos y vuelve a Iturri:

—Dicen que fue un accidente a unos pocos cientos de metros de aquí. Un desalmado se lo llevó por delante mientras atravesaba un paso de cebra. Murió en el acto. No te has enterado porque lo hemos llevado con mucha discreción.

—¡Es horrible, Lola! ¿Y cómo estás? ¿Cómo lo estás encajando? ¿Has venido con tus hijos?

La mujer se recoloca las enormes gafas de sol.

—Vinieron, por supuesto. Todos ellos, acompañados por sus parejas y por mis nietos, incluso vino uno de mis consuegros, pero los mandé de vuelta a casa cuando todo acabó. Ellos tienen sus trabajos, sus familias, sus vidas y yo necesitaba estar sola... Pero no quiero hablar de eso. A ti te veo imponente, Juan. ¿Sigues en Interpol?

—Sí, en Lyon, codirijo la unidad de delincuencia organizada... ¡No sabes cómo me alegro de verte! —dice. Al tomar las manos de la juez entre las suyas, nota como tiembla. Le suelta las manos y le quita despacio las gafas, para verle bien los ojos. No los tiene inflamados ni rojos, pero unas oscuras y extensas ojeras se los circundan—. ¡Venga, pidamos un café! Tengo tiempo de sobra. Quiero que me cuentes cómo estás...

A pesar del tono cariñoso del comandante, la juez cambia de improviso el tercio.

—Hacía mucho que no nos veíamos, ¿verdad? ¿Cuánto? ¿Un año?, ¿dos?

Iturri asiente.

—Un larguísimo año, ese es el tiempo que hace que no nos vemos. En todo caso, demasiado; ya sabes que no puedo estar sin ti —dice, entre bromas y veras. Pero ella se mantiene seria y circunspecta.

—Y, tras todo ese tiempo, de pronto, casualmente, de modo accidental, nos topamos en la cafetería de un pequeño hotel de un sitio que yo visito por primera

vez y que queda lejísimos de tu centro de trabajo, tu casa y tu lugar de vacaciones... Vaya una suerte, ¿no? Es como si hubieras caído del cielo...

—¡A eso lo llaman destino, querida! —exclama, pero no puede sostenerle la mirada.

—¡Sigues mintiendo fatal, Juan! Venga, desembucha. Han sido ellos, ¿verdad?

El inspector se echa a reír.

—Tus poderes de observación no dejan de sorprenderme. ¡No se te escapa una!

—¿Cuál de mis hijos te ha llamado? Ha sido Marieta, ¿verdad?

Iturri sonríe. Todo está saliendo a pedir de boca, mucho mejor de lo que había previsto.

—Segundo acierto: me llamó ayer y salí pitando. Compréndelo, Lola: los tienes mortificados. No coges el teléfono, no dejas que vengan y el director del hotel les ha comentado que te llevas las cenizas de tu marido a desayunar, algo que, por lo que veo, es la pura verdad... Creen que revolcarte en tu desgracia no va a ayudarte lo más mínimo.

—Es habitación doble con desayuno y ya está pagada —responde Lola con ironía.

—Tus hijos dicen que no has derramado una sola lágrima, y mira que eres de llanto fácil... ¿Cuántos años estuvisteis casados? ¿Veintitantos?, ¿treinta? Por mucho que el tiempo, el trabajo y todas esas cosas de matrimonios largos os hubieran distanciado, tu actitud no es lógica y ellos no consiguen entenderla. ¿Por qué no permites que te ayuden? A todos les gustaría poder acompañarte, acogerte, abrazarte. Y a mí también... Estoy contento y agradecido porque me hayan llamado.

La mujer se cala de nuevo las gafas de sol, cruza la pierna y se inclina hacia atrás.

—¿Qué puedo decir, Juan? Sin comerlo ni beberlo, me he quedado viuda. Cuando te das un baño de realismo tan feroz, te das cuenta de lo poco que valen las lágrimas.

Aún está hablando cuando una ráfaga de viento arranca la pamela con la que

la juez se cubre del sol, que ya tercia en el horizonte. La pieza de paja planea por la terraza, golpeándose en una silla y luego en el carrito de las bebidas. Nikolái se agacha para intentar cogerla, pero, para sorpresa de su dueña, con una agilidad de la que no lo cree capaz, el perro se lanza a por ella. En cuanto la atrapa, se la acerca a Lola. Está bañada en babas, pero ella se lo agradece abrazando su cabeza entre sus manos y besándolo en el hocico.

—¡Coño, Lola! ¡Quién te ha visto y quién te ve! ¿Desde cuándo tienes perro?

Consulta el reloj.

—Desde hace dieciocho días, tres horas y unos cuantos minutos... Se llama Desliz.

—Cuando tus hijos eran pequeños y te perseguían pidiéndote una mascota, siempre te negaste a tener un animal a tu cargo.

La juez vuelve a enarcar las cejas, pero no dice nada. Él suspira.

—Lola, ¿por qué no hablas conmigo? Sabes que puedes contarme cualquier cosa. —De pronto, un pensamiento lo hace interrumpirse—. ¿Desliz?, ¿quién llama Desliz a su perro? ¿Jaime tiene algo que ver con esto?

La juez baja la vista. Juan percibe la incomodidad de la mujer y guarda silencio.

—Me lo entregó la policía: iba con él aquel fatídico día, aunque yo desconocía su existencia. Nos hemos adaptado bien el uno al otro. No ha resultado difícil —añade. De no temer que sus palabras suenen sensibleras, le hablaría de la dulce y deliciosa caricia de sus enormes ojos marrones y de su hocico negro, húmedo y carnoso, que se arruga de agradecimiento en cuando lo roza—. Imagino que hubo un tiempo en que corría con la agilidad de un galgo y se exhibía coqueto y orgulloso ante las perras en celo. Pero, ya ves, ¡la vida es implacable! Tiene ya once años y está más o menos como yo: fuera de juego. O quizá un poquito peor.

—¿Y Jaime lo llamó Desliz?

Ella niega con la cabeza.

—La veterinaria de Fráncfort a la que me condujo la ficha del collar que colgaba de su cuello me dijo que su nombre era Ulises...

—¿Ulises, como el héroe de la mitología griega? —la interpela, divertido.

—Lo sé; yo pensé lo mismo. Es como llamar Narciso a Berlusconi. De modo que lo rebauticé. No acerté a ofrecerle un nombre que congeniara con sus ojos y finalmente terminó convirtiéndose en Desliz. —Le gustaría añadir que es un nombre tan feo como verosímil, pero se contiene.

Juan entrecruza los dedos de las manos detrás del cuello y vuelve a la carga.

—No sabía que habías emprendido una cruzada contra el protocolo. Aun así, reconozco que, estando morenita, el color blanco te favorece mucho —suelta. Lola MacHor viste de ese color de pies a cabeza.

—No tengo nada en contra de la etiqueta. Además, sabes que me encanta el negro, que, además de adelgazar, es un color precioso, sobrio, elegante y templadamente orgulloso. Pero aún no estoy preparada para presentarme como viuda...

—Tus hijos se extrañaron de que fueras vestida de blanco al tanatorio de su padre...

La juez acusa la pulla, pero no está dispuesta a permitir que apele a su conciencia.

—Mira: vestida de un color o de otro, rodeada de mar y playa o encerrada entre cuatro paredes, estoy de luto: me han vaciado el alma. Estoy tan zambullida en la pena que cuando lo pienso empiezo a sentir náuseas y termino vomitando. Pero no te inquietes: nunca me mostraré así ante mis hijos. Ellos quieren enterrar a su padre en Pamplona, en el panteón familiar, con un funeral multitudinario y con su madre doliente vestida de negro. Pues vale, lo haré, pero antes debo completar mi propio duelo. Les pedí unas semanas de margen y negociamos un plazo, que expira mañana. Ya tengo las maletas medio preparadas. Te podías haber ahorrado el viaje —añade con toda la entereza que puede reunir, que no es mucha.

Juan nota que Lola tiene un resto de cruasán adherido al vestido, junto al pecho. Acerca con suavidad la mano y lo arranca delicadamente: está pegajoso y ha dejado marca. Toma su servilleta de la mesa, pero se lo piensa mejor y se la tiende para que lo haga ella.

—Lola, nos conocemos desde hace una eternidad: conmigo, el teatro no va a servirte.

—¿Teatro? ¡No hago teatro! —protesta. Sin pretenderlo, sus palabras salen demasiado fuertes. Desliz levanta la cabeza; Nikolái se acerca con presteza.

—¿Necesita algo, señora MacHor?

—Nada, Nikolái, muchas gracias. Por cierto, aprovecho para presentarle al comandante Juan Iturri, de la Interpol. Nikolái es un importante científico ruso nuclear refugiado en España. Estoy segura de que una conversación entre los dos puede resultar interesante para ambos. Que trabaje de camarero me parece un despilfarro.

4

6 de agosto, Sotogrande

Aunque las predicciones meteorológicas de Nikolái resultan correctas y las ráfagas de aire religado con arena impactan contra sus cuerpos y sus rostros haciendo desagradable el paseo, Iturri y MacHor se han ido a caminar por la playa. Como van acompañados de Desliz, han tomado el coche alquilado de Juan y se han acercado a Cala Sardina, una playa virgen de casi un kilómetro de longitud, sin edificaciones a su alrededor, donde los perros pueden deambular libremente. Sus vistas son espectaculares: a la izquierda, el monte Musa, en Marruecos; Ceuta y el Peñón de Gibraltar, a la derecha.

El aparcamiento del lugar, tan agreste como la playa, está vacío. Juan se deshace de los náuticos, se remanga los pantalones y ambos pasean por la orilla, seguidos por un curiosamente activo Desliz, que incluso se permite dar algunas carreras, sin acercarse al agua, que está fría y brava.

Caminan en silencio. La blancura del vestido de Lola resplandece ante el sol matutino. La brisa hincha su falda formando un globo, que se mueve desafiante de un lado a otro. Iturri sigue su estela con el rabillo del ojo. Tras unos cientos de metros, Juan decide entrar en materia. Está eligiendo las palabras, para no levantar sospechas, cuando la juez se le adelanta. Se detiene ante él, para atraer su total atención. Se deshace de las gafas y de la pamela y, con los párpados entornados para evitar el reflejo del sol, comenta:

—No te lo he dicho aún, lo cual es imperdonable, pero quiero que sepas que te agradezco muchísimo que estés aquí, que hayas venido a apoyarme. Por primera vez desde que todo esto pasó, me gratifica no estar sola.

Juan la observa con descaro. No lleva maquillaje, apenas una crema hidratante, tampoco pendientes ni otros adornos. El sol ha coloreado sus mejillas y hecho emerger un sinfín de pequeñas pecas en torno a su nariz respingona. La humedad ha caracoleado su pelo rojizo, que le cae más abajo de los hombros. Ha perdido peso y la figura que el vestido deja traslucir es mucho más esbelta.

—Me alegra haber venido, me alegra estar aquí. Por cierto, te veo más delgada...

Ella dibuja una sonrisa amarga.

—De haber sabido que quedarse viuda adelgaza, me lo hubiera pensado antes... Era una broma, pero hoy estoy poco afortunada y ha sonado fatal...

—Así me lo he tomado. Y ahora, dime cómo estas. La verdad, sin edulcorante, ¿vale?

Lola se esfuerza en mantener el tipo, pero lo consigue solo a medias.

—Fatal. Peor que fatal. Es como si tuviera un pájaro carpintero picándome sin tregua el corazón. Y lo peor es que, cuando se detiene y parece que, por un instante, me olvido de Jaime, me entra un terrible cargo de conciencia y comienzo a flagelarme... Como ves, estoy como un cencerro... Todo el mundo me dice que debo tener paciencia, que es demasiado pronto, que el tiempo todo lo cura, pero ¿qué hago mientras tanto?, ¿cómo remato al pájaro carpintero? —Respira hondo—. ¡Si al menos pudiera dormir! Estoy tan cansada que cierro los ojos y enseguida me invade un sueño reconfortante, pero, en cuanto la pesadilla regresa, me despierto, miro el reloj y apenas ha pasado media hora. Y aún me queda toda la noche por delante... ¡Perdona! No debería quejarme tanto; debería comportarme como una mujer fuerte, pero yo no soy fuerte, soy una mierda... Me siento una mierda...

—No seas tan dura contigo misma, señoría; no te agobies. Llegarán las lágrimas. Llorarás como si no hubiera un mañana y ese mismo llanto te ayudará a pasar página; eso y echar fuera todas esas dudas que te corroen...

Ella levanta la vista y clava los ojos en los del comandante, que brillan como esmeraldas. Se coloca de nuevo las gafas y se gira para descansar su vista en el mar rizado, que ha adquirido una hermosa tonalidad turquesa.

—Creo que voy a darme un baño.

—No hemos traído toalla y el mar está bastante fuerte —le advierte Juan.

—Ya lo veo. Quizá me pase como a Alfonsina y descanse de una vez por todas.

—¡No digas sandeces, Lola! Tu vida está llena de cosas y personas maravillosas. Tienes una profesión, una familia, unas aficiones... Y, aunque no sirva de mucho, yo siempre estaré a tu lado...

Lola se detiene y le devuelve una mirada dura:

—No, Juan, ¡no te enteras! Mi vida es una agotadora subida de peldaños que no llevan a ninguna parte. Mis hijos tienen ya sus familias y sus trabajos; es obvio que no me necesitan. En el Tribunal hago mi labor, pero tampoco soy imprescindible; si fuera el caso, tardarían media semana en encontrar un sustituto. Al único que de verdad le hago falta es a Desliz y lo acabo de conocer... Fíjate en mi marido. ¿De qué le ha servido tanto honor, méritos, distinciones, medallas o doctorados *honoris causa*?: una pequeñísima felicidad epidérmica y unos cuantos lamentos cuando celebremos su funeral.

—Querida mía, antes del accidente, la situación de tus hijos o tu trabajo era prácticamente la misma que hoy. Lo único que cambia es que ahora tienes que caminar sola. Y lo vas a hacer fenomenal: eres más fuerte de lo que crees. ¡Hazme caso! Es terrible, pero son cosas que pasan...

—¿Cosas que pasan? —estalla Lola. De la rabia con la que habla, le tiembla todo el cuerpo—. Mira, Juan, cuando un vehículo atropella y mata a tu marido, se puede hablar de es un accidente, una de esas cosas que pasan, como lo has llamado tú; cuando lo atropellan mientras pasea agarrado a una rubia veinte años menor que él, a la que yo no conozco, y con un perro del que no sé nada, no es una cosa que pase, Juan, es una putada. Que la policía se persone en tu domicilio para avisarte de que han atropellado a tu marido en Sotogrande cuando unas horas antes te ha llamado diciendo que está en Fráncfort es de cadena perpetua.

—¡Joder, Lola! ¡Qué hijo de puta! ¿Conocen tus hijos esos detalles?

Extiende los brazos y gira sobre sí misma.

—¿Me ves con cara de madrastra? ¡Naturalmente que no! Esa ha sido una de las razones por las que los he despedido por las bravas. No quiero que se enteren. Es preferible que recuerden a su padre como una persona íntegra. Pero

lo cierto es que ese hombre rectilíneo, fiable, de palabra, con quien he vivido casi treinta años ha resultado ser un embustero.

—¿Y quién es ella?, ¿la conocías?

—No. Murió junto a Jaime en el accidente, pero sé que era guapa y joven y que tenía todo lo que se supone que debe tener una sustituta. Además, era una científica, una geniecilla como él. ¿Sabes cómo me enteré? Me lo contaron sus padres cuando vinieron a realizar los trámites de repatriación: me confundieron con «la juez» del caso. ¿Quieres creer que Jaime los conocía? Me dijeron que lo apreciaban mucho. ¡Y no te lo pierdas, creían que estaba divorciado!

—¡Qué putada! Nunca hubiera pensado algo así de Jaime.

—¿Conoces el refrán «Si te enamoras de dos personas quédate con la segunda, porque si estuvieras enamorado de la primera no te hubieras fijado en otra»? Pues ya está todo dicho. Al menos, no hay hijos de por medio, solo Desliz...

—¿Y no sospechaste nunca nada?

—Pues no. Siempre me dices que soy intuitiva, que tengo un instinto superlativo. Yo también lo creo. ¡Tendría que haberme dado cuenta! Viajaba sin parar, al menos pasaba fuera una semana de cada dos, y en la intermedia hacía cortos viajes a Barcelona o Sevilla. ¡No se me pasó por la cabeza que fuera por...! Nunca lo vi ocultar llamadas, papeles, o nervioso por ser descubierto. Estaba alegre, ilusionado, en un momento profesional muy dulce y como muy... joven, no sé cómo decirlo. De hecho, estaba estupendo... ¡No lo vi venir! ¿Sabes qué? Últimamente, nunca reñíamos: ¡parecíamos almas gemelas! Estaba muy cariñoso, atento... Hasta nuestras relaciones... íntimas eran más... Definitivamente, me voy a dar un baño...

La juez se deshace del vestido, que deja doblado en la arena, sobre la pamela donde ha ocultado las gafas de sol. El bikini, un modelo de braga alta gris perla, le sienta bien. Se da la vuelta y se mete en el mar. Al segundo paso, cae dentro de una gran hondonada que la cubre por la cintura, lo que le hace soltar un pequeño grito. Desliz, que está contemplando las acciones de su dueña, corre hasta la orilla y se lanza tras ella.

La belleza del agua color turquesa y de los rizos blancos de las rompientes no

aminora la fuerza del oleaje. Lola bracea sin preocuparse, cortando las olas. Las puntiagudas orejas de Desliz aparecen de tanto en cuanto entre las olas. Juan empieza a ponerse nervioso: nunca ha estado en aquella playa, pero intuye las corrientes de retorno porque hacia la izquierda, en la orilla, el agua es arrastrada en forma de canal hacia mar abierto. De hecho, Desliz está siendo atraído hacia las rocas. Se acerca y grita:

—¡Lola, hay mucha resaca, no te vayas tan lejos!

Obviamente, Lola no lo escucha. Con el corazón latiéndole cada vez más fuerte, la observa detener su marcha, bucear unos instantes e intentar regresar. Le cuesta hacerlo. A pesar de las brazadas, no avanza. Mira alrededor; no hay nadie en el agua. Que la zona esté vacía de bañistas puede deberse al poniente, pero ¿y si hay más razones? ¿Y si es por la resaca? Gira la cabeza para seguir las andanzas de Desliz. Los perros, por naturaleza, saben nadar, lo que no evita que, ante circunstancias adversas como aquella, se ahoguen. Y eso es lo que parece que está ocurriendo: la marcha del viejo terrier se está apagando. No lo piensa más; se deshace del niqui y del pantalón y en calzoncillos, uno negro tipo *slip*, se lanza a buscarlo. Lola, que lo ve actuar, empieza a gritarle:

—¡Ten cuidado, Juan! ¡Hay resaca!

Cuando Juan llega hasta Desliz, aún hace pie. Lo sujeta entre sus brazos y se dirige a la orilla, donde Lola acaba de recalar.

—¡Joder, Lola!, ¡qué susto me has dado!

—¿Por qué? ¡Sé nadar! —pero, al verlo junto a Desliz, que respira fatigosamente, le pregunta divertida—: No me digas que te has tirado para salvarlo... ¡Y yo que pensaba que estabas luciendo tus calzoncillos delante de mí!

—¡Vete a hacer puñetas! Anda, Alfonsina, aléjate de la orilla, que eres un peligro andante.

5

6 de agosto, Sotogrande

Sin toallas, se ven obligados a orearse con la brisa y el sol mientras pasean en dirección al Peñón. El bikini de Lola se seca enseguida, no así la ropa interior de Jaime, que es de algodón. En lontananza, parecen una pareja normal, con tanta convivencia a sus espaldas que hasta las palabras sobran.

Envuelta en nubes altas, la Roca se levanta ante ellos solemne, majestuosa, vergonzante. De acuerdo con la antigua leyenda, allí se encontraba una de las bases de las columnas de Hércules, límite del mundo conocido por los griegos hasta el siglo VII antes de Cristo y punto a partir del cual comenzaba un oscuro abismo habitado por monstruosos seres donde no convenía adentrarse: *non plus ultra*.

Hacen el trayecto sumidos en sus respectivos pensamientos. Lola no puede dejar de pensar en Jaime; en el inexplicable accidente y en la presencia de aquella joven de cabellos rubios y piel lozana a quien trabajo y mascota parecían unir a su esposo. Lo del trabajo le resultaba plausible. Jaime experimentaba cierto regocijo al encabezar su pequeño equipo de batas blancas, seres entregados a la causa, que lo idolatraban hasta hacerlo sentir como el astro rey. A ese grupo también pertenecían otras personas, técnicos de laboratorio, auxiliares, administrativos, pero si no llevaban bata, si el título de doctor no encabezaba sus chapas de identificación, si no podían ser tenidos por cerebritos, no contaban. Su marido, como otros científicos de altos vuelos, otorgaba mucho más valor a la ciencia básica, física, biológica, que a las llamadas ciencias humanas. El arte, la cultura, la oratoria, las humanidades, incluso el derecho le parecían de segunda

categoría, de andar por casa, de chichinabo. Solía hablar de ellas como trabajos de «pinta y colorea», alegando que para ese viaje no hacían falta alforjas. A Lola, que opinaba exactamente lo contrario, su sobrevaloración de las ciencias más exactas no solo la sacaba de quicio, sino que le demostraba que su marido no era tan listo como él se creía. Había comprobado una y otra vez en el Tribunal que cuanto más exacto, más lógico, más racional es el motivo de un delito, más simple resulta esclarecerlo. La ciencia más dura, la más inexacta, la más importante no está en los genes, ni en las células ni en los más complejos e insondables comportamientos de las neuronas, sino en los sentimientos del corazón. De allí parten la bondad y la maldad; el amor, el odio y la sed de venganza. Al corazón le pertenece esa capacidad tan intangible y cierta de vivir para otros, de sentir con otros, de amar. La rubia natural, que además de estar en la treintena y ser esbelta y delgada tenía un currículo estupendo, era el prototipo de bata blanca del equipo de Jaime. El problema era Desliz. Desliz no significaba nada, o lo significaba todo. Porque, ¿quién comparte una mascota con su jefe? No obstante, en los juzgados, Lola ha visto de todo. Y en ese cajón de sastre bien podía encontrar una razón por la que su marido y la rubia estuvieran en la playa, acompañados de Desliz. Quería darle el beneficio de la duda. No lo hacía por justicia o por benevolencia, sino porque ella necesitaba creer que él no le había mentido. De haber sido así, toda su vida se iría por el sumidero.

No puede dejar de pensar en la última vez en que lo vio con vida. El recuerdo es tan vívido que difumina la frontera del tiempo y obliga a su corazón a latir con enorme fuerza. Jaime se había levantado muy temprano. Ella escuchó entre brumas el sonido del agua de la ducha, el eco de la máquina de afeitar, los rumores de su ropa al entrar en contacto con su cuerpo y el chirrido de las ruedas de su maleta al rozar la tarima, pero no se movió. Sabía que se despediría antes de marcharse. Siempre lo hacía. Siguiendo su costumbre, se sentó a su lado y le susurró: «Lolilla, me voy. Te llamo esta noche desde Fráncfort, ¿vale?». Ella continuó haciéndose la dormida, pero en el último instante, cuando estaba a punto de incorporarse, se le asió al cuello. Aún puede evocar su olor a piel recién duchada y a colonia cara y el frescor de su boca, con sabor a menta y

hierbabuena. «Estás en mis manos, pequeño: no te pienso dejar ir», le dijo. Jaime había soltado una carcajada, luego la maleta, y se había colocado a horcajadas sobre ella, abriéndole los brazos y sujetándoselos por las muñecas mientras se inclinaba hacia ella y le besaba el cuello.

—Y ahora, ¿qué?

—Se te va a arrugar el traje...

Jaime la soltó, se deshizo de la americana y se aflojó la corbata.

—Ya no. ¿Quieres que siga?

—Yo estoy profundamente dormida, pero si algún médico repeinado tiene a bien despertarme, no voy a poner peros... —dijo, entrelazando sus tobillos en torno a su cintura. Es un movimiento del que está especialmente orgullosa. Desde que sigue clases de pilates es capaz de mover músculos que desconocía que existieran. Se entretuvieron mucho más de la cuenta y Jaime ni siquiera tuvo tiempo de tomarse un café. Salió zumbando para no perder el avión. ¿Ese era el comportamiento de un bígamo? No se lo parecía, pero entonces, ¿qué hacía en Sotogrande?, ¿qué hacía con Desliz?

Mientras Lola se debate en la duda, Juan Iturri está disfrutando de un momento con el que ha soñado durante décadas. Desaparecido Jaime, ya no tiene rival cercano. Además, desde que se casó Marieta, la más pequeña, Lola vive sola. Eso es importante, porque ella jamás pondría en un brete a sus hijos. Ahora que tiene una puerta abierta, tramitará su vuelta a España. Quizá no sea una puerta, solo una ventana o una pequeña rendija, pero, en todo caso, existe una posibilidad cierta de conquistar a Lola. Está nervioso, pero no quiere apresurarse. No tiene prisa. Aguardará todo el tiempo que sea necesario.

Desliz, agotado de su periplo marítimo, cada vez camina más despacio. Terminan viéndose obligados a detenerse y sentarse sobre la arena. Lola espeta a su compañero de paseo:

—Venga, Juan, dime ya lo que piensas: estoy escuchando mascullar a tu cerebro...

Él palmea varias veces la cabeza a Desliz, que apoya sus largas barbas entre sus piernas. Desde que lo sacara del agua, lo ronda agradecido. Sabe que lo que

va a decir le hará daño, pero se ve en la obligación de seguir el guion que se ha marcado.

—Verás, Lola, los psicólogos afirman que la primera fase del luto es la negación. Puede parecer absurdo, pero así somos los seres humanos: tenemos algo delante de nuestras narices y no queremos verlo. Seguro que en tu juzgado también te has topado con personas a las que les resulta imposible aceptar la muerte. A algunos les ocurre algo similar cuando les diagnostican una enfermedad terminal: lo atribuyen a un error médico, a algún tipo de equivocación o a cualquier otra vicisitud, como si así pudieran escapar de lo que viene. Negamos la muerte porque aceptar que esa persona, que fue muy importante en nuestra vida, no va a volver es terriblemente doloroso. Además, en tu caso, todo ha ido demasiado rápido: no te has despedido ni le has dado un último beso... Y estás agotada. Dices que no puedes conciliar el sueño; no necesito preguntarte cuánto tiempo llevas sin dormir, porque las ojeras te delatan. Y, por si todo esto no incluyera suficiente dolor, Desliz y esa mujer te están causando un desgaste emocional suplementario.

Mientras lo escucha, Lola se va poco a poco cargando de ira.

—¿Sugieres que se me está yendo la olla?

—En absoluto. Lo que digo, Lola, es que todos negamos la muerte porque nos estorba: no tiene color, ni música ni alegría, no hay en ella ninguna belleza y la promesa de un futuro mejor nos queda demasiado lejos...

Lola no sale de su asombro. ¿Quién es él para hablarle así? Sin dudarlo, le planta cara:

—¡No tienes ni puñetera idea! ¡Dices que me conoces, pero no es así! ¿De veras crees que voy a escuchar tu sarta de tonterías?

Iturri enarca las cejas y abre mucho los ojos, pero no protesta. En realidad, ha forzado la reacción de Lola. No quiere que adivine qué hace allí. Todavía no.

—Es lógico que tengas miedo de regresar a la vida cotidiana, pero antes o después deberás aceptar la pérdida. Deberías apoyarte en quienes te queremos y, quizá, acudir a un profesional... —Aturdida por lo que oye y enfadada por el tono condescendiente del comandante, Lola se cruza de brazos y aprieta con fuerza los labios. Juan la observa mientras piensa cuánto le gusta cuando se

enfada, pero pone cara de pena y le espeta—: ¡Señoría, por favor! Entiendo tu vértigo, yo también he pasado por eso, pero...

—¡Ahórrate tu psicología barata! No estoy negando que haya muerto, tengo sus cenizas en mi armario, lo que niego es...

Se detiene, mordiéndose los labios. Se deshace de la pamela y deja que sus cabellos rulen con el viento, mientras con el pie abre una pequeña zanja en la arena.

—¿Qué ocurre, Lola?, ¿qué es lo que niegas? ¡Suéltalo de una vez! —la insta Iturri.

—¿Quieres saberlo? Te lo diré: niego que a mi marido y a su amiguita simplemente, casualmente, los atropellara un desalmado borracho o drogado. Eso es imposible. Mis hijos, a los que quiero, pero a los que hoy querría matar por estúpidos, te habrán dicho que estoy viendo fantasmas, pero no es verdad...

—Lola...

—¡Déjame acabar! Siempre has dicho que admiras mi intuición, ¿no es así? —Su mirada es desafiante. Iturri no vacila en darle la razón—. Pues eso no ha cambiado. Acompáñame a ver la escena del accidente; si allí mis argumentos no te convencen, aceptaré vuestra puñetera ayuda profesional. Pero si lo que te muestro, si los indicios y las evidencias te persuaden de que estoy en lo cierto, debes prometer que me ayudarás.

—Hecho —responde tendiéndole la mano—, pero antes, acerquémonos al hotel para cambiarnos y dejemos a Desliz allí descansando: al pobre le va a dar un mal...

Se ponen en pie y se encaminan por entre las dunas al aparcamiento. Antes de subirse al coche, en un arrebato, Lola abraza brevemente a Iturri.

—No tienes que preocuparte por mí, querido amigo —le susurra—, pero mis hijos y tú tenéis que entender que el dolor es un derecho regio y que necesito aferrarme a él, al menos, hasta que todo esto se aclare...

—¿Que se aclare? A mí me parece que todo está muy claro.

6

6 de agosto, Sotogrande

A pesar de que agradece que el baño lo haya despejado, a Juan Iturri lo molesta la mancha oscura y húmeda que adorna sus glúteos y sus muslos y la arena que llena sus náuticos. Sin embargo, la llegada al hotel no le trae el alivio esperado. Mientras Lola sube a su habitación para darse una ducha y proponen verse en media hora en la entrada para acudir al escenario del accidente, el comandante Iturri se acerca a la recepción para reclamar su llave. Allí le informan de que, sintiéndolo muchísimo, su habitación aún no está disponible. Como el hotel está completo, porque es temporada alta, tampoco pueden ofrecerle otra habitación. Ni Interpol ni los petrodólares pueden luchar contra un hotel de costa en pleno verano. Aunque habían movido Roma con Santiago, los hilos de Al Waleed solo habían logrado una habitación, una *suite*, que quedaba libre a partir de la una.

Maldiciendo su suerte, Iturri debe conformarse con utilizar uno de los servicios de cortesía del hotel, donde a duras penas, debido a la estrechez del lugar, logra abrir parcialmente la maleta, sacar una muda y un vaquero para cambiarse y lavarse la cara, tirante por la sal del agua. Luego, vuelve a pedir que le guarden el equipaje y se sienta en la cafetería, donde degusta una cerveza al tiempo que comprueba la distancia que deben recorrer hasta el lugar del supuesto atropello de Jaime y su acompañante. Son apenas un par de kilómetros, pero con sol radiante y poniente es preferible ir en coche.

A la hora convenida, Iturri da el último sorbo a la cerveza, ya caliente, y se acerca a la entrada del hotel, donde se topa con el rostro malhumorado de Lola.

—No vamos a poder coger el coche, Juan. Es domingo y, al parecer, todos los

domingos instalan aquí un mercadillo: hay un hervidero de personas arremolinadas alrededor de los puestos diseminados a lo largo de la Marina. Va a ser complicado mover el coche hasta que esto acabe. Tendremos que ir andando...

Iturri baja los dos peldaños que separan el vestíbulo del hotel de la calle y mira hacia la derecha, de donde llega el creciente rumor. En efecto, ve en lontananza una colección de coloridos puestos de regalos, ropa y artesanía. Lola, a su lado, contempla la escena con pesadumbre. Su pelo húmedo le está mojando la espalda, pero no parece importarle.

—Hace calor, Lola, y estoy agotado. Ayer tomé un vuelo vespertino hasta Madrid y luego he conducido de un tirón hasta aquí. ¿Qué te parece si aprovechamos para tomar un almuerzo tempranero, descansamos un rato y vamos por la tarde? El escenario y tus evidencias seguirán allí.

A regañadientes, Lola admite la propuesta del comandante. Solo resta encontrar un sitio libre en aquel enjambre de terrazas, bares y cafeterías de la Marina. Comienzan por la terraza más cercana. No consiguen mesa ni en ella ni en los cuatro siguientes restaurantes, aunque Juan, siempre optimista, va dejando su número de móvil por si se produce alguna cancelación. Veinte minutos después, desesperados, están encaminándose de nuevo hacia el hotel cuando suena el teléfono. A Kesotogrande, el primer lugar que visitaron y que está a pocos pasos del hotel, le ha quedado vacía una mesa en la terraza.

La ocupan de inmediato. Lola pide una clara con limón; Iturri, una copa de Viña Ardanza del 2020. Tras mirar la carta, deciden compartir unas anchoas y un arroz marinero.

—¡Qué magnífico sitio! —comenta Iturri, dirigiendo los ojos a los barcos atracados a pocos metros, que se mueven con el ligero oleaje. La brisa, a pesar del poniente, combate el imperio del sol, haciendo especialmente agradable el lugar.

Lola, sin embargo, mira a Juan con el rostro ensombrecido. Se lo había imaginado ansioso por escuchar sus alegatos, pero solo está disfrutando del instante. «Como debería hacer yo», se dice.

—¿Quieres otra clara? —pregunta el comandante. Lola, sedienta, se la ha

bebido de un tirón.

—No, gracias; es suficiente —responde, con voz tensa y puntiaguda.

Iturri se vuelve hacia ella y no puede evitar esbozar una sonrisa amarga. Desearía que olvidara el pasado y, por un momento, se centrara en ellos, que, después de años que se le han hecho siglos, están solos, en un ambiente paradisíaco, rodeados de sol, mar y tiempo. Sin embargo, ella no parece verlo. Con ese doloroso pensamiento a cuestas, le espeta:

—¡No tienes remedio, querida Lola! Venga, empieza; el arroz aún tardará, pero quiero que sepas que voy a ser implacable. Te escucharé, pero no como un amigo que quiere infundirte ánimos vacuos dándote la razón, sino como un policía. No aguardes falsas esperanzas, que son las peores. ¿Estás de acuerdo?

Lola permanece unos instantes muda, fijando los ojos en sus manos, colocadas sobre la mesa. No lleva reloj, ni pulseras ni anillos, pero mantiene su fina alianza en el dedo anular. Sabe que la ayuda de Iturri es inestimable: ella no dispone de la preparación suficiente para calibrar adecuadamente los indicios que ha encontrado y, además, en el campo de la investigación, Iturri es uno de los mejores. Sin embargo, está harta de que todos piensen que se ha vuelto loca. Al final, con los nervios a flor de piel, responde:

—Estoy de acuerdo. Pero tienes que escucharme con la mente abierta, porque he visto lo que he visto y nadie puede hacerme dudar de ello. Sería casi como dudar de mí misma.

—Todo tuyo...

—Veamos: el suceso se instruye como un presunto delito de homicidio por imprudencia grave por exceso de velocidad, lo que conlleva una pena de prisión de uno a cuatro años, amén de la pena de privación del derecho a conducir vehículos, del derecho al porte o tenencia de armas... —Se detiene y luego agrega—: ¡No sé ni por dónde empezar! ¡Son tantas cosas!

—Creo que una copita de vino te ayudará... —Levanta la mano. Ordena un Quintaluna, de Rueda. Lola, que no protesta, se bebe media copa de un trago. Iturri pide que le sirvan otra.

—¡Manos a la obra! A ver si me centro... y me tranquilizo; llevo tanto tiempo sin hablar con nadie, que ahora no puedo parar —dice, y da un nuevo tiento a la

copa—. Bien, el relato sumarial sería este: el cuartelillo de la Guardia Civil del municipio de Pueblo Nuevo de Guadiaro, a unos pocos kilómetros de aquí, recibió el catorce de julio, hacia las diez de la noche, el aviso de un viandante que escuchó un fuerte golpe y luego el sonido de un coche que abandonaba el lugar derrapando a gran velocidad. El testigo se encontraba a la altura del centro comercial situado a la entrada de la urbanización de Sotogrande, cuyos comercios ya estaban cerrados. Al personarse en el lugar, los agentes localizaron a dos personas, un hombre y una mujer, ambos sin vida, y a un perro. Se avisó a una ambulancia, los paramédicos certificaron que los dos habían fallecido, se dio parte al juez, se personó un equipo forense y se procedió a abrir una investigación para esclarecer los hechos, que apuntaron a un atropello mortal realizado por un vehículo cuyo conductor se dio posteriormente a la fuga...

—¿Y no fue eso lo que ocurrió?

—No sé lo que ocurrió, Iturri, no estaba allí, pero de lo que estoy segura es de que no ocurrió donde dicen que ocurrió.

—Si es un trabalenguas, no cuentes conmigo; soy negado para esos juegos de palabras.

—Me explico de otra manera: si los atropellaron, no fue en ese punto. Ni hablar. He revisado con detalle los informes forense y policial. Me he plantado en el escenario y he reconstruido *in situ* lo ocurrido y te aseguro que allí no sucedió nada parecido: es una burda manipulación...

Iturri agita su copa de vino. Las densas lágrimas se deslizan lentamente por la pared interior del cristal.

—Manipulación es una palabra muy fuerte, Lola. ¿Qué, según tú, manipularon? ¿Limpiaron el lugar, eliminaron evidencias, alteraron la apariencia para simular un accidente? Te repito que soy policía; necesito hechos, datos, que expliquen, por ejemplo, qué motivos podrían inducir a mis colegas del cuartelillo de la Guardia Civil a simular el escenario de un delito. Tendrás que darme una razón para creerme eso.

—¿Hechos? De acuerdo: lo haremos como tú quieres. Veamos, las preguntas que necesitan respuesta son estas: ¿qué sucedió?, ¿cuándo?, ¿cómo?, ¿fue un homicidio involuntario o un hecho criminal? Y si se trata de esto último, ¿quién

lo hizo?, ¿por qué?, ¿qué pretendían conseguir con ello? Todo eso tiene una clara derivada: qué tipo de relación había entre mi marido, esa mujer, Desliz y este lugar. Porque Jaime no debería haber estado aquí, pero estaba...

Juan la ataja.

—Lola, una de las reglas de oro en criminalística es que...

—¡Escúchame, coño! —Su voz sale tan chillona que los comensales de las mesas próximas levantan la cabeza. Lola, muy digna, se ajusta las gafas de sol y baja la voz—. Escúchame, por favor: he sido juez de instrucción muchos años y sé de lo que hablo. Un atropello típico, a cierta velocidad, provoca dos efectos muy distintos. El primero es el impacto primario: el vehículo choca con el peatón y le asesta un golpe más o menos fuerte. Debido a la altura del guardabarros, este primer golpe suele provocar lesiones en la mitad inferior del cuerpo, sobre todo en los huesos largos de las extremidades: fracturas de tibia o fémur, luxaciones, etc. Pero no acaba ahí. Como el golpe primario se provoca por debajo del centro de la gravedad de la persona, la víctima se desequilibra y cae sobre el capó del coche, produciéndose un segundo impacto. En él, es el peatón el que golpea el vehículo. El capó puede o no abollarse, pero en el peatón suelen observarse lesiones que afectan a la mitad superior del cuerpo. Cuando la velocidad del vehículo supera los cincuenta kilómetros por hora, la persona es propulsada hacia arriba, de modo que cae con fuerza sobre el motor y se producen contusiones en hombros, codos y con frecuencia en el cráneo. Esas fracturas y contusiones en el cerebro, especialmente de contragolpe, son la causa más frecuente de muerte...

Iturri la detiene.

—Lola, si quieres demostrarme que conoces el proceloso mundo de la práctica forense, no hace falta que sigas: te concedo la matrícula de honor... Pero ahora permíteme que haga yo las preguntas, ¿de acuerdo?

Abre la boca para protestar, pero la cierra sin pronunciar más que un simple sí.

—¿A qué velocidad iba el vehículo?

—Según el informe, a setenta y ocho kilómetros por hora, pero...

Tampoco le permite seguir.

—¿Cómo fue el impacto?, ¿por arrollamiento?

—No exactamente. El coche se desvió a la derecha y los aplastó parcialmente contra la pared lateral de la calle.

—Entiendo. ¿Cuáles fueron las lesiones?

Aunque lo sabe de memoria, Lola toma su móvil y busca el parte forense.

—Fractura de columna vertebral, ruptura de la aorta torácica, avulsión de la piel y tejidos blandos de la región inguinal... También hay lesiones cutáneas superficiales procedentes de un pellizcamiento entre la pared y el neumático, derrame linfático de Morel-Lavallée, arrancamientos de fibras musculares y suma y sigue...

Iturri respira hondo.

—Tampoco soy forense, Lola, pero, igual que tú, he visto mucho mundo. En mi opinión, lo que narras es compatible con una velocidad superior a sesenta y cinco kilómetros por hora.

—Estoy de acuerdo contigo.

—¡Por amor de Dios, Lola! Entonces, ¿cuál es el problema?

—Pues, para empezar, que es del todo imposible que pudiera ir a esa velocidad en ese tramo... Y, para continuar, que si un vehículo circulara a sesenta y ocho kilómetros por hora y cogiera a dos personas en sándwich contra un muro lateral, ese muro debería recoger evidencias del impacto, ¡y no tiene ninguna!

Trastea un segundo con el móvil y le muestra una fotografía.

—¿Qué ves aquí?

—Un muro blanco, con un rozamiento en la parte inferior.

—¡Exactamente! Un rozamiento que dejaría un vehículo que se ha acercado demasiado a la pared. ¡Pero dos personas se dejaron allí los sesos! ¿Cómo no hay ni un mísero rastro de sangre, masa encefálica o fluidos? Al menos, manchas de sangre. Ya sabes qué aparatosa es la sangre y cómo dejan el escenario los forenses. Además, el coche en cuestión era verde oliva. Y en la pared no hay ni un solo resto de pintura verde. ¡No es lógico!

—Pueden haberla pintado...

—No lo han hecho, lo he comprobado. Y no solo es eso. Deja que te muestre las fotografías tomadas en el suelo. —Le pasa el móvil—. Dime qué ves.

Iturri lo toma en sus manos y observa la imagen unos instantes antes de responder.

—¿Estás segura de que corresponde...?

—Corresponde al escenario. Dime qué ves o, mejor, qué no ves...

El comandante apenas necesita un par de segundos para pensarlo.

—No veo marcas de neumáticos y, de llegar a esa velocidad, el vehículo tendría que haber dejado, al menos, dos líneas negras de goma en el firme: la primera en la curva, la segunda en la zona de frenada.

—¡Ahí lo tienes! —salta MacHor, dando una palmada de triunfo. Luego, coge la copa de vino y la vacía.

Iturri deja escapar un suspiro. Lola tiene mal beber.

—Ya te entiendo. ¿Y estás segura de que...?

—He ido a ver el escenario muchas veces, Iturri: estoy segura. ¡No ha sido allí! ¡No ha sido como dicen! Y no solo es eso; hay otras cosas, al menos, tan extrañas como esa. En el parte forense no se habla de restos de pintura o de cristales rotos en la ropa y eso es imposible: en los atropellos, siempre hay pequeños fragmentos de pintura, esquirlas de la carrocería, que se desprenden y se transfieren a la ropa de las víctimas o al escenario. Suelen ser lo suficientemente grandes para detectarlos a simple vista. Si no es así, y como la pintura de muchos vehículos tiene propiedades luminiscentes, los forenses emplean luz blanca potente. Me hice con una lámpara y lo revisé con detenimiento: no hallé rastros de pintura o cristal, ni tampoco de sangre...

—Entiendo —sostiene Juan Iturri, ya metido en harina.

—Y eso no es todo. Hay dos datos más y los dos son definitivos. El primero, la velocidad...

—Setenta y ocho kilómetros por hora...

—Buena memoria. Eso es lo que dice el parte forense, pero es del todo imposible. Y no solo por el tema de la frenada. Verás...

Lola coge su tenedor y lo coloca en horizontal. Luego toma el cuchillo y lo cruza con el primero, formando entre ellos un ángulo cercano a los sesenta grados.

—El paso de cebra estaba aquí, al final del tenedor. Para llegar hasta él, el

vehículo tenía que recorrer esta parte del cuchillo, dar este giro pronunciado a la derecha y, finalmente, recorrer los apenas cuarenta metros que lo separaban del paso de cebra. Si el vehículo tuvo que frenar en seco para salvar la curva entre el cuchillo y el tenedor, y se los llevó por delante en el paso de cebra a sesenta y ocho kilómetros por hora, y entre ambos puntos median cuarenta metros, ¿a cuánta velocidad debería circular?...

—Señoría, ¿eres un robot? La Lola que yo conozco tiene alergia a los números y no sabe hacer ni una regla de tres...

Lola enrojece y se echa a reír.

—¡Me has pillado! Como los números me dan alergia, llamé a uno de mis nietos, que va para ingeniero, y se lo pregunté.

—¿Y qué te dijo?

Levantó el brazo y pidió un poco más de vino.

—Soy incapaz de repetirlo, pero me quedó clara su conclusión: es imposible que un Seat Ibiza viejo, que es el que supuestamente se los llevó por delante, adquiriera esa velocidad de sesenta y ocho kilómetros por hora en cuarenta metros... No me mires así, Iturri, soy juez. En los casos de accidentes de vehículos a motor, las víctimas solo tienen una baza para sostener la negociación con la aseguradora culpable del accidente y reclamar la máxima indemnización: que el informe forense sea preciso y contundente... En fin, no quiero alargarme, pero te aseguro que, con el parte forense del accidente de Jaime en la mano, y con esa escena, si yo tuviera que instruir este accidente, no daría un duro a la víctima o a sus familiares... Ni se puede sostener la relación causal entre las lesiones y el accidente ni se han recogido todas las pruebas complementarias practicadas. Por no existir, no se refleja ni siquiera la identificación del turista que denunció los hechos...

Juan Iturri hurga en el bolsillo y echa mano de su pipa, que ya lleva cargada, y, sin preguntar a Lola si le molesta el humo, acerca el mechero curvo a la cazoleta y la enciende. Pasados unos instantes, sentencia:

—Lola, si me preguntas si es posible que la policía la haya cagado, te digo que sí, que es posible; esas cosas ocurren. Y si encima se han enterado de que la esposa del fallecido es una juez del Tribunal Supremo, es probable que hayan

hecho lo posible para maquillarlo. Pero lo importante, Lola, no es eso, sino que está muerto. ¿Crees que es bueno para ti andar midiendo distancias y velocidades? —De pronto se detiene—: ¿O es por el tema del seguro? Porque si es por eso, creo que...

—No ando sobrada de dinero, pero no es por el seguro... Y déjame acabar, que es lo que has prometido... Mira este tenedor: una vez pasada la curva, hay buena visibilidad; aunque el conductor fuera medio ciego, el bulto era suficientemente grande. Un hombre, una mujer y un perro hacen una mancha imposible de pasar desapercibida: el conductor debería haberlos visto.

—Salvo que fuera colocado o borracho hasta las trancas...

—En eso te doy la razón. Pero ¿crees que alguien tan fumado es capaz de salir huyendo, ocultar el vehículo en el monte y quemarlo? Demasiada planificación con una intoxicación etílica o unos opiáceos.

Iturri baja la cabeza y empieza a moverla a derecha e izquierda cada vez más rápido.

—¿Qué pasa, Juan?, ¿no tengo razón?, ¿no crees que me están mintiendo?

El comandante levanta la mirada, corre la silla hasta ella y, manteniendo la posición inclinada y la pipa sujeta por los dientes, toma sus manos y las retiene entre las suyas.

—Sí, Lola, creo que tienes razón en mucho de lo que dices: la policía judicial se perdió contigo una investigadora cojonuda. Pero no debemos precipitarnos, ¿de acuerdo? Hay que ir paso a paso y con la cabeza muy fría, porque una cosa es resolver un homicidio y otra muy distinta que te hayas quedado viuda. Nada que resuelva el homicidio va a devolverte a tu marido. Por eso, no entiendo que...

—¿No lo entiendes? Pues es muy fácil: Jaime era mi marido, estuvimos muchos años casados, creía conocerlo. ¿Estaba engañándome con una jovencita? Podría ser, aunque no lo creo. Pero lo que tengo claro, clarísimo, porque hemos convivido muchos años, es que mi marido nunca se alojaría en una pensión, que es donde dicen que estaba su maleta. ¡Era un sibarita! Es del todo imposible.

Lola arroja el móvil sobre la mesa con aire de cansancio y se deja caer sobre el respaldo. Pero un instante después se vuelve a inclinar hacia Iturri y le

susurra:

—Si me han mentido en esos detalles, pueden haberme mentido también en lo de ella... ¡Levanta, Desliz; volvamos al hotel! Necesito descansar...

7

6 de agosto, Sotogrande

—¡Lo siento muchísimo, comandante Iturri! Es un error imperdonable y trataremos de compensarlo a lo largo de su estancia, pero no puedo hacer nada en este momento. Sin embargo, solo quedan dos horas. ¿Me permite invitarlo a...?

—¿Qué ocurre? —pregunta Lola, que está a punto de tomar el ascensor para subir a su habitación, al escuchar el jaleo.

—Sigo sin tener habitación —masculla Iturri.

El joven de recepción dibuja un gesto de compunción.

—Le estaba explicando al señor Iturri que mi ayudante olvidó anotar que el cliente había solicitado una ampliación de su horario de salida y la habitación no estará disponible hasta las cinco. No sabe cómo lo siento.

—Pues dele otra...

—Estamos completos, señora MacHor. Pero le prometo que antes de las cinco tendrá su estancia dispuesta.

—Llevo muchas horas sin dormir, necesito acostarme un rato...

—Estoy desolado, señor Iturri, pero...

—Descansa en mi cuarto, Juan —ofrece Lola—. Mi habitación tiene un pequeño saloncito en la antesala; yo me quedaré ahí con Desliz mientras tú duermes.

Aliviado, Iturri lo acepta.

—No te digo que no, Lola; estoy agotado.

Juan coge su equipaje y sigue a Lola.

La habitación está decorada en tonos claros. La cortina de lino, corrida, apenas deja entrar una luz mortecina. Hace calor. Lola se apresura a meter las cenizas de Jaime, que ha dejado sobre la mesita baja, en el armario. De pronto, ya no le parece tan buena idea tenerlas cerca.

—¿Te importa que ponga el aire acondicionado, Lola?

—No, adelante: siéntete como en casa. Y descansa...

Juan se deshace de los náuticos, retira la colcha y se deja caer sobre la enorme cama. Unos segundos después, está profundamente dormido. Desde el saloncito, tapada con el albornoz de baño, porque el aire acondicionado está demasiado fuerte para ella, Lola lo observa. Y piensa en Jaime, en la última vez que se vieron, en la última vez que lo contempló dormido. Pocos segundos después, empieza a notar que los ojos se le cierran y su cuerpo se rinde. Está muy cansada y los días sin dormir le están pasando factura. Se recuesta finalmente en el sofá y se acurruca en estado fetal, doblando las rodillas sobre la cintura.

Un rato después, un intenso y agudo dolor en las cervicales la despierta. La mala posición y la estrechez del sillón han sido más fuertes que sus clases de pilates. Se incorpora, se frota el cuello y gira varias veces los hombros intentando aliviar la presión. Mira el reloj: pasan unos minutos de las cuatro. Iturri continúa profundamente dormido, en la misma posición en la que se acostó una hora antes. La cama presenta un aspecto atrayente, seductor. Ella también está cansada y mareada: el vino blanco es demasiado cabezón. Podría aprovechar y echarse un rato; al fin y al cabo, es una cama enorme. Si se coloca en la esquina, él ni siquiera se enterará. Además, ¡qué diantres!, es su cama.

Se acerca con sigilo, se deshace de las alpargatas, se tumba muy despacio y se cubre con el albornoz que ha llevado con ella. La almohada está fresca, mullida, suave. Allí no hay abrasiones, contusiones ni fracturas abiertas. Allí no hay lesiones ni traumas craneofaciales. Allí no hay nada, allí ya no está Jaime. Sin saber por qué, todas las lágrimas que no ha derramado en las últimas semanas vienen a sus ojos y llora dulce y copiosamente. «¡Jaime, te echo de menos! ¿Qué voy a hacer sin ti? ¡Necesito saber qué hacías aquí! ¡Necesito saber quién era ella! ¿Por qué? ¿Por qué?».

Un lametazo de Desliz, que necesita salir, la saca del sueño en el que se

encuentra.

—¡Un poco más! —le susurra. Pero el perro no ceja.

Cuando va a levantarse, el albornoz solo le cubre los pies, pero hay un brazo bronceado y musculoso atado a su cintura y un cuerpo cálido que respira rítmicamente pegado al suyo. ¡Jaime! ¡Dios mío, Jaime! ¡Todo ha sido una pesadilla! A su mente vuela nítida la imagen de su marido aflojándose la corbata y deshaciéndose de la americana, y la suya, ensayando el último movimiento de pilates. Comienza a temblarle todo el cuerpo, se gira y sin preguntar se aferra a aquellos cálidos labios con sabor a mar, que rápidamente despiertan. Repite y repite y repite el beso que no tarda en ser correspondido. Las manos sueltan su cintura y recorren su rostro, su cuello, su pecho. Durante unos instantes, vuelve a ser feliz, pero, entonces, a su nariz llega un conocido olor a tabaco de pipa que la obliga a abrir los ojos.

No es Jaime.

8

6 de agosto, Sotogrande

Los besos de Lola llevan el ímpetu de un volcán y son tan persuasivos que terminan por sacar poco a poco al comandante Iturri, profundamente dormido, del trance del sueño. Los primeros contactos, que parecen dulces espejismos, despiertan sus instintos primarios, pero, adormilado y descolocado, no lo espabilan. Sin embargo, cuando los dedos de Lola, que se han introducido por debajo de su niqui y se extienden por su espalda camino de su cintura, se posan sobre su cicatriz dolorosa —recuerdo de su caída en la ascensión al Cervino, en el valle de Zermatt—, se despierta situándose en el tiempo y el espacio. Abre los ojos. La determinación de la juez lo paraliza y le hace permanecer quieto, incapaz de reaccionar, aunque ya tiene el cuerpo soldado al de la juez.

Los labios entreabiertos de Lola son tan suaves y carnosos como siempre ha imaginado, como ha soñado. Se zambulle en ellos, los degusta unos instantes, pero no puede seguir. No es lo que quiere. No así. A lo que Juan Iturri aspira es a echar raíces en ella; solo después podrá sacar a la luz todos los deseos que el tiempo, lejos de desvanecer, ha hecho más fuertes. Codicia que Lola lo coma a besos, pero quiere que lo haga con los ojos abiertos y no un día confuso, sino muchos. Por eso, en un ejercicio de lucidez, la sujeta con fuerza de los antebrazos hasta que ella se detiene y, extrañada, abre los ojos.

—Creo que Desliz necesita salir a dar un paseo...

Al advertir el error, Lola se incorpora de un salto y gira sobre sí misma mientras resopla con el corazón encogido y la voz cercana a las lágrimas. Tiene las mejillas coloradas y la respiración acelerada. Desliz, que cree ver en su dueña

la promesa de un paseo, da vueltas también a su alrededor con la cabeza levantada y la correa entre los dientes. Juan, entre atónito y excitado, se tapa el cuerpo con la colcha.

—¡Dios, perdóname! Por un momento... yo... pensé que...

—Nada que perdonar, querida Lola. Discúlpame tú también, me ha pillado por sorpresa y no he sabido reaccionar. Pero conmigo no va a ocurrir nada que tú no desees.

Aliviada con la reacción, suelta los hombros y repite:

—Lo siento muchísimo. Te he confundido con... —se detiene—. Quizá tengáis razón y necesite algo de ayuda... —De pronto, parece darse cuenta de la situación de Juan, tumbado en la cama, tapado torpemente con la manta, y añade —: Seguro que ya tienen preparada tu habitación... Yo..., en fin, te espero abajo, en la terraza. Necesito un café y Desliz necesita... Si quieres darte una ducha, estás en tu casa...

Tras el portazo, Iturri cierra los ojos, se pellizca el tabique nasal y respira hondo un par de veces mientras maldice su manía de portarse con Lola como el caballero que no es. Se pone en pie y se pasa la mano por la frente perlada de sudor camino del cuarto de baño. Allí mira en el espejo su rostro encendido, se muerde el labio inferior y se echa a reír. Las cosas más extrañas que le han ocurrido le han pasado con Lola MacHor. Ella es garantía de un día animado, extraño, distinto. Pero su cuerpo no quiere creerse que se ha ido y se ve obligado a desnudarse, encender la ducha en el botón azul y meterse bajo el potente chorro.

Lola abandona tan deprisa la habitación que solo cuando se ve en el pasillo se percata de que está descalza, lleva el sujetador en la garganta y Desliz ha soltado la correa.

—¡Mierda! Pero ¿qué me está pasando? —Se recoloca la ropa interior, llama con los nudillos y susurra—: Juan, ábreme, que no he cogido las alpargatas...

Iturri no oye sus palabras, pero sí la llamada y abre, con una toalla a la cintura.

—¿Quieres que sigamos donde lo dejamos? —bromea.

—¡Lo siento, lo siento! Es que voy descalza...

Con los ojos bajos, vuelve a entrar en la estancia, se acerca hasta el pequeño sofá a cuyos pies ha dejado su calzado y, como alma que lleva el diablo, recoge las alpargatas, la pamela y la correa y sale a toda prisa. Iturri, que no puede menos que sonreír ante el azoramiento de la mujer, tan distinto de sus otros ligues, se regodea con la posibilidad de que, por fin, Lola sea suya.

La juez MacHor se dirige a la terraza. Para su desgracia, todas las mesas están ocupadas. Sin embargo, observa que en una de ellas una pareja británica con un niño pequeño se preparan para marcharse. Mientras aguarda a que recojan sus cosas, mira en rededor buscando a Nikolái, pero la que aparece es una camarera joven, con un paño húmedo en la mano y gesto desagradable. Le pide un café con leche de soja en taza de desayuno y un vaso de agua. Pocos minutos después, cuando ya su respiración ha recuperado su ritmo natural, la joven regresa con una jarra de café y otra de leche, y un platito con dos tejas minúsculas. Se olvida de las servilletas. Se lo hace notar.

Mientras regresa, añade dos sacarinas a su taza.

—Aquí tiene, señora. Disculpe.

—No hay de qué. Permítame una preguntita: ¿no trabaja hoy Nikolái?

—¿Quién?

—Nikolái, no sé su apellido. Coincido con él en el desayuno... Es ruso...

La camarera arruga la nariz en un gesto que la hace parecer pícara.

—Llevo aquí un año y, que yo sepa, no hay ningún camarero llamado Nikolái.

La juez frunce el ceño sin saber qué responder. Repasa su memoria: está segura de que se llama Nikolái, aunque es posible que sea su segundo nombre.

—Quizá no se llame así, pero se le reconoce por sus patillas, son inconfundibles.

—¡Ah, usted habla de Maxim! Él hace turnos de desayuno... Bueno, los hacía, porque hoy se ha despedido: le ha salido un curro mejor.

La conversación declina cuando Iturri, decidido, se sienta a su lado. Se ha peinado hacia atrás. Lola piensa que le queda bien, pero enseguida se obliga a pensar en otra cosa.

—Descansado, duchado y con habitación propia —dice, enseñando la llave

que acaban de darle en la recepción—. ¿Te terminas el café? Tenemos que hablar...

La frase trona en sus oídos y, de nuevo, el corazón se le desboca.

—Iturri, me conoces: ya sabes que no ha sido mi intención...

—Olvídate de eso. Tenemos que hablar de tu marido.

—¡De modo que me crees! —exclama triunfante—. ¡Lo sabía!

—Sí, Lola. Las pruebas son incontestables. A tu marido no lo atropellaron en ese lugar. Pero eso no es lo importante ahora... Mira, llegados a este punto, tengo que sincerarme: sabes que trabajo en Interpol; es decir, tengo más datos que tú y debo advertirte que, si sigues indagando, puedes toparte con cosas desagradables...

Lola se pone muy seria. Sus ojos sueltan chispas.

—¿Te refieres a algo que pueda disgustarme más que saber que mi marido tenía otra vida con una rubia y su perro?

Iturri no va a dejarlo tan fácilmente.

—Entiendo que sea eso lo que más te duela, pero el asunto puede tener implicaciones más amplias que esa infidelidad.

Lola lo detiene con un gesto.

—¿Implicaciones más amplias? ¿Qué significa eso? Blanqueo de capitales, drogas, corrupción..., ¿qué?

Iturri la contempla. Con la humedad, su pelo es un cogollo de rizos desordenados. Su mente no debe de estar menos enmarañada, pero es hora de que se enfrente a la realidad.

—Aquí mismo, en Sotogrande, el mismo día y coincidiendo con la muerte de tu marido, asesinaron a otras personas. Es muy posible que esas muertes y la de Jaime estén relacionadas. No tengo aún todos los datos, pero tiene mala pinta. No eres una novata a la que tenga que dar explicaciones. Podemos esperarnos cualquier cosa...

MacHor lo escucha petrificada: la información que Juan acaba de facilitarle es desoladora. Está pensando en la palabra que ha empleado, asesinato, cuando, de pronto, tiene la certeza de que el oscuro pozo que se abre bajo sus pies no le deparará ningún dato agradable sobre su marido. Inclina la cabeza y oculta el

rostro entre las manos. Tiene miedo. Y dudas. Muchas dudas. ¿Será mejor hacer caso a Iturri y dejar las cosas como están? ¿Es preferible huir a Madrid y enterrar sus cenizas para siempre?

El comandante le dirige miradas fugaces, pero no interrumpe sus pensamientos. Un largo minuto después, cuando la juez levanta la cabeza es la viva imagen de la decisión.

—No avanzaré un centímetro en mi vida hasta que sepa qué le pasó a mi marido, a la rubia de las narices, que encima era rubia natural, y al dichoso perro... No me mires así, Desliz, que tú no tienes la culpa. De modo que adelante. Pero quiero saberlo todo, ¿de acuerdo? Todo. Tienes que prometerme que no te callarás nada, aunque sea terrible.

Iturri asiente y le tiende la mano para ayudarla a incorporarse, pero ella la rechaza.

—No necesito un padre protector, sino un policía con un par que me ayude a investigar. De manera que empieza por decirme quiénes son esas personas y qué demonios haces aquí.

—Lo haré. ¿Te apetece que demos un paseo? Aquí hay demasiada gente...

Se levantan. Enseguida, una pareja joven corre hasta ellos para ocupar su mesa.

9

6 de agosto, Sotogrande

Están paseando por la Marina, saboreando un helado de chocolate Häagen-Dazs que han comprado en la plaza de la Palmera, junto al hotel. El mercadillo de la mañana ha concluido y los puestos ambulantes han recogido sus mercancías y tenderetes. La gente está en la playa, en las terrazas o durmiendo la siesta. En el paseo no hay casi actividad. Lola camina junto a Iturri, que lleva a Desliz. La brisa hace la temperatura agradable. El día está hermosísimo.

—¿Un príncipe árabe envenenado? Sinceramente, Iturri: no me lo creo. Lo del cardenal Ochavarría me cuadra, porque Jaime es... era muy meapilas y le encantaba relacionarse con los cargos eclesiásticos, pero lo del árabe no me encaja. Y ese tal Claudio Guinea tampoco me suena de nada...

—Pregúntate esto, Lola: ¿tendría que sonarte el nombre de esas personas si tu marido las conociera? ¿Cuánto sabías tú de la vida de Jaime?

Lola se detiene a pensarlo mientras trata de recolocar su alborotado pelo dentro de los dominios de la pamela.

—Nos esforzábamos en mantener una vida común, pero había muchos aspectos de los que no podíamos hablar, porque a los dos nos ataba la confidencialidad... Lo que puedo decirte es que, desde hace años, Jaime no tenía consulta abierta, aunque sus donantes y benefactores seguían consultándole sus problemas médicos. A algunos, se los solucionaba él; a otros les buscaba hospital o médico para sus dolencias y se encargaba de hacer las presentaciones. De modo que sí; podría tener alguna relación médico-paciente con esas personas y

yo no saberlo. De lo que no veo indicio alguno es de que esas relaciones pudieran derivar en cuestiones ajenas a la salud y mucho menos delictivas...

—En momentos como este, debes mantener la mente abierta, Lola. Tampoco te cuadraba que estuviera aquí en lugar de en Fráncfort. —Iturri va a mencionar a una rubia, pero se muerde la lengua. No es necesario echar más leña al fuego.

Lola dibuja una sonrisa amarga y en una suerte de desahogo deja vagar la mirada por el horizonte, por donde navega un velero. Va en empopada, con las velas desplegadas. La estampa resulta idílica. Iturri no quiere estropear el momento, pero tiene que hacerlo.

—Lola, necesito que me hables del estado de vuestras finanzas. ¿Teníais cuentas conjuntas o cada uno funcionaba por su cuenta?

Lola, crispada, se gira y le clava la mirada.

—¿A qué viene eso? ¿Me estás interrogando? —Pero el duro repaso que le devuelve Iturri la hace claudicar—: De acuerdo, no preguntas por curiosidad. Pues funcionábamos con una cuenta conjunta, donde ingresábamos nuestras respectivas nóminas y donde domiciliábamos los pagos corrientes y las tarjetas de crédito. Tenemos, teníamos, también un pequeño plan de pensiones; nos queda un año para pagar definitivamente la hipoteca y Jaime poseía acciones de algunas compañías, que gestionaba él personalmente. No nadamos en la abundancia, pero estamos bien. ¿Lo preguntas por lo del seguro del accidente?

—No, Lola. Lo pregunto porque tu marido figura como titular de una cuenta en Suiza.

La juez, aliviada, se echa a reír.

—Eso es fácil de explicar. Jaime recibía donaciones para investigación desde el extranjero y para evitar líos utilizaban cuentas en varios países... Recuerdo que me habló de una cuenta en Luxemburgo. Quizá había otra en Suiza. Seguro que habrá más firmas acreditadas, porque esos proyectos los hacían entre varias universidades, y aparecerán pequeñas salidas de efectivo, para congresos, publicaciones, etcétera.

—No, Lola: en esa cuenta el único titular es tu marido y no hay salidas, solo entradas. Su montante asciende a setenta millones de dólares...

Lola se detiene estupefacta.

—¿Qué? ¿Setenta millones? ¿Estás de broma? —De pronto se le ilumina el rostro—. ¡De modo que esto no es por la rubia!

Iturri, ofuscado, levanta la voz.

—Joder, Lola, ¡abre los ojos! Esto va más allá de una canita al aire de tu perfecto marido. Hay gente en la morgue y una mujer embarazada en la cárcel. ¿Dónde está tu sentido de la justicia?

Sus palabras caen en Lola como aceite hirviendo. En un movimiento reflejo, se agacha y abraza a Desliz, que recibe sus caricias con alegría. Está muy cansada. Cansada de no lograr dormir, de no entender, de resistir. Se siente rota, hecha trizas, pero también estúpida. ¿Es posible que «su» Jaime tuviera tan poco que ver con el Jaime real?

—No lo entiendes, comandante. Han sido treinta años, toda una vida...

—Lo entiendo muy bien, señoría. —Su voz suena seca y su mirada está llena de reproches—. Pero no estoy aquí para averiguar qué relación tenía tu marido con esa jovencita. He venido porque te aprecio y no te mereces esto. No sé si eres consciente, pero ese dinero, esas muertes, este lío pueden poner en un brete tu carrera, tu vida y la vida de tus hijos. Si puedo, quiero ayudar a evitarlo. Ponte la toga y dime cómo suena una cuenta opaca, que recibe solo transferencias de entradas de millones de dólares, algunas procedentes de paraísos fiscales. Con quién se acostara tu marido no está en la ecuación, salvo que tenga que ver con el caso. ¿Me comprendes?

Lola parece despertar de un sueño. Traga saliva y responde con el corazón en la garganta:

—Lo comprendo. Intentaré ponerme en modo toga y tacones y... Un momento, comandante: ¿acabas de llegar y ya tienes hasta los movimientos de una cuenta de la que yo ni siquiera tengo noticia? ¿Por qué me lo has ocultado? ¿Desde cuándo Interpol investiga a mi marido? —pregunta con acidez.

Juan siente un intenso escozor en el alma, que enseguida se transforma en rabia.

—¡Vete a hacer puñetas! Mira, señoría: no soy uno de tus sospechosos, ni uno de tus empleados, ni tu marido. Tardo tres minutos en recoger mis cosas y largarme. He venido por ti, que eres lo único que se me ha perdido aquí.

¿Prefieres seguir sola? ¡Adelante! Pero, para tu conocimiento, te diré que sé de esa cuenta y de sus movimientos por tu yerno, el marido de Marieta. Tus hijos pretendían evitarte los líos de la herencia y se lo han encargado a él, que, al encontrar la cuenta, me ha llamado preocupado. Es dinero opaco, ¿lo entiendes? Eres juez, no hace falta que te diga cuántos delitos puede encubrir esa cuenta... Mira, ¿sabes qué? Me vuelvo al hotel. Aclárate. Cuando sepas qué quieres, dímelo. Pero ya está bien de chorradas de Romeo y Julieta...

10

6 de agosto, Sotogrande

Sentado en la terraza de su *suite*, Juan Iturri fuma su cachimba. Mantiene los ojos cerrados. Le duele la cabeza, las punzadas en las sienes son cada vez más agudas. Y está relleno de rabia como un pavo de manzanas. Nota vibrar el móvil y entorna los ojos para mirar la pantalla. Silvia Sainz-Nora. ¡Qué extraño! Contesta.

—Silvia, no esperaba saber de ti tan pronto, aunque siempre es un placer.

La mujer suelta una risita cómplice.

—Tampoco yo lo esperaba, pero verás, como ayer en la cena me preguntaste por Ígor Zánel y me han llamado hoy de su fundación, a pesar de estar en fin de semana, he pensado que te gustaría conocer el chascarrillo.

—Por supuesto, querida Silvia. Cuéntame —responde, acercando nuevamente el mechero a la cachimba.

—Como te comenté, conozco a Zánel porque es un tipo que aparece en todas partes, pero sobre todo porque me llama cada año para invitarme a su Charity Golf Tournament. Es un torneo de golf anual, con fines benéficos, al que suele asistir lo más granado de la sociedad suiza y el empresariado europeo, especialmente español. Suelen reunir trescientos o cuatrocientos participantes. Yo declino la invitación todos los años y este no iba a ser una excepción. Pero, como te digo, esta mañana han llamado de nuevo. Y, acordándome de ti, me he puesto en contacto con la hija de unos amigos, que trabaja a tiempo parcial en la secretaría de la Fundación mientras realiza su doctorado. Pues me ha dicho que este año el asunto está complicadísimo... No es que no tuvieran inscripciones,

andaban por los trescientos cincuenta o cuatrocientos, pero ha ocurrido algo y la gente ha empezado a darse de baja y a excusarse, y ahora van por cien y están en caída libre. Y están llamando como locos a todo el mundo, lo que, a mi juicio, es la peor de las decisiones: ¡donde hay humo, habrá fuego!

—Curioso, sin duda. ¿Conoces el motivo por el que la gente anula su inscripción?

—Mi contacto ha mencionado algo de un cardenal muerto, pero no le he prestado demasiada atención. ¿Te interesa? ¿Quieres que me entere?

—Te lo agradecería mucho, Silvia; siempre es bueno tener todos los datos.

—Sin problema. Te llamo en unos minutos...

A Iturri no le ha dado tiempo siquiera a prepararse un paracetamol efervescente.

—¡Ya tengo los datos, Juan! Parece un folletín. Se trata del fallecimiento de un tal Ochavarría, un cardenal muy conocido que sonaba como candidato al papado. Al parecer, era amigo de Zánel, pero últimamente se habían distanciado y algunos creen que él tiene algo que ver con su muerte.

—¿Cómo? ¿Creen que lo asesinaron?

—No lo dicen abiertamente, pero, al parecer, su muerte está envuelta en el misterio. También me cuenta la niña..., bueno, ya no es tan niña, está haciendo su doctorado, en fin, que me cuenta que Zánel ha invitado a almorzar al nuncio para convencerlo. Le han dado una buena comida, un vino exquisito y hasta unos Cohiba Maduro, porque debe de ser fumador de puros. En fin, todo el ritual. Supongo que Zánel habrá desplegado sus mejores artes y no habrá dejado nada en el tintero, pero el diplomático vaticano no se ha arredrado: ha dicho que no acudirá al torneo, pero que cuente con sus oraciones. Cuando se ha marchado, Zánel se ha puesto como un energúmeno. Y, con muchos aspavientos, ha asegurado que el nuncio no sabe lo que le espera...

—¿Sabes de qué han hablado en la comida?

—Desafortunadamente, ese dato no lo tengo. Pero, espera, lo he anotado en alguna parte... Sí, aquí está. Lo que ha dicho exactamente Zánel cuando ha cerrado la puerta al nuncio ha sido: «¿Complots?, ¿quieres hablar de complots? ¡Pues vas a tener uno a tu medida!». Es obvio que no han hablado de golf...

—De acuerdo, gracias por todos esos datos. Una cosa más, Silvia: ¿podrías decir a la hija de tu amiga que me llame si hay algún dato más que le parezca relevante?

—Sin duda. Le comparto el contacto. Besitos...

Cuarta parte

Tres semanas antes

1

> Los hombres son tan simples, y se someten de tal modo a las necesidades resentes, que quien engaña encontrará siempre quien se deje engañar.
>
> NICOLÁS MAQUIAVELO, *El príncipe*

14 de julio, Sotogrande

Acunado por el ronroneo del ventilador portátil y con la cabeza inclinada hacia atrás y apoyada en una de las paredes del pequeño cubículo, Luis Rojo se halla profundamente dormido. El rítmico movimiento de su estómago, a duras penas retenido por su uniforme de vigilante de seguridad, se detiene cuando el móvil colgado en su cinturón suena. Rezonga, pero el estridente sonido insiste hasta que despega los ojos. Al fin, descuelga.

—Coño, Rojo, ¿por qué no contestas? —lo conmina una voz visiblemente molesta.

Sorprendido por la recriminación de su jefe, Rojo farfulla una mentira de compromiso. Tras un breve silencio, la voz procedente del teléfono se ablanda.

—Vale; todos echamos una cabezadita de vez en cuando. Pero ahora necesito que te espabiles. ¿Me copias?

Rojo confirma solemne. Aunque su jefe está a varios kilómetros de distancia, siente su mirada en el cogote. Instintivamente, se yergue, echa la mano al cinturón y se recoloca las esposas y la porra. Para ser vigilante jurado, es más bien corto de estatura y largo en peso.

—Al cien por cien, jefe. ¿Qué se te ofrece?

—Tenemos un incidente en la zona de Reyes y Reinas.

—¿En Reyes y Reinas? —pregunta extrañado. No le falta razón: situada en el corazón de Sotogrande, rodeado por el paseo del Parque y con vistas a los *fairways* del Real Club de Golf, en parcelas inmensas, se alzan las más impresionantes viviendas de la urbanización. Es una comunidad ultraprivada, con su propio servicio de seguridad.

—A mí también me ha chocado, pero la filipina que trabaja para los Aguirrezábal nos ha llamado a nosotros... La tía lloraba a mares. Necesito que eches un vistazo.

—¿Y por qué lloraba, jefe? —pregunta Rojo con inocencia.

—Como habla en inglés y yo no lo he practicado mucho últimamente, no lo he captado bien, pero estaba muy afectada. El dron se ha dado un par de pasadas por la propiedad, pero no hay nada fuera de lo común. Coge el coche y acércate. No quiero que me joda la mañana; cuando me estreso me sangran las almorranas.

Mientras escucha, a Rojo se le dibuja una mueca burlona: sabe de buena tinta que, en el idioma de Shakespeare, el jefe no sabe ni sonreír.

—Me planto en un santiamén, jefe. Por cierto, no sabía que allí trabajara una filipina.

—¿Y dónde no? ¡Tendrían que poner un consulado en Sotogrande! ¿A que sí te acuerdas de la filipina de la calle Pedro el Grande?

El vigilante deja escapar un largo silbido.

—¡Menudo pibón! Se parece a la Preysler en sus buenos tiempos: más carne y menos plástico, vamos. Pero esta chica no me suena. En fin, voy para allá. Espero que no ocurra nada. Los señores Aguirrezábal me caen bien; ni siquiera parecen ricos.

Feliz de poder abandonar la garita, se desentumece el cuello girándolo a izquierda y derecha y, con los pulgares acoplados en el cinturón, se dirige al coche.

En lontananza, alcanza a ver el océano, pintado de un azul muy oscuro. Las esbeltas palmeras, distanciadas seis metros unas de otras, bordean el camino. Conduce cuesta abajo, deprisa, y con los faros encendidos, como marca el

reglamento, a pesar de que la luz de la mañana enciende ya la interminable avenida.

Al ofrecerle trabajo en Sotogrande, le advirtieron que, comparativamente hablando, en la zona había más gilipollas por metro cuadrado que en otras partes. Con el tiempo, se ha dado cuenta de que, si bien la mayoría de los veraneantes nada en la abundancia y considera esenciales las cosas más peregrinas, no todos son iguales. Hay gente como es debido, como los Aguirrezábal, y también hay otros con los que no querría tener nada que ver si pudiera evitarlo. Pero lo mismo le pasa con sus compañeros: los hay majos y estúpidos. Y luego está su jefe, idiota entre los idiotas. De modo que se guarda el juicio, mantiene la boca cerrada y sonríe indulgentemente a todo el mundo; nada se gana siendo maleducado.

Está pensando en los Aguirrezábal cuando, en un pronto, decide llamar al domicilio y avisar de que está al caer. Se aclara la garganta. Es una manía: carraspea siempre que cambia de idioma.

—Buenos días, señora. Me llamo Luis Rojo, vigilante con número de placa 2638-A. Ha telefoneado a Seguridad: ¿puede explicarme el motivo de su llamada? Me refiero a la naturaleza de la incidencia —añade. Le gusta utilizar ese tipo de lenguaje, fruto de sus muchos cursos *online*. Suena profesional. Es posible que la filipina no lo capte, pero no importa; de una u otra forma, conseguirá la información.

Al otro lado del teléfono, el vigilante escucha unos sollozos ahogados. «Me va a tocar poner en práctica los conocimientos de psicología», piensa. Entre los cursos a distancia ha completado uno de situaciones con rehenes, cuyo anuncio leyó en una revista de armas. Lo último que esperaba era verse ante una situación similar, pero a él le hace sentirse bien consigo mismo e importante ante su familia. Con la mano libre, agarra el cinturón y lo mueve: la porra se le está clavando en el trasero. Procede con el mayor tacto: lección 3.

—Señora, ¿puede decirme su nombre, por favor?

La mujer, que sigue sollozando, no responde. Insiste ralentizando la cadencia y suavizando el tono (lección 4). Finalmente, escucha un sonido agudo y nervioso.

—¡Están muertos, los señores están muertos!

La voz, mezclada con sollozos, suena entrecortada, pero al vigilante le llega con nitidez el mensaje. Del susto, se le escurre el teléfono y tiene que agacharse para recogerlo.

—¿Cómo dice? Repita, por favor, no he escuchado bien.

—Están muertos. ¡Los señores están muertos!

Con nerviosismo renovado, el vigilante sigue sin poder admitirlo.

—Tranquilícese, todo saldrá bien. Respire hondo y responda: ¿cómo se llama?

—Me llamo Geraldine —confiesa por fin la filipina.

—Geraldine, yo soy el señor Rojo y llamo para decirle que no se preocupe, porque encontraremos una solución. Pero antes, acláreme una cosa: ¿cómo sabe que están muertos?

Desde el otro lado del teléfono solo llegan lamentos y la misma frase repetida.

—¡Están completamente muertos! Tienen sangre en los ojos...

La doncella estalla en otra tanda de sollozos. Rojo, que ya está convencido de que a la filipina se le ha ido la pinza, decide cambiar de estrategia.

—Geraldine, ¿hay cerca de usted alguna otra persona del servicio?

Dos gemidos y una respuesta.

—Sí, mi esposo, Joseph.

—Joseph es un bonito nombre para un marido. ¿Por qué no va a buscarlo y me esperan ambos en la puerta de la vivienda? Cuelgo, pero en un minuto escaso verán mi coche.

Mientras pisa el acelerador, sopesa la información. No parece lógico que marido y mujer la diñen al mismo tiempo. Ambos son mayores, a uno de ellos podría haberle dado un infarto, un derrame, un ictus o algo de eso, pero él y su señora a la vez es muy extraño. Podría ser un escape de gas o una intoxicación, pero en ese caso no habría sangre. ¿Y si se los hubieran cargado, como a los marqueses de Urquijo? No, eso no puede ser: Sotogrande es la urbanización de lujo más segura del mundo.

2

14 de julio, Sotogrande

Abandona el paseo del Parque, gira a la derecha hacia Jaime el Conquistador y, en el meandro de la calle, vuelve a rodar a la derecha. La casa de los señores Aguirrezábal, condes de Gardoqui, está situada en un tranquilo *cul-de-sac* que se vuelca directamente sobre el hoyo doce del Real Club. Detiene el vehículo en la puerta, cerrada a cal y canto, y desciende. Antes de avanzar, se recoloca su defensa reglamentaria, una porra de goma semirrígida de cincuenta centímetros forrada de cuero negro. Dispone de licencia C de armas, pero cuando el servicio no lo requiere, tiene prohibido empuñarla.

A pesar de sus esfuerzos por subirse el pantalón, no consigue superar la protuberancia de su estómago. A sus casi cincuenta y dos años, sabe que debe adelgazar, pero odia las verduras y adora la cerveza casi tanto como el cazón frito. Toca el botón del interfono. La cámara de seguridad gira noventa grados y como un perro de presa se coloca ante él y explora el óvalo de su cara. Casi de inmediato, escucha el sonido metálico de la puerta desplazándose hacia el interior a un ritmo constante. Cuando cesa el movimiento, ante él se abre un ancho camino de losas rectangulares de piedra blanca, que transitan sobre un estanque donde nadan carpas de varios colores; a los lados, amplias zonas sembradas de un césped extraordinariamente verde, salpicado con algunos parterres y gigantescas palmeras. El vigilante avanza con cuidado, como si temiera estropear algo, mientras observa el idílico oasis que lo rodea. Todo es recto, silencioso, suave, magnífico, perfecto; hasta el aire parece más puro, más

envolvente que el del exterior. De pronto, se siente pequeño, débil, indefenso, gordo... El sonido de su intercomunicador lo saca del ensalmo.

—Rojo, aquí Tinín. Dicen que hay jaleo en Reyes y Reinas. ¿Es un infarto? Cambio.

—Ahora no puedo hablar. Cambio.

—Vale, pero ten cuidado con esa filipina, que tiene muy malas pulgas. Llámame cuando sepas algo más, ¿vale? Y atento con el jefe. Central es un cabrón explotador. Cambio y corto.

Al final del camino, esperan dos figuras de cuerpos aún más pequeños que el suyo. La mujer, a la que el vigilante echa unos sesenta, tiene la cara sembrada de arrugas; son tan profundas que a Rojo le recuerdan los socavones de la carretera de su barrio. Viste uniforme de finas rayas rosas y detalle blanco en el cuello, con delantal a juego. Lleva el cabello oscuro recogido en un moño bajo y calza zapatillas blancas. El hombre parece más joven. Al menos, no tiene tantas arrugas. Su piel no es como el asfalto de Sotogrande, liso como un folio, pero tampoco como su barrio. Viste pijama blanco y calza zuecos del mismo color. Sujeta en los brazos un maltés habanero de color canela que no deja de ladrar. El mayordomo lo trata con la delicadeza que dispensaría a un bebé.

Los ojos rasgados de ambos están enrojecidos y gravita sobre ellos una nube de miedo. Por eso, tras presentarse de nuevo y hablando siempre en inglés, Rojo emplea uno de los discursos que ha aprendido en su curso sobre rehenes (lección 11). Para su sorpresa, sus palabras no causan el efecto esperado: ambos señalan la puerta de la derecha e insisten en llevarlo dentro. Como si comprendiera sus palabras, el perro los secunda con sus ladridos.

—Señor Rojo, por aquí, por favor.

La puerta conduce a un nuevo distribuidor donde los grandes ventanales del suelo al techo parecen fusionar el espacio interior con el entorno exterior. Desde la segunda ventana se vislumbra la piscina. Rojo nunca ha visto una piscina como aquella. Por no hablar del jardín. El césped es infinito; las palmeras, inmensas; los olivos, centenarios. Le gustan los olivos. Hay que podarlos con cuidado, pero ¿qué problema es ese habiendo jardineros?

Le tienta sacar discretamente el móvil y tirar varias fotografías, si no, su

mujer no va a creerle, pero sería inapropiado. Borra la idea de su mente y, como si inconscientemente quisiera retrasar el momento, se detiene de nuevo.

—Adelante, señor Rojo. Esta es el ala privada de los señores.

—El ala privada... —repite Rojo al tiempo que imagina cómo sería su vida con una zona de huéspedes donde colocar a su suegra. Su piso de sesenta y dos metros y medio, más ocho y medio de terraza, es de nueva construcción y goza de muchos servicios, incluida una piscina comunitaria, pero resulta pequeño para una familia de cuatro miembros. Tiene a su suegra pared con pared y las de su casa son tan finas que no puede reñir con su esposa sin que ella tercie en la discusión. Cierto es que suele ponerse de su parte, pero resulta desagradable. Por no hablar de hacer el amor en silencio conventual o emplear el baño para asuntos mayores.

Rojo, que no quiere correr más riesgos de los necesarios, mueve milimétricamente la puerta corredera, acerca la cabeza y olfatea. Huele a un perfume dulzón.

—¿La casa utiliza gas?

—No, señor. Todo es eléctrico.

—Y anoche, ¿cenaron setas o algún otro alimento que pudiera haberles hecho daño?

—Ayer era segundo jueves de mes y los señores tuvieron la cena de ese día...

—De los segundos jueves..., eso está muy bien. Pero ¿qué cenaron?

—El menú de los segundos jueves es siempre el mismo: jamón ibérico y queso de la tierra de aperitivo, acompañados de una copa de manzanilla, servido en el jardín; la cena, servida en el comedor exterior, consiste en caviar, lubina a la sal con verduritas de temporada y tarta de queso con arándanos. Esta vez, para quien quiso, había también manzanas asadas. Luego, en el salón, café o infusiones. Se marcharon un poco antes de la once.

—¿Ustedes cenaron lo mismo?

Joseph niega de inmediato.

—No, señor Rojo. Nosotros no comemos nada de origen animal.

—¿Y cocinaron ustedes?

—Habitualmente lo hacemos —aclara Geraldine—, pero durante el verano

los señores contratan a un chef famoso, con estrella Michelin, que es el que se ocupa.

—Caviar, lubina y tarta de queso —repite el vigilante, mientras sopesa si el caviar puede ser venenoso. Él nunca lo ha tomado. Y cuando en Navidad Candela, su esposa, se empeña en poner bolitas rojas que dicen que son caviar encima de la ensaladilla, las aparta a un lado. ¿Quién querría comerse las huevas de otro? Es una cochinada.

—Pues nada de eso parece venenoso. Entremos, pues. —Está avanzando cuando se da cuenta de algo—. ¿Cuántas personas participaron en la cena?

—Fueron ocho, contando a los señores.

—¿Conocían a los invitados? —Joseph lo mira con extrañeza—. No me mire así, no es curiosidad; es para identificarlos, por si algo que tomaron pudiera haberlos intoxicado.

—Lo siento. De los asistentes, solo conocemos a don Claudio Guinea... Y a ella, claro.

El rostro del vigilante, tenso como las cuerdas de un arpa, asiente. Se frota las manos, goteadas de inquietud, para infundirse valor y avanza. Su expresión inicial de desagrado cede al tiempo que aumenta su curiosidad. Cuando ve desplazarse la puerta corredera, ya siente ganas de entrar. La hoja corre con tanta suavidad que parece flotar en el aire.

El vigilante cree que va a toparse con camas, cabeceros y mesillas, y uno de esos galanes de noche que siempre ha querido tener, pero que no cabe en su cuarto, estrecho como una lata de sardinas. Pero lo que tiene ante sí es una zona de estar y lo que, por el número de libros que lucen las estanterías, se le antoja una biblioteca. Se le escapa un silbido de admiración, pintado con un toque de envidia. «¡Joder, los ricos tienen mucho dinero! —piensa mientras avanza—. ¡Me puedo imaginar el baño!». Siempre lo han atraído los baños. Las bañeras de mármol; las duchas en las que el agua sale con tanta presión que parecen una sesión de masaje. Y la libertad: Luis Rojo padece estreñimiento crónico y tiene que esperar a la madrugada, cuando todos se han dormido, en especial su suegra, para escupir sus miserias, porque, pensando que lo oyen, no se concentra.

—Por aquí, por favor —le indica el empleado filipino, que se detiene ante una

segunda puerta, también corredera, inmaculadamente blanca. Rojo avanza tras él. Primero despacio; luego, decidido.

El dormitorio también es amplio y de techos altos. Las ventanas están cubiertas con cortinajes de lino de color tostado claro, tan largos que arrastran, y por visillos vaporosos, que se agitan con el aire que emerge de un aparato camuflado. Por ellas se filtra una cierta luminosidad que le permite adivinar una cama doble, con dosel. No hay nada inusual en la estancia, salvo que Rojo podría trasladar toda su casa allí y le sobraría sitio. Nada remarcable, salvo que el aire acondicionado no emite sonido alguno. Pero, claro, él es un ser insignificante, mientras que el señor Aguirrezábal es importante; es el presidente de una empresa farmacéutica que da empleo a miles de personas. Una puerta entornada a la derecha deja entrever un baño con suelo de mármol gris. Desearía entrar, pero no es el momento.

Duda sobre la conveniencia de encender las luces, pero prefiere no tocar nada. Saca la linterna y, desde lejos, ilumina el tálamo. En el lado derecho, el más próximo a la puerta, medio cubierto por una sábana blanca con un embozo de puntilla, yace un hombre inmóvil. Viste un pijama azul cielo festoneado en un tono más oscuro. Desde donde se encuentra, y aunque no lo ve bien, no aprecia signos de violencia ni nada anormal.

Con un gesto, Rojo pide a Joseph que abra camino: no quiere tropezar con el mobiliario y estropear alguna posible prueba. El filipino, que no para de santiguarse, se niega a avanzar. Están en esa discusión cuando las persianas mecánicas empiezan a elevarse. Se dan un susto de muerte. Joseph se precipita al suelo. Rojo va a echar la mano al cinturón cuando escucha la voz de Geraldine:

—Las persianas están programadas para esta hora, que es cuando la señora se levanta —explica mientras la mañana entra de lleno en la habitación. El mecanismo se detiene a media altura. Rojo apaga la linterna y vuelve la vista hacia la cama, esta vez, hacia la zona izquierda, donde se encuentra acostada la señora de la casa. Al ver su cara, deja caer la linterna mientras grita:

—¡Joder! ¡Dios mío! ¡Dios santo! ¡Joder! ¡Retírense, salgan de aquí!

Los empuja hacia fuera y luego sale él también, al tiempo que se arranca el *walkie-talkie* del cinturón.

—Central, aquí Rojo. ¡Venid cagando leches! Aquí hay dos muertos... ¡Traed un médico, ambulancias, policía! Y de paso, a un cura con un bidón de agua bendita. Cambio.

No han pasado unos segundos cuando escucha:

—Rojo, tranquilízate. ¿Es Aguirrezábal?, ¿un infarto? Cambio.

—No sé qué ha ocurrido, jefe, pero el matrimonio está tan muerto como Lola Flores. Y tienen los ojos... Bueno, y el resto. ¡Dios, tendrías que ver esos ojos; parecen zombis! Cambio.

—Tranquilo, estamos en camino. Confirma los fallecimientos, ¿vale? Cambio.

Antes de regresar al dormitorio, se dirige a Joseph.

—¿Puede prestarme sus gafas un momento, por favor?

Joseph mira a su esposa buscando consejo. Cuando esta asiente, se desprende de ellas, las limpia cuidadosamente con un paño que lleva en el bolsillo y se las entrega.

Rojo regresa al dormitorio, se acerca a los cortinajes tostados y los corre de un tirón, mientras aprieta el interruptor de las persianas. Esta vez, la luz lo cuenta todo. Rodea la cama hasta situarse al lado del cuerpo de la mujer. Es menuda, frágil. Bajo el blanco camisón de seda se aprecia una piel sorprendentemente joven para andar por los setenta y tantos. Mantiene los ojos abiertos. Sus conjuntivas, como las de su marido, están tan rojas que ni siquiera se aprecia el color de su iris. Abundantes lágrimas de sangre caen por sus mejillas; desde la frente, como si fuera sudor, manan también finos hilos rojos. Le recuerda a una película de serie B. «¡Joder, esto tiene que ser contagioso!», se dice.

Abre las patillas, da la vuelta al cristal y se lo coloca a la mujer bajo la nariz.

—¿Qué está haciendo? —pregunta el mayordomo desde el umbral.

—Los humanos necesitamos respirar. Si no respiramos, estamos muertos. Colocando un espejo, o en su defecto unas gafas, frente a su boca o bajo la nariz se puede comprobar si respiran. Si se empaña, respiran; si no, no. Ellos no respiran. ¡Vámonos de aquí!

Sale y cierra la puerta tras de sí.

—¡No permitan que nadie acceda a la habitación! ¿Me han entendido? ¿Hay más personal en la casa?

Geraldine responde sin mirarle a los ojos.

—Solo nosotros dos. Los señores iban a pasar unas semanas en su casa de Marruecos y el resto de nuestros compañeros se ha desplazado allí para prepararla. Estamos solos.

En ese instante, su *walkie-talkie* suena de nuevo. Responde.

—Rojo, aquí Tinín. Quedaste en llamarme. Dime, ¿era una tajada? Cambio.

—Serás mi cuñado, tío, pero eres un cotilla. ¿Sabes qué te digo? Que no nos incumbe. Y ahora escúchame con atención: vete al médico y pide una baja laboral. Invéntate algo, las cervicales, el estrés, la tensión, la próstata... Bueno, aún eres muy joven para lo de la próstata. Es lo mismo, inventa lo que quieras, pero pasa una larga temporada lejos de aquí. Hazme caso, amigo. ¡Sal cagando leches! Ahora, tengo que dejarte.

—De acuerdo, pero tienes que decir «cambio». Cambio.

—¡Que te jodan, Tinín! ¡¡¡CAMBIO, CAMBIO, CAMBIO!!!

Aún no ha cortado la comunicación cuando suena su teléfono móvil.

—Rojo, aquí Central, ¿con quién hablas que no me coges? Dime, ¿has comprobado el estado de los señores? Cambio.

—Sí, están muertos.

—¡Joder, vaya día! ¿Crees que han muerto por causas naturales? Cambio.

—No soy especialista, jefe, pero no pinta bien. ¿Sabes la parte blanca de los ojos? Pues la tienen roja como la grana de la bandera. Todo el ojo está inyectado en sangre, que se ha salido de las cuencas y les cae por sus mejillas. ¡Casi vomito! Seguro que es contagioso. De todos modos, es igual. Venid y vedlo vosotros, que yo me largo.

—Negativo, Rojo, debes permanecer ahí hasta que llegue la autoridad. Cambio.

El vigilante levanta el dedo índice y gira la muñeca, como haciendo un tacto rectal.

—¡Tu padre va a quedarse aquí! Yo padezco estrés postraumático. Me voy directito a ver al médico de cabecera para coger la baja. Será una larga baja, te lo

aseguro.

—Tío, tranquilízate. Esto va a acabar enseguida, pero mientras quédate donde estás. Cambio.

El vigilante pone la llamada en espera, telefonea a su esposa y, bajando la voz, le ordena que coja el petate y a la familia y se vaya a casa de su hermana a Baeza. Vivirán aún más apretados, pero estarán a salvo de lo que sea que amenace Sotogrande. Aunque no piensa obedecerlo, su esposa dice hacerse cargo. Y, en cuanto cuelga, se prepara para salir: tiene hora en el salón de belleza ucraniano para hacerse los pies. Lo de «salón» es un eufemismo.

Vuelve a apretar la tecla de su teléfono y añade:

—Perdón, se ha cortado. ¿Cuándo viene la policía? Porque los has avisado, ¿no?

Central empieza a soltar improperios.

—¡Dios!, ¿qué he hecho yo para que me envíes a estos idiotas que me joden en cuanto abren la boca? A ver, Rojo de las narices: me la suda que sigas cursos por correspondencia o que hayas logrado colarte en la universidad. Para mí eres un lamentable e ignorante estúpido. ¿Quién te has creído, Anstein? Cambio.

Sobre la marcha, sin pensarlo dos veces, Rojo lo corrige:

—Se llamaba Einstein, Albert Einstein.

—¡Como si es la madre que lo parió! Mira, Pitagorín, aquí el que decide lo que se hace o no soy yo. Y mientras yo hablo, tú te callas, ¿entendido? Cambio.

—El reglamento dice que no nos podéis poner en riesgo, es ilegal —responde airado—. Y, por cierto, cuando me llamas por el móvil no tienes que decir «cambio».

—¿Ilegal? Mira, listillo de mierda, lo que marca aquí la legalidad son mis cojones. Como no obedezcas mis órdenes, te pongo de patitas en la calle. Si no quieres volver a casa a contarle a tu parienta que tiene a su hombre en paro, ya puedes cerrar el pico. ¿Me has entendido? Cambio.

—Cuando me llamas por el móvil no tienes que decir «cambio». Lo digo porque, como todas las comunicaciones se graban y cuando hay problemas tus superiores las oyen, no querrás que piensen que eres tonto... —Esta vez, sí añade un «cambio».

La voz que responde tiene un punto de incredulidad.

—¿Cómo dices?

—Digo que me quedaré aquí hasta que llegue la policía. Y si no llegan en, digamos, diez minutos, seré yo quien llame al cuartelillo. ¡Imagínate que sea otra pandemia!

—¡No digas sandeces! Mientras yo sea el jefe, aquí no va a haber más pandemias. Mandaré a alguien en cuanto pueda. Y tú no te muevas. Cambio y corto... Quiero decir, que voy a colgar.

3

14 de julio, Sotogrande

El trabajo de un vigilante de puesto en Sotogrande no está bien pagado, pero tampoco entraña grandes riesgos, salvo la muerte por aburrimiento. Subir y bajar la barrera automática; anotar matrículas que han sido previamente fotografiadas por las cámaras instaladas al efecto o realizar partes de entrada de visitas, tras la consiguiente verificación, ocupa poco más de un veinte por ciento de su tiempo. El restante saco de minutos vacíos, todos iguales, todos muertos, caen a plomo con imperturbable ritmo sobre la espalda de los vigilantes. Día tras día, mes tras mes, año tras año.

Muchos de sus colegas, la mayoría en realidad, pasan las horas muertas visualizando vídeos de YouTube y series de plataformas de pago, jugando a Candy Crush, enviando estúpidos chistes o compartiendo algo de porno. Alguno, más intelectual, lee novelas; otros ojean revistas de coches o de fútbol. Luis Rojo tardó apenas dos meses en concluir que su meta no iba a ser soportar el aburrimiento, sino llenar de contenido las horas vacías. Por eso, volvió a estudiar.

Con su sueldo y el de su esposa, contratada en una tienda de ropa de señora en épocas de alta demanda y como guardesa de una vivienda de Sotogrande durante el invierno, los Rojo han logrado disponer de una buena casa, minúscula y humilde, pero acogedora y alegre, y gozan de una familia normal, sin melodramas ni asuntos turbios: batas de andar por casa, delantales de cuadros, suegra, cerveza y partidos de fútbol con el chaval y alguna voz más alta que otra de cuando en cuando; casi siempre, la de su mujer.

Pero cogió el gusto al estudio y no paró de inscribirse en todo tipo de cursos. No conoce a los otros alumnos, porque estudia en abierto, pero, incluso sin verlos, mantiene con ellos mucho más en común que con sus compadres vigilantes.

A muchos de sus compañeros, estar siempre rodeados de coches de alta gama, casas de ensueño y mujeres perfectas les hace sentirse más pobres de lo que en realidad son. A él, no. Por descontado que una mejora en sus ingresos le permitiría habitar en una casa mayor y tener un espacio vital donde los sonidos del cuarto de baño fueran privados. Pero su ansia está más relacionada con su dignidad que con el escalafón. Él no ve cosas, ve éxitos. Quiere tener un sueño y alcanzarlo, como hacen tantos de los habitantes de Sotogrande que pasan día tras día por su barrera.

Cuando comentó cándidamente con sus colegas que había logrado superar la prueba de acceso a la universidad por la vía de los mayores de cuarenta y cinco y que planeaba estudiar Criminología, todos se burlaron de él con risas fuertes y estruendosas. Decidió no volver a mencionarlo, pero siguió en sus trece. No quiere que su esquela rece «agente de seguridad». No quiere languidecer comiendo bollos de chocolate o jugando al Candy Crush. No es capaz de discernir con claridad un futuro distinto, pero alimenta la esperanza de que llegue su oportunidad y se aferra a ella, aunque sea por los pelos.

Está impresionado por la visión de los cadáveres, pero, en parte, también se siente orgulloso por haber sido capaz de observar el escenario como un profesional. Está pensando en ello cuando suena su teléfono. Un número oculto. Contesta con cierta aprensión.

—Al habla el vigilante Luis Rojo.

—Don Luis, soy el señor Tornel, de la seguridad del señor Aguirrezábal. Un placer saludarlo. Central nos ha facilitado su número personal, espero que no sea una molestia. —La voz de textura grave y expresión seria le produce un escalofrío. Mecánicamente, el vigilante se yergue, pero procura aparentar serenidad—. Iré al grano. Quiero agradecerle personalmente su actuación en el domicilio de los señores de Aguirrezábal; ha sido de gran ayuda. —De no ser

porque lo inesperado del momento lo ha dejado sin saliva, Rojo babearía—. Pero, a partir de ahora, nos encargamos nosotros.

—¿Han dado cuenta ya a las autoridades, señor Tornel? Me refiero a la...

—Sé a lo que se refiere. Usted no se preocupe de cosas que no son de su responsabilidad. Déjelo de nuestra mano. En unos quince minutos estaremos ahí y usted podrá marcharse. Debe saber que recibirá una gratificación sustancial por sus servicios.

Rojo respira hondo, se muerde los labios y cierra los ojos antes de responder:

—Disculpe, señor Tornel, pero necesito autorización de Central para abandonar el lugar. Lo dice el reglamento...

—Descuide, ahora mismo lo avisarán. Gracias de nuevo.

Rojo sale al porche de entrada. Sobre una de las losetas, tan impecablemente blanca como sus vecinas, mientras ve contonearse a las carpas, recibe la llamada de Central.

—Rojo, haz lo que te ordena el equipo de seguridad del señor Aguirrezábal. Son antiguos policías... Ya sabes.

—Me hago cargo, pero nuestra obligación es advertir primero a las autoridades. Imagínate que los hubieran asesinado y nosotros no hubiéramos avisado...

—Negativo, Rojo. Lo van a hacer a su manera. Era un hombre muy importante y cualquier escándalo puede afectar a sus negocios. Así que, en cuanto lleguen, coges el coche, te llegas a la garita y lo aparcas allí. No olvides depositar el segundo juego de llaves sobre el asiento. Se te abonará un año completo de salario.

Lo que escucha lo deja helado, a pesar del calor.

—¿Me estás despidiendo?

—Lo siento, es lo que hay. Cambio y corto.

La rabia lo invade, pero no permite que acampe. Deja de morderse las dudas, padrastros de oro viejo, se traga la cólera y el miedo, y toma del maletero del coche su maletín negro.

Se lo regaló su mujer por su quincuagésimo aniversario. No contiene material para el revelado y levantamiento de huellas ni para el embalaje y transporte de

evidencia, medición o señalamiento, pero dispone de lo básico —guantes de nitrilo y látex, mamelucos desechables con capucha, cubrezapatos, mascarillas con elástico y anteojos de protección—, amén de linterna extensible, grabadora, tijeras, cúter, lupa y cinta perimetral amarilla y negra. Su suegra se sumó al regalo con una flamante cámara y un curso de fotografía forense que, para su vergüenza, aprobó tras un vergonzoso cate en primera convocatoria. En ese instante, el recuerdo de la mujer, que debió de hipotecar la mitad del cielo para regalársela, le hace sonreír. Con las manos llenas, regresa dentro.

4

14 de julio, Sotogrande

Nada que se haya fotografiado se pierde, se esconde o se olvida. Una cámara, en unas buenas manos, lo registra todo y lo guarda todo. Una fotografía nítida sirve como prueba irrefutable en un juicio y ayuda a una memoria débil. Rojo no está dispuesto a acatar lo que le ordenan, por eso, con su cámara colgada al cuello, hace un reportaje completo.

Deprisa, porque tiene poco tiempo, comienza por el perímetro exterior de la vivienda, lanza un par de instantáneas de la placa del número de la calle, continúa por la entrada interior y el recinto exterior del dormitorio, y finalmente se centra en la escena propiamente dicha. Como un perro de presa, su objetivo olfatea los rastros visibles e invisibles para documentar con religiosa fidelidad las condiciones en que se encontraba el dormitorio cuando los sucesos tuvieron lugar. Tras un rato disparando, siempre atento a su reloj, se detiene asombrado: amén de que el cuarto está impoluto, sin duda por el buen hacer de Geraldine, no hay nada allí que parezca salirse de la normalidad. Ni siquiera los cuerpos. Salvo que están muertos, claro.

Aun cuando las imágenes tomadas por su cámara incorporan archivos EIF, metadatos que registran toda la información del disparo, incluidos día, hora, cámara y geoposición, tras colocar sus testigos métricos de distintos colores, formas y números, Rojo usa un pequeño cuaderno donde anota las características técnicas de la toma y sus impresiones, y registra en la grabadora:

—No hay nada extraño en esta escena. Ni un solo dato. Si los muertos tuvieran los ojos cerrados y no hubieran llorado sangre, nadie diría que es un

escenario criminal. Más bien, una escena pacífica de un matrimonio bien avenido. Lo único que me llama la atención son las plumas intramusculares idénticas que hay en las mesillas de los dos. ¿Se habrán suicidado?

Recoge a toda prisa, dejando a Joseph y a Geraldine sentados en la puerta del dormitorio de los Aguirrezábal, con la encomienda de que nadie entre en la estancia. Luego, regresa al coche, guarda su maletín y su cámara en el maletero y se apoya en el capó a esperar mientras intenta que su respiración se normalice.

Los minutos se suceden y Rojo, taladrado por el dolor, la rabia y un sol ya crecido, permanece apoyado en el coche de la compañía. El sudor empapa su camisa oscura, la del uniforme de guardia de seguridad que pronto ya no llevará. Sus anchas entradas y su cogote, escasamente poblado, ya han tomado color salmorejo. Pero es hombre de palabra y no se mueve de la vivienda. Le suena el móvil y, aunque no le apetece hablar, responde:

—Rojo, soy Tinín. Ya me he enterado. ¡Menuda forma de darte la patada! Lo siento muchísimo. ¡Qué cabrones!

El vigilante se frota el mentón, en el que empieza a asomar una ligera barba, y responde tratando de que su voz no descubra su angustia.

—Central nació siendo un cabrón...

—¡Pero no ha sido Central! Han sido los que trabajan para el dueño de la casa. No quieren que nadie se entere de lo ocurrido. Ya sabes cómo manejan los ricos estas cosas. Dentro de unos días, verás en el periódico que han muerto por un accidente de avión en no sé qué país.

—¿Y por qué habrían de hacer eso?

—Dice Central que es por algo de sus negocios: no quieren dejar testigos, para poder decir que es una muerte natural. Por eso te van a pagar bien... Que te paguen es una buena noticia; en las películas se cargan a los que han visto lo que no deben.

Un temblor incontrolable se apodera de sus manos sudorosas mientras a su oído llega el rumor de un automóvil y el sonido metálico del portón desplazándose. Cuelga sin despedirse e instintivamente se cuadra. Ve acercarse un todoterreno negro de cuyas puertas delanteras salen dos hombres con vestimenta informal y gafas de sol. Respira hondo varias veces intentando

tranquilizarse. Son más o menos de la misma estatura y ambos presentan cuerpos musculosos y aspecto duro, áspero. Ninguno luce tatuajes. Uno de ellos, el más alto, se dirige a él por su nombre. Reconoce la voz de Tornel.

—Ya estamos aquí, señor Rojo —lo saluda con un apretón de manos.

Rojo, que no sabe qué decir, agacha la cabeza. El candor de su gesto arranca a Tornel una leve sonrisa. Le aprieta con fuerza la mano. Luego, le tiende un sobre abultado.

—Muchas gracias, señor Rojo. Su ayuda ha sido inestimable.

El vigilante levanta la cabeza y se encoge de hombros.

—Es mi trabajo... Era mi trabajo.

Tornel añade:

—No se inquiete por eso. Tómese unos días de vacaciones, lleve a su familia a algún sitio bonito. En el interior de este sobre encontrará una tarjeta. Cuando regrese de sus vacaciones, llámelos. Ellos se encargarán de recolocarlo de inmediato, como usted se merece.

A la cabeza de Rojo llega enseguida la imagen de la última película que ha visto y se fija bien en si aquellos dos llevan pistola. Le parece que no, pero no podría asegurarlo.

Detienen la conversación al escuchar un frenazo seco ante la puerta. Un coche deportivo aparca de cualquier manera. De su interior desciende un hombre de mediana edad cuyo rostro a Rojo le resulta levemente familiar, probablemente de verlo pasar por la garita. Viste una bermuda rosa palo, niqui y alpargatas, y también se cubre los ojos con unas gafas de sol. Rojo se dice que tiene esa cara de pocos amigos que adorna a los que se creen grandes. Como si el vigilante fuera transparente o invisible, el recién llegado se dirige a Tornel.

—¿Mis padres?

—Eso parece, señor, los dos. Aún no hemos entrado.

—No quiero curiosos, periodistas, policías o vecinos en un kilómetro a la redonda. ¿De acuerdo? Nosotros manejamos los tiempos. —De pronto, cae en la cuenta de la presencia de Rojo—. ¿Y este quién es? —pregunta a Tornel.

Rojo da un paso al frente y le tiende la mano.

—Mi más sentido pésame, señor. Yo respetaba mucho a sus padres.

Lejos de cruzar su mano, se gira y, de nuevo dirigiéndose a Tornel, susurra:
—Arregla eso también...

5

14 de julio, Sotogrande

La humedad de su frente se une a la de sus ojos cuando Luis Rojo se sube al vehículo de la compañía. Se saca la camisa del pantalón y se pasa la tela por la cara. Se encuentra fatal; el disgusto y el sol le han ocasionado un intenso y punzante dolor en las sienes. Enciende el aire acondicionado. El frío lo refresca, pero no lo alivia. Se siente embotado, aturdido, confuso. No termina de creerse lo que acaba de pasar. Todo parece un mal sueño. A su cabeza retornan las imágenes de los cadáveres, los gestos de los matones a sueldo, las palabras del hijo. De pronto, en ellas se cuela la sentencia de su jefe: «Se te abonará un año completo de salario». Bueno, será eso y la laboralidad, porque con los años que lleva en la empresa, le toca mucho más. En todo caso, le ofrece una pequeña tregua. La repentina sensación de alivio se incrementa al darse cuenta de que tiene en la mano el sobre que Tornel le ha entregado. Lo abre. Hay varios billetes de quinientos euros. Están nuevos, como si nunca nadie les hubiera puesto la mano encima, como si los acabaran de acuñar. Cuenta veinte. Entre la indemnización y el efectivo dispondrá de un poco de tiempo para encontrar una alternativa. Quizá, con buenas referencias, podría trabajar en otra urbanización. Con cierta aprensión, rebusca en el interior del sobre la tarjeta prometida. Para su sorpresa, no es de una empresa de empleo temporal, sino de un despacho de abogados. ¿Abogados?, ¿para qué necesita un abogado?, ¿qué culpa tiene él de lo que haya ocurrido en esa casa? ¿Será porque se va a meter en un lío no avisando a la policía? ¿Y qué ha querido decir Aguirrezábal júnior? Tiene un oído muy fino. «Encárgate de ese también». Rectifica: la frase exacta ha sido

«Arregla eso también». Ese gilipollas no es como su padre; el señor Aguirrezábal jamás le habría hablado así.

Hablar. De pronto cae en la cuenta de que al deslenguado de Tinín le habrá faltado tiempo para difundir la noticia a los cuatro vientos. Si no se apresura, será el gilipollas de su cuñado el que informará a su mujer.

—¿Sabes que te digo, Aguirrezábal júnior? Pues que yo no estoy a tu servicio. ¡No, señor! No me puedes comprar por diez mil cochinos euros —añade, mientras lanza el sobre con el dinero sobre el asiento del copiloto y saca su móvil. Es un aparato de la compañía, que tendrá que devolver junto con el coche, el uniforme, la porra y las esposas, pero antes le hará un buen servicio: marca el número del cuartelillo de la Guardia Civil de Pueblo Nuevo de Guadiaro y habla con la agente que responde.

Cuando cuelga, media docena de niños montados en bicicletas pasan a su lado con sus raquetas de tenis a la espalda. Los oye, pero no los escucha. A su alrededor se ha instalado un silencio estruendoso. Tiene los ojos fijos en la carretera, pero tampoco los ve. Ahora es el miedo lo que lo invade: tiene que irse a casa.

Vacía su taquilla. Sus pertenencias caben en una bolsa pequeña del supermercado: una taza con su nombre, un desodorante, una maquinilla de afeitar y un marco barato con una fotografía de él, Candela y su hijo, entonces de pocos meses, en brazos. Tiene tantos años que ha perdido el color, pero no la frescura. Deja su par de llaves colgado de la puerta.

Como Central le ha advertido categóricamente que no puede utilizar el coche de la compañía, porque ya no lo cubre el seguro a todo riesgo y de ocurrir algún siniestro debería pagarlo de su bolsillo, se ve obligado a tomar un taxi. La duda de si telefonear o no al idiota de su cuñado, para evitarse los siete euros del trayecto, colea apenas dos segundos: por nada del mundo querría escuchar sus mamarrachadas.

El taxi lo deja en la puerta de su casa. Gracias a que el sol golpea con la mano abierta y que es un vecindario tranquilo, no hay nadie por la calle. Con la cámara colgada al hombro, el maletín y la bolsa de plástico donde ha metido sus pertenencias repartidos en ambas manos asciende las escaleras de su casa.

Respira hondo una, dos, tres veces, antes de meter la llave en la cerradura y girarla. Cierra con sigilo, deja los bártulos en la entrada, bajo la imagen de Nuestra Señora de Fátima de la parroquia de San Enrique, a cuya hermandad pertenece, y, tras echarle un rezo, busca a su esposa.

La encuentra en la terraza, con los oídos enganchados a un programa de cotilleo que emiten en Cope. Está sentada de cara al sol, descalza; tiene las piernas estiradas y apoyadas en la silla de enfrente y contempla extasiada el esmalte del color de los claveles con el que le han teñido las uñas de los dedos de las manos y los pies. Como ella no ha notado su presencia, se escabulle con sigilo, se va a la cocina y le prepara una cerveza con limón, más cargada de lo habitual, y unas aceitunas. Él se conforma con una Coca-Cola Zero; ya tiene suficientemente irritadas las almorranas por el estrés. Entra, deposita un beso en la coronilla de su esposa y la bandeja sobre el tapete de ganchillo que cubre la mesa de la terraza. A su mujer le encanta el ganchillo. Tienen piezas diseminadas por toda la casa: tapetes, manteles, colchas... Hasta ha confeccionado unas fundas rosas, orladas con lazos del mismo tono, para cubrir el repuesto del papel higiénico.

—¡Luisillo! Pero ¿qué haces aquí?, ¿no trabajabas hoy? —pregunta mientras baja las piernas y se gira hacia su marido para verlo mejor.

Va decidido, pero cuando ve sus ojos enfocando los suyos, le entra el nerviosismo y se achica. Con su mujer siempre le falla la última milla. Además, con Candela resulta imposible mantener una conversación racional. Ella lo traslada todo al terreno sentimental, donde se maneja como uno de esos mosquitos nocturnos que, sin que te apercibas, te pican siempre donde más duele. Sin embargo, tiene que decírselo antes de que se entere por otra vía. Eso sería un completo desastre.

Candela da un sorbo a la clara y sonríe. Gracias al cielo, no queda rastro del mal genio que exhibía por la mañana, tras un pequeño malentendido con el turno del cuarto de baño.

—¡Gracias, amor; justo lo que necesitaba! Siéntate, pensaba que trabajabas hoy...

—No, hoy no. Cariño...

La mujer lo detiene, despliega los brazos con los dedos extendidos y empieza a girarlos como si fuera un girasol buscando luz mientras mira fijamente a su esposo.

—¿Qué te parecen? He ido al garito de las ucranianas... Un cuchitril, pero la verdad es que son baratas y muy profesionales. Y amables, quiero decir que sonríen mucho, porque no se les entiende un pimiento...

Luis Rojo responde distraído y algo impaciente que han quedado muy bonitas. Pero Candela, consciente de que ni siquiera las ha mirado y de que su tono rezuma una extraña solemnidad, se pone en pie de un salto y le espeta:

—No te habrán despedido, ¿verdad?

La pregunta abruma al vigilante, que no la espera. Para su esposa es un libro abierto, pero en esta ocasión creía haber ocultado mejor su dolor.

—Pues sí, Candela, me han despedido.

Entonces, mientras la mente de la mujer se llena de facturas por pagar, sin olvidar la póliza de enterramiento de su madre, Luis le habla de la llamada de los filipinos, del hallazgo de los cadáveres, de la llegada de los servicios de seguridad privada y del hijo de los fallecidos, y finalmente del despido, del dinero y de la tarjeta de los abogados. Rogando a su esposa que no se mueva, va a los pies de la Virgen de Fátima, ante la que nuevamente se persigna, toma su cámara y el sobre que le han dado y regresa a la terraza. Una a una le va enseñando las fotos. Las pasa con rapidez. Cuando concluye, Candela está de nuevo llorando.

—¡Ay, Pichín! ¡Qué mala espina da todo esto! Has hecho bien en salir corriendo... Prefiero tener a mi hombre en paro que quedarme viuda..., aunque ya sabes lo que duele el hambre. Los días sin pan son más largos que una meada cuesta abajo... Cerremos este capítulo y empecemos de nuevo, ¿vale?

—No es tan fácil, cariño... Ya lo has visto, no puedo callarme.

—¡¿Que no puedes callarte?! Escúchame: ¿a ti qué te importa esa gente? ¡No es tu batalla! ¿Que quieren meterse drogas por los ojos? Pues como si se las meten por el culo. —Mira a su esposo y percibe fiereza en sus ojos. Por eso, añade—: Los tentáculos de los ricos llegan a todas partes, Luisillo. Hagas lo que hagas, ellos siempre ganan, pero nosotros podemos perder mucho. Olvida lo que

has visto, coge esa tarjeta y llama: te darán otro trabajo y santas pascuas. Lo demás es cosa de la policía.

—Candela, acabas de ver esas fotos: a ese matrimonio le han dado pasaporte...

—¿Y? Tú no has tenido nada que ver. Mira, Pichín, ya sabes que estoy orgullosa de que seas casi un licenciado. Para mí eres el más grande, pero mides cuarto y mitad de lo que miden tus compañeros y no estás en forma. Y...

—Vale, soy un vigilante con tripa y alza en los zapatos, pero soy más listo que todos ellos... —protesta.

—Ser listo es muy peligroso; es preferible pasar desapercibido... Además, la policía, los que pescan pruebas..., los de la tele...

Se detiene mientras busca la palabra que no encuentra.

—Los de la científica...

—Esos mirarán en todas partes y lo encontrarán. Vi un capítulo de *CSI*. El asesino cerró los ojos a su víctima y lo pillaron por la huella en el párpado. ¡Hasta allí miraron! Solo de pensarlo, me sube la calor. Si te pones en su contra, las huellas que aparecerán serán las tuyas y yo lloraré el resto de mi vida mientras te visito en la cárcel...

El vigilante sostiene la mirada a su mujer. Está tan guapa como cuando se casaron, aunque haya engordado y múltiples arrugas amenacen sus azules ojos rasgados. Se levanta y besa sus labios. Ella lo retira con cariño.

—¡No me seas zalamero, que nos conocemos, Pichín! Mira, he aceptado que pases la vida pagando cursos y estudiando en vez de comprarnos un coche nuevo, comer ternera más a menudo y permitirnos unas vacaciones decentes. Pero esto es demasiado...

—Candela, llevo trabajando desde los catorce años, sin parar más que una semana de vacaciones de cuando en cuando. Tal y como yo lo veo, esta es la oportunidad que llevo tanto tiempo esperando: al menos un año de salario cubierto y tiempo... Necesito intentarlo.

—¿Puedes encontrar trabajo en otra compañía de vigilancia?

—Puedo. ¿Cómo de llena está tu sisa? ¿Me concedes seis meses? —pregunta. Rojo sabe que su mujer detrae todos los meses cincuenta y cinco euros para

imprevistos y los guarda en algún sitio que solo ella conoce.

—¿Cómo sabes que tengo una cuenta de sisa?

Se encoge de hombros mientras Candela nota que se le sube el rojo hasta la frente. Es esquizofrénico robarse a uno mismo, pero eso es lo que hace: desde hace años, retira dinero todos los meses y lo guarda en una caja, por si se presenta una emergencia como aquella. Pronto llega al resultado de sus cálculos: no podrán sobrevivir mucho tiempo.

—Tres meses, nada más, pero con la condición de que me dejes contarle al marqués de Tisón lo que te pasa. Llevo muchos años cuidando su casa en invierno, es un buen tipo. Muy educado y justo. Y es un abogado de postín. Me quedaría más tranquila.

Rojo va a aceptar cuando su esposa suelta un grito de pánico.

—¿Qué te pasa?

—¡Se me ha estropeado el meñique!

Quinta parte

1

Un príncipe nunca carece de razones legítimas
para romper sus promesas.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El príncipe*

6 de agosto, Sotogrande

A pesar de la rabia que le ha producido que le hablara de Romeo y Julieta, Lola no tarda más de quince minutos en acercarse a la habitación del comandante Iturri. Es cabezota y no le gusta nada dar su brazo a torcer, pero en esta ocasión su lucha consigo misma ha resultado corta y efímera: sabe que Iturri tiene razón. Lo que está en juego, para ella y su familia, es al menos tan serio como que Jaime mantuviera una relación sentimental con aquella rubia alemana. Por mucha rabia que le dé, debe aparcar ese asunto temporalmente.

Colocada ante la puerta de la *suite* del comandante Iturri, la última del pasillo, golpea un par de veces con los nudillos. Con la espalda recta, erguida, muy digna, susurra:

—Juan, soy Lola. ¿Puedo pasar un momento?

Como no recibe respuesta, vuelve a intentarlo. Esta vez imprime más fuerza a los golpes. Al tercer intento, creyendo que él está dentro, todavía enfadado con ella, arrima la frente a la puerta y se disculpa con más alma.

—Juan, de verdad que lo siento. Sé que estás intentando ayudarme y yo, en vez de agradecértelo, te lo pongo difícil, pero tienes que comprender que... Bueno, es lo mismo; solo quería que supieras que lo siento y que agradezco muchísimo tu apoyo.

Lola está tan concentrada en la puerta que no escucha el rumor de pasos a su espalda. Cuando nota la calidez del aliento de Iturri junto a su cuello, siente como la sangre sube a sus mejillas hasta teñírselas completamente de rojo.

—¡Santo Dios, Iturri! ¡Menudo susto me has dado! Creía que estabas dentro; llevo un buen rato hablando con tu puerta.

—¿Y de qué hablabais? —indaga este, divertido.

—Nada importante, cosas nuestras —responde la juez.

—¿Venías a buscarme?

—Pues no, me he perdido en el pasillo. ¡Pues claro que venía a buscarte! Quería disculparme. Yo...

Iturri mantiene el silencio unos instantes, pero al ver como la juez se azora se ablanda.

—Tranquila, he escuchado parte de tu conversación con mi puerta. Estaba en el coche, pero olvidé el móvil y he tenido que regresar; necesito el navegador.

—¿Navegador? ¿Es que regresas a Madrid?

—¿De veras piensas que te dejaría sola con la que está cayendo? ¿Es que no me conoces? En fin, dejémoslo. Necesito el navegador porque voy a un partido de polo. Hoy juegan los campeones mundiales de las federaciones de Argentina y España. Por la hora que es, estarán terminando, a ver si llego antes de que acabe. Quiero hablar con alguien, un hombre apodado Zeus; le encanta el polo, creo que estará allí. ¿Quieres acompañarme?

—Depende del calibre del tal Zeus. ¡Vaya nombrecito! ¿Es un narco?

El comandante se echa a reír.

—No exactamente. Aquí los narcos son de la tierra y se llaman en consecuencia: el Tomate, el Messi, el clan de los Castaña... Zeus es, simplemente, un confidente...

A Lola se le eriza involuntariamente el vello de los brazos:

—¡Un confidente! ¡Bravo! Me moría de ganas de ponernos en marcha... —Se mantiene unos instantes en silencio, que rompe con una pregunta—: Estoy un poco desorientada, Juan: ¿el polo no es un deporte demasiado sofisticado para un confidente? Porque supongo que será un confidente al uso, Ley de Enjuiciamiento Criminal, vamos...

Iturri enarca las cejas. Lola sonríe.

—¿Por qué sonríes?

—Por ese gesto tuyo... Cuando te pones en modo policía, siempre lo dibujas. Luego, adoptas un rictus inexpresivo que no deja transparentar sentimiento alguno.

Al percatarse de cuántas cosas lo unen a Lola, ahora es Iturri el que sonríe.

—Sí, es un confidente al uso y como todo buen confidente es capaz de mimetizarse con el entorno: es un lugareño de buena familia, vago y venido a menos, que tiene una propiedad digna del sitio, heredada de sus padres; asiste a las fiestas habituales y se mueve bien en el ambiente del polo, que es el deporte rey de la zona. En realidad, toma el pelo a quien se deja y paga por ello. Asegura ser teólogo y especialista en remedios naturales y psíquicos para personas y animales: brebajes y... cosas por el estilo... De hecho, tiene un título de veterinario y dicen que es bastante bueno con los caballos.

—Un confidente suministra información a la policía sobre hechos delictivos de los que tiene conocimiento: ¿qué tipo de información puede ofrecerte ese tal Zeus? Salvo tráfico de estupefacientes, no se me ocurre ninguno especial.

—¡Aciertas de pleno! Zeus suministra drogas a los cachorros de Sotogrande... y a los que ya no lo son tanto. No es su único *modus vivendi*, pero complementa bien sus ingresos. Vende a pequeña escala. Especialmente tusi.

Por su trabajo, la juez conoce la droga, también llamada cocaína rosa, venus o nexus. Es una mezcla de ketamina o LSD, éxtasis y cafeína, de efectos alucinógenos y eufóricos, que provoca un subidón explosivo. El gramo pasa de los cien euros.

—¿Y cómo lograste que fuera vuestro confidente?

—Como veterinario, Zeus tiene acceso a muchos medicamentos. Entre ellos, la ketamina, que se emplea en équidos para inducir la anestesia...

—Y en humanos para hacer cocaína rosa...

—Eso es. En una ocasión, lo pillamos con las manos en la masa... Desde entonces, nos ha facilitado información interesante sobre las mafias de la zona, terriblemente herméticas. Todos son clanes familiares que toman muchas precauciones, por no hablar de que tienen en nómina a la mitad de la policía

antidroga de la zona. Nos ha ayudado con alguna guardería y algunas pequeñas collas; es de fiar.

—¿Y por qué quieres hablar con él? ¿Crees que Jaime tenía algo que ver con drogas?

—No, en absoluto, pero muchos de sus clientes son de la zona. Algunos largan más de la cuenta y él tiene buenas orejas. Quizá pueda darnos algún hilo del que tirar.

—Y esa fuente tuya, ¿es policial o judicial? ¿Le otorgas credibilidad?

Una sonrisa lo traiciona. Jueces y policías no suelen ponerse de acuerdo. Los jueces, antes de restringir algún derecho fundamental, como la intervención de comunicaciones, exigen que se demuestre su relación con el hecho delictivo. La policía, por el contrario, quiere pinchar el teléfono precisamente para que esos indicios sean probados.

—Es de fiar —responde.

—Dame un momento para que coja el bolso. Nos vemos abajo.

2

6 de agosto, Sotogrande

Ni siquiera la brisa que ha comenzado a soplar suaviza el intenso calor de la tarde, pero la cancha de Santa María del Polo está llena. Nadie parece querer perderse el deporte de los reyes. Lola observa la variada uniformidad de pamelas y sombreros panamá, vaporosos vestidos de colores vivos y camisas de lino, y se da cuenta de que desentona entre aquella gente tan guapa y tan perfecta. Juan se ha ido a buscar a Zeus y ella se ha quedado paseando por entre las tiendecitas que rodean el lugar. Al fin, clava los ojos en la cancha, deliciosamente verde. Se escuchan con nitidez las pisadas de los cascos de los caballos; los golpes de los mazos contra la bocha y los aplausos cuando uno de los equipos anota. Un hombre —mediana edad; pelo abundante, canoso; barba de dos días; gafas de sol — que viste una camisa de lino de cuello mao con los puños doblados por encima de los codos, se le acerca y, confundiéndola con una turista británica, le habla en inglés. Lola le sigue la corriente.

—¿Es tu primer partido de polo?

Lola asiente.

—Es un deporte apasionante, pero hay que conocerlo. No es complicado: se forman dos equipos de cuatro jinetes cada uno, armados con mazos de mango largo. Hay una pelota, que se llama bocha; un campo con una portería a cada lado y un cometido: meter la bocha entre los dos postes de la portería rival. Los caballos son esenciales: cuestan fortunas y son tratados a cuerpo de rey, porque su esfuerzo es titánico: vitaminas, preparados de electrolitos... ¿Ves ese reloj? Cuenta hacia atrás cada uno de los periodos de siete minutos de los que se

compone el partido. Durante los segundos finales se intensifica la intensidad del juego. Como ves, estamos en los últimos cinco minutos. Por cierto, me llamo Ulpiano...

—¿Eres jugador de polo? —responde Lola sin identificarse.

Se echa a reír.

—¡Lo fui hace años! Es un deporte muy exigente. Ya no tengo fuerza suficiente: ahora vengo a ver jugar a mi hijo: es el mejor del equipo de Brunéi, con permiso de Pablo MacDonough. ¿Y qué me dices de los caballos? Adoro estos caballos, ¡son maravillosos!

—Lo son. Me han hablado de un veterinario que los cuida que se llama Zeus, ¿lo conoces? Mi perro necesita uno buenísimo, ¡el pobre está muy viejecito! —comenta bajando la vista hacia Desliz.

—¡Todo el mundo conoce a Zeus! Es único; un tipo muy, muy peculiar, con una mano extraordinaria con los caballos.

—¿Sabes si anda por aquí? Me gustaría conocerlo...

—Te lo presentaría encantado, pero me ha parecido verlo marcharse hace un ratito... Si yo puedo serte de utilidad...

—No, gracias, pero ha sido un placer. Allí está mi acompañante —concluye Lola, al ver de lejos a Iturri, a quien saluda con la mano.

Separándose del tal Ulpiano, se acerca al oído de Iturri y le susurra:

—Hemos llegado tarde...

—Lo sé. Está en su casa, pero tengo su dirección, en la parte alta de Sotogrande...

—¡Qué bien se lo monta tu confidente! Me acaban de decir que es bastante extravagante. Supongo que formará parte de su tapadera...

—Mantener una mentira obliga al confidente a crear una realidad alternativa verosímil para que tenga credibilidad ante todos. Porque la telaraña que tejen los narcos a su alrededor es cada día más tupida. El esnobismo, la frivolidad y la aparente vida regalada suelen funcionar. A pesar de todo, es muy arriesgado: cualquier mínimo error, una pequeña fatalidad, puede desenmascarar su mentira. Tiene que ir con pies de plomo.

3

6 de agosto, Sotogrande

Sotogrande costa y Sotogrande alto están separados por la carretera nacional N-340. Ambas llevan el mismo nombre, pero hay sensibles diferencias entre el meollo de lo auténtico y el de las nuevas posibilidades. Zeus vive en la parte alta, en la calle Ebro esquina con la calle Escorial, en una impresionante propiedad cercada por un alto vallado de metal negro.

Aparcan en la calle, cerca de la entrada, y tocan el timbre. Escasos instantes después, la puerta metálica se abre emitiendo un sonido desagradable. Lola tuerce el gesto; Iturri, también. Olvidan el chirrido nada más ver a la esbelta mujer de ojos rasgados y larga melena negra y lisa. Los recibe con una escueta bata blanca de corte hospitalario. A simple vista, no parece llevar ropa interior. Iturri observa unos pechos de ensueño, redondos, carnosos, morenos. Se esfuerza en despegar los ojos de ella y mirar al frente.

—Buenas tardes, venimos a ver a Zeus. Dígale que soy Paul McCartney.

—Lo siento, pero el señor no recibe sin cita previa.

—Hágame caso y llévenos con él. Le aseguro que querrá recibirnos.

Tras una levísima duda, la mujer acepta.

—Síganme, por favor. Zeus está en la piscina.

Rodean la casa por la izquierda hasta alcanzar una zona con el suelo forrado de paja, que deja ver una piscina desbordante al fondo. A ambos lados, han colocado dos percheros metálicos de formas extrañas.

—Tendrán que descalzarse y desnudarse a partir de aquí —indica la mujer—. Zeus dice que la ropa y el calzado contienen trazas de petróleo, que es mal

conductor para la bondad.

—¿Qué?

Lola mira a Iturri, quien ya está negando con la cabeza.

Desde la piscina, les llega una voz profunda.

—¡Desnudaos, amigos! No querréis contaminar este santo territorio.

—¡Este tío está como una chota! —susurra Lola al oído de Juan.

—Ni siquiera en el caso de que tu secretaria nos imitara, Paul McCartney, estaría dispuesto a despelotarme —replica Iturri alzando la voz.

Tras un leve silencio, vuelve a escucharse en lontananza la intensa y penetrante voz.

—¡Quitaos el calzado! Dejad que vuestros pies retocen en la paja. Resulta áspera, ¿verdad? Como la vida. A mí tampoco me agrada, pero nos hace retornar a nuestro origen y espanta los pensamientos malignos. Además, no se puede hacer magia con un repollo.

Ambos se descalzan. Lola, agachada hacia delante desabrochándose las alpargatas, vuelve a susurrar:

—¿Te fías de un tipo como este? Debe hacerse mirar el coco...

—De él, no; de la información que nos proporciona, sí. Pero no me parece mala estrategia para evitar que te sorprendan pistola en mano...

—¡Dense prisa! A Zeus le disgusta esperar y tiene una cena en quince minutos —los impele la mujer.

Caminan hasta alcanzar la piscina, donde se topan con un hombre casi diez centímetros más alto que Iturri y mucho más corpulento, con los brazos en jarras, completamente desnudo. Sin poder evitarlo, ambos dirigen la vista hacia sus testículos. Por alguna extraña causa, tienen un tamaño inusualmente desmesurado. Lola se fuerza a mirar para otro lado, pero no puede alejar lo suficientemente rápido sus ojos de aquella deformidad.

—Hidrocele —explica su anfitrión, que parece leer su pensamiento—. Es operable, pero yo no haría algo así. El universo pudo haber escogido no crear cisnes negros, o uvas amargas, o hidroceles. Pero lo hizo. Es gratuito: no seré yo quien me oponga... Querida, leo en tu rostro el dolor de tu alma...

—El alma siempre tiene penas, por eso es alma. Y cúbrase sus partes, que ya

está mayorcito para esos excesos —le corta Lola, que ya está harta de tanta tontería.

La contundencia con que habla deja tan descolocado a Zeus que recoge una toalla de una hamaca y se la coloca en la cintura.

Iturri, sonriente a su lado, añade:

—Tu recibimiento será cojonudo para tus clientes, Zeus, pero no somos clientes, así que sé amable, llévanos a un sitio con sombra y ofrécenos un vaso de agua. Tenemos que ir al grano... o *a la paja*, si prefieres.

Aunque nadie ríe su gracia, causa el efecto esperado. En pocos minutos se encuentran en unos sillones de un porche cubierto, con Zeus descalzo, pero con pantalones cortos.

—De acuerdo, comandante, aquí me tienes. Permíteme decir que es un placer conocer a Paul en persona. ¿Acaso es usted Nancy McCartney?

Ni Lola ni Iturri responden.

—Zeus, hace quince días que han ocurrido aquí algunas cosas...

No le permite seguir.

—¿Te refieres a la muerte de Claudio Guinea? Debes saber que era cliente mío. Una putada que lo envenenara la parienta...

—¿Cliente? —pregunta Iturri. Fija los ojos en Zeus con tal insistencia, que este se obliga a bajar la vista.

—Sí, pero no como sospechas; vino a verme por su potencia sexual. Verás, Claudio volvió a casarse hace más o menos un año, o año y medio. Como no quería tener más hijos, planeó hacerse una vasectomía. Aunque el médico le dijo que no era más que un mito, él temía que esa intervención le provocara impotencia y le complicara las erecciones. Eso no es más que un asunto psicológico, de modo que hice traer unas gotas de la India, especiales para ese aspecto. Son puro placebo y solo contienen sustancias naturales: naranja, miel, jengibre, pimienta negra y garbanzo molido... Lo curioso es que finalmente no se hizo la operación. Lo asustó que cortaran donde no debían y le produjeran una incontinencia urinaria, y después de presentarse en la clínica, se echó para atrás. Pero le gustaron las gotas y seguía pidiéndomelas. Aunque le cobraba un pastón por ellas...

Iturri se queda de piedra. Gira la cara y se topa con la mirada, entre incrédula y sorprendida, de Lola.

—Entiendo. Y del resto de los fallecidos, ¿qué puedes contarnos?

—Es curioso que seas tú el que me lo pregunte: desde arriba se ha echado un manto de silencio sobre el asunto.

—Pero tienes información, ¿verdad?

Duda unos breves instantes.

—Lo único que puedo decirte es que este lamentable asunto gira en torno a una cena a la que asistieron, que yo sepa, Guinea, sin su esposa; un árabe muy rico; los Aguirrezábal; un ruso del que no tengo noticia; un cura; una mujer de la que nadie quiere hablar y un médico. Algo ocurrió en esa cena y se enredó que te cagas: han ido cayendo uno tras otro. La policía acusa de envenenadora a la esposa de Guinea, pero las malas lenguas dicen que se ha comido la mierda porque es la que no puede protestar.

—Una última pregunta, Zeus. He escuchado por ahí que ese doctor que asistió a la cena era el médico de todos ellos. ¿Sabes algo de eso? ¿Te suena que estuvieran enfermos? ¿O que se *metieran* alguna cosa extraña?

El hombre niega con la cabeza.

—No sé nada de eso. Ni siquiera conozco el nombre del doctor.

El turbador silencio que se adueña de la terraza concluye cuando la mujer de la bata blanca y pechos al aire regresa para indicar a Zeus que su nueva visita lo espera. Juan y Lola se apresuran a abandonar la casa. Iturri aprieta el paso, decidido.

—Nos vamos al hospital de La Línea: tenemos que hablar con esa mujer, Margarita Rice...

—Recuerda que he quedado en pasar por el cuartelillo de la Guardia Civil...

—Pues avisaremos de que llegamos algo más tarde...

4

6 de agosto, Sotogrande

Cuando Iturri y Lola se acercan a la habitación 211 del hospital de La Línea de la Concepción, se topan con un policía sudoroso sentado en una silla de plástico. Al notar su presencia, con desgana y sin levantar los ojos del móvil, les suelta:

—Las visitas están prohibidas.

Iturri se enfada notablemente.

—¡Póngase en pie, cabo! Guarde ese móvil, colóquese bien esa camisa y salude como es debido. Soy el comandante Iturri. Su señoría y yo tenemos que hablar con la mujer.

Cuadrado y con la boca llena de disculpas, les franquea la entrada.

En el interior de la habitación, todo, del suelo al techo, pasando por el rostro macilento de la mujer atada a la cama, rezuma tristeza. Viste un camisón de hospital blanco bordeado en un verde aún más triste, que huele a lejía. Sus ojos están rodeados de una sombra grisácea; sus labios, blancuzcos, agrietados, y su pelo, estropajoso. Nadie diría que apenas hace unas semanas levantaba a su paso pasiones y envidias.

—¿Quiénes son ustedes?, ¿qué hacen aquí? —Luego, con un hilo de voz, mirándolos fijamente, añade—: ¿No les parece bastante crueldad? ¿No es suficiente?

—Tranquilícese, señora. Soy el comandante Iturri. Me acompaña su señoría, la juez MacHor. Su marido es uno de los fallecidos. Tenemos que hablar con usted. Es posible que la hayan tratado de forma injusta —le explica.

La mujer se echa a llorar. Su sollozo ocupa la habitación durante unos

instantes. Finalmente, Lola acerca una silla y se coloca a su lado. Como si fuera su seguro de vida, Margarita se aferra a su mano. Tiembla. Lola preferiría que la soltara, pero, compadecida, no la retira. Margarita mantiene una envidiable piel sedosa, que desprende un cierto olor a naranja.

—Yo no he sido, señoría; se lo juro. ¡Lo juro por los hijos que espero! ¡Y por Claudio!

—En su estado, Margarita, es importante que no se excite.

—¿Cómo podría no excitarme? ¡Van a meterme en la cárcel de por vida!, ¡me quitarán a mis hijos! ¡Cabrones! Ya ve, señoría, que los ricos siempre se salen con la suya.

—Por favor, cuéntenos qué pasó —le espeta.

La mujer mira de refilón a Iturri, mientras se revuelve incómoda en la cama. Al fin, asiente, pero solo consigue romper de nuevo a llorar. Lola toma las riendas.

—¿Cuántos años tiene, Margarita?

—Treinta y nueve —confiesa. Por primera vez en su vida, no miente sobre su edad.

—¡Ah, qué joven! Tiene toda la vida por delante. —La risa irónica de Margarita sirve de contestación—. ¡No se ría! Es cierto; dispone de toda una vida.

—No me río por eso. Es porque dicen que envenené la comida de todas esas personas. Pero a los cuarenta años ni siquiera sé freír un huevo. —La mujer se limpia los mocos con el embozo de la sábana—. Claudio siempre alababa lo bien que cocinaba su ex. Así que yo busqué un cocinero en un restaurante de la zona; lo llamaba por teléfono y él me preparaba las manzanas. Eran simples manzanas asadas, pero estaban de muerte. ¡Yo no hice nada, pero a nadie le importa! Les contaré todo lo que quieran saber, pero tengo una condición.

—No está en situación de poner condiciones, Margarita.

—No es para mí. Lo único que me importa son mis hijos. Son gemelos: es un embarazo de alto riesgo. Este hospital no cuenta con suficientes medios para que lleguen a término. Lo único que pido es que me trasladen a Málaga o a Madrid. Tengo un buen seguro. ¿Pueden conseguir eso?

Se notan el dolor y la decisión en su voz. Lola está perpleja. Esperaba algún tipo de rabieta, la actitud de una mujer orgullosa y cabezota, acostumbrada a manejar a los hombres a su antojo. En vez de eso, ve a una mujer protectora que solo vela por sus crías. «¡Dios, no hay nada más potente en el mundo que el instinto maternal!», piensa.

—Podemos intentarlo, Margarita. Prometérselo sería irresponsable, pero creo que hay posibilidades —reconoce Lola.

—Con eso me conformo, por ahora. ¿Qué quieren saber?

—Háblenos de esa cena. Todo lo que recuerde, por mínimo que le parezca.

Margarita se encoge de hombros.

—Creo que voy a decepcionarlos: no sé gran cosa. Fue un día caótico. Yo estaba muy angustiada. El día anterior, la ecografía del médico me confirmó que el embarazo avanzaba adecuadamente. Iba a decírselo a Claudio. Sería un pequeño disgusto para él, porque era probable que me pasara la gestación en la cama. Me practicaron un aborto cuando tenía diecisiete años. Hubo complicaciones. A raíz de aquello, me advirtieron que no sería fácil lograr un embarazo. Cuando me casé con Claudio, pensé que había llegado el momento de intentarlo y dejé de tomar anticonceptivos. Pero no lo conseguía. Visité a un especialista y me confirmó que todo estaba bien. Pasados unos meses, llegué a la conclusión de que el problema no era mío, sino de Claudio: la edad, el tratamiento del cáncer de próstata, el estrés... Nunca me habló de su vasectomía. Y nunca lo sospeché: de hecho, antes de casarnos, le hablé de mi deseo de ser madre; a mi edad, no tenía mucho margen. Y no me lo contó...

—Y se buscó un amante... —expone Iturri.

Margarita no parece ofenderse.

—Para ser sincera, no lo busqué; apareció en mi camino. Es nuestro arquitecto, estaba remodelando la casa de Marruecos. Quería darle una sorpresa a Claudio y empecé a estudiar los planos con él. Y, bueno..., era atractivo. Solo pasó. Pero cuando me enteré de que el embarazo progresaba, aproveché que Claudio cenaba fuera para ir a su casa e informarle de que no me vería más. Pensé que, para endulzar el momento, sería bueno llevarle un par de esas manzanas asadas que había encargado. Mientras las degustábamos, se lo dije: no

se lo tomó demasiado bien. Ya saben, montó una escenita y todo eso, pero ahí quedó todo. ¡Eran las mismas manzanas y ni a él ni a mí nos ha pasado nada! No envenené a nadie y mucho menos a Claudio. ¿Por qué querría matarlo?... ¿Podría beber algo? Estoy mareada.

La habitación está a treinta y cinco grados. Lola se acerca al baño a buscar un poco de agua.

—Margarita, ¿Claudio tenía noticia de su embarazo?

—Mientras se estaba arreglando para ir a la cena, me acerqué a su dormitorio para contárselo, pero me pareció que ya lo sabía. Es posible que me escuchara hablar con el médico o, simplemente, que lo sospechara.

—¿Y cómo se lo tomó?

—No dijo ni pío; su silencio me machacó. Empecé a pensar que sospechaba algo; estaba angustiadísima. Por la mañana, cuando se levantó para ir a jugar el campeonato de golf, traté de implorar su perdón, pero me despreció. Desconocía lo de la vasectomía. Creí que lo molestaba que tuviera que guardar cama y que se le pasaría pronto. Ya no tuvimos ocasión de hablar de ello: murió.

Repentinamente, Margarita se detiene. Parece aturdida.

—¿Por qué no acompañó a su marido a esa cena? —pregunta Lola.

—Suelo acompañarlo, pero no cuando se trata de negocios, como esta vez.

—¿Le dijo de qué tipo de negocio se trataba?

—No, pero sé que andaba metido en un asunto que requería una fuerte inversión. Viajó varias veces a Gibraltar en las últimas semanas y hablaba mucho con Estados Unidos.

—¿Conocía usted al resto de los asistentes a la cena?

—Sabía que era en casa de los Aguirrezábal, que asistía su médico y un sacerdote, nada más... —Margarita cierra los ojos y ladea la cabeza. Respira entrecortadamente—. ¿Podemos descansar? Estoy mareada.

Lola se levanta.

—Esto se soluciona con un zumo de naranja. He visto fuera una máquina. ¿Podría encomendárselo al cabo, comandante Iturri?

Este asiente y cumple sus órdenes. Esperan a que llegue y Margarita tome el zumo.

—Nos ha hablado de un sacerdote, Margarita. ¿Su marido tenía relación con él?

—Últimamente hablaba con uno con apellido vasco, aunque él no iba a la iglesia. A los divorciados no les permiten comulgar.

—Margarita, ¿nos permitiría revisar el móvil de su marido?

Margarita mira de frente a Iturri y sopesa un instante su respuesta.

—Por mí, no hay inconveniente. Pero creo que la policía se lo ha llevado.

—Una última cuestión: ¿conocía a ese médico? Me refiero al que asistió a la cena...

—Si se refiere al doctor Garache, sí. Visitaba casi cada mes a Claudio. Le suministraba unas inyecciones que él mismo se administraba y que le sentaban muy bien.

—¿Sabe qué tipo de tratamiento recibía su marido?

—No lo sé con exactitud, pero me suena que era como un cóctel de vitaminas, o algo así.

Cuando abandonan el hospital, Iturri recibe una llamada de un número desconocido. Duda si cogerlo. Finalmente, lo hace.

—Comandante Iturri, soy Gilda Schwartz. Trabajo en la Fundación Lammet. Mi madre es muy amiga de Silvia Sainz-Nora. Ella me ha compartido su teléfono...

—Por supuesto, Gilda. Encantado de saludarte.

—Me dijo Silvia que lo avisara si había novedades con respecto al campeonato de golf de monseñor Zánel...

—Cierto, gracias. ¿Y ha ocurrido algo digno de reseñar?

—Aquí está todo el mundo muy nervioso. Y no es para menos: va a ser una auténtica ruina. Los inscritos en este momento son solo ochenta y cinco, pero solo han pagado quince. De no acontecer un milagro, van a tener que suspenderlo. Y eso implica que don Ígor no podrá hacer frente a sus obligaciones financieras con la sede central de Washington ni con el proyecto solidario.

—¿Y crees que ese milagro ocurrirá?

—Pues por eso llamo. Esta mañana su carácter era terrible: me gritó varias veces; es muy mal educado. Pero esta tarde ha salido y cuando ha regresado

venía muy contento. Canturreaba. Y ha comentado que tenía que cortarse el pelo para estar presentable en el campeonato. Yo no tengo ni idea de lo que ha podido suceder, pero quizá usted sí.

—Pues te agradezco mucho las noticias, Gilda. Vamos hablando.

—¿Quién era? —pregunta Lola.

—Nada importante. Venga, vamos a por el coche.

Sexta parte

Tres semanas antes

1

Nunca intentes ganar por la fuerza
lo que puede ser ganado por la mentira.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El príncipe*

14 de julio, cuartel de la Guardia Civil, Pueblo Nuevo de Guadiaro

En las dependencias oficiales del puesto de la Guardia Civil, el tiempo descansa bajo los escandalosos sonidos del aire acondicionado. No es uno de esos donosos pueblos blancos gaditanos acribillados de excursionistas. Se trata de una pequeña pedanía de mil quinientos habitantes, cercana a la costa, cuya historia se remonta a una promoción de viviendas financiadas por la extinta Caja de Ahorros de Jerez en los años sesenta. Sin callejas de piedra ni historias de guerras, sin comadres ni sacristanes, Machado no le hubiera dedicado ni un verso suelto. Pero Machado no conoció Sotogrande, a tres kilómetros en línea recta...

En el edificio, que ocupa la esquina de la calle Gredos con la plaza Itálica, en una zona tranquila de viviendas de escasa altura y presupuesto, duermen una gran bandera de España colgada de un mástil blanco y cuatro vehículos oficiales. En el interior, lo hace la guardia Iria Serrano. Sentada en una silla giratoria e inclinada hacia atrás, se le pinta una gran sonrisa cuando en sus pensamientos se cuela un rostro con bigote y un vestido de novia. Su turno está a punto de terminar. Le gusta el turno de noche. La vida se pinta mágica en esos ratos entre luces. Tan negro y, de pronto, tan florecido. Tan agitado y luego tan pacífico.

Adrenalina y café y después, cuando la noche muere, un mollete con jamón y un día y medio de asueto.

Con el rugido del teléfono, el sortilegio salta por los aires y ella también. Una de las ruedas de la silla, que está suelta, se tuerce y está a punto de caerse. A duras penas, mantiene el equilibrio. Luego, respira hondo, aprieta el botón y responde:

—Atención ciudadana, Guardia Civil. ¿En qué puedo ayudarlo?

Su eufonía es, en sí misma, un bálsamo que transmite comprensión y deseo de colaboración. Sin embargo, en el otro lado impera un silencio miedoso que, finalmente, precipita en un florilegio de frases entrecortadas en boca de una voz masculina.

—Oiga, yo... Verá, llamo para denunciar una muerte horrible...

—¿Me dice su nombre, señor?

La guardia retira la silla estropeada de una patada y toma otra, donde se sienta.

—¿Mi nombre? ¿Y qué importa eso, joder? Lo importante es que está muerto.

La guardia Serrano toma un formulario y sigue el protocolo: debe recabar los datos del occiso, el tipo de muerte (esperada, causas desconocidas o muerte violenta), el hallazgo del cadáver y el lugar donde ha ocurrido, especialmente si se trata de un espacio público.

—Tranquilo, caballero. Hábleme del fallecido —pide, mientras localiza el número que aparece en pantalla: 956 78 50 14. La llamada se está efectuando desde el Real Club de Golf de Sotogrande—. ¿Puede decirme dónde se encuentra el presunto fallecido?

—¡De presunto, nada! Está tan muerto como Paquirri.

—Entiendo que el fallecido es un varón ¿Lo conoce?, ¿sabe cómo se llama?

—Sí, lo conozco. Claudio Guinea, es un marqués... El apellido se escribe como suena.

Mientras la guardia se pregunta cómo podría escribirlo de otra manera, busca el nombre en la web. La pantalla le devuelve la imagen de un hombre mayor y bien conservado, con apariencia de haber tenido éxito en la vida.

—Esa persona, Claudio Guinea, ¿es familiar, amigo, o simplemente un

conocido?

Esta vez, su interlocutor responde con voz segura manchada de acidez.

—Un conocido: es un ricachón de por aquí.

—¿Y cómo ha ocurrido? ¿Estaba usted presente?

—Presente, presente, no. Estaba cerca, pero ha sido todo muy raro: primero estaba bien, como siempre, y luego, de pronto, se subió a su coche y se murió.

—¿Un accidente de tráfico, entonces? —pregunta.

—¡No, qué va! Su coche no se ha movido del aparcamiento. ¿Sabe que los toros, en las corridas, van a morir a las tablas? Pues él ha ido a morir a su Bentley. Es un Continental GT de color azul; una pasada.

—¿Está hablando de un suicidio?

Se toma un instante para responder. Esa posibilidad no había pasado por su cabeza.

—Mire, no lo conozco tanto, pero no me parece de los que se tragan un bote de pastillas. El marqués tenía de todo. Por tener, hasta tenía mujer nueva, una rubia mucho más joven, malencarada y estúpida. Pero está muerto... He vomitado el bocadillo al verlo... —se lamenta.

—No se preocupe por eso. ¿Puede indicarme dónde se encuentra ese coche?

—Está en el aparcamiento del club de golf, pero yo no quiero saber nada, ¿entiende? Vengan enseguida, porque sus amigos quieren llevárselo y que parezca otra cosa, pero su aspecto es espantoso. Tiene los ojos...

El hombre sofoca un principio de llanto. Y corta la comunicación.

Tras pensarlo unos instantes, la guardia telefonea de nuevo al Real Club de Golf.

—Cafetería, Real Club de Golf —escucha de la misma voz.

—Guardia Civil, agente Serrano...

Al cabo de un instante y tras una respiración profunda, la voz responde entre susurros.

—Viene una grúa desde Manilva para llevarse el coche con el hombre muerto dentro. Talleres López. No tienen mucho tiempo. Y no llame más, que me va a meter en un lío.

Sorprendida, Iria Serrano telefonea a Talleres López, donde le confirman el

encargo de recoger un Bentley averiado para conducirlo a un domicilio particular. Acto seguido, telefonea a su superior, la sargento Rocío Urdiales.

—Mi sargento, aquí Serrano. Siento molestarte en tu día libre, pero ha habido una llamada extraña que quiero comentarte.

2

14 de julio, Pueblo Nuevo de Guadiaro

La sargento Rocío Urdiales logra coger el teléfono, que descansa sobre un libro de psicología criminal, antes de que el sonido despierte a la joven que descansa a su lado. Responde desde la cama, con susurros aguardentosos, mientras mira el reloj. Es temprano y está muerta de sueño. La noche anterior, ella y su prima pequeña, que está de visita, se tragaron completa la tercera temporada de *Stranger Things*, junto a un kilo de palomitas y chucherías. El Demogorgon provocó que la joven terminara abandonando el sofá y metiéndose en su cama, temblando de miedo. No había parado de moverse. Con delicadeza, se libra de su abrazo y se incorpora.

A Urdiales no le gustan los niños ni le va la vida hogareña, si es que puede llamarse hogar al pequeño apartamento de una habitación con baño y amago de salón-cocina donde vive. A sus veintisiete años, Rocío Urdiales, Quisquilla para sus colegas, además de conseguir graduarse en Psicología y aprobar la oposición de sargento, ha logrado amagar eficazmente a todos los hombres que se le han acercado y de los que nunca ha terminado de fiarse. No quiere líos de pantalones, solo anhela ascender en su carrera y lograr algún día formar parte de la sección de Análisis de Conducta de la Policía Nacional: la apasiona la caza de los malvados, especialmente la de los ricos hijos de puta, a quienes tiene enfilados. Con su prima, es diferente. Viene un par de veces al año, está con ella un fin de semana largo y regresa con sus padres con la firme decisión de ser de mayor una guardia como su tía.

—Te escucho, Serrano...

Iria la pone al día de la llamada y de sus gestiones. En cuanto se hace cargo, se da una ducha rápida, se toma un café, deja una nota a la pequeña y se persona en el cuartelillo.

Urdiales, que mide metro sesenta justito y pesa cincuenta kilos escurridos, carece de un solo gramo de grasa. Corre a diario, es cinturón negro de kárate y, salvo por el alcohol y las visitas de su pequeña prima, come bastante sano. La guardia Serrano le saca cinco años, diez centímetros y veinte kilos, y eso que está a régimen desde que su novio le pidió matrimonio. Pero el físico tiene poco que ver con la jerarquía.

—Buenos días, mi sargento: ya he recabado los datos que pediste. Hay mucha gente que manda en ese club de golf, mucho apellido compuesto, que para eso es un club real: patronato, presidente, vicepresidentes, secretario...

Quisquilla la interrumpe.

—Lo imagino, Serrano: mogollón de miembros de picha corta y cartera larga. Pero ¿quién se come los marrones cuando ocurren?

—El de los marrones es un tal Alfredo Delta: cuarenta y cinco, divorciado, tres hijos, sin antecedentes, que también gestiona otro club de golf en Marbella. Este es un currante muy bien pagado...

—Buen trabajo, Iria. Vamos a hacerle una llamadita. Seguro que ese tiene la picha mediana —bromea Quisquilla.

La guardia solo dibuja un amago de sonrisa. No le gustan ese tipo de bromas ni ese tipo de lenguaje. Los tolera porque vienen de un superior y no le queda otro remedio y, sobre todo, porque conoce la historia personal de la sargento. Todos en el cuartelillo la conocen. A quien Urdiales llama padre es solo su padre adoptivo; el biológico es el primogénito de una familia aristocrática con casa en Sotogrande donde la madre de Quisquilla trabajaba como empleada, un joven pusilánime y quebradizo que la quería, pero no hasta el punto de disgustar a sus importantes padres. Ella se marchó con su cara bien alta, sin decir ni recibir nada. Él no se lo contó a nadie ni se responsabilizó de nada. La joven madre soltera las pasó putas, pero se las apañaron. Nunca llevó un hombre a casa. Y el día que lo hizo fue para las presentaciones formales: aquel guardia civil se convirtió en su padre. Y en su modelo. Quisquilla, que conoce esos detalles de

boca de su madre, alberga en su interior un profundo odio contra los habitantes de Sotogrande, y no porque tengan dinero, sino porque creen que el dinero los sitúa por encima de los demás, por encima de las normas, por encima de la ley.

—Me he adelantado, mi sargento: acabo de hablar con el tal Delta. Dice que los datos procedentes de esa llamada son inexactos. Según él, no ha habido ningún fallecimiento en extrañas circunstancias. Lo que ha ocurrido es que a un hombre mayor y con antecedentes cardiovasculares le ha dado un infarto. Lo han atendido sus dos compañeros de golf. Cuentan con un certificado médico oficial, que atestigua la muerte natural, firmado por un tal doctor Diego Dosantos.

—Entonces, ¿a qué viene esa jodida llamada?

Iria se encoge de hombros y se gira para evitar el rayo de sol que culebrea entre los dos pilares de la entrada e impacta en sus ojos.

—Vete a saber...

—¿Algún testigo más que lo corrobore?

—Afirmativo, los dos amigos del fallecido, pero el camarero no ha facilitado nombres...

Urdiales, pensativa, se sacude la camiseta. Es temprano, pero el calor ya aprieta.

—Lo comprobaremos, pero no con urgencia. Disfruta del día, Serrano. Me vuelvo a casa, que tengo visita...

—Perdona, mi sargento, sé que parezco un grano en el culo, pero es que hay más. Hace unos minutos se ha recibido otra llamada de Sotogrande: un hombre, un segurata de la urbanización, que avisa de una «tragedia».

—¡Ah, los rumores del *Hola*! En un par de horas, el infarto se habrá convertido en media docena...

—Al principio de la conversación, fue eso lo que pensé, que no era más que una variante del rumor del club de golf. Pero las localizaciones no coinciden; en este caso, el ciudadano lo sitúa en la zona de Reyes y Reinas, en una casa particular, la de los condes de Gardoqui. Con ese nombre, seguro que son unos pobrecillos...

Urdiales no responde. La guardia respeta su silencio. Sabe que cuando su jefa piensa, es mejor no interrumpirla.

—¿Conocemos la identidad del informante?

—No. El teléfono ha sido desconectado. Estoy intentando averiguarlo...

—Bien. Sigamos intentándolo, pero antes nos daremos una vuelta por esa dirección.

—¿Voy contigo, mi sargento, o vas a avisar al capitán Napias? Lo digo porque formalmente aún es el mando al cargo...

—Tienes razón, aún le quedan quince días para marcharse. Está de vacaciones, pero voy a comentárselo.

3

14 de julio, Pueblo Nuevo de Guadiaro

El capitán Rodríguez vive junto a su familia en un apartamento interior de dos dormitorios en un pequeño edificio de una calle estrecha, cuyas ventanas exhiben piezas de ropa que se secan al sol. Cuando la noche se duerme, tardan en enterarse, así de oscuro es. Pero la cocina, con balcón a la calle, es amplia y luminosa, compensando cualquier otra carencia. Ha pasado muy buenos ratos allí en los cuatro años que lleva en el puesto, pero ahora está plagada de cajas de cartón apiladas y llenas de sartenes, cazuelas y vajilla. A principios de mes, irá destinado a Algeciras para sustituir al jefe de la policía judicial, entre rejas por colaborar con el narcotráfico, actividad que invade la zona. Aunque el setenta por ciento de los jóvenes está en paro, una buena parte visten «estética narco», se adornan el cuello con cordones de oro y conducen motos con GPS o vehículos deportivos. No se esconden; se sienten importantes, héroes populares de los que vive casi todo el pueblo y todos los protegen. Dos de cada tres asuntos que pasan por el juzgado tienen que ver con el tráfico de drogas. Y en esa comandancia, la batalla se libra tanto fuera como dentro del cuerpo. En el último trimestre, tres colegas, incluido el capitán al mando de Algeciras, han sido detenidos por facilitar la entrada de droga a cambio de dinero en vez de perseguir a los traficantes. Napias, que conoce bien la zona en lo que al narco se refiere, sabe que Sotogrande es otro cantar: como pasar del todo al nada, del blanco al negro.

El capitán se ha levantado temprano. Está mirando sin mirar cómo el microondas calienta los restos de café del día anterior cuando le suena el teléfono.

—Mi capitán, aquí tu mosca cojonera. Siento joderte la mudanza, pero se han recibido dos llamadas desde Millolandia denunciando sendos fallecimientos potencialmente sospechosos. La primera parece ya resuelta: un infarto. Voy a acercarme con Serrano a acreditar los hechos de la segunda antes de avisar a su señoría: hablan de una tragedia. Yo me encargo, pero quería mantenerte informado por si acaso. Ya sabes que cuando pasa algo en ese sitio nos hacen mover el culo como yonquis persiguiendo a su camello.

—¿Millo qué?

—Millolandia: el lugar donde hasta los perros cotizan en bolsa.

Sabe a qué lugar se refiere, pero ya ha formulado la pregunta y no puede detenerla.

—¿Una tragedia en Sotogrande? Entra en detalles, por favor —pregunta, mientras su cabeza pasa lista a las posibles causas. Una explosión de gas se hubiera sentido, lo mismo que un derrumbamiento. Deja de especular y cierra los ojos para escuchar.

Con esa jerga suya que mata toda elegancia, la sargento lo pone al día. Napias solo la interrumpe para recordarle que no tolera blasfemias. Urdiales tiene lengua de burdel.

—Eso es lo que sabemos, pero te tendré puntualmente informado. ¿Habéis acabado con las cajas?

—Creo que son ellas las que acabarán con nosotros: ¡nunca pensé que se pudieran acumular tantos trastos! En fin, aún tenemos tiempo... Oye, Quisquilla, creo que me vendrá bien salir un poco. Pasa a recogerme, te acompaño yo. Estaré listo en veinte minutos.

—¿Estás seguro, Napias?

—Segurísimo.

El capitán confía en la sargento Urdiales. La aparentemente frágil agente es joven, imprudente y malhablada, pero posee una notable inteligencia y una intuición superior a la media. Además, sus conocimientos tecnológicos, de los que él carece, le son muy útiles. Sus gemelas la adoran, lo mismo que su mujer. Y la puntilla: es hijastra de guardia civil. Pero Sotogrande es un toro muy bravo.

Saca el café del microondas. Lo ha calentado demasiado. Decide darse una

ducha rápida mientras se entibia. El agua fría lo despeja de inmediato. Es una costumbre arraigada, agradable en días calurosos, poco seductora en invierno, que lo obliga a recordar que está vivo y debe aprovecharlo. Se viste el uniforme reglamentario, saca su arma reglamentaria de la caja fuerte y regresa a la cocina. El café está tibio.

—¡Eres un hacha con el microondas, Napias! —susurra. A pesar de todo, se lo bebe de un tirón y deposita la taza en el fregadero. Luego, baja la escalera.

Solo la madre del capitán Rodríguez, que adora ese rostro «lleno de personalidad», emplea ese apellido. Quienes lo conocen de cerca, colegas, jueces, fiscales y hasta su mujer, lo llaman Napias y a él no le molesta. No es un apodo demasiado creativo: es un hombre a una nariz pegado. Afilada en el vértice, ancha en el resto, describe una inmensa parábola con un pequeño promontorio en el centro. Su envergadura es tal que hasta desdibuja sus ojos, pequeños y oscuros. Habría sido un gran inspirador para Quevedo.

—Buenos días, Quisquilla...

—Buenos días, mi capitán. ¿Vamos para allá?

4

14 de julio, Sotogrande

El vehículo policial conducido por la sargento Urdiales se detiene a escasos centímetros de la barrera, que no se levanta. Antes de que aprieten el claxon, un vigilante, un tipo joven y delgado, sale corriendo hacia ellos. Parece atacado por una excitación que no puede controlar. Lleva una identificación sujeta en la camisa donde puede leerse su nombre: «Tinín García». Urdiales inclina levemente la cabeza hacia su izquierda.

—He puesto la barrera en manual para que no se me escaparan. Gracias a Dios, no han tardado mucho; me estaba poniendo nervioso. ¡Son momentos para la caballería! —exclama. Le brillan tanto los ojos que Quisquilla piensa que se ha *metido* algo.

—Buenos días, caballero. Capitán Rodríguez y sargento Urdiales. ¿Dice usted que esperaba a la caballería? —pregunta con sorna.

El vigilante la observa en silencio. Su cara, de un cándido aspecto primaveral, su pequeño porte y su busto y caderas escurridos, en percentil mínimo, parecen ajenos al uniforme que viste. Por no hablar de que usa colonia Nenuco.

—¿Es usted sargento? Hubiera dicho que estaba en prácticas.

La mirada de la mujer se vuelve pétrea y desafiante. Su boca carnosa y rosada, de muñeca de Famosa, vomita con deliberada lentitud:

—Vuelva a lo de la caballería, señor.

—Vale. ¿Por dónde quieren empezar? Si me lo dicen, les indico el camino; conozco la urbanización como la palma de mi mano...

Urdiales y Rodríguez cruzan una mirada cómplice.

—¿Y por dónde cree usted que debemos empezar, señor García? —pregunta Napias.

El vigilante sonríe con picardía y responde:

—Pues verá, capitán: yo empezaría por la vivienda de Reyes y Reinas, la de los condes de Gardoqui; dicen que allí está lo peor. Ahora que, si prefieren empezar por el puerto, también hay lío en un barco. Pero vayan con tiento, ya saben cómo es este lugar...

—Señor García, ¿por qué empezaría usted por la casa de los condes de Gardoqui?

El vigilante inclina la cabeza hasta casi meterla por la ventanilla.

—Lo sé de buena tinta porque los encontró mi cuñado, Luis Rojo, que también es vigilante. Me dijo que hay dos...

—¿Dos? ¿Dos qué? —pregunta la mujer.

—Dos cadáveres; en el barco solo hay uno. ¿No han venido por eso?

¡Dos cadáveres! El capitán Rodríguez está que echa chispas. Tras pedir al vigilante la dirección del domicilio de los condes de Gardoqui y el teléfono de su cuñado, conducen hacia allí.

—¿Vas a llamar al juez, mi capitán?

—Primero quiero echar un vistazo personalmente. Por si es «otro infarto».

El vehículo desciende por el paseo del parque con celeridad. La mezcla de calor sofocante y día despejado provoca la refractación de los rayos de sol y la sensación de encharcamiento en el asfalto. Inconscientemente, Urdiales baja la velocidad.

—¿Crees que esto y el infarto del club de golf están relacionados? Porque como lo estén, tendremos un lío de cojones.

—Son lugares y personas distintos. Hasta que no sepamos más, sargento, es mejor no aventurar.

Pero Quisquilla está excitada. Y cuando se encuentra así, no sabe estar callada.

—Dos en un mismo sitio no es normal. ¿Por qué apuestas?, ¿un robo que salió mal, un ajuste de cuentas, violencia familiar?

Napias tiene en la punta de la lengua varios comentarios, pero se limita a

mencionar los más obvios.

—Con la seguridad existente en la zona, un robo con allanamiento es improbable. Y teniendo en cuenta que el conde es un empresario legal y reconocido, tampoco espero un ajuste de cuentas...

—¿Violencia familiar? —exclama Quisquilla, por exclusión—. ¿Un tío de Sotogrande quitando de en medio a su Barbie o a uno de sus pijos polluelos? Eso los haría salir en todos los telediarios.

—¡Sargento, cálmate! —le reprocha—. Ni siquiera sabemos el género de los fallecidos, si es que lo están. Ten un poco de paciencia y espera a que lleguemos.

Urdiales respira hondo y finalmente confiesa:

—Tienes razón, pero es que lo de los asesinatos machistas me funde los plomos. La primera vez que vi como un cachas destrozaba la cara de su pareja a puñetazo limpio, empecé a hacer pesas. Pero pronto lo dejé. ¿Sabes por qué? —Sin esperar a recibir respuesta, añade—: Porque, haga o no pesas, con mi talla soy presa fácil para cualquier hombre de complexión normal. No hace falta que sea gran cosa; con que sea medianamente fuerte, me mata de un par de...

—¡Eh, ni se te ocurra blasfemar!

—Vale, mi capitán, para el caso es lo mismo: me mata de dos guantazos.

—¡A ti no te mata ni un rayo, sargento! Por eso, estate tranquila. Pero tienes mucha razón, ¡es una maldita plaga! Dios quiera que lo que tengamos ahí delante sea otra cosa.

—Dios lo quiera...

Mientras la sargento Urdiales busca un sitio donde aparcar que no estropee las maniobras de quien desee salir del garaje, el capitán decide comprobar el apellido de los condes. Le disgusta emplear títulos nobiliarios para referirse a las personas a las que interroga. Una cosa es preguntar por un doctor, que se ha currado el título, y otra preguntar por un conde.

—Condes de Gardoqui, aquí están: Juan José y Pilar Aguirrezábal...

—¿Quién? —exclama la guardia, apretando bruscamente el freno. El capitán llega a tiempo de apoyar las manos en el salpicadero, pero casi se golpea.

—¡Coño, Quisquilla! Ve con cuidado.

—Lo siento, mi capitán.

—Se llaman Juan José y Pilar Aguirrezábal. ¿Los conoces? —indaga, mientras desciende del vehículo y se dirige hacia la entrada de la vivienda.

Cuando se gira para advertir a la sargento que él llevará la voz cantante, no encuentra a su compañera. Mira hacia atrás y observa que sigue en el interior del coche, inmóvil, con la mirada acuosa y los brazos caídos. Le hace un gesto con la mano para indicar que lo siga, pero ella parece no verlo. Está como ida, con la mente en otra parte. Vuelve sobre sus pasos y golpea en la ventanilla, para que la baje.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Un tirón en la pierna, mi capitán. Dame un minuto —se excusa, aunque lo que debería decir es que el tirón es en el alma, porque el apellido que acaba de escuchar le ha provocado tal conmoción que está paralizada y no puede moverse.

Rodríguez, que ha visto como tiembla, permanece unos instantes a su lado, sopesando la situación. San Roque está lejos de ser un territorio comanche, pero todos los guardias están acostumbrados a tratar con violencia doméstica, peleas, cuchilladas, accidentes y atropellos, amén de las dañinas secuelas del narcotráfico. Los asesinatos no abundan, pero los hay, y Urdiales, que ya se ha enfrentado a la dureza de esas escenas, a los olores, la degradación y la muerte, nunca se ha mostrado especialmente sensible a esos detalles truculentos. Entonces, ¿qué demonios le pasa? ¿Será por su animadversión por la gente de la zona? Sea como sea, no puede permitírselo.

—Te necesito dentro, agente, y con todos los sentidos en alerta. ¿Serás capaz?

La guardia levanta la mirada. Pequeños surcos se fruncen en su frente.

—Déjame un minuto, capitán; en cuanto se me pase el tirón, voy.

Urdiales inspira profundamente.

—Mira, sargento, bajo todas esas capas de lujo solo hay personas. Todos iguales y con iguales derechos. Eso es todo.

Urdiales cierra los ojos y logra bajar del vehículo, aunque duda de que las piernas sujeten su cuerpo. El capitán lo desconoce, pero unas semanas atrás, un hombre desconocido pidió una cita con ella. A la sargento la intrigó. Tenía nombre y apellidos pomposos y esos señoritos siempre piden hablar con el mando superior.

Curioseó por la ventana cuando lo vio acercarse. Dejó su Porche Panamera color negro en el aparcamiento de la comisaría, entre dos plazas. No lo cerró. «¡Hijo de puta!», masculló. De un señorito no esperaba otro comportamiento, pero confirmarlo la llenó de rabia. «Pasan los años y las décadas y los señoritos de Sotogrande siguen viviendo en la época feudal: tomando lo que quieren, de donde y de quien quieren y sin dar explicaciones a nadie», pensó.

Lo siguió con la mirada mientras entraba en el edificio. Vestía Sotogrande, pero era más escuálido y blancuzco de lo normal. Se fijó en lo anómalo de su marcha y en que se apoyaba en un bastón. Quisquilla no conocía a aquel hombre, pero no le importaba; para ella, todos los de su género eran parásitos vividores de rentas, tipos inútiles que no se preocupaban de otra cosa que no fuera ellos mismos y tan arrogantes que esperaban que los criados les dieran las gracias por permitirles que los sirvieran. Y, no obstante, estaba intrigada con la visita. ¿Qué querría de ella aquel ricachón? Esperaba que no tuviera que ver con su persona; le pegaría una patada en los huevos en cuanto lo mencionara, pero tampoco se le ocurría otra razón. Por eso decidió recibirlo cubierta. Se ajustó la coleta alta, de la que se habían desprendido algunos mechones junto a las orejas, sacó una mascarilla negra del cajón, se puso en pie y metió los pulgares en el cinturón.

Cuando se abrió la puerta, se topó con un hombre nervioso, que parecía estar librando una intensa batalla interior.

—Buenas tardes, sargento, y gracias por dedicarme unos minutos. Me llamo Beltrán de Aguirrezábal.

La dicción del hombre resultaba extraña. Parecía afónico, empleaba un tono muy bajo y arrastraba las palabras. Urdiales lo recibió con una indiferencia mezclada con un punto de expectación.

—Sargento Urdiales. ¿En qué puede la Guardia Civil serle de utilidad?

—¿Le importa que me siente, sargento? —suplicó en tono cansado.

—Por supuesto —respondió ella con una especie de gruñido—. Dígame...

—Tenía que haber venido hace mucho tiempo. Fue un error no hacerlo. Un error que ahora trato de enmendar. Verá, sargento, hace años conocí a su madre y me enamoré de ella... —Hablaba tan despacio que cuando llegó a pronunciar la palabra «madre» la sargento ya tenía la adrenalina disparada.

—Este no es lugar para cuestiones personales, caballero. Dígame, por favor, en qué puede ayudarlo la Guardia Civil —manifestó. Su voz y su actitud resultaron gélidas, a pesar de no perder la formalidad que exigía el uniforme.

—Lo sé, sargento, pero no vengo a ver a la guardia civil, sino a mi hija —declaró, mientras sacaba un pañuelo y se limpiaba la baba de la comisura de los labios.

—¿Cómo dice? —preguntó ceñuda. La rabia que sentía se convirtió en una ola de miedo que empezó a inundar sus venas.

—Soy tu padre, Rocío. Sé que merezco que me eches a patadas. Pero, antes de que lo hagas, te ruego que me escuches. Soy un cobarde, siempre lo he sido. Cobarde, pusilánime, soberbio y muchas cosas más... Debí quedarme junto a tu madre y junto a ti; debimos formar una familia, dijeran lo que dijeran mis padres, pero me dio miedo. Tenía que haber venido antes, pero no tuve valor. Fui dejando pasar los días y los meses se convirtieron en años, en décadas. Me han diagnosticado ELA. Según el médico, dentro de poco no podré hablar. Antes de que eso ocurra, te ruego que me permitas compensarte por todo lo que te he hecho pasar: quiero hacerlo público e incluirte en el testamento. Eres tan Aguirrezábal como el resto de mis hijos. De hecho, eres mi hija mayor y heredarás el título... El resto de mi familia no está junto a mí: mi esposa no soporta la enfermedad y se ha llevado a mis otros hijos, a tus hermanos. Pero eso no importa. Solo quería que lo supieras. Y suplicar tu perdón, si te queda en el alma algo de misericordia.

Quisquilla no salía de su asombro. La confesión de aquel hombre y el modo en que estaba planteándolo —te ruego que me permitas..., suplico tu perdón...— la dejaron sin palabras.

—Me llamo Rocío Urdiales, caballero, y ya tengo un padre: no necesito otro. De cualquier otro asunto, la interesada es mi madre, no yo. Por favor, no vuelva por aquí, salvo que se trate de un asunto oficial.

Beltrán de Aguirrezábal no se encogió ante la frialdad y la agresividad de su hija. Al contrario, imprimió a sus palabras toda la ternura y la convicción de las que fue capaz.

—Hace veinte años que trato de hablar con tu madre, Rocío. Acudo al

supermercado al menos una vez al mes, todos los meses, para hablar con ella. Y, aunque no me dirige la palabra, me ve. Lo hago para que sepa que continúo aquí, penando mi estupidez y a vuestra disposición. Sé que ella tiene un buen marido y tú un buen padre; no osaría suplantarlo, al contrario, le agradezco mucho que os haga felices. Pero como tu madre se ha negado siempre a hablarte de mí, en las actuales circunstancias me veo obligado a presentarme por mí mismo. —Un ataque de tos lo obligó a detenerse, pero tenía tantas ganas de soltar lo que había ido a decir, que continuó entre espasmos—: Sé mucho de ti, Rocío. Sé que te llaman Quisquilla, que corres como una gacela, que te gusta la carne muy hecha, que hablas peor que un carretero, que te espantan los gatos, que tomas la leche hirviendo y el agua muy fría, que de pequeña te gustaba disfrazarte de Superman... Aunque nunca me viste, estuve en tu graduación en el instituto, cuando juraste bandera, cuando terminaste Psicología... Incluso te visité en el hospital cuando te quitaron las anginas... Ahora que me muero y no podré estar en el resto de tu vida, quiero que sepas que lo siento muchísimo. Te agradezco mucho que me hayas escuchado.

Con dificultad, el hombre se incorporó, dejó una carpeta sobre la mesa con su nombre en la carátula y salió del despacho sin decir adiós. El alma de Quisquilla, que pretendía expulsar a ese ser de su interior, empezó a notar las contracciones. Inmediatamente, llamó a su madre.

—Mamá, tenemos que hablar... Y no me preguntes sobre qué, porque ya lo sabes...

La mujer suspiró.

—Imagino que Beltrán ha ido a verte.

—Sí, y no me ha parecido el hijo de puta del que siempre me hablas, ese por el que me has hecho criar tanto odio.

—¿Sabes lo que es una familia de Sotogrande, Rocío? Una madre que deja a sus hijos en manos de un par de criadas filipinas y solo los recibe recién bañados. «Da un beso a mamá, que va a una cena con papá». «Enriqueta, no olvide leerle un cuento y que rece sus oraciones». «Borja, da las buenas noches a papá y cuéntale cómo has nadado hoy. ¡Papá, deja el móvil! Borja te quiere

contar algo... Bueno, mejor mañana: papá está ocupado embarazando a alguna criada como yo, a la que luego echará a la calle por no ser decente».

Pero Rocío no se iba a dejar amilanar tan fácilmente.

—No tenías derecho a mentirme. ¡Me juraste que nunca habías sabido nada más de él, y te visitaba todos los meses desde hace más de veinte años!

La mujer dulcificó el tono.

—Cariño, sé que estás enfadada, pero ya habíamos rehecho nuestras vidas. Consideré que borrar el pasado era lo mejor para todos...

Quisquilla notó de nuevo la oleada de rabia, pero esta vez no era contra su padre.

—¡Tú habías rehecho tu vida, no yo! Me hurtaste, con mentiras, el derecho a tomar mis propias decisiones. Me obligaste a odiarlo, a maldecirlo, sin saber que él trataba de enmendar su error. ¡No tenías derecho!

Desde aquel día no había vuelto a hablar con su madre. Las dos eran demasiado tozudas para dar su brazo a torcer. Quisquilla había guardado la carpeta en su casillero y no la había vuelto a mirar. Y ahora estaba frente a la casa de los Aguirrezábal, sus abuelos.

Ante la insistencia del capitán, Quisquilla baja finalmente del coche y se acerca con su superior hasta la vivienda. Cuando llegan, la verja comienza a abrirse y un hombre fornido, con una bolsa grande en cada mano, atraviesa el sendero para dirigirse a la salida. Viste ropa náutica y lleva un cigarrillo en la comisura de los labios.

—Buenos días, señores. Me pillan de milagro. ¿Puedo ayudarlos?

—Capitán Rodríguez y sargento Urdiales, Guardia Civil. Y usted, ¿quién es?

—Pedro Nielso, *chief steward* de la embarcación de los señores Aguirrezábal.

—¿*Chief* qué? —pregunta Urdiales.

El hombre deja las bolsas en el suelo y recupera el cigarrillo mientras marca una sonrisa.

—Soy el mayordomo de su barco. Me ocupo de la tripulación interior: soy el responsable de la limpieza, del mantenimiento, de los inventarios, de los enseres para comidas, y me coordino con el chef de la casa en cuanto a decoración y presentación...

—¿Y qué hace aquí? —zanja el capitán.

—Bueno, ha habido un cambio de planes y acaban de informarme de que los condes han ido en avión. Yo llevaré el barco a Marruecos.

—¿Desde cuándo no ve a los señores Aguirrezábal?

—Hace un par de días. Los condes son estupendos: los dos. Buenos patrones, considerados, justos...

Quisquilla se obliga a mirar hacia abajo e intenta contener las arcadas.

—¿Quién queda en la vivienda?

—Nadie. ¿Me necesitan para algo más? Tendría que marcharme si quiero zarpar pronto: el Sweet ya está dispuesto, con toda su tripulación. Es un Majestic 125 de 2017; treinta y nueve metros de eslora y una línea preciosa.

—Un gran barco —sentencia Napias, a quien le fascinan los motores.

—Gracias —responde.

El capitán se pregunta por qué se las da. El barco no es suyo.

Regresan al coche. Con el aire acondicionado encendido a plena potencia, se miran.

—¿De qué va todo esto, mi capitán? —pregunta la sargento.

—No lo sé, Rocío. Los rumores suelen ser inexactos, pero siempre tienen alguna base. Vamos a acercarnos al puerto a ver si el tercer cadáver del que nos habló el vigilante es también un rumor... Conduce, que voy a ir hablando con el juez.

5

14 de julio, playa de Sotogrande, Torreguadiaro

Asís Tomillo es un gallego con gracia andaluza y aspecto de banquero de inversión que siempre parece estar en paz consigo mismo. De buena familia y exquisita educación, tras acabar la carrera de Medicina se asentó en el sur por sus campos de golf, su clima y sus playas. Terminó casándose con la farmacéutica de San Roque, una sevillana de anchas caderas y ojos felinos, y dirigiendo el servicio de patología forense del Instituto de Medicina Legal de Cádiz.

A sus cincuenta, su forma física es casi tan buena como a los treinta, en gran parte por la natación: cada mañana, invierno y verano, con una pequeña boya atada a la cintura, se recorre ida y vuelta las playas de Guadiaro. Delgado, casi huesudo, de estatura media y humor contagioso, viste con estilo clásico, casi de la capital, aunque se permite un punto de extravagancia: tirantes con la bandera española. Por ello, en la comarca, todo el mundo conoce al marido de la farmacéutica como el Indepe.

Tras recorrer por tercera vez las boyas amarillas que delimitan la zona de bañistas de los dominios de las embarcaciones, Tomillo regresa a la orilla. Se desprende de las gafas, el gorro anaranjado y el neopreno de cuerpo entero, desinfla su pequeña boya y se seca la cara. Recoge sus cosas y se acerca al chiringuito de la playa, donde pide un café con leche y una rebanada de pan moreno.

Mientras se lo traen, consulta el móvil. Tiene varias llamadas perdidas y mensajes en el buzón. Se extraña, porque es su día libre. El primer mensaje

procede del forense de guardia. En él le informa de que está en el hospital diagnosticado de apendicitis y que lo operan de inmediato, por lo que tiene que activar el retén. Le pide disculpas y le desea que la guardia sea tranquila. El segundo es de Quisquilla. La sargento lo requiere con urgencia en el puerto de Sotogrande por un incidente grave y le pide que devuelva la llamada con la mayor brevedad. No escucha más: el aroma del formaldehído ya ha llenado su nariz.

Le traen el desayuno mientras marca el número de la sargento.

—Indepe, tenemos dos posibles violaciones de menores y una muerte sospechosa en un barco de bandera saudí propiedad de un tal Hamid bin Aziz al Saud...

—¿En Soto? Pero ¡qué dices!

—Lo que oyes. No tardes, por favor, que la cosa pinta fea. Las niñas son muy pequeñas y el fiambre tiene aspecto de película de zombis. ¡Si vieras los ojos! Los tiene llenos de sangre...

El forense está añadiendo aceite de oliva a su tostada. Aunque ve resbalarse el líquido viscoso por el plato, sigue con la botella en alto. El dueño del bar, que lo conoce desde hace años, le arrebata de las manos la botella.

—¡Chiquillo, deja algo para los demás!

Asís le pide disculpas con un gesto mientras corta a la sargento.

—Si lo de los ojos es una pequeña mancha roja puede ser el signo de Sommer...

—Pequeña no es, pero lo de las dimensiones es relativo. Te mando una imagen al móvil y sales cagando leches, ¿vale?

El aviso de llegada es casi inmediato. El forense se limpia con la servilleta y lo abre:

—¡Por todos los demonios!, ¿qué es esto?

—¿Un signo de Sommer? —indaga Quisquilla.

—Que nadie toque nada. Es más, que ni se acerquen al cadáver; puede tratarse de algún patógeno altamente contagioso... Salgo pitando.

En proa, los dos guardias, el juez Vela y la mayestática tripulación del barco observan en silencio como Asís Tomillo se enfunda un buzo de protección. Uno de los miembros del equipo forense sella los dos pares de guantes y las polainas con cinta americana. Luego le levanta la capucha y le recoloca las gafas de protección, asegurándose de que el doble juego de mascarillas le cubra toda la piel. No ha permitido que nadie lo acompañe a popa, donde está situada la *suite* del fallecido. Allí espera el cadáver y las niñas-esposas, acompañadas de una joven doncella que se ha negado a abandonarlas y que se ha encerrado con ellas en un camarote.

Los minutos se suceden sobre un silencio denso e incómodo, solo cuarteado por los graznidos de las gaviotas. Pasada una media hora, que se antoja siglos, el forense regresa sin mascarilla y con la capucha echada hacia atrás.

—¡Falsa alarma! Gracias al cielo, la prueba de antígeno es negativa: no es ébola, que fue lo que sospeché al ver las imágenes. Los virus de ese tipo, en ocasiones, producen hemorragias intensas, con el riesgo extremo de contagio que eso conlleva. Señoría, capitán, sargento, si me acompañáis a popa os muestro lo que tenemos. —Todos se disponen a seguirlo salvo el juez, que permanece inmóvil, con los ojos bajos. El forense nota que está muy pálido, por eso añade con sutileza—. La *suite* del occiso es enorme. Tiene un salón que antecede a la habitación, desde donde puede dar las órdenes oportunas sin tener que entrar, y si le gusta tocar el piano, también puede: hay uno de cola íntegramente bañado en oro.

Finalmente, muy a su pesar, el juez los sigue. En efecto, el salón que precede al dormitorio es imponente. Amén del piano y de un comedor blanco estilo rococó, cuenta con unos sofás de color hueso que miran a los ventanales de suelo a techo que permiten vistas diáfanas del mar en casi trescientos grados. La habitación está impecablemente limpia y ordenada. Al fondo, hay una puerta camuflada, a la que han hecho saltar la cerradura a golpes.

—Permaneceré junto al piano —dice el juez.

—Muy bien, pero permite que diga algo sobre las niñas. Confirmaré con pruebas de ADN que Hamid fue su violador, pero esas pobres criaturas... Con la simple inspección visual que he hecho acompañado por la doncella puedo

asegurarle que esas niñas van a tener secuelas físicas de por vida. A la más pequeña, de once años, prácticamente le ha destruido el aparato genital... Señoría, no tomo decisiones, solo hago informes, pero necesito enfatizarlo: si devolvéis a esas niñas a su país, acabareis lo que este violador ha iniciado...

El juez Vera asiente muy despacio.

—Sabes que haré todo lo que esté en mi mano. De momento, pasarán una temporada en el hospital, lo que para ellas será un periodo de tranquilidad. Y del fallecido, ¿qué puedes decirnos? Si pudieras describirme la escena, te lo agradecería.

—Sin problema —responde Tomillo—. He encontrado a Hamid bin Aziz tumbado sobre su inmensa cama redonda, cubierto con la colcha y vestido con un pijama de seda de color negro. Es un tipo bajito y algo grueso. Su tamaño aún mengua más en la inmensidad del lecho. Tiene el cuerpo lleno de púrpura. Apostaría que en la autopsia encontraré hemorragias en el tracto digestivo y probablemente afectación renal y hepática. Toxicología tendrá que confirmarlo, pero tengo para mí que esto es un envenenamiento.

—¿Y esos ojos tan terribles? —indaga la sargento Urdiales.

—¿Se refiere a las lágrimas de sangre? Son muy aparatosas, pero no tienen importancia. Son consecuencia de la rotura de vasos sanguíneos en la conjuntiva o la cavidad nasal. Lo peculiar no es que se hayan roto esos vasos, sino que hay una rotura generalizada: un sangrado masivo. Eso es lo que quería decir: el abdomen, las extremidades, la espalda; todo es púrpura... Tenemos que esperar a la autopsia para saber de qué veneno se trata, si es que ha dejado rastros claros... ¡Ah, se me olvidaba! Hice también pruebas rápidas para otros virus y este tipo era seropositivo: tenía anticuerpos de VIH. Las niñas, de momento, están limpias, pero el periodo ventana de ese virus es largo...

—¿Qué es el periodo ventana? —pregunta el juez, sentado en la banqueta del piano.

—El tiempo que transcurre entre que una persona se infecta y la aparición de anticuerpos detectables. Puede que ahora las niñas den negativo, porque apenas llevan aquí unos días, pero puede ocurrir que en unas semanas sean positivas. Esa es otra razón por la que no deberían devolverlas a casa, señoría.

—¿Algo más?

Esta vez es el capitán Rodríguez el que interviene.

—Señoría, en una mesita baja situada a la derecha de la cama hemos hallado una pluma vacía. Me refiero a una inyección subcutánea.

—En el abdomen presenta un pequeño enrojecimiento, que parece el lugar donde se pinchó —confirma el forense. —Hemos tomado huellas en la pluma y han aparecido dos juegos. Nuestro algoritmo de comparación identifica en uno de ellos al fallecido, es decir, es muy posible que fuera él mismo el que se inyectó ese compuesto, sea el que sea. Si las otras están en el sistema, lo identificaremos enseguida también. Como de momento no sé la naturaleza del tóxico, no puedo aproximar el periodo de incubación; sin embargo, el cuadro hemorrágico ha sido fulminante. Severísimo. No había visto antes algo así.

Al juez le suena el teléfono. Contesta con monosílabos. Tras la conversación, de apenas un minuto, ordena con cara de circunstancias:

—Tenemos que marcharnos, señores. Estamos a punto de generar un incidente internacional con los saudíes.

—¿Qué? ¿Nos quitan de en medio? ¡Pero si han sido ellos los que nos han pedido que interviniéramos! —rabia Urdiales.

—Estoy tan frustrado como tú, Quisquilla, pero las cosas son como son. Tenemos que abandonar este lugar de inmediato.

—De acuerdo, señoría. Sargento, ve a recoger a las niñas.

El juez niega con la cabeza.

—No podemos llevárnoslas, capitán. Cuando pisamos este barco, que es de bandera saudí, las niñas estaban en sus camarotes y el fallecido en el suyo. Esas piezas del barco son su domicilio, y este es inviolable. Los abogados de la embajada, en contacto con nuestro Ministerio de Exteriores, alegan que la situación hubiera requerido otro tipo de orden. Y tienen razón. De momento, tenemos que marcharnos. Madrid se ocupa.

—¡Eso no puede ser! —protesta Quisquilla—. Sea cual sea la bandera de este barco, tenemos evidencia de la presencia de dos ciudadanas menores de edad de nacionalidad egipcia que han sufrido agresiones sexuales. Estamos en mar territorial y tenemos autoridad para proteger su integridad.

Uno de los tripulantes, con vestimenta árabe, aclara en perfecto español:

—No son agresiones sexuales, sargento, sino *nikah mut'ah*: puedo mostrarles los impresos con todos los sellos y firmas. Según el versículo veinticuatro de la sura Al-Nisa, ellas son sus esposas...

Pero el capitán Napias lleva tiempo estudiando el mundo árabe.

—¿Se satisfizo todo el precio? —preguntó.

—La primera parte; la segunda, al finalizar el contrato.

Con una amplia sonrisa en los labios, Napias se vuelve hacia el juez y explica:

—Los *nikah mut'ah*, señoría, son contratos matrimoniales de placer: fijan un plazo de validez y se rescinden cuando este pasa, sin necesidad de divorcio y sin que se deriven derechos de herencia, adjudicándose la descendencia al padre. Pero no son contratos válidos legalmente, por no hablar de que su validez requiere el consentimiento expreso de la novia, algo que tengo por seguro no ha ocurrido en este caso. Por lo visto, no se ha entregado todo el precio. Tal y como yo lo veo, existen dos opciones: la primera, considerar que el contrato matrimonial que el fallecido firmó con sus familias es ilegal, papel mojado, y que esas niñas deberían ser liberadas so pena de generar un incidente internacional con Egipto; la segunda, entender que es válido y las niñas son sus viudas, ya que uno de los contrayentes ha fallecido antes de que se hubiera sufragado el precio. Si son sus viudas, es de justicia, según el islam, atenderlas de la mejor manera posible; por eso le pido que nos permita llevarlas a un hospital para que se restablezcan.

El árabe lo sopesa unos instantes. Y finalmente sentencia:

—Serán consideradas sus viudas. Envíen una ambulancia y las dejaremos bajar. Ahora abandonen el barco, por favor.

Casi empujados por la tripulación, recogen sus cosas y se suben a la zódiac de la Guardia Civil. El trayecto hasta el puerto transcurre en completo silencio preñado de desilusión y rabia. El juez, que va fumando un cigarrillo, masculla frases ininteligibles. Está de pésimo humor, el mismo que el de los dos guardias y el forense, aunque este no lo deja entrever.

—Señoría, ya me dirás qué papeles tengo que hacer, porque quiero dejar

constancia de la violación y brutalidad del violador con las niñas... —insiste el forense al llegar a puerto. El juez asiente, se despiden con un gesto y luego mira a los guardias:

—Napias, Quisquilla: seguid con lo del golf, que ahí jugamos en casa. Hablad con el médico que firma el parte de defunción y con el vigilante del que me habéis hablado. No quiero dejar cabos sueltos, no sea que los males vengan a pares...

Rodríguez y Urdiales se despiden con un saludo y regresan al coche policial. Conectan el aire acondicionado y programan el GPS hasta la casa del marqués de Buenrostro. Cinco minutos después están en la calle Isabel la Católica, ante una casa de estilo tradicional andaluz, impecablemente pintada de blanco.

6

14 de julio, Sotogrande

Petra, una dama bastante entrada en años y con evidente mando en plaza, hace pasar a los miembros de la Benemérita hasta la piscina, donde, medio recostados en una amplia zona de sofás, encuentran al doctor Diego Dosantos, con el ojo izquierdo inflamado y enrojecido, y al abogado Felipe de Liébana en el suelo, espatarrado, junto a un mastín.

En el lugar, el ama de llaves les explica, sin afectación alguna, que los dos amigos y el mastín —al que le gusta, según sus palabras, más el alcohol que las perras— llevan una tajada de Rémy Martin digna de un cambio de milenio. «Uno de sus mejores amigos ha fallecido esta mañana —los justifica—. Pero tengo un remedio infalible». Desaparece dentro de la casa y regresa unos minutos después con su «brebaje mágico», compuesto por agua de mar, Aquarius y limón, que asegura es maravilloso para la resaca.

Mientras esperan a que el bebedizo haga su efecto, el capitán y la sargento observan el jardín. No dicen nada, solo lo admiran. Es bello, inmenso; perfecto, pero sin estridencias: árboles maduros, césped impoluto, plantas cuyos colores armonizan a la perfección. Atemperadas por el brebaje, las cabezas de los marqueses salen poco a poco del tambor de la lavadora en marcha. El dueño de la casa toma la palabra.

—Capitán Rodríguez, no debería hacer caso de lo que digamos: hace apenas un rato, veía dinosaurias en bikini. Por cierto, soy alférez: milicias universitarias. Hice las prácticas en caballería en Valladolid. Aquí el letrado se libró por tener los pies planos.

La sargento Urdiales sonríe divertida. El capitán, sin embargo, permanece muy serio.

—Doctor, queremos que nos hable del parte de defunción de Claudio Guinea.

El médico se lleva las manos a la cabeza. Al hacerlo, se roza el golpe de la frente, desatando un nuevo e intenso dolor.

—¡Pipe, despierta! ¡Nos hemos olvidado del funeral!

—¡Coño! ¿Qué hora es? ¿Qué día es? ¡Joder, no me lo perdonaré jamás!

El médico rompe a llorar y se abraza al abogado, al que también le corren las lágrimas. Los guardias dejan que se explayen unos instantes. Al fin, Diego se limpia ojos y nariz con el niqui y exclama:

—¡Ha sido Margarita! ¡Está embarazada!

—¿Quién es Margarita? —pregunta Quisquilla.

—¿Que quién es Margarita? ¡El mismo diablo!

—¡Sí, una diablesa embarazada!

—Mire, nosotros solo necesitamos ver el parte de defunción que usted firmó...

—¡Pero no lo firmé! No con ella embarazada.

La sargento y el capitán se miran. Cada vez entienden menos.

—Empecemos por el principio, ¿de acuerdo? Estaba usted jugando al golf con Claudio Guinea cuando a este le dio un infarto, ¿es eso cierto?

—Negativo —responde el médico.

—¿Qué? —se enfada el capitán.

—No habíamos empezado la partida. Se retrasaba y fuimos a buscarlo: lo encontramos en su Bentley, muerto. Le gustaban mucho los coches, ¿sabe? Antiguos y de alta gama, pero con las gotas naranjas no podíamos dejarlo correr... Es largo de explicar...

—Tenemos tiempo, no se preocupe...

De pronto, como por ensalmo, a Pipe de Liébana le desaparecen los efectos de la cogorza y emerge el abogado que lleva dentro. Se incorpora.

—Llegados a este punto, debo aconsejar a mi cliente que no diga una palabra más...

—Pipe, yo no soy tu cliente...

—Sí, Diego, lo eres. Capitán, ni el marqués ni yo tenemos nada que ver con la muerte de Claudio Guinea, gran amigo de ambos. Pero entiendo que el relato de la grúa pueda sonar extraño. Por eso, tenemos que poner fin a esta conversación. Les resumo, eso sí, los hechos: esta mañana habíamos quedado los tres para jugar al golf. El marqués y yo llegamos a la hora convenida. El servicio puede dar fe de la hora en que salimos de casa y llegamos al club. Claudio, que es... era maniático de la puntualidad, no llegó a la cita y lo fuimos a buscar. Lo encontramos en el aparcamiento, en su Bentley, ya difunto. Tenía el corazón débil y tomaba un medicamento con efectos secundarios cardiacos serios. El doctor concluyó que un infarto era la causa más probable de su muerte. Alquilamos una grúa para el Bentley y contratamos a una funeraria para hacer las cosas más fáciles a la familia... A la primera familia...

—No la líes, ¿vale? —le espeta Diego Dosantos.

—¡Es que no lo saben! Verán, señores guardias: Claudio se casó dos veces. Con la primera mujer, Carmen de Ayala, buena familia, mucho dinero, poco sexapil, tuvo tres hijos, pero uno murió. Con la segunda mujer, Margarita Rice, familia desconocida, ni un duro, pero buenas tetas, no había tenido hijos: era un matrimonio reciente... Pero, de pronto, con Claudio de cuerpo presente, salió con que estaba embarazada... Y eso cambiaba mucho las cosas.

—¿Qué cambiaba?

—¡Todo! Si está embarazada, los bienes de Claudio pasarán también a ese hijo y ella se hará cargo mientras sea menor. Eso le da el motivo: la oportunidad y los medios son obvios...

La sargento suelta un silbido mientras piensa que aquello es mejor que los folletines de la radio que escuchaba su abuela.

—Sobre todo por las gotas naranjas... —espeta Diego, recibiendo la mirada asesina del abogado.

—Pero ¿qué son esas gotas? —indaga Urdiales.

El médico baja la vista.

—Ahora que está muerto, creo que puedo contarlo... Cuando contrajo nuevas nupcias con Margarita, la segunda, Claudio se practicó una vasectomía. Una cosa era llevar a una despampanante rubia del brazo y otra tener un hijo con ella.

La intervención le produjo algo de disfunción eréctil y dio con una sustancia, unas gotas naranjas, que lo ayudaban en esa... tarea...

—¿Una vasectomía? —exclama Pipe de Liébana—. ¿Se practicó una vasectomía? ¡Joder, doctor! ¡Entonces el hijo que espera no puede ser de Claudio!

—¡Coño, es cierto! ¡Ha sido ella, fijo! Me alegro de que la vayan a meter en la cárcel.

—¿Esa mujer está en la cárcel?

—Aún no, pero soy abogado y no me cabe duda de que el juez decretará prisión preventiva esta misma mañana...

Capitán y sargento se miran extrañados.

—Eso no es posible; su señoría nos habría avisado...

—Ese extremo lo desconozco, pero sé que la primera esposa de Claudio hizo varias llamadas...

—Doctor, ¿sigue ahora apostando por un infarto? —pregunta el capitán.

Este niega con la cabeza.

—Al inicio lo pensé, sí, pero luego, no. No. Definitivamente, no.

—Por el embarazo...

—Esa fue la gota final..., pero no la gota naranja... A ver, lo que quiero decir es que, cuando lo encontramos, tenía los ojos inyectados en sangre; pensé que era por las gotas, por las naranjas. Pero al cabo de un rato, cuando Plinio y el mecánico lo bajaron del Bentley... No sé, era como si sangrara por todas partes... Eso ya no era normal.

Urdiales mira a Napias. El capitán asiente y la sargento busca en su móvil la fotografía tomada del rostro de Hamid.

—¿Algo así?

—¡Exactamente! —chillan al unísono, señalando ambos con el dedo la pantalla.

En ese momento, escuchan gritos y pasos que proceden del interior de la casa. Pocos segundos después, hace entrada una mujer rellenita con una melena morena y rizada al viento, que arrastra cogido del brazo a un hombre bajito con una cámara fotográfica colgada al cuello. Está colorado como un turista nórdico

con su primer atracón solar y se le ve incómodo. La pareja llega perseguida por Petra, que trata sin éxito de frenarlos.

—Lo siento, don Diego. Es de armas tomar y no he conseguido detenerla...

Dosantos levanta la vista y se topa con una mujer desconocida, a la que interpela con la mirada. Lo que no espera es lo que ocurre a continuación. Pipe de Liébana se pone en pie y le espeta:

—¡Por todos los santos, Candela!, ¿qué hace usted aquí? Allanar una vivienda decente como esta es un comportamiento inaceptable, que no me esperaba de usted. —Luego, dirigiéndose al médico, aclara—: Es mi guardesa; cuida de mi casa durante el invierno.

—Lo siento, marqués; fui a su casa y me dijeron que estaba aquí. Me conoce desde hace años y sabe que no invadiría este lugar de no ser por algo urgentísimo. Verá, necesitamos contratar sus servicios de inmediato. Ya sabe que vivimos sin lujos, que yo limpio y coso en varias casas, que trabajo en verano en una tienda de ropa y que tenemos a nuestro cargo a nuestro hijo y a mi madre... Quiero decir que no podemos pagarle mucho de momento, pero hipotecaremos de nuevo la casa y venderemos el coche para costear los gastos, porque esto es muy muy importante...

—Olvídese del dinero ahora, Candela. Dígame qué ocurre.

—¡Gracias, señor! Dios se lo pague. Verá, él es mi marido, Luis Rojo. —Al escuchar el nombre, ambos guardias se ponen alerta—. Trabajaba hasta hace unas horas de vigilante en la urbanización, pero acaban de despedirlo porque lo llamaron para un servicio en casa de unos marqueses y vio algo que no debía. Me acaba de llamar mi cuñado, Tinín, que también es vigilante en Sotogrande, diciendo que la Guardia Civil ya sabe que hay muertos y van a destapar todo el pastel. Dice que van a culpar a mi Pichín de sus muertes, ¡a Luis! —enfatiza—. Marqués, usted no lo conoce, pero es incapaz de matar una mosca.

—¿Algo que no debía? ¿Qué significa eso? —pregunta el capitán Rodríguez, dando un paso al frente.

Cuando la mujer se da cuenta de que tiene delante a dos uniformados, se lleva ambas manos a la boca. Luis Rojo exclama aterrado:

—¡Juro por mi honor que no he hecho nada! Estaban muertos cuando llegué...

Verán, estaba en mi garita, como siempre, y el jefe me reclamó por un aviso desde un domicilio: el matrimonio de servicio, ambos filipinos, alertaban de la muerte de sus señores. Parecía una broma o una confusión... El jefe me ordenó que fuera a echar un vistazo y fui...

Candela mete su cuña.

—Mi marido habla inglés, señor, y cuando hay filipinos, lo envían a él, que lo habla como si hubiera nacido en Londres... Continúa, Pichín...

Urdiales no puede contener una sonrisa.

—Cuando llegué, pude certificarlo: el matrimonio Aguirrezábal, marido y mujer, estaban muertos.

Pipe y Diego se miran extrañados.

—¿Juanjo y Pitita también han muerto? Pero ¿qué mierda está pasando aquí?

—No lo sé, pero juro que, cuando entré, los encontré muertos en sus camas, en pijama. Parecían dormidos, pero no... ¡Tenían los ojos!... Lo de los ojos era lo peor... Hice unas fotos. Si me permiten, se las enseño: es más fácil de explicar si lo ven...

Napias y Urdiales están pasando fotos digitales cuando de nuevo aparece Petra, la doncella, esta vez seguida del juez Vera, que no espera ni a que lo presenten.

—Capitán, sargento, deben venir conmigo de inmediato.

Los dos guardias entrecruzan una mirada de extrañeza, pero, sin mediar palabra, se reúnen con él en una esquina del jardín.

—Señores, tengo orden expresa de no divulgar ninguna pieza de información sobre el caso de Claudio Guinea, que va a investigarse dentro de la causa de Hamid bin Aziz, por estar ambos sucesos relacionados...

—¡Por Dios, señoría!

—Déjame acabar, capitán. —Su voz corta como un cuchillo japonés—. Hay que proceder a embargar cualquier imagen, documento, fotografía o prueba relacionada con lo ocurrido y ponerla a disposición de la fiscalía encargada, a través de mí.

El desencanto en los rostros de los dos guardias es comparable con el que perciben en el del juez. Pero ninguno dice una palabra.

Séptima parte

1

No hay nada más importante que aparentar ser religioso.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El príncipe*

6 de agosto, Pueblo Nuevo de Guadiaro

Son las doce de la mañana. Diego Dosantos y Pipe de Liébana se miran, pero no dicen nada. No hace falta. En la acera de enfrente los espera Budialen, el bar donde Luis Rojo los ha citado. Los marqueses no conocen el lugar, situado en Pueblo Nuevo, a pocas manzanas del puesto de la Guardia Civil; los demás residentes de Sotogrande, tampoco. Y si, por un casual, pasaran por allí y vieran el desvencijado cartel, no entrarían. El renegrido aspecto de la fachada y el hedor de la calle, rara mezcla de lejía, alcantarilla y madera carbonizada, aleja por igual a turistas y mirones.

—¿Tenemos que entrar, Pipe? Ahí dentro podemos pillar cualquier cosa. Y ya hemos pasado bastante con las muertes de Claudio y los Aguirrezábal y con el encarcelamiento de Margarita. Han pasado tres semanas y no logro olvidarlo ni ayudado por Rémy Martin... Por no mencionar que quizá ahí dentro nos estén esperando unos tipos para robarnos la cartera... Si el vigilante quiere hablar con nosotros, que venga a casa a vernos.

Liébana mira al cielo: cuando Dosantos se pone terco, no hay quien lo aguante.

—Rojo es buen tipo, lo mismo que su esposa. Como te dije, lo coloqué en el despacho de un amigo y están encantados con él. Dicen que es un gran investigador y un hombre bastante culto para ser vigilante. De modo que,

contestando a tu pregunta, sí tenemos que entrar; serán solo unos minutos... A mí lo que me escuece es pensar cómo estarán los aseos, porque empiezo a tener ganas de evacuar... En fin, echémosle huevos y entremos.

Conteniendo la respiración, atraviesan la arruinada puerta, que emite un lastimero sonido al desplazarse. Sorprendentemente, son recibidos por un amplio patio interior recién encalado, rodeado de una cenefa alicatada con azulejos de tracería en azul y blanco y presidido por un enorme póster de *Granujas de medio pelo*.

Los ojos de los marqueses revolotean por la estancia. En una de las paredes luce una generosa colección de platos de porcelana; en el suelo, barro cocido antiguo, limpio como una patena. Todo allí es sencillo, autentico, hogareño. Y los efluvios de pescadito frito que se mecen en el aire quitan el hipo. El dueño del local, un hombre bajito y achaparrado, con peluquín rojizo, que aparenta unos cincuenta, los recibe con una sonrisa franca.

—¡Bienvenidos, señores! Soy Melenas, el dueño de este local. ¡Adelante!, están en su casa. Siéntense, que ahora les llevo algo de beber. O quizá prefieran acercarse a la cocina. Rojo está allí con la señora Nati, mi mujer... Y ahora que no nos oye, gracias por haberlo ayudado: es un tipo extraordinario.

Los dos amigos cruzan una mirada y, sin necesidad de palabras, se dirigen a la cocina, cuya puerta está entreabierta. Rojo, provisto de un delantal negro regalo de una marca de gulas, está entre los pucheros. A su lado hay una mujer pequeña y delgada, que se mueve con la agilidad de una lagartija.

—¡Virgen santísima! —exclama Liébana—. ¡Aquí huele a callos! ¡Y cómo huele!

Rojo se echa a reír mientras se seca las manos con un paño.

—Señora Nati, ellos son don Diego y don Felipe, de los que tanto te he hablado. Han sido mi salvación. El trabajo en ese despacho de abogados es una pasada. Con ese sueldo y ese horario, voy a poder terminar Criminalística en dos años. ¡Ese ha sido siempre mi sueño! Ese, y un baño para mí solo —masculla.

Pero la cabeza de Liébana está en otro sitio.

—¡Callos, por todos los santos! ¿Los prepara con patatas, señora Nati?

—Con patatas, sí.

—¡Hace siglos que no como unos buenos callos! Mi médico, el muy cabrón, dice que son muy inconvenientes para mi dieta. Que de cenas más que de penas están las sepulturas llenas. Pero tendría que verlo: es todavía más delgado que aquí el doctor, y Dosantos casi da grima. Pero dígame una cosa, doña Nati, ¿les pone chorizo?

La mujer dibuja una enorme sonrisa.

—¡Naturalmente! Si me da unos minutos, le sirvo un platito. Y a usted, don Diego, ¿le gustan los callos? Si prefiere, tengo preparado cazón adobado y potaje de tagardinas. Al osobuco le quedan unos minutos. ¿Qué le apetece?

—Si me da a escoger, prefiero llamar a casa y que manden unos táperes: ¡huele de maravilla! Pero no voy a hacerle ascos a un poco de potaje, doña Nati. Muchísimas gracias.

—No hay de qué, señores, pero ahora háganme el favor de abandonar mis dominios, que me ponen nerviosa. Enseguida les llevo la comida y algo de beber.

—Yo aprovecharé para ir al baño...

—Al fondo a la derecha: mi marido y Rojo lo acaban de alicatar.

Cuando Pipe de Liébana regresa con su próstata calmada, se encuentra al médico y a Luis Rojo sentados en una de las mesas de madera del patio y a Nati acercándose a ellos portando dos cazuelas de barro.

—¡Los callos de don Felipe y el potaje de don Diego! Y a ti, Luis, ¿qué te apetece?

—Yo no puedo comer un grano más, Nati; estoy a reventar. Pero sí quiero proponer un brindis. —Rojo levanta su copa—. Por ustedes..., con agradecimiento.

—Nada de formalidades, Rojo: si vamos a compartir mesa y mantel, hay que tutearse. Brindemos y, mientras disfrutamos de los callos de doña Nati, cuéntanos qué te preocupa.

Rojo baja la mirada. Notan que está nervioso.

—Os he pedido que vinierais para contaros algo en privado... —Diego y Felipe dejan la copa sobre la mesa—. Soy consciente de que cuando un juez dice que no se puede mentar un asunto, hay que hacerle caso. Pero la verdad es la verdad, ¿no os parece?

—Sí, eso es cierto. Además, lo que digas aquí quedará entre nosotros. Te escuchamos.

—De acuerdo. A ver cómo lo explico... Como sabéis, Margarita de Guinea está detenida por asesinar a su marido y a otras personas. El periódico asegura que lo hizo con un postre envenenado que ella misma preparó. Pero eso es imposible...

—¿Por qué es imposible, Rojo?

El vigilante marca una media sonrisa.

—Eso es lo que quería contaros. Como sabéis, fui yo el que acudí a la llamada de Geraldine y Joseph, los empleados filipinos que trabajaban para los Aguirrezábal. Juntos reconocimos los cadáveres del matrimonio; fue una experiencia terrible para todos. Al despedirme de ellos, intercambiamos números de teléfono. Antes de ayer, los llamé para ver cómo estaban y de paso sonsacarles por si había algún detalle más...

—¡Este hombre es un hacha, Diego! ¿Cómo no te conocimos antes?

—¡No seas pelota y déjale continuar! Adelante, Luis, por favor.

—Los hijos Aguirrezábal despidieron a Joseph y Geraldine tras fallecer sus padres... Muy triste, la verdad, han dedicado la vida a esa familia. Les dieron un finiquito bastante tacaño y los mandaron en tren hasta Madrid y de allí en avión a Filipinas, donde se han instalado. Estaban decepcionados, pero son demasiado educados para quejarse. Los puse al día de la detención de Margarita de Guinea y les hablé del postre envenenado, a lo que Joseph y Geraldine respondieron que eso era imposible.

—Y eso, ¿por qué?

—Veréis, el día en cuestión era segundo jueves de mes. Al parecer, era un día especial para los Aguirrezábal, en el que se reunían siempre con las mismas personas y tenían un menú asignado para él: servían invariablemente caviar, lubina a la sal y tarta de queso. El caballero árabe (el que encontraron difunto en su barco) era el que enviaba el caviar, traído directamente de Irán. El resto de la cena la preparaba Geraldine. Pero durante el verano, en Sotogrande, donde tenían muchas cenas importantes, la señora Aguirrezábal se traía a un chef con estrella Michelin que, por cierto, compartía con doña Carmen de Ayala, la

primera esposa de don Claudio. Cuando su marido acudía a cenar, Margarita Guinea solía enviar un postre, más para hacerse notar que para otra cosa. También lo hizo aquella noche; por manos de su cocinera, les hizo llegar una fuente de manzanas asadas con canela. Pero no triunfó: todos prefirieron la tarta de queso. Fue el servicio, ambos vegetarianos, los que dieron cuenta de las mismas. Si Joseph y Geraldine se comieron las manzanas y siguen vivos, ¡no podían estar envenenadas! —exclama.

—¡Muy cierto! —señala Diego.

—¿Y por qué la policía no ha hablado con ellos? —pregunta el abogado con extrañeza.

Rojo levanta la mirada y la fija en sus invitados

—No puedo entenderlo, pero a nadie le interesa investigar este asunto. De hecho, según los periódicos, los Aguirrezábal fallecieron en un accidente en Madrid. Pero yo sé que no fue así. Ese aspecto no me incumbe, no es cosa mía, pero si esa señora es inocente no debería estar en la cárcel.

—Y si no ha sido Margarita, ¿quién? —pregunta Pipe, rendido a la evidencia —. ¿Quién querría matar a Claudio, a los Aguirrezábal o a ese árabe? Quién y por qué.

En ese instante, la puerta de Budialen se abre y escuchan el taconeo de unos zapatos finos. Los tres hombres se giran y escrutan a la recién llegada: Candela viene con una bolsa de plástico en cada mano. Cruza el patio hasta llegar a su mesa y levanta las bolsas.

—¡Táperes de Carrefour, Pichín! —comenta la esposa de Luis Rojo.

2

6 de agosto, Sotogrande

Los dos marqueses se despiden de sus anfitriones en la puerta de Budialen. Llevan el estómago lleno y la cabeza caliente. Han dejado los táperes allí: enviarán a buscarlos. Nunca han llevado un paquete en la mano y no van a empezar ahora.

—¿Te has convencido de que Margarita es inocente? —pregunta el doctor, ya al volante de su Alas de Gaviota.

—Esa mujer es cualquier cosa menos inocente, aunque quizá no sea una asesina. Pero si no ha sido ella, ¿quién? Porque tiene que ser muy poderoso si ha sido capaz de doblar el brazo en tiempo récord a la justicia y a la Guardia Civil.

—Ya sabes cómo me cae esa mujer, pero si es inocente, no es decente dejar que se pudra en la cárcel, más estando embarazada, ¿no crees? —comenta el médico.

—No es nuestro problema, doctor: no somos jueces, ni guardias, ni podemos hacer nada. Además, ya la liamos bastante llamando a una grúa y moviendo el cadáver de Claudio... Si el juez hubiera continuado la investigación, nos habrían acusado lo menos de obstrucción.

—Te recuerdo que eso fue por las gotas naranjas, Pipe, no porque quisiera liarla... De todos modos, tenemos que ir a la policía y contarles lo de las manzanas.

—No nos harán caso. —Comprueba la hora en su reloj de pulsera: las tres y media—. Además, con lo que he comido, me quedaría dormido antes de llegar.

¿Qué tal si hacemos primero una siesta de pijama y orinal, merendamos antiácidos y luego lo sopesamos?

—¡De eso nada! El deber es el deber: primero nos acercamos al cuartelillo de la Guardia Civil y luego dormimos la siesta. Voy a dar la vuelta y regresamos a Pueblo Nuevo.

El día está aún alto cuando llegan al cuartelillo. Con el paso de las horas, el calor ha devenido en bochorno. En el interior del edificio, vapuleado por el sol, se ha creado un infierno. Los abofetea al abrir la puerta, al igual que una nube de ruidos y chillidos. Tres jóvenes, dos chicas y un chico, hablando todos a la vez, tratan de explicar a la sargento Urdiales y a un agente barrigudo y con cara de pocos amigos que quieren poner una denuncia porque han sido víctimas de un robo con agresión. Liébana y Dosantos aguardan junto a la puerta a que la situación se aclare para dejar constancia de su presencia.

Los tres jóvenes, a quienes solo ven de espaldas, son puro Sotogrande. Las féminas, rubias, una con el cabello liso hasta la cintura, la otra con una masa ensortijada y desordenada que le cae por los hombros, se cubren con escuetos vestidos que bien podrían pasar por camisetas largas, de las que emergen finas extremidades perfectamente bronceadas. En la algarabía, detectan que la Barbie del cabello liso, mucho más alta que su compañera y tan delgada que sus brazos y piernas parecen juncos, es la víctima, mientras que la otra joven y el chico moreno, vestido con bermuda, polo y zapatillas de esparto, son los voceros llamados a enfatizar cada uno de los detalles que la primera narra.

Tras cinco minutos escuchando, ni Pipe ni Diego son capaces de enterarse de qué objeto le han robado. La denunciante, a la que llaman Babá, habla de cebras, de chucherías, de un helado de chocolate y de danzas africanas. Los marqueses están sopesando esperar en el coche, con el aire acondicionado encendido a toda potencia, cuando el agente barrigudo se da por enterado de su presencia y se acerca.

—Buenos tardes, agente. Somos Felipe de Liébana y Diego Dosantos, y nos gustaría departir un momentito con la sargento Urdiales.

El guardia los mira de arriba abajo, con marcado desdén.

—¿Motivo de la visita?

Dosantos, que saca una cabeza al policía, pronuncia con voz firme:

—Disponemos de información sobre un crimen que se está investigando.

—¿Qué tipo de crimen? —pregunta el guardia, muy serio.

Los dos hombres se miran perplejos.

—Pues un crimen común, ya sabe: sangre, veneno, un muerto...; de esos crímenes.

—¡Vaya, me alegro! Pensé que habían matado a una cebra...

Los dos hombres cruzan las miradas divertidos, pero el agente continúa muy serio. Es Liébana el que contesta:

—Mire, agente, es posible que si nos hace soplar nuestro índice de alcohol en sangre exceda 0.0, pero le aseguro que nuestro muerto, que falleció hace tres semanas, era humano, completamente real, y era nuestro amigo desde la infancia. Pero los investigadores se han confundido de asesino: venimos a explicar que Margarita de Guinea, a pesar de que nos cae como el culo, no pudo matar a Claudio...

El rostro del guardia es un poema. No sabe si reírse o llorar. Se acaricia el mentón. Por cómo les brillan los ojos, es obvio que aquellos dos están algo perjudicados y no quiere hacer perder más el tiempo a la sargento, ocupada con los pijos de Sotogrande. Pero los crímenes son palabras mayores. Por ello, procede a calibrar la firmeza de su voluntad.

—Como ven, tenemos una tarde complicada. Si insisten, van a tener que esperar un rato largo. Estos denunciantes han llegado antes y andamos cortos de personal...

—No hay problema, agente, esperaremos. Pero agradeceríamos mucho que subiera la intensidad del aire acondicionado; aquí dentro, la temperatura es insalubre y perniciosa... —responde el médico, guiñándole un ojo.

Esta vez el agente dibuja una levísima sonrisa y, con el brazo extendido, les indica una zona con sillas de plástico fijadas al suelo con ganchos. Mientras cruzan por entre los jóvenes para llegar allí, la sargento Urdiales los saluda con un gesto. También la chica más bajita lo hace. De cara rosada, ojos pequeños y cuerpo menudo, es definitivamente fea, insulsa, pero se mimetiza bien con el paisaje Sotogrande.

—¡Tío Felipe! —exclama, abriendo mucho los brazos.

Liébana se gira.

—¡Coño, Pam! ¿Qué haces aquí? Es Pamela, la hija de los Glotter —aclara al médico.

—Hemos venido a acompañar a Babá a poner una denuncia...

—De eso me he percatado, pero no de la razón. ¿Qué le ha ocurrido a tu amiga?

—¡Le han robado! ¡Babá, ven, porfa!

La Barbie delgada se les acerca y les tiende una mano llena de anillos.

—Hola, soy Babá, la denunciante.

—¡Santa María! ¿Qué te han robado, hija?

—Mi honor... —responde contundente.

—¿Te han... violado?

—¿Violado? —Lo sopesa un instante—. En cierta forma, sí, pero solo virtualmente...

Como Liébana, que perplejo piensa cómo se puede violar a una mujer virtualmente, se ha quedado callado, Pamela toma la palabra.

—Babá, mi tío Felipe es el mejor abogado del mundo. Quizá pueda orientarte.

—Ah, ¡qué bien! Pues te cuento... Todo viene de la fiesta africana de los Sotillo, que fue una pasada, original que te cagas. En mis redes escribí que, de las fiestas temáticas del verano, la de los Sotillo fue una de las mejores... Si quieres que todo el mundo recuerde tu puesta de largo tienes que ser sumamente original, porque las fiestas cromáticas están supervistas y las de los años sesenta, ni te cuento... Pero la de los Sotillo estuvo bien, aunque tendrán que contratar más jardineros: las dos cebras se salieron del recinto y se comieron la mitad del césped y dejaron «regalitos» por todo el jardín...

—Cebras —susurra Dosantos, mirando divertido a Liébana. La sargento Urdiales, por el contrario, está que ruge. La chica no se inmuta y sigue con su historia.

—¿Os imagináis que una cebra se hubiera caído en la piscina? ¿Quién habría ido a salvarla? Bueno, a lo que iba, a mí me gustó todo, salvo la comida, que era intragable. ¿Cómo pueden los africanos comer de esa manera?

—Deberías leer algo de vez en cuando, Babá. No te lo tomes a mal, pero *Hola* y *Vogue* no se incluyen en la «sección lectura» —la interpela Max.

La chica saca la lengua para burlarse del único chico del grupo.

—Soy *influencer*, chato, ¿para qué quiero leer libros? Con Instagram y YouTube tengo más que suficiente. Y, volviendo a la fiesta, lo que señalé en mi *post* fue su falta de autenticidad: ¡pusieron cuencos con chuches! Yo pequé mortalmente dos veces, aunque no llevaban azúcar, y bebí mucho, muchísimo. ¡Esta semana hago doblete en la cinta todos los días!

—¡Era una fiesta, solo eso! Si hubieran querido autenticidad africana, habrían traído mosquitos, hambre y VIH —replica el chico, que parece tener con ella una disputa personal.

—¡No puedo creer que tengas una mente tan selectiva y estrecha, Max! —protesta Pam—. África es un continente inmenso: tiene diamantes, petróleo, minerales y una gente estupenda. Seguro que nuestros nietos hablarán de ellos como el primer mundo. ¿Alguna vez habéis estado en África? Yo acompañé a mi abuelo y a mi padre a un safari. Es un lugar maravilloso; nunca he visto atardeceres como aquellos.

—¿Mataste animales? —indaga Max.

—Hice un safari fotográfico. Pero mi padre y mi abuelo sí cazaron... Ahora que lo pienso, no sé qué.

—Por favor, termine de una vez con la descripción de los hechos y vaya directamente al robo —exige Urdiales.

Pero Babá parece no escucharla.

—Y, siguiendo con la autenticidad, señora guardia, pusieron a unos tíos con taparrabos bailando. Las cebras, aunque olían fatal, eran monas. Pero lo de esos tíos de color haciendo un espectáculo es racista...

Max vuelve a la carga.

—Cuando vas a Japón, unas *geishas* con kimonos y caras pintadas de blanco bailan para ti y unos *rikishi* enormes se enfrentan en un combate de sumo. ¿A que no piensas que eso es racismo? Aquí, en los tablaos, los hombres se visten de modo ridículo para bailar con mujeres ataviadas con vestidos de lunares y los

extranjeros pagan por verlo. Es una cuestión cultural, no algo racista o clasista —la contradice el chico.

—En eso llevas razón. Por cierto, Pam, estuviste mucho tiempo hablando con ese chico moreno de ojos claros. No lo conozco y me pareció ideal —indaga Babá.

—Era Patricio, el nieto de Claudio Guinea. Estudia Matemáticas en Massachusetts, en el MIT. Ha venido por el funeral de su abuelo. Es encantador, con una conversación interesantísima, muy maduro. De hecho, hemos quedado mañana para tomar algo. Su abuela Carmen está destrozada, aunque los alivia que esa señora esté ya en la cárcel.

—¿Claudio Guinea es al que envenenó su segunda mujer? Me han dicho que es una llanita, que trabajaba aquí en no sé qué. Eso le pasa por socializar con los empleados...

—Desde luego es una putada. ¿Visteis en la fiesta a Dani Aguirrezábal? A él se le han muerto los dos abuelos a la vez. Eso sí que es un palo. Al parecer, fue por un accidente de coche. O quizá de helicóptero... Yo creo que este año nos invade una maldición: en el mismo día, se mueren el abuelo de los Guinea, los dos abuelos Aguirrezábal, un tío extranjero en un yate, eso lo leí en un periódico, y luego me contó mi cuidadora (que había ido a pasear al perro) que vio que un coche se paraba en la zona del supermercado de El Corte Inglés y bajaba a dos personas que parecían muertas...

—¡Menuda imaginación tiene tu cuidadora!

Urdiales, que escucha atentamente la conversación, decide cortar por lo sano.

—Señorita, o concreta usted el motivo de su denuncia o les pediré que desalojen. Tenemos otras cosas que hacer.

—¡Ah, sí, perdón! La denuncia. Bueno, el caso es que yo he declarado públicamente mi guerra particular contra el azúcar: me he comprometido a no probar un solo gramo durante seis meses. Tengo a treinta y cinco mil seguidores a dieta de azúcar desde hace catorce semanas. Bueno, pues en esa fiesta hacía mucho calor, había bebido un poco y... me dejé llevar y cogí un helado de chocolate, uno muy pequeño. Para que nadie me viera me fui a la parte oscura del jardín, donde estaban las cebras. Pero uno de los odiosos amigos de Max me

siguió y me hizo una foto comiéndome el helado. Y tal y como me sacaron la foto, parece que..., en fin..., es mejor que lo vea usted misma...

Trastea hasta dar con la imagen y se la muestra. Luego, se la enseña a Liébana.

—¡Joder! —dice este, y pasa el teléfono a Dosantos, que tiene que hacer esfuerzos para no soltar una carcajada. Por el modo en que han tomado la foto, parece que Babá, en vez de estar lamiendo el helado de chocolate, está chupando las heces que suelta la cebra.

—Esa foto no solo va contra mi honor, sino que, si explico que no es popó de cebra sino chocolate, voy a defraudar a todos mis seguidores y los anunciantes retirarán la publicidad. Por eso quiero que la Guardia Civil incaute esa foto...

—Nosotros no podemos hacer eso, señorita. Pero recogeremos su denuncia. El agente le tomará los datos...

—¡Pero tienen que impedir que la publique!

—Estaban al aire libre...

—Sí, pero en una propiedad privada, y sé qué...

Liébana avanza hasta situarse a la espalda de la sargento y le susurra al oído:

—Si me permite que le quite de en medio a los chicos y a las cebras, ¿nos dedicará unos minutos? —A la nariz de la sargento llega un ligero olor a güisqui. Se gira hacia él—. Palabra de marqués...

—Y esa palabra, ¿es de fiar?

—Mucho, y recuerde que aquí mi colega es alférez...

—De acuerdo.

—Vale... Babá, ¿tienes el teléfono del chico que te ha hecho la foto?

—Sí, claro; es el idiota de Teté Santisón...

—Déjame hablar con él.

Felipe de Liébana sale del edificio. Regresa en dos minutos y le devuelve el teléfono.

—Arreglado. La foto ha sido borrada de todas las redes. No hace falta denunciar nada.

—¿Me lo aseguras?

—Por completo. Y ahora es mejor que os vayáis. La sargento tiene mucho

que hacer...

—¿Cómo lo has conseguido, tío Felipe? —pregunta Pam.

—Un cocinero nunca revela sus recetas. Marchaos y da un besito a tus padres...

3

6 de agosto, cuartel de la Guardia Civil, Pueblo Nuevo de Guadiaro

—Buenas tardes de nuevo, sargento Urdiales. Diego Dosantos y Felipe de Liébana, ¿nos recuerda? Usted y su capitán pasaron por casa hace un par de semanas para preguntarme por el parte de defunción de Claudio Guinea y por el... asuntillo ese de la grúa...

Al escuchar el soniquete con el que el médico ha pronunciado la palabra «asuntillo», a la sargento se le escapa una carcajada. Trata de ponerse seria, como corresponde a visitantes de Sotogrande, quienes, según ella, son todos unos usureros hijos de puta. Sin embargo, no sabe por qué, aquellos dos hombres le hacen gracia.

—Los recuerdo perfectamente, caballeros. Lo que me sorprende es que ustedes se acuerden de mí: llevaban una buena la tajada ese día...

—Cierto, estábamos de entierro. Nosotros celebramos las penas a la irlandesa.

—Una forma muy respetable, desde luego. Y díganme, ¿en qué puedo ayudarlos? Mi compañero dice que tienen información sobre un crimen. Espero que no involucre a cebras u otros animales, que hemos tenido Sotogrande para un año.

—Nada de cebras, aunque sería mucho mejor. ¿Se acuerda que el día de autos, en mi casa, llegó de pronto un juez y cortó de raíz la conversación sobre los asesinatos cuando comenzaba a ponerse interesante? —pregunta el médico.

—Me acuerdo perfectamente y poco ha cambiado desde entonces: el juez Vera nos informó en su casa de que el asunto no estaba bajo nuestra jurisdicción.

Y como nosotros trabajamos para su señoría, lo dejamos. De modo que no voy a poder serles de utilidad.

—Es que no podemos vivir con este peso en la conciencia...

Urdiales los mira fijamente antes de encararse con ellos.

—Voy a darles un consejo gratuito: salieron ustedes de ese lío mucho mejor parados de lo que habría sido lógico, de manera que tengan cuidado al menear el avispero, no sea que se escapen las avispas y los piquen.

Urdiales se da cuenta del nulo impacto de su recomendación.

—Cierto, sargento: somos gilipollas, pero nos han educado así. Cuando nos pica la conciencia, tenemos que rascarnos... —apunta Dosantos—. ¿Nos importaría que Margarita Rice pasara una temporadita a la sombra? Ni lo más mínimo. Pero si no asesinó a Claudio, no debería estar en prisión. Tenemos que quedarnos tranquilos...

Liébana, a quien le gusta cerrar las conversaciones, añade:

—Mire, sargento, esta historia es desagradable y patética, sobre todo para Claudio, muerto y enterrado. Pero lo que aquí mi amigo quiere decir es que tenemos nueva información sobre su asesinato que beneficia a Margarita y, aunque la tía nos cae como el culo, y no porque sea tía, sino porque es una aprovechada, no podemos dejar de contarla. Díganos, sargento, con quién tenemos que hablar.

Quisquilla respira hondo y lo piensa un momento.

—Una buena pregunta, para la que no tengo respuesta en estas circunstancias.

—¿Y si nosotros se lo contamos a usted y usted hace llegar la información al juez instructor del caso de Margarita? Sería lo lógico, ¿no?

—Lo sería, sí, pero, como le digo, en esto no hay nada lógico. Pero lo haremos como dicen: me cuentan lo que quieran contarme, yo lo escucho y lo comparto con el capitán Rodríguez, aunque está ya con un pie en Algeciras, adonde lo han trasladado.

—De acuerdo, vamos allá.

Pipe mira a Diego y, uniendo sus palabras a marcados gestos de asfixia, le dice que, con el calor que hace en aquella sala, es incapaz de hablar.

—Eres un hijo de puta, Pipe: siempre me dejas bailando con la más fea... —se

percata de que sus palabras pueden malinterpretarse y añade—: No se ofenda, señora, no lo digo por usted, que está pero que muy requetebién... —¡Joder!—. Para ser sargento, quiero decir...

Quisquilla reprime otra carcajada. Se acerca a los ventiladores y los gira hacia ellos.

—Adelante, doctor. Dígame qué información tienen y cómo la obtuvieron.

—Pues es fresca, de esta misma tarde. Se trata de las manzanas. Tome buena nota: Margarita no es la envenenadora porque el veneno no estaba en las manzanas, sino en la tarta de queso: todos los que la tomaron, la pifiaron. ¿Y cómo lo sabemos? Porque el servicio también comió esas manzanas y están sanísimos.

Entonces, los dos hombres le hablan de Geraldine y Joseph; de Budialen, que la sargento conoce a la perfección; de Rojo y de la imposibilidad de que fueran las manzanas las que contuvieran el veneno.

—Es buena información, caballeros, pero, como decía, no tengo vela en este entierro...

—Vela no sé si tiene —replica Liébana, mirándola con tristeza—, pero, sin ánimo de ofender, tras conocerla, apostaría que tiene cojones de toro...

Mientras piensa lo que acaba de escuchar, a Quisquilla se le colorean las mejillas.

—Si tuviera cojones, del tamaño que fuera, e hiciera lo que me piden, mis superiores me los cortarían de un tajo. Ellos ya están poniéndose medallas por haberlo resuelto en tiempo récord y no les quedaría otra que caparme. Aun así, lo hablaré con el mando... Y, si me lo permiten, compartiré sus teléfonos con una juez relacionada con este asunto, que ha quedado en venir a verme esta tarde.

—¿Una juez de por aquí? —pregunta Liébana, intrigado.

—Que yo sepa, la juez MacHor es bilbaína. Está en Sotogrande porque su marido ha fallecido aquí... Y cambiando de tema, señor Liébana, ¿cómo ha arreglado usted lo de la foto de la cebra?

Marca una sonrisa pícara.

—Ha sido fácil. En el fondo de la imagen aparecían dos enanos, supongo que nietos de los Sotillo, haciendo pis. Tenían las pililas al aire. Llamé al fotógrafo y

le expliqué que, si no quería entrar en el archivo de pedófilos, borrara de inmediato esas imágenes pornográficas con menores semidesnudos en actitud sexual. Era un capullo... Pero usted es una guardia con un par de buen tamaño y mostacho. ¿Hará honor a su uniforme?

4

6 de agosto, Sotogrande

Cuando salen del cuartelillo de la Guardia Civil, la euforia provocada por el alcohol que ha acompañado a los callos y al potaje se ha disipado por completo y tienen el ánimo por los suelos. El aire acondicionado del Alas de Gaviota no tarda en refrescarlos, pero los dos van callados y cabizbajos.

—¿De qué crees que va todo esto, Pipe? —pregunta el médico. Su voz indica una profunda desolación, que el abogado comparte.

—No lo sé, Diego, pero cuanto más nos acercamos, más tengo la sensación de que a Claudio no lo mataron sus vicios, entre los que incluyo a Margarita —dice, y traga saliva.

—Comparto la sensación y por eso quizá deberíamos salir de estos berenjenales y dejarlo correr... —Y, como para reafirmar su posición, añade—: La sargento Urdiales parece talentosa y de fiar. Le brillaban mucho los ojos, que por cierto eran preciosos. Creo que podemos quedarnos tranquilos dejándolo en sus manos...

La sugerencia de Diego hace calibrar el asunto a Pipe de Liébana.

—Jurídicamente, lo prudente siempre es no moverse. Pero esto no es una sala de vistas... A la sargento le hemos dejado un marrón gordísimo sin que pueda hacer nada.

—Eso es verdad, Pipe, pero los Aguirrezábal eran dos pesos aún más pesados que Claudio y, que sepamos, su familia no ha intentado siquiera averiguar qué les ha ocurrido. Lo único que han hecho es inventarse un accidente y santas pascuas.

El abogado se encoge de hombros.

—Los escándalos siempre son malos para los negocios...

—¡Y una mierda! Sus hijos son unos cabrones desagradecidos —exclama Dosantos, reprimiendo su rabia—. Por cierto, ¿has oído que Beltrán, el primogénito de los Aguirrezábal, tiene ELA? Dicen que ya le afecta el habla. Su esposa, una hija de Robith, no ha podido aguantarlo, ha cogido a los dos niños y lo ha abandonado... ¡Eso es un matrimonio!

—¡Ya te digo! El desagradecimiento está en niveles asombrosos en estos tiempos. Nosotros hemos sido más agradecidos, ¿no crees? Incluso con Claudio. Pero este asunto no va de agradecimiento, sino de justicia. Hay muchas personas que pueden instar una investigación. Nosotros somos los últimos de la cola: podríamos olvidar el asunto y aún ir al cielo.

—No creo que nos dejaran pasar al cielo si, al menos, no avisamos a las mujeres, Pipe. Estoy casi seguro de que con Margarita hablará la sargento Urdiales, pero alguien debe hablar con Carmen: debemos avisarla de que el asesino de Claudio aún sigue suelto...

—¡Coño, que se lo diga la autoridad! ¿Por qué tenemos que ser nosotros? ¡Dejémoslo correr! Además, a Carmen ni le va ni le viene: pertenece al club de las ex.

—¿Cómo que no? —dice contundente—. ¡Pasó con Claudio más de treinta años! Debe saber que Margarita no le hizo daño y que no se sabe quién acabó con su marido. Le haremos una vista. Voy a telefonearla...

Sin prestar atención a las quejas de Liébana, el doctor telefonea a su móvil, pero la mujer no responde. Prueba en su casa. Contesta una doncella, que le explica que la señora está en un campeonato de golf en Zúrich y que no regresará hasta la mañana siguiente.

—¿Campeonato de golf? ¿En Zúrich? —masculla Liébana de mal humor. Si Carmen estaba animada como para irse a jugar un campeonato al extranjero, ¿qué demonios hacían ellos jugando a quijotes?

—Oye, Pipe, ¿recuerdas cómo se llamaba ese gigantón que trabaja para Carmen? Ese al que Claudio cambió de nombre...

—Plinio...

—¡Cierto! Señorita, páseme con Plinio, por favor.

—Lo siento, señor. Plinio ha acompañado a la señora en el viaje. Regresan mañana a eso de las once y pico.

—Pues entonces dígale que pasaremos mañana a verla hacia las doce.

—Lo siento, señor. Nada más llegar de su viaje, la peluquera viene a peinar a la señora. Mejor vengan más tarde, a eso de la una menos cuarto.

—Allí estaremos. Informe a la señora de que es un tema urgente, pero que no le ocuparemos mucho rato, para que pueda organizarse.

5

6 de agosto, Pueblo Nuevo de Guadiaro

Quisquilla está rabiosa. Desde que se han ido, no para de dar vueltas a la recriminación que le han *regalado* aquellos dos simpáticos caballeros de Sotogrande. Para los ricos es fácil censurar a los pobres y echar sobre ellos el peso de cualquier culpa; meter la mano en el bolsillo de la americana, sacar un bolígrafo de oro y firmar con solemnidad su sentencia. No obstante, en este caso, aquellos dos hombres, apelando a su responsabilidad y a la justica, no actuaban como ricos poderosos, sino como simples hombres de conciencia, y no puede dejar de escucharlos.

Finalmente, aunque teme su respuesta, se acerca a casa de Napias, que está ultimando su mudanza. Su mujer y las niñas están ya en Algeciras. No ha telefoneado para no darle opción de negarse: necesita contarle lo ocurrido y quitarse el escozor del alma.

En la cocina, ya sin cortinas, le explica lo hablado con los marqueses.

—Lo siento, pero no voy a apoyarte en eso, Quisquilla. No es mi guerra —reitera, entregándole una cerveza y tomando otra para él. Ambos beben directamente de la botella.

—Todas las guerras son nuestras, mi capitán; por eso estamos aquí. En otro caso, solo combatiríamos batallas deducibles o que se reflejaran en la nómina.

Napias guarda silencio. A pesar de que su gesto parece imperturbable, ella sabe que está inquieto y triste. Por eso, decide darle un poco de oxígeno. La brisa que entra por las ventanas abiertas no logra contrarrestar el calor del interior y ambos sudan. Mirando el suelo, sus ojos se dan de bruces con una fina línea

negra que, zigzagueante, recorre el suelo hasta morir en una de las tablas de madera.

—¿Te das cuenta, jefe? Nadie es amable con las hormigas. Nadie las incluye en las políticas de protección de animales. Son feas, ¡mira que son feas, las jodidas!, y las hay a cientos. Pero tampoco somos excesivamente agresivos con ellas. ¿De qué sirve matarlas? Siempre vendrán más. Se parecen a tus pequeños camellos: trapichean, menudean...; nada grave, solo para pagarse el consumo. Eso es todo. No te comes a las hormigas ni tampoco a los camellos: hacen lo mismo una y otra y otra vez, y cuando un rival los mata, los sustituyen otros. Como a las hormigas...

—Creo, sargento, que la filosofía no es lo tuyo...

Pero ella no se va a rendir tan pronto.

—Lo que quiero decir, mi capitán, es que eso somos los pobres para los ricos: hormigas. Ni siquiera vale la pena investigar si esa mujer que está en la cárcel, la tal Margarita, envenenó o no su esposo o si ese árabe de los cojones violó a esas niñas...

Napias la detiene posando su mano en el hombro de ella.

—Tienes razón en una cosa: nada va a cambiar porque metamos la nariz donde no nos llaman. Te recuerdo que en la Guardia Civil no vamos por libre. Cumplimos órdenes y han sido claras y tajantes: se nos ha ordenado dejarlo estar, porque hay otras personas, tan capaces como tú, que van a ocuparse.

—Mantenerse bajo el agua y no levantar olas está muy bien, pero somos guardias.

—Exactamente. Y, por si no lo has notado, los muertos son ricos, no hormigas.

Quisquilla no da crédito a lo que oye.

—Si nos tomamos a pecho nuestro trabajo, mi capitán, cerrar los ojos no es una opción. Aunque lográramos sortear la mierda y hacernos invisibles, siempre vendría un asunto que nos obligara a tomar posición: derecha o izquierda; a favor o en contra; dentro o fuera. Esto no va de política, jefe, donde todo es relativo y puede discutirse; esto va de justicia, donde las cosas no son ni discutibles ni negociables. Tenemos que dar un paso al frente o ayudar a que

otros lo den por nosotros. No es la muerte de unos tíos ricos, es una mujer embarazada que está en prisión, habiendo una posibilidad de que haya sido encarcelada injustamente. En eso, hemos de posicionarnos...

—Lo que pretendes es que nos la juguemos desobedeciendo órdenes. No voy a hacerlo.

La sargento mira fijamente a su superior.

—Sé que tienes familia y bocas que alimentar y comprendo que tu situación y la mía son distintas, pero yo no soy guardia para sobrevivir. No quiero ser una burócrata irrelevante. Quiero hacer magia y conseguir que las cosas funcionen un poco mejor.

—Sargento, voy a ser más duro de lo habitual: estás confundiendo la situación de esa mujer encarcelada con lo que le ocurrió a tu madre. Y no se parecen ni en pintura.

—Mi madre, esa mujer, tú, yo... somos hormigas. Me aplastarán tan fácilmente como yo a una hormiga, pero es mi deber: a la Ley se la refanfinfla el tamaño de la cartera...

—Muy melodramático, ¿no crees? Anda, Quisquilla, entra en razón; eres demasiado lista. Hagamos nuestro trabajo y dejemos para otros los juicios, ¿de acuerdo?

A la mujer, la sonrisa de su jefe le parece impostada y condescendiente. Y la rabia comienza a correr por sus venas como un atleta. De Napias nunca hubiera esperado tal comportamiento. Se termina la cerveza de un par de tragos y la deja sobre la mesa.

—Si no te subes a este autobús, jefe, terminarás pasándote al enemigo. Hoy es esto, mañana aquello: un blanqueo de capitales, hacer la vista gorda a un alijo... Es tu decisión, pero yo no voy a bajar la cabeza para verme el ombligo. No voy a investigar, cumpliré la orden del juez a rajatabla, pero dentro de un rato viene esa juez, MacHor. Y voy a decirle la verdad: que a su marido no lo mataron donde ni como dicen, y que no fue el único. Es lo menos que puedo hacer. Y lo menos que puedes hacer tú es no interponerte.

Octava parte

1

6 de agosto, cuartel de la Guardia Civil, Pueblo Nuevo de Guadiaro

Tras su visita al hospital y su charla con Margarita Rice, Juan Iturri y Lola MacHor cogen el coche para trasladarse hasta el cuartelillo de la Guardia Civil. No pronuncian palabra. El cansancio del intenso día va haciendo mella y el silencio es una bendición.

Encuentran a la sargento Urdiales en la entrada del puesto, junto a otro guardia, ambos fumando un cigarrillo. La sargento tiene una mirada limpia y franca, aunque ambos se percatan de que su mente está encelada en algún asunto que desconocen.

—Señoría, soy la sargento Urdiales, es un placer recibirla. Mi superior, el capitán Rodríguez, no puede estar hoy aquí porque lo han destinado a Algeciras. Su traslado ha sido tan repentino que no le ha dado tiempo ni a hacer la mudanza. Me pide que le transmita su más sentido pésame —miente. No lo hace para cubrir a Napias, sino para cubrir al cuerpo—. Mi comandante... —añade cuadrándose, luego saluda a Desliz con un par de golpes en el lomo.

MacHor estrecha la mano de la sargento, pequeña pero fuerte, y la del agente, que los acompaña a través de pasillos vacíos hasta una sala. El interior arde por el calor reconcentrado; se sobrepasan los treinta y cinco grados.

—Por favor —dice señalando unas sillas.

Lola se sienta en la de la derecha; Iturri se coloca a su izquierda. El agente sale y cierra la puerta tras de sí. Dos pequeños ventiladores tratan infructuosamente de refrescar el lugar, pero a lo sumo consiguen que la

temperatura no siga subiendo. La dependencia es amplia y ha recibido recientemente una mano de pintura blanca; sin embargo, los muebles, de pésima calidad y casi para el desguace, no podrían venderse ni en una web de saldos. Lola conoce sobradamente la falta de medios de la Guardia Civil, pero no deja de sorprenderla la precariedad en una zona tan próxima al Estrecho, que es una de las autopistas de la droga. Que la Benemérita aprehenda alijos o detenga narcotraficantes resulta, sencillamente, un milagro.

La sargento parece leer sus pensamientos y narra, mientras trata de reorientar los ventiladores para que el aire fresco llegue a las visitas:

—Estamos a poco más de veinticinco kilómetros de Marruecos. Cada mes, todos los meses, entran en España por esta frontera entre setenta y ochenta mil kilos de hachís. Si es de calidad, se pagan unos dos mil euros por kilo, lo que hace la friolera de mil quinientos millones de euros al año. ¿Imaginan la vida que gira alrededor de ese dinero? El ministro nos situó dentro de un plan especial, pero de poco sirvió: no tenemos medios y los compañeros no quieren venir a esta zona. Una de cada cinco plazas convocadas no se cubre. Demasiado trabajo, poco sueldo y mucho riesgo. Esto no es como Interpol, comandante Iturri: aquí compartimos hasta los chalecos antibalas. Por no tener, ni siquiera contamos con cámaras que graben nuestras intervenciones, pero aquí seguimos y, de cuando en cuando, asestamos a los delincuentes una buena estocada... Pero no estamos aquí para llorar. Como le comenté cuando hablamos por teléfono, señoría, quería que supiera que nos tiene a su disposición, aunque no sea mucho lo que podamos hacer.

—Se lo agradezco, sargento. Agradézcaselo también de mi parte al capitán Rodríguez.

—Nada que agradecer. Nos sentimos un poco frustrados por no ser de utilidad. De todos modos, tras nuestra corta charla telefónica, he pensado que le gustaría escuchar de primera mano el testimonio del doctor Asís Tomillo, director del servicio de patología forense del Instituto de Medicina Legal de Cádiz. Fue el forense que asistió al levantamiento del cadáver de su esposo y su ayudante. Vive en la zona y es un magnífico profesional. Le he pedido que venga, pero la puntualidad no es una de sus virtudes...

—Me parece estupendo, sargento —comienza MacHor. Está muy tensa. El miedo a lo que puedan contarle le impide ser ella misma—. De momento, ¿podría compartir con nosotros sus impresiones? Los partes forenses y judiciales que figuran en el expediente de mi marido son imprecisos y tengo dudas que me gustaría disipar antes de regresar.

Urdiales respira hondo.

—No he tenido acceso a esos expedientes. Solo puedo transmitirles lo que viví de primera mano. El día de autos, una voz masculina con acento de Europa del Este avisó al teléfono de atención ciudadana de un atropello con fuga en Sotogrande, entre el edificio del centro comercial y el de Mercadona, delante del Camino Santiago de Compostela. Era tarde y todos los establecimientos de la zona habían cerrado. Nos personamos y, en efecto, hallamos en el lugar a dos personas sin vida con evidentes signos de muerte violenta. No hubo testigos...

—¿Cómo que no hubo testigos? En el expediente se asegura que la llamada la efectuó un turista británico al que se entrevistó posteriormente...

La guardia niega con la cabeza.

—Negativo, señoría. Hicimos una exploración por un amplio perímetro de los alrededores y no entrevistamos a nadie porque no había nadie. La llamada se realizó desde un móvil prepago inidentificable...

Lola mira a Iturri con estupefacción. El comandante continúa sin hacer comentarios.

—Una precisión, sargento: ¿encontraron los cuerpos en el lugar que indica el informe?

—Sí. También los sanitarios ratificaron el deceso en ese lugar.

—Sargento Urdiales, ¿cree que fue un atropello?

Esta vez, Urdiales alarga sensiblemente el silencio.

—Las heridas que presentaban los cuerpos eran compatibles con un atropello. No obstante, en mi opinión, el lugar no era el de un atropello: no había marcas de neumáticos; ni restos de cristales, pintura o sangre; ni golpes en los muros laterales...

Está terminando la frase cuando se abre la puerta y entra un hombre huesudo, muy bronceado, con bermuda, niqui blanco y tirantes con la bandera española.

Urdiales lanza una mirada cómplice a la juez y le susurra: «Lo apodamos Indepe».

—¡Perdón por el retraso! Señoría, comandante: soy Asís Tomillo, del Instituto de Medicina Legal. Un placer saludarlos.

Quisquilla no espera siquiera a que se siente.

—Gracias por venir, Asís. Les estaba describiendo la escena del supuesto atropello del doctor Garache, su marido...

—Sí, claro, enfatiza lo del «supuesto», pero si me lo permites, Quisquilla, quiero decir, sargento Urdiales, prefiero empezar por el principio y retrotraerme a la mañana de ese fatídico día para que la juez y el comandante me entiendan.

Urdiales cruza con el forense una mirada inquisitiva que lo hace detenerse. Durante un instante, el color huye del rostro de Tomillo. Lola y Juan lo miran expectantes.

—¿Ocurre algo, doctor? —pregunta Lola.

Tomillo respira profundamente.

—Verá, señoría, en Sotogrande nunca pasa nada. Nada de nada. Pero el catorce de julio ocurrió de golpe lo que nunca pasa: ¡seis cadáveres en un día!

—¿Seis? —finge sorprenderse Iturri.

—Sí, comandante, seis: Claudio Guinea, el árabe, el matrimonio Aguirrezábal y el doctor Garache y su ayudante. Teóricamente, ni Quisquilla ni yo sabemos nada de esto. Si nos preguntan, tendremos que negar que esta conversación haya tenido lugar. Ustedes me entienden, ¿verdad?

—Lo entendemos —responde Iturri—. Háblenos del matrimonio Aguirrezábal...

—¿Los Aguirrezábal? Eran unos empresarios farmacéuticos potentes... Familia aristocrática con una preciosa casa de veraneo en Sotogrande; a mi juicio, una de las más bonitas de la zona de Reyes y Reinas. Según el parte, fallecieron los dos a la vez en un accidente muy lejos de aquí. Eso según el parte, porque en realidad sabemos que fallecieron en su domicilio. Curioso, ¿no? Pero a lo que iba. A mí, concretamente, me llamaron para el levantamiento de un cuerpo en un barco de bandera saudí. La causa del deceso es envenenamiento. Yo nunca pude comprobarlo, pero me dijeron que fue con ricina. Sin embargo,

era un ciudadano extranjero, hubo un lío de jurisdicciones y se ocupó otro juzgado. De inmediato, tuvimos noticia de otro envenenamiento, el de un ciudadano español que veraneaba aquí, Claudio Guinea. Exactamente los mismos signos que presentaban el árabe y el matrimonio Aguirrezábal. Luego, a última hora de ese mismo día, me llamaron por el atropello de su marido... Cuando me personé en el lugar, ya estaban allí la ambulancia, los colegas de la Benemérita y el juez. Pero, al poco de llegar, su señoría recibió la orden de unir ese asunto a los casos que acabo de relatarles por estar relacionados...

—¿Relacionados?, ¿cómo? —indaga Lola.

—Su marido, señoría, era médico de todos los implicados. De hecho, en el barco encontramos una jeringuilla hipodérmica que tenía tanto las huellas del finado como de su esposo. No obstante, para cuando llegó esa contraorden, yo ya había comenzado mis análisis... —Se detiene, como si necesitara elegir sus palabras. Pero la paciencia no es una virtud de Lola MacHor.

—¿Y bien?

—Bueno, tiene que comprender que mi tiempo en el escenario fue escaso y que puedo estar metiendo la pata de plano, pero durante mi corta inspección hubo dos cosas..., tres, en realidad, que no me encajaron. Y lo peor es que ninguna de ellas va a gustarle... ¿Está segura de querer conocer los detalles?

A MacHor el nudo en la garganta le impide responder y se limita a asentir con un gesto, mientras siente de nuevo el peso del enorme cansancio. Desliz parece notar su angustia y coloca la cabeza en su regazo.

—De acuerdo, allá voy... Siendo juez penal desde hace años le habrá tocado relacionarse mil veces con los de mi gremio y sabrá que tomamos la temperatura del exterior y de los cuerpos para orientar la hora del deceso...

—Estoy al tanto, sí.

—Pues bien, al llegar, a simple vista, me pareció que la temperatura de los cuerpos no correspondía con un atropello reciente. Medí por el humor vítreo la data (después del deceso, tanto el potasio como la hipoxantina aumentan allí al avanzar el tiempo) y tenía razón: cuando llegué, su marido y su ayudante llevaban unas ocho o diez horas muertos.

—¿No murieron allí? —pregunta MacHor, con una mirada triunfante fija en

Iturri.

—No. En mi opinión..., ¡qué coño!, en mi opinión y en la de cualquiera que tenga dos ojos, esa esquina no fue el escenario de ningún atropello. ¿Es así, sargento?

—Se lo acabo de decir, Asís. En mi opinión, murieron en otro lado y los trasladaron...

—Pero ¿murieron atropellados o no? —quiso saber MacHor, cuyo corazón bombeaba cada vez más deprisa.

—Verá, Lola..., ¿puedo llamarla Lola? —pregunta el médico forense.

—Naturalmente, y también podemos tutearnos si te parece...

—De cine, Lola... Mira, a primera vista, las heridas que presentaban los dos cuerpos resultaban compatibles con un atropello a más de cincuenta kilómetros por hora: vi fracturas en las extremidades, hematomas en los codos, traumatismos craneoencefálicos... Sin embargo, encontré una gran diferencia entre ambos cuerpos: mientras el de tu marido presentaba una púrpura generalizada, el de la mujer, no...

—¿Qué significa púrpura? —indaga Lola.

—Claro..., perdona. Hablamos de púrpura cuando encontramos manchas de ese color en la piel y las membranas mucosas. Se produce cuando muchos pequeños vasos sanguíneos dejan escapar sangre, que queda confinada bajo la piel. Las de tu marido no eran pequeñas petequias, sino equimosis: grandes cardenales, manchas de varios centímetros. Y las tenía por todo el cuerpo, al menos, por la parte visible del cuerpo: las piernas, los brazos, el cuello y el rostro. Era como si todos sus vasos se hubieran puesto a sangrar al mismo tiempo... Como te decía, tu marido tenía púrpura, pero la joven, no.

—¿Y a qué se debe esa púrpura? —pregunta la juez.

—Esa es la segunda cosa que quería contarte, pero debo insistir en que no lo he podido certificar: los cuerpos que vi por la mañana, me refiero a los del príncipe árabe, Guinea y los Aguirrezábal, presentaban el mismo tipo de púrpura. Bueno, a los tres últimos no los vi físicamente, solo en una fotografía, pero no hay duda. Si a ellos los envenenaron, hay que plantearse que a tu marido lo envenenaran de la misma forma.

Lola, atónita, se abraza a Desliz. Está completamente desfondada. Pero Iturri insiste.

—Asís, ¿crees que un atropello a esa velocidad podría provocar esa púrpura?

—No en una persona sana. Sin embargo, podría ser compatible con una púrpura trombocitopénica severa...

—¡Joder, Indepe, no blasfemes! —bromea Quisquilla.

—Vale, lo explico para profanos: las plaquetas o trombocitos son células sanguíneas que ayudan a que la sangre coagule y se detenga el sangrado cuando este se produce. Si el nivel de plaquetas de una persona es anormalmente bajo, su sangre no coagula bien y, por tanto, presenta un riesgo de sangrado mayor. Es solo un riesgo; quiero decir que, si no se pega un golpe que lo haga sangrar, no es problema. Pero en un atropello, ese riesgo se convierte en cierto y ocurre un sangrado masivo... Puede que Jaime tuviera un recuento bajo de plaquetas, pero su ayudante no, lo que explicaría la diferencia entre ambos cuerpos.

—¿Y de dónde viene esa diferencia?

El forense respira hondo mientras se entretiene estirando una y otra vez sus tirantes.

—Ese es el tercer elemento... Lola, insisto: ¿estás segura de que quieres que siga?

—¡Coño, que sí! —grita, traicionada por los nervios. Enseguida se disculpa —: Lo siento muchísimo, Asís.

—¡Me encantan las juezas que hablan como albañiles! —tercia Quisquilla.

—Pues allá voy, Lola. El bajo recuento de plaquetas es una complicación frecuente en pacientes infectados por el virus de la inmunodeficiencia humana, VIH...

—¿Qué? ¡Eso no puede ser! —lo interrumpe Lola.

—Déjame terminar, señoría. Por la mañana, cuando levantamos el cadáver del árabe en el barco, al ver el percal (lágrimas de sangre, púrpura, vómitos sanguinolentos) me puse en lo peor y pensé en un ébola. Aunque el test de antígeno fue negativo para ébola, hice una batería de pruebas (los forenses debemos protegernos ante ciertas cosas...). Pues bien, el test de Hamid bin Aziz fue positivo para VIH. En lo que respecta a tu marido..., al llegar al escenario y

ver una púrpura similar practiqué los mismos test. El de Jaime también fue conclusivo: era seropositivo. Lo siento.

—¿Jaime tenía sida? —brama Lola.

Desliz se yergue alerta, se pone en pie y empieza a aullar. Indepe sujeta las manos de la juez.

—Señoría, Lola..., no lo hubiera puesto sobre la mesa si no fuera importante. Verás, los anticuerpos no se generan de un día para otro. Hay que pensar en una infección antigua, mínimo de unos seis meses... Es preceptivo que tus hijos y tú os hagáis análisis cuanto antes. Seguro que no es nada, pero así os quedaréis más tranquilos. Eso es todo lo que sé. En fin, lo que la sargento y yo queríamos contaros, siempre extraoficialmente, es que hay seis personas, una de ellas tu marido, muertas en la misma fecha y cinco tienen la misma púrpura. No puede ser casualidad. Pero, al igual que Quisquilla, estoy fuera del caso, por eso esta conversación debe quedar entre nosotros.

Iturri se pone en pie muy serio. Lola permanece en su sitio. Ya no escucha. Tiembla por dentro y por fuera. Las malditas siglas VIH se le han incrustado en las neuronas y, como si estuviera entre arenas movedizas, la arrastran hacia un oscuro y profundo pozo. El peso del miedo comienza a hacerse insoportable. Ya no importa saber quién mató a su marido, sino *quién era* su marido. ¿Sida? ¿Él lo sabía? Y si era consciente, ¿por qué no decírselo, poniéndola en riesgo? Claro que hay infecciones por VIH ajenas a contactos sexuales, lo podía haber cogido en el laboratorio. Quizá por eso el juez aconsejó una identificación dactilar. Sí, era posible...

Finalmente, intenta levantarse, pero ¡le pesa tanto el cuerpo! Iturri la sujeta por el brazo y la conduce hasta la salida. Desliz no le quita ojo. La sargento Urdiales le tiende la mano y aprieta fuerte. Lola nota que hay algo en su palma. Quizá un papel. Lo guarda en el bolsillo de su vestido largo, agradece la reunión y se marchan.

2

6 de agosto, Sotogrande

—¡Lola! Estamos llegando.

A la juez, que mantiene los ojos cerrados, la voz le suena muy lejana y no le presta atención. Está soñando que unos brazos fuertes, acogedores, la rodean y no los va a soltar tan fácilmente.

Nada más salir de las dependencias de la Guardia Civil, Iturri se ha empeñado en llevarla a las urgencias del centro de salud de San Enrique, el más próximo a la comandancia. Aunque la prueba practicada ha resultado negativa —de momento, no hay rastros de VIH—, le recomiendan que lo repita pasados unos días. En el mismo centro de salud la han visto tan nerviosa que le han inyectado algo para la ansiedad, lo cual la ha sumido en un placentero sueño. Su respiración acompasada se ha terminado convirtiendo en un suave ronquido, transformado a veces en un desagradable estruendo. Hasta Desliz, que va en el asiento trasero, se cubre las orejas con las patas. Iturri no se explica cómo ese sonido pueda emanar de una garganta tan fina como la de Lola, pero es evidente que es de su autoría.

Maldiciendo su suerte, Iturri baja la ventanilla del coche, sujeta la cachimba con los dientes y acerca el mechero. Y mientras introduce el cálido y aromático humo hasta lo más profundo de sus pulmones, sopesa la situación. No le preocupa tanto lo extraño del episodio, ha visto cosas peores que luego se han explicado por sí solas, cuanto la potente red de intereses que se adivina a su espalda: una cuenta opaca en Suiza, setenta millones de dólares y contactos suficientes para lograr cambiar de juzgado, falsear partes forenses o culpar por la

vía rápida a una mujer sin una investigación en condiciones. Es de ese tipo de marrones de los que es mejor huir.

Zánel y el príncipe le han pedido que investigue, con Lola como cebo. Sin embargo, tras su conversación en el puesto de la Guardia Civil, se ha dado cuenta de que la juez se halla completamente al margen de lo ocurrido. Que sea ricina o arsénico, que la asesina sea o no Margarita Rice o que Jaime muriera por un atropello o a golpes no va a cambiar la vida de Lola. Lo que ella necesita es cerrar el episodio, dormir el asunto y concentrarse en cómo explicar esa cantidad de dinero que tendrá como herencia. Es obvio que Al Waleed no va a cejar, pero tendrá que buscarse otro mercenario.

—¡Lola, despierta! Ya hemos llegado al hotel... —susurra, mientras acaricia su mejilla.

—¡Ah, perdón! Me he quedado dormida... ¿Qué hora es?

—Las ocho y media pasadas —responde Iturri, tras consultar su reloj—. ¿Te parece que cenemos algo rápido en el hotel? Demasiadas emociones para un solo día.

Ella asiente. Se citan en el vestíbulo media hora después. Pero cuando van a subir a sus respectivas habitaciones, un recepcionista delgado y ampuloso sale a su encuentro.

—¡Señora MacHor! Disculpe, hay una nota para usted.

—¿Para mí? Nadie sabe que estoy hospedada aquí.

—Pues trae su nombre: doña Dolores MacHor de Garache. Es usted, ¿no?

—Sí, soy yo. ¿Se ha fijado en quién la ha traído?

—No, lo siento; teníamos mucho jaleo.

Lola, impaciente, toma el sobre entre sus manos y rasga a toda prisa la solapa.

—«Debería ir a misa de nueve, señoría. Es bueno confesarse de cuando en cuando» —lee. Inmediatamente, se dirige al recepcionista.

—Disculpe otra vez, ¿dónde hay misa de nueve en esta zona?

—¿Hoy? A ver, los domingos celebran misa en la iglesia de la Merced, en la misma urbanización; no tiene pérdida. Si se dan prisa, llegan a tiempo. ¿Quiere que le facilite las coordenadas?

De inmediato, Juan y Lola vuelven a subirse al coche y se dirigen a la iglesia

indicada. Se pierden en dos ocasiones, pero finalmente localizan la capilla en un pequeño altozano, rodeada por olivos centenarios. Es una construcción blanca, muy luminosa, de amplia planta rectangular, a la que se han incorporado capillas laterales. Cuando llegan, toda la manzana está repleta de vehículos, por lo que Juan se ve obligado a aparcar en medio de una curva. La iglesia no está menos atestada.

—¡Menudo éxito! —comenta Lola. La gente se agolpa tanto en el interior como en su zona exterior, alrededor de puertas y ventanas—. Voy a preguntar por las confesiones...

Un feligrés le indica que confiesan tanto al fondo de la nave, en el confesionario de la derecha, como en la sacristía. Se percatan de que hay una enorme cola para ambos.

—Joder, ¿y ahora qué hacemos? —pregunta Iturri. Hay demasiada gente. Las aglomeraciones le ponen nervioso.

—Podemos dividirnos. ¿Yo atrás y tú a la sacristía? —sugiere Lola, que lo ha visto empezar a sudar.

—Dividirse está bien, pero uno de los dos curas querrá ejercer. Y yo no me confieso desde la guerra... —replica Juan.

—En mi casa, el meapilas era Jaime. Pero habrá que improvisar...

Se dispersan. Lola pone rumbo a la fila que, a modo de serpiente, recorre sinuosa el final de la nave. Juan se dirige a la sacristía. En su caso, la espera es breve. El sacerdote es rápido y la fila avanza a buen ritmo. Diez minutos después, le llega el turno y se adentra en la sacristía. Es bastante amplia. En la pared frontal hay un mosaico de Jesús de la Sentencia, un eccehomo con túnica rojiza, corona de espinas y mirada baja, sobre un fondo azul de decoración adamascada y cenefa dorada. Allí, en una silla, hay un sacerdote de mediana edad. Se sienta en la silla que está a su lado.

—Buenos días, padre. Soy el comandante Iturri y acompaño a la juez MacHor.

—Encantado, comandante. Yo soy el padre Álvarez. ¿Quieres mostrar tu arrepentimiento? —dice, sin perder en ningún momento el contacto visual. Su

tono de voz es agradable y su mirada, comprensiva. Tiene estatura y complexión medias, lleva un corte de pelo impecable y su educación parece exquisita.

—¿Celebra esta misa habitualmente, padre?

—Solo vengo en verano para echar una mano al párroco. ¿Por dónde quieres empezar?

Iturri se encoge de hombros.

—Usted no me ha escrito una nota, ¿verdad?

—Para hablar con Dios no hacen falta notas, comandante, solo abrir el corazón. Él está deseando escucharte... ¿Estás casado?

Iturri se sonríe.

—No, pero espero estarlo pronto: el amor de mi vida acaba de quedarse viuda, de manera que quizá haya suerte...

—¡Eso está bien! ¿Y ella te quiere?

Lo sopesa unos instantes.

—No lo sé —confiesa. Y sin pensarlo, echa mano de dos hojas parroquiales de entre una pila de folletos diversos que descansan sobre una mesita estrecha y baja y comienza a abanicarse.

—Pues es lo primero que tienes que averiguar: el matrimonio es cosa de dos.

—Sí, claro —responde, mientras acelera el movimiento de la muñeca.

—¿Necesitas más tiempo, comandante? Veo que eres el último. Si te encuentras más cómodo, podemos salir y pasear; fuera hará más fresco...

—Si no me ha enviado usted una nota, creo que no. Pero gracias.

—Que Dios te bendiga, ¡y que haya suerte! Si quieres algo, aquí me tienes los días laborables a las diez y los festivos a las nueve de la noche...

Cuando sale de la sacristía, aún sopesando la dulzura que emanaba el sacerdote, ve que Lola continúa en la cola. Se acerca a ella y le susurra al oído:

—Es el tuyo. Pero ¡vaya manada te ha tocado! Me recuerda al colegio, cuando pasábamos los primeros de mes por el confesionario, por orden alfabético. En fin, a ver si tu fila avanza pronto. Te espero fuera fumándome una pipa, ¿de acuerdo?

Lola no tiene suerte. Han apagado ya las grandes arañas colgantes y el recinto se ha vaciado cuando sale el último penitente y el sacerdote se desocupa. En la

capilla, que no tiene retablo, solo el Cristo de madera clara y de grandes dimensiones que preside el altar está iluminado. A la imagen de Nuestra Señora del Rocío, colocada sobre pilastras toscanas, la iluminan difusamente una decena de pequeñas velas.

—¡Adelante! —pincha Iturri, nervioso por la espera y el calor acumulado en la nave.

Lola no responde. A diferencia de su marido, ferviente católico y firme partidario de las manifestaciones oficiales de religiosidad, la juez vive distanciada de esas creencias. Le gustaría creer, pero no está dispuesta a aceptar verdades simplemente porque alguien pontifique sobre ellas: necesitaría una experiencia personal, que no tiene. Pero si no dice nada es porque, desde que ha entrado en el recinto, no puede dejar de interpelar a su marido. «¿Cómo se come esto, Jaime? ¿Cómo casan tus ayunos, los ejercicios espirituales o las peregrinaciones a pie al castillo de Javier con una amante y setenta millones de los que nunca me has hablado? ¿Qué recompensa piensas obtener en ese cielo del que tanto hablabas: la paga del adúltero, la del ladrón o la de ser miembro de cuarta generación de la Cofradía de las Siete Palabras?».

El monólogo cesa cuando Iturri, con el rostro encendido, la zarandea.

—¡Venga, Lola, que se nos va a escapar!

3

6 de agosto, Sotogrande

—¡Señora MacHor, qué alegría tenerla aquí! Casi había perdido la esperanza. Pensé que no le había llegado mi nota o no quería venir.

—Pues aquí me tiene. ¿Puede decirme quién es usted? —Su voz suena agria, cortante.

—Sí, claro. Soy el padre Johannes Klepar. Durante ocho años fui el secretario del cardenal Ochavarría, a quien consideraba padre espiritual e incluso amigo. Se preguntará por qué quiero hablar con usted y la cito de esta manera tan peculiar, pero enseguida me entenderá. Le voy a rogar, eso sí, que mantenga mi tapadera: he dicho al párroco que estoy aquí de vacaciones con una familia amiga y le he pedido que me permitiera confesar a sus hijos. No esperaba que se formara esa cola; siento haberla hecho esperar tanto, pero la confesión no puede hacerse deprisa.

—No se preocupe. Cuénteme por qué quiere hablar conmigo, pero antes acláreme una cosa: ¿cómo supo dónde me hospedo?

El sacerdote se echa a reír.

—¡Ah, señoría, no lo sabía! Por eso, primero hice una novena a san José y luego llamé uno a uno a todos los hoteles, hostales y pensiones de la zona. ¡Y la suma de ambas cosas terminó por funcionar!

Más tranquila, Lola lo anima a continuar; se está haciendo tarde.

—Sí, claro, voy. Verá, soy la última persona que vio con vida al cardenal Ochavarría. Es muy posible que el nombre no le diga nada, pero permítame proseguir. Monseñor Norberto Ochavarría era un cardenal católico, arzobispo de

Fráncfort, que falleció hace unas semanas; exactamente, el catorce de julio. Se estaba revistiendo para celebrar misa y yo estaba preparando los textos litúrgicos cuando se desplomó y, casi de inmediato, empezó a vomitar sangre. Luego comenzaron a sangrarle los ojos; eso fue muy impactante... Llamé a emergencias, pero no se pudo hacer nada. Tuve el tiempo justo para darle la absolución. En su último aliento, mencionó a su marido. La he buscado para contárselo.

—Pues se lo agradezco mucho, padre. ¿Y qué fue lo que dijo? —indaga Lola, que, incluso tras la reja, se da cuenta de como tiembla su interlocutor. Parece muerto de miedo.

—Aseguró que el doctor Garache no tenía culpa alguna, que había sido él quien había actuado como otro Adán, y me pidió que pidiera perdón al santo padre y se lo dijera a su marido. Eso fue lo que me dijo y yo se lo transmito.

—Me alegro de que no tuviera culpa, pero ¿culpa de qué?, ¿a qué se refería?

—Eso no lo sé. Supuse que su marido lo entendería.

Las palabras del sacerdote, que habla en español con fuerte acento alemán, la están dejando fría. Ha ido para obtener información sobre Jaime, no sobre la vida del cardenal; por eso, tratando de que su voz no suene demasiado agresiva, le pregunta:

—¿Puede hablarme de esos viajes que el cardenal hacía a Sotogrande, padre?

Hay una pequeña pausa. El sacerdote se frota una y otra vez las manos.

—En honor a la verdad, solo sé que, desde febrero, venía a este lugar una vez al mes, el segundo jueves, y permanecía aquí unas horas. Volábamos juntos hasta Málaga, pero a Sotogrande se empeñaba en venir solo, aunque no le gustaba conducir.

—¿Y sabe cuál era el motivo de esos viajes o con quién se reunía?

Lola lo escucha suspirar tras la reja.

—Le pregunté varias veces acerca de la naturaleza o el propósito de esos encuentros, pero en todo momento evitó darme una respuesta.

—Pero usted se ha hecho una composición de lugar, ¿me equivoco? —Hay un silencio denso. A Lola empieza a latirle fuertemente el corazón, pero le

duelen las rodillas. Ni las clases de pilates pueden suplir su falta de calcio—. ¿Padre Klepar?

Finalmente, el sacerdote se arranca:

—Tengo que confesarle algo, doña Lola, algo sumamente vergonzoso...

Lola se echa a reír.

—No se inquiete; en vergüenzas, creo que le gano...

—Verá, en el último viaje del cardenal a Sotogrande no me pude resistir; tomé un coche y lo seguí. Hizo el trayecto de un tirón, son apenas cincuenta minutos, y se dirigió a una casa situada en el cogollo de la urbanización de Sotogrande. Era una casa magnífica, situada en una especie de *cul-de-sac* entre las calles Felipe II y Fernando III el Santo. Estaba tan bien situada y todo tan lleno de cámaras que me costó mucho ocultarme para observar sin que me vieran. El cardenal, que era maniáticamente puntual, llegó a la cita con diez minutos de anticipación. Después llegaron otros vehículos de alta gama. Antes de que se cerrara la verja, vi descender de uno de ellos a un hombre de rasgos árabes, que vestía con esos ropajes blancos que acostumbran. Del mismo coche bajó también su marido. Luego llegó otro vehículo, que traía a una mujer. Me pareció que era..., sé que no es posible, pero me pareció que era su r...

A Lola se le ha escapado la última palabra.

—¿A quién creyó ver, padre?

—Olvídelo. No puedo confirmarlo y es mejor que no lo diga. Pero, si es ella...

—Si es ella, ¿qué?

—Pues que no ha muerto: he visto que está... en Mallorca. Lo que sí puedo asegurarles es quién vive en esa casa, porque lo he buscado: son unos señores que se apellidan Aguirrezábal. Le reitero, señora MacHor, que el cardenal era un buen hombre y que apreciaba mucho a su esposo. Siento muchísimo lo ocurrido...

—¿Sabe desde cuándo se conocían su cardenal y mi marido?

—No había oído hablar de él hasta que empezaron los viajes a Sotogrande. Pero, a partir de esa fecha, se veían cada mes. A veces, en Friburgo; a veces, en Madrid. Su marido lo exploraba, le hacía unos análisis, le daba su tratamiento y luego comían juntos. Cuando la noche del trece de julio, tras su visita mensual a

Sotogrande, el cardenal regresó a casa, yo ya estaba en la cama: suelo acostarme temprano. Entró en mi habitación y me despertó. Se puso de rodillas a los pies de la cama y me dijo: «Padre Klepar, tengo que pedirle perdón de todo corazón y con toda humildad. La Iglesia está siendo atacada desde dentro y yo los he ayudado sin darme cuenta del todo y, como usted me iba a advertir, lo he separado de mi lado. Me he convertido en otro Adán y por ello tengo que disculparme también con el santo padre. Pero tiene que saber que mi historia en el Club del Caviar se ha acabado para siempre: el doctor Garache, que es un gran médico, va a ayudarme a dejarlo sin riesgo para mi salud. Es una buena persona, buena gente. Ahora duérmase. Hablaremos mañana durante el desayuno». Esa conversación ya no fue posible, porque por la mañana murió.

—¿El Club del Caviar?

—Sí, eso fue lo que dijo.

—¿Textualmente? Porque tal como lo cuenta, «el doctor Garache va a ayudarme a dejarlo sin riesgo para mi salud», ese club parece una consulta médica. ¿Estaba enfermo su cardenal?

—¡En absoluto! Siempre ha gozado de una salud a prueba de bomba, pero desde que su marido lo visitaba estaba de cine, ¡parecía haber rejuvenecido!

—Pues sí es curioso... Sea sincero, padre, ¿seguro que no sabe de qué iba ese club?

—Seguro. Y ahora tenemos que marcharnos: el párroco, que tiene que cerrar la iglesia, no hace más que mandarme wasaps.

Lola lo detiene cuando está abriendo la puerta del confesionario.

—Una última cuestión, padre. Todos los implicados en este asunto eran personas extremadamente adineradas. ¿También lo era el cardenal Ochavarría?

La pregunta parece pillar al sacerdote fuera de juego y contesta tajante:

—En absoluto.

—¿Y cómo explica entonces su pertenencia a ese club?

—Eso nos llevaría un tiempo que no tenemos, señoría, pero puedo decirle que todos los gastos de sus viajes a Sotogrande los financiaba una organización eclesial conservadora muy poderosa en la Santa Sede.

—Háble me de esa organización. ¿Es posible que yo la conozca?

El sacerdote duda. Por dos veces parece decidirse y por dos veces se echa atrás. Finalmente, entre susurros casi inaudibles, contesta:

—No solo es posible, Lola, es seguro. No voy a pronunciar su nombre; no es importante y puedo ponerla en peligro. Pero seguro que los tiene cerca...

—¿En el Tribunal?

El sacerdote evita responder, pero añade:

—Olvide eso y recuerde lo esencial: su marido no fue culpable de nada. Le voy a dejar mi número de móvil, por si alguna vez necesita algo de este pobre cura...

4

6 de agosto, Sotogrande

La juez abandona el estrecho confesionario con el semblante descoyuntado: la posibilidad de conceptualizar siquiera la culpabilidad de Jaime le ha producido un intenso dolor. Tiene clara la injusticia que ha cometido contra ella: tirarse a una rubia más joven y mentirle no es un tema sexual, al menos no solo; es un tema de justicia: ambos se habían comprometido con el otro por siempre. Pero nunca se le había pasado por la cabeza que fuera el culpable directo o indirecto de esas muertes.

El sol se está derrumbando en el horizonte cuando abandonan la iglesia para dirigirse al coche. La luz es pequeña e imperfecta, pero a Iturri no le pasan desapercibidas las arrugas de la frente de Lola ni tampoco la inclinación de sus hombros. Avanzan en silencio por entre los viejos olivos cuyas ramas retorcidas devienen ahora más amenazantes. El coche, aislado en medio de la curva, parece un desperfecto del diseñador, un elemento fuera de sitio.

—¿Todo bien, Lola? Sales con cara de susto —pregunta al fin Iturri mientras quita la multa del parabrisas y se la mete en el bolsillo. No va a pagarla. Ningún policía lo hace.

Lola no responde. Está muy seria, concentrada en sus pensamientos.

—Al menos, dime quién era, Lola.

Lola inspira por la nariz y luego exhala abruptamente.

—Era el secretario del cardenal Ochavarría. Estaba con él cuando murió. Lo que refiere coincide casi al pie de la letra con lo que han explicado la sargento

Urdiales y el forense de los tirantes con la bandera española: lloraba sangre, vomitaba sangre...

—De modo que confirma que murió envenenado.

—Así es. Dice que pertenecía al Club del Caviar, cuyos miembros se reunían en Sotogrande todos los segundos jueves de mes, y que antes de morir le pidió perdón por ello, le aseguró que lo dejaba y que Jaime lo iba a ayudar médicamente.

—¿Que le pidió perdón? ¿Por qué?

—Klepar no lo sabe, pero no debía de ser una actividad muy «católica» si necesitaba pedir perdón, ¿no crees?

—¿Y qué te ha contado sobre ese club?

—No sabe ni qué es ni quiénes lo forman, pero sí conoce el lugar en donde se reunieron la última vez, porque le picó la curiosidad y lo siguió. ¿Sabes cuál es ese lugar?: la residencia de los Aguirrezábal. Me ha contado que siguió al cardenal y se escondió en los alrededores. Vio entrar en el domicilio a un hombre con ropa árabe, a Jaime y a una señora conocida de la que no ha querido facilitarme su identidad.

—¿Y qué impresión del cardenal te ha transmitido?

—Habla maravillas de él, pero ya sabes lo fácil que es hablar bien de los muertos: me lo ha descrito como un hombre sencillo, trabajador, profundamente religioso, austero, caritativo. Sintió la llamada al sacerdocio cuando estaba en la universidad y compaginó el fin de sus estudios de Matemáticas con los eclesiásticos. Era hijo de emigrantes vascos en Alemania, de ahí el apellido: una familia de clase media sin pretensiones. No lo veía del todo tras esa reja, pero sí lo suficiente para saber que estaba muy nervioso, como si se sintiera en peligro, amenazado. Ya me entiendes...

Iturri sabe perfectamente a qué se refiere. Un policía, lo mismo que un juez, puede oler el miedo a distancia. La postura se retrae; sobreviene la sudoración, junto a la palidez y los temblores; la boca se abre levemente, las cejas se contraen...

—¿A qué crees que tiene miedo, Lola?

—Ni idea. No quiero faltarle al respeto, pero es un cura secretario, un don

nadie. Salvo que haya visto lo que no debe o tenga información comprometida para alguien, no sé por qué le tendrían ganas. Pero ¿a quién podría comprometer una información eclesiástica? Salvo que fuera a esa organización tan poderosa que lo financiaba.

Al escucharla, a Iturri le viene a la memoria la conversación con su amiga del CNI: «Mi jefe... es de esa cuerda y el ministro es cercano... ¡Ten cuidado!».

—Debemos ser precavidos, Lola. No sabemos dónde pisamos y podemos encontrarnos sin quererlo con las botas llenas de mierda. Y que lleven sotanas no los hace menos peligrosos. Hay que tomar precauciones y no hablar con nadie.

—Yo no hablo con nadie desde hace semanas, ni siquiera con mis hijos. Pero ya sabes, Juan, que yo no sé fingir. Se me nota...

—Pues vas a tener que aprender, porque si el miedo de ese sacerdote es fundado, nos va la vida: recuerda las cenizas de tu marido.

—¡Joder, comandante, me estás asustando!

Están ya sentados en el coche. Iturri clava sus ojos verdes en los de Lola. Su boca entreabierta parece querer decir algo importante, serio, pero finalmente baja la vista.

—¿Qué?

—Si supieras cuánto... —Iturri embarga el resto de la frase.

—¿Cuánto qué? ¿Lo dices por el dinero?

—No, Lola, nunca me ha importado el dinero...

Al darse cuenta de por dónde van los tiros, las mejillas de la juez se colorean intensamente. Iturri iba a decir «cuánto te quiero». Se lo ha dicho muchas veces desde que se conocen, pero en esta ocasión habría sonado diferente.

—Lo mejor es que vuelvas mañana a Madrid, como tenías previsto. Yo me quedaré aquí y sacaré conclusiones. Pero tú tienes que irte. Ya.

5

6 de agosto, cuartel de la Guardia Civil, Pueblo Nuevo de Guadiaro

Durante un rato, la sargento Urdiales se refugia en los expedientes, pensando que el trabajo logrará acallar sus melindres, pero lejos de aminorar, su inquietud crece. Se dice que lleva muchos cafés entre pecho y espalda, pero se reconoce a sí misma que su irritabilidad y su desasosiego tienen que ver con esos dos caballeros.

Rocío Urdiales siempre ha pensado que tiene tantos cojones como cualquiera de sus compañeros varones. Aunque hay cojones y cojones: unos sirven para luchar contra los criminales y otros, muy superiores, para oponerse a los jefes cuando no se comportan como deben y pierden su legitimidad.

La sargento nunca ha tenido problemas con la aceptación de órdenes que no comprende; de hecho, es la primera vez que se cuestiona la legitimidad de una, pero está convencida de que no debe sometimiento ciego, y mucho menos irracional, a sus superiores. No es una simple mano que ejecuta lo que otro piensa. También tiene una cabeza y un corazón que distinguen lo que es correcto e incorrecto, la línea que separa la justicia de la injusticia. Y en este caso, se está traspasando una línea peligrosa.

Se pasa la lengua por los labios resecos. Y, en un arrebato, se levanta, saca las llaves del cajón y recupera los papeles que su supuesto padre, Beltrán de Aguirrezábal, le entregó. No los ha tocado. Tal como los recibió, los enterró allí, como quien lanza una piedra al mar, al olvido. Ni siquiera les había echado un

vistazo; eran, por definición, tóxicos. Pero ahora piensa que le pueden ser de utilidad.

Sin embargo, ya con el sobre en la mesa, las renuencias regresan. Siempre ha despreciado a esa altisonante y orgullosa gente de Sotogrande y ahora está a punto de meterse en ese mundo. Lo vuelve a dejar sobre la mesa y se convence de que es una mala idea. A diferencia de otras personas de su entorno, Rocío no odia a los ricos porque los envidie o la asombren. Los odia porque usan sus bienes para subirse a los hombros de otras personas y aplastarlas. Sin embargo, en ese momento reconoce lo útil que puede ser esa capacidad de trepar por las dificultades. Quien está obstruyendo la investigación está tan bien relacionado que es capaz de encaramarse sobre todos los poderes del Estado.

La única manera de luchar contra un gigante es ser un gigante mayor. Ella no es más que una pequeña hormiga, pero a veces las pequeñas hormigas pueden trepar hasta meterse en los ojos de los gigantes y obligarlos a claudicar. Y ella tiene ahora un primo de Zumosol. Ya decidida, abre el sobre, busca la tarjeta y en ella el teléfono. Lo marca.

—Beltrán, soy Rocío Urdiales...

Escucha un sollozo al otro lado del aparato.

—¡Dios mío, qué alegría! ¡No doy crédito! ¡Llevo pegado al teléfono desde que te visité! No sabes la alegría que me d...

De pronto, la capacidad de hablar del hombre se desvanece y su voz se convierte en una secuencia de extraños sonidos guturales. La joven sargento no sabe cómo lidiar con aquello. Lo que sí sabe, porque se conoce, es que aquella debilidad deshace todas sus reticencias: ella sirve y protege a los débiles, vengan de donde vengan.

—Beltrán, tengo que hablar contigo. Es urgente. Se trata de tus padres... ¿Podríamos vernos mañana? Podemos reunirnos en la comisaría si puedes desplazarte o, si lo prefieres, me acerco al lugar que me indiques.

De su proceloso esfuerzo de elaborar una frase, Beltrán solo consigue decantar un sonido que Quisquilla identifica como un sí. Menea la cabeza, contrariada, y añade:

—Beltrán, voy a dictarte mi número de móvil. Toma nota, por favor, y

envíame por wasap una dirección y una hora. Me acercaré.

De aquella impuesta ley del silencio, el hombre logra extraer unas letras.

—Okey...

Rocío dicta los números muy despacio, uno a uno. Repite la operación dos veces más. Cuando cree que él ha tomado nota, se despide con timidez.

—Gracias, Beltrán. Nos vemos mañana.

Cuando cuelga, una sonrisa triste suplanta a su deje de inquietud. Y con la tranquilidad de que está poniendo sus mejores esfuerzos en remediar sus errores, vuelve a coger el teléfono.

—Juez Vera, soy la sargento Urdiales. Perdona las horas...

—¡Hola, sargento! Trabajas hasta tarde, espero que tengas un buen ventilador. ¿Qué se te ofrece?

—Juez Vera, señoría...

—¡Adelante, muchacha! —exclama. A ella no le molesta. Para el juez, a punto de jubilarse, ella es una muchacha—. Déjate de formalismos y cuéntame qué te ocurre.

—Necesito verte mañana. Es por el caso del matrimonio Aguirrezábal...

Vera suspira y deja escapar un bufido.

—Eso no es de nuestra competencia. Han fallecido en un desafortunado accidente...

—Resulta, señoría, que tengo que tramitar la denuncia de una de sus nietas... Quiero contártelo en persona, si me lo permites; es un tema complicado.

Un silencio denso, espeso, llena la línea. Finalmente, escucha una voz chistosa:

—Sabía que eras cabrona, Quisquilla, y que siempre te sales con la tuya, pero cada día te superas. A las doce en mi despacho.

—Gracias, señoría.

Su expresión ha cambiado por completo cuando realiza la tercera llamada.

—Mi capitán, ¿has terminado de cerrar tus cajas?

Napias, algo cortado, tarda en responder.

—Sí, todo preparado. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Necesito un último favor. ¿Podrías tener una reunión con el juez Vera y

conmigo mañana a las doce en su despacho?

—Una reunión con el juez, ¿por qué? No comprendo la motivación.

—Una denuncia en la que tengo un conflicto de intereses. Te lo explico mañana, ¿vale?

—De acuerdo, allí estaré.

Cuando sale del puesto, las farolas están encendidas, a pesar de que el día aún no ha declinado y el sol tardará en ponerse. La chispa de su mirada no es de rabia esta vez.

Novena parte

1

El vulgo se deja seducir siempre por la apariencia y el éxito.

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El príncipe*

6 de agosto, Sotogrande

—¿Tienes hambre? —pregunta Iturri. Están llegando al hotel. Son más de las diez. Ha anochecido, pero el color de las terrazas, en plena ebullición, parece querer sustituir a la luz del día. La brisa del mar abanica como un aire acondicionado.

Reconcentrada en sus pensamientos, Lola responde de modo mecánico.

—No... o sí. Mira, no lo sé; están ocurriendo tantas cosas a la vez, que no sé ni cómo interpretar a mi estómago. Pero me da muchísima pereza tener que pelearme con gente guapa para encontrar mesa. Me conformo con algo del minibar, preferiblemente alcohólico. ¿Y tú?

—Me pasa lo mismo, pero no quiero dormirme con el estómago vacío, porque el hambre me despierta. ¿Pedimos algo al servicio de habitaciones? Me han alojado en una *suite* con saloncito y terraza. ¿Qué tal una hamburguesa? Tienen en todas partes...

—Genial. La mía con patatas fritas...

Aparcan en una de las plazas techadas reservadas para clientes del hotel y entran en el edificio en silencio. Lola arrastra los pies. Está destrozada; siente un intenso dolor en el alma, más doloroso debido a lo inesperado e incomprensible. Juan se da cuenta, pero sabe que no tiene sentido razonar sobre lo irrazonable, de manera que lo deja pasar.

—¡Menudo día! Parece que hubiera transcurrido una semana —exclama al abrir la puerta. El comandante se dirige al balcón y despeja el acceso a la terraza.

Lola observa cuanto la rodea y se sorprende ante la amplitud de la estancia. Aunque la decoración es similar a la suya, la habitación mide lo que un apartamento mediano.

—Perdona que me meta donde nadie me llama, comandante, pero ¿puedes permitirte una habitación como esta? —Se da cuenta de que sus palabras pueden sonar despectivas y trata de suavizarlas—: Sé que los de Interpol sois funcionarios privilegiados, pero, salvo que hayas heredado de un tío venezolano o tengas una cuenta oculta en Suiza con cientos de millones, como otro que yo me sé, esto es prohibitivo. No quisiera que tus finanzas quebraran por venir a ayudarme. No sería justo...

Iturri sonríe. Lola posee una habilidad para reducir hasta el límite la distancia emocional y ponerse en la situación de los demás, dándose cuenta de todo lo que otro dejaría pasar. Se apresura a zanjar su preocupación.

—Tranquila, querida Lola. No lo sufrago yo e Interpol está al tanto. Y si estoy en una *suite* es porque no había otra habitación libre. Y ahora que sabes que no blanqueo dinero, déjame que te invite a una copa de champán. Me han obsequiado con una botella de bienvenida y la estaba guardando para una ocasión especial.

—Pues entonces guárdala un poco más; creo que no tenemos nada que celebrar.

—Pero ¡qué dices! ¿Cómo que no?

Lola suelta una carcajada fingida.

—¿Necesitas que te lo explique? Si no te parece suficiente con enviudar antes de los sesenta y adoptar al perro de la amante de mi marido, puedo añadir que quizá mañana sea seropositiva y tenga que pasarme el resto de mi vida tomando medicamentos. Por no hablar de cómo se lo explico a mis hijos o que, siendo juez, tengo que arreglar un entuerto de setenta millones opacos que han causado varios muertos... ¿Alguien da más?

—¡Yo! —chilla Iturri—. Sé que ahora todo te parece negro, pero estás viva, cuentas con una familia extraordinaria y tienes un trabajo valiosísimo. No

puedes andar por el mundo rebozándote en tu pena, como si te hubieran echado una maldición. Además, querida mía, te espera una noche en un lugar paradisíaco, con un hombre guapísimo que te considera la mujer más fascinante del universo... Y si nada de esto te convence, cuando uno tiene una botella en la mano, lo que tiene que hacer es no pensar y bebérsela: ¡venga, busquemos unas copas! Pero, antes, dame dos minutos para llamar al servicio de habitaciones y asearme; hasta a los adonis nos aprieta la próstata...

—¡Naturalmente!, disculpa. Te dejo un rato. Me voy a mi...

—No hace falta, Lola —la interrumpe—. La *suite* tiene dos dormitorios con dos cuartos de baño: te ofrezco la habitación de la derecha, salvo que prefieras ir a la tuya.

—La habitación de la derecha está bien, gracias.

Lola entra en el baño y cierra la puerta con pestillo. Está fatal: aquella dosis de realismo está siendo difícil de soportar. Pero no tiene más opción que seguir. Ese es su sino: siempre es capaz de seguir; siempre puede un poco más, aunque está harta de ser fuerte, de poder con todo.

Se deshace del vestido, moja una toalla y se la pasa varias veces por las axilas y el cuello. Luego se lava la cara con agua fría, se seca despacio y recupera su ropa. En lo relativo al peinado, se da por vencida antes de empezar: parece una escarola. Antes de salir, se mira al espejo. Es difícil engañar a tu sombra; su rostro cuenta un cansancio profundo. Decide no pensarlo dos veces y regresar. Cuando sale, Juan ya está en la terraza, mirando al mar. Se ha puesto colonia, esa colonia.

La botella y las dos copas están sobre la mesita baja de la terraza, junto a unos racimos de uvas. En cuanto la ve llegar, descorcha el champán, lo sirve y le tiende una copa.

—Por los amigos de verdad —brinda Lola—. ¡Y por los sabuesos que esta noche van a descifrar todos los enigmas del universo! Aunque la cabeza me da tantas vueltas que no identificaría un agujero negro supermasivo...

—Lo haremos..., pero, mientras, disfrutemos del champán.

Lo beben en silencio, sentados ante un cielo que empieza a llenarse de estrellas. Con la mirada fija en lo alto, pareciera que no hay problemas de los

que preocuparse. Pero, desafortunadamente, tienen los pies en el suelo.

Lola deja la copa sobre la mesa, recupera su enorme bolso y mete el brazo hasta casi el codo. Primero aparecen dos pares de gafas. «¡Estaban aquí!», exclama al ver unas de lectura. Luego, un cuaderno y varios bolígrafos. Los siguen un pequeño chal arrugado, que se coloca sobre los hombros desnudos para combatir la fresca brisa nocturna, y un paquete de caramelos... Finalmente, remueve el fondo y, con cara triunfal, saca una goma, con la que recoge su cabello rizado en una coleta alta. Juan Iturri sonríe. Le gusta cómo le queda la cola de caballo. La llevaba el día que la conoció. Intenta dejar de pensar en ello y dice:

—¿Quieres que te cuente cómo veo yo las cosas, Lola?

—Adelante, soy toda oídos, pero, por lo que más quieras, no me asustes más; ya he tenido bastante... —responde la juez, juntando las manos.

—Lo intentaré —dice mientras con el dedo va garabateando signos sobre el cristal de la mesa—. Tenemos una serie de personas de países, religiones y ambientes diferentes que, por un motivo aún desconocido, se unen en un club que bautizan como el Club del Caviar. No sabemos quién lo puso en marcha, ni cuántas personas lo integran, ni tampoco cuánto han tenido que pagar para ingresar en él... No sabemos casi nada de ese club, salvo que se trata de gente adinerada y, quizá también, poderosa, si es que esas dos cosas no van siempre unidas. No sabemos qué pretenden conseguir integrándose en ese grupo tan anónimo y selecto, pero debe de existir un motivo y ese motivo, de un modo u otro, tiene que estar relacionado con lo que tienen en común: lo que sea que obtengan ahí dentro debe de ser especial, exclusivo, elitista. Se reúnen siempre en Sotogrande, en una vivienda alejada de la vista pública, donde nadie puede saber que están ahí ni lo que hacen. Comienzan sus reuniones en febrero (al menos, sabemos que el cardenal se incorporó en febrero) y todo sigue su cauce hasta que, tras la reunión del segundo jueves de julio, sorpresivamente mueren cinco de ellos envenenados con ricina. No hay autopsias como Dios manda, pero los indicios parecen excluir agresión sexual, violencia de cualquier otro género, drogas o excesos alcohólicos. Los mismos indicios revelan la aparición en todos los cuerpos de una extensa púrpura, propia de una trombocitopenia aguda. Todos

tenían los ojos abiertos y lágrimas de sangre, como si la muerte los hubiera pillado de improviso. Para finalizar, todos murieron aproximadamente a la misma hora, fijándose el deceso unas doce horas después de compartir cena, de forma que lo que ocurriera en esa noche debe explicar los sucesos... ¿Qué opinas hasta ahora?

—Opino que deberíamos abrir la puerta: están llamando.

Ambos permanecen en silencio mientras el camarero entra en la habitación, empujando un carrito cubierto con un impoluto mantel blanco. Se detiene ante la mesa del salón y deposita allí las dos grandes bandejas. Retira las abombadas tapas plateadas que cubren los platos y se despide tras recibir una propina. Cuando escuchan cerrarse la puerta, Iturri rellena las copas de champán. Lola da un sorbo mientras contempla la gruesa hamburguesa y el enorme montón de patatas fritas que la acompaña.

La fascinan las patatas fritas. Está casi segura de que le gustan porque engordan. Todo lo que engorda le gusta: chocolate, queso curado, helados, pan, embutidos, churros, patatas fritas recién hechas como aquellas... No sabe si es su cabeza, que busca siempre lo prohibido, o que la naturaleza es manifiestamente cruel. Sin embargo, en este instante no puede comer. El estómago parece habérsele encogido y ni siquiera una maravilla como la que la tienta desde el plato llama su atención. Se dedica al champán.

—¡Dios! Estas hamburguesas son enormes —exclama Lola, que toma la suya y empieza a retirar un ingrediente tras otro: tomate, lechuga, beicon, cebolla, pepinillos... Luego, utilizando el cuchillo, se deshace de la mayonesa.

—Si no te gustan las hamburguesas, podíamos haber pedido otra cosa —comenta el comandante con un punto de enfado en la voz.

—Me encantan las hamburguesas, pero soy bastante torpe. Me pasa como a los niños: siempre se me escurre algo por alguna esquina y termino pringada.

—Pues entonces podías haberla pedido sin ingredientes; me pone malo que se desperdicie la comida... —masculla—. Pero dejemos por ahora ese asunto. Ibas a darme tu opinión sobre mi resumen.

—¡Cierto! *Grosso modo*, estoy de acuerdo, pero hay detalles que no comparto...

—¿Por ejemplo?

—Que te has olvidado de mi marido, sobre el que creo recae el peso del caso.

La mirada escrutadora del comandante se embebe en los ojos marrón avellana de Lola.

—¿No crees que recae en el dinero?

Lola toma una patata frita, la observa unos instantes y vuelve a dejarla en el plato.

—Aunque el dinero sea muy importante, solo es una condición *sine qua non* para ingresar en el club. Los socios no buscaban mostrarse mutuamente sus riquezas, sino obtener algo que no podían conseguir aun teniendo mucho dinero y en ese algo tenía que estar implicado mi marido...

—¿Habla la esposa o la juez?

—Habla el sentido común: Jaime es la pieza discordante entre los fallecidos, la que se distancia del resto. Para mí, el asunto gira en torno a un médico y sus pacientes ricos.

Iturri asiente y baja la cabeza. Ha reservado para sí la información sobre las jeringuillas hipodérmicas que observó en las fotografías de los primeros asesinatos. Debería haberlo compartido con Lola antes de que ella se reuniera con el secretario del cardenal, pero cuando trató de hacerlo era demasiado tarde. Si mira en su interior, sabe que ha retenido ese dato porque, en cierta medida, blanquea a Jaime. Le hace parecer un simple médico, no un culpable infiel.

—Veamos adónde nos conduce el razonamiento. Si tu marido no cumplía los criterios para ser socio, estaba allí desempeñando un papel. Preguntémonos: ¿qué podría ofrecer Jaime a esa gente?, ¿tenían alguna afección en común?

—Según Klepar, el cardenal no padecía cáncer ni ninguna otra enfermedad para la que no exista un tratamiento y para la que Jaime hubiese podido ofrecerle un ensayo clínico experimental. Es más, asegura que poseía una salud extraordinaria y que en los últimos meses parecía haber rejuvenecido.

—Siento recordarte que varios tenían VIH, Lola...

A la mujer se le tensa el rostro, pero trata de dominarse cuando responde.

—Llevo dando vueltas a eso desde que me lo han dicho, pero ese argumento no parece válido; hoy por hoy, esa enfermedad está controlada. Con fármacos,

los infectados por VIH tienen tasas de supervivencia similares a los no infectados. Además, si Jaime también lo padecía, era tan paciente como ellos. Tiene que tratarse de otra cosa... Quizá no fueran tratamientos médicos, quizá les estuviera ofreciendo invertir en alguna patente o en algún descubrimiento que su equipo hubiera elaborado y aún no se comercializase.

—Eso suena más plausible. Y, ahora que lo dices —se anima Iturri—, explicaría el sistema de acceso: Aguirrezábal, que era el máximo accionista de una empresa farmacéutica, podría haber sido el que «invitara» a ese club y ofreciera su casa para las reuniones.

Lola lo detiene y niega vivamente con la cabeza.

—No puede ser. Era Jaime el que recibía el dinero en la cuenta suiza. Si hubiera sido cosa de la farmacéutica de Aguirrezábal, tendría que haber cobrado él...

Sin previo aviso, Iturri suelta una carcajada, se levanta y le planta un beso a Lola en cada mejilla. Está a punto de hacerlo también en los labios, pero se contiene. Desliz se pone en pie, salta alrededor de Lola y, finalmente, se coloca en su regazo.

—Pero ¿qué os pasa a los dos?

—¡He echado de menos esa mirada, señoría! Si pudieras ver cómo te brillan los ojos cuando crees haber descubierto algo, ¡es delicioso!

—Déjate de zalamerías y volvamos a lo nuestro —responde ella, a quien se le han coloreado visiblemente las mejillas.

—De acuerdo, volvamos: ¿sabes en qué trabajaba tu marido últimamente?

Lola respira hondo. El tono de su voz deja entrever cierto sentimiento de culpabilidad.

—Jaime era un médico reputado que había logrado grandes avances en el campo de la terapia génica. Pertenecía a muchas, si no todas, las sociedades científicas del mundo en ese género. Sin embargo, no puedo concretar en qué trabajaba exactamente; el lenguaje médico es farragoso e incomprensible para mí. Lo siento...

—Pues si eres tan poco precisa, Lola, tendremos que hacer entrar a la rubia... No te enfades, pero ¿sabes en qué trabajaba ella? Quizá estaba aquí por algo

estrictamente profesional y saberlo nos pueda proporcionar alguna pista...

Lola baja la vista y juega con una miga de pan de la hamburguesa. No está dispuesta a confesarlo, pero ha buscado la fotografía de la joven en internet. Es guapa sin paliativos, atractiva, muy joven, dulce... Pero, sin duda, era un cerebrito: no se le ha ocurrido comprobar su especialidad o su línea de trabajo. Reconoce que, con un ramalazo machista, ha dado por supuesto que lo que su marido veía en ella no era precisamente su currículum.

—Otro punto que investigar... —zanja—. Y queda el asunto de la ricina. ¿Sabes cómo se elabora el veneno? A lo mejor podemos avanzar tirando de ese hilo...

—No, de ahí no sacaremos nada. Para preparar el tóxico basta con tener semillas de ricino, que se consiguen en Amazon; disolverlas en un líquido e inyectarlo o añadirlo a la comida. Quinientos microgramos de ricina ya son letales.

—¿Microgramos? Eso es muy poco. ¿Si te comes una semilla de ricino te mueres?

—No lo pruebes, ¿vale? Volvamos a las certezas: tu marido cobró setenta millones por lo que hizo, fuera lo que fuese...

Lola encoge los hombros y se resigna a entrar en materia.

—Vale, vayamos a eso. Supongamos que estamos en lo cierto y Jaime les ofrecía algo por lo que cobraba en esa cuenta. Recibió seis transferencias, ¿podemos suponer que el Club del Caviar estaba formado por seis personas?

—Podría ser, pero no todas las transferencias tenían el mismo importe. Cinco eran de diez millones, pero había una del doble: veinte millones.

Lola empieza a notar los efectos del alcohol. Está achispada, tiene mucho calor y parece que la rodeara una extraña nube. Sin embargo, es precisamente esa nube la que le proporciona una suerte de lucidez que le abre la mente.

—Cierto. Veinte es el doble de diez... El doble, dos veces, dos personas... ¿y si correspondiera al pago por dos personas? Un matrimonio, por ejemplo...

Iturri estalla en aplausos.

—¡Los Aguirrezábal! ¡Eres un genio, señoría! Si eso fuera cierto, el Club del Caviar estaría formado por siete personas, cada una de las cuales pagó diez

millones de dólares por el tratamiento que les proporcionaba tu marido desde el mes de febrero. De esas siete personas, sabemos que cinco están muertas: Hamid bin Aziz, el matrimonio Aguirrezábal, Claudio Guinea y el cardenal Ochavarría... Nos faltaría identificar a dos. Quizá una de ellas sea la asesina...

Lola, más animada, moja una patata frita en el pequeño cuenco de alioli.

—Dos no, solo tenemos que identificar a una persona. El secretario del cardenal dijo haber reconocido a una mujer que, según sus palabras, no ha muerto. Lo sabe porque la ha visto de vacaciones en Mallorca...

—Una mujer... ¿Tienes idea de quién puede ser? Porque hay muchas mujeres que veranean en Mallorca.

Lola se come dos patatas más.

—Tengo una candidata, aunque si te cuento quién creo que es, me dirás que he bebido demasiado y tendrás toda la razón: empiezo a ver doble...

—Me arriesgaré.

—De acuerdo. ¿Qué sabemos? Primero, que es una mujer, eso deja fuera a la mitad de la humanidad. Segundo, que ha desembolsado una cantidad muy sustancial de dinero para ingresar en el club, lo cual excluye incluso a la clase media alta, es decir, que quitamos al otro cuarenta y nueve por ciento. Nos quedamos con menos del uno por ciento de la población. Dime, Juan, ¿qué mujeres crees que entrarían en ese uno por ciento?...

—Supongo que alguna empresaria potente, tipo Sandra Ortega o las hermanas Koplowitz... Quizá alguna artista reconocida y consolidada, o alguna mujer de la nobleza más poderosa, aunque llevo tiempo fuera de España y no estoy al tanto...

—¡Exactamente! —exclama Lola excitada—. ¡Ahí quería llegar! El secretario Klepar reside en Alemania y no creo que lea prensa española y mucho menos *Expansión*. Ni Sandra Ortega ni Alicia Koplowitz son personas fácilmente reconocibles por alguien ajeno al mundillo financiero. La mujer en cuestión ha de ser tan popular que un sacerdote de a pie que vive en el extranjero la reconozca viéndola solo un instante. Y no solo eso: ¡sabe que está veraneando en Mallorca! Klepar dice que ha descubierto que está viva porque la ha visto de vacaciones. ¿Qué mujeres han salido públicamente en las noticias en Mallorca? A mí solo se me ocurre una que Klepar pueda identificar. Y por edad, también

cuadra: anda por los cincuenta. Por cierto, eso no lo has mencionado en tu resumen, pero tenemos una franja de edad entre cincuenta y setenta y tres...

Los dos se miran mutuamente. A Lola le brillan mucho los ojos. Iturri asiente:

—Apuesto a que aciertas. Y aún añado otro dato: es una mujer por la que el Estado pondría toda su máquina de ocultamiento a funcionar...

En ese momento, Iturri clava sus ojos en el techo para obviar la mirada de Lola.

—Dime en qué piensas...

—No sé si debo...

Ahora es Lola la que se levanta, se inclina sobre Juan y lo besa en ambas mejillas:

—¡Cómo te brillan los ojos cuando crees haber descubierto algo! ¡Venga, suéltalo!

Él sonríe conmovido; no sabe cómo logra esa mujer desarmarlo por completo. Por su parte, Lola se pregunta cómo una simple caricia puede descuadernar a un hombre tan aguerrido, e incluso tan huraño, como Iturri.

—De acuerdo. Tengo que contarte algo. Antes de venir a Sotogrande, asistí a una comida organizada por un mando de Interpol. En ella me hablaron por primera vez del supuesto accidente de Jaime. Participaron un príncipe árabe y un monseñor...

Mientras Iturri va desgranando la información y las piezas del puzle van uniéndose, en el estómago de Lola va formándose una bola ácida y su ánimo se llena de rabia.

—Pero ¿de qué vas, comandante? Mientras te contaba todo lo que sabía y te hacía partícipe de cómo me sentía, tú te guardabas información que tenía derecho a conocer. ¡Te habrás mondado de risa viéndome averiguar cosas que tú ya sabías! Está claro que no te conozco: ¡pensaba que me...!, ¡que eras mi amigo, pero eres un canalla!

—¡Eso es muy injusto por tu parte, Lola! Apenas llevo aquí unas horas y lo único que he hecho es manejar los tiempos para que no te quebraras. Te juro que no tengo vela en este entierro, ni personal ni profesional, pero sabía, sé, que hay gente muy poderosa implicada, a quienes les importa un rábano que seas juez.

¿Quieres saber la verdad? Esa gente me buscó en Interpol y me pidió ayuda. Me negué. Lo hice hasta que me hablaron de la muerte de tu marido. Y no por su fallecimiento, sino porque en los distintos escenarios habían aparecido jeringuillas hipodérmicas con las huellas de Jaime. Eso era muy serio y quise venir a ayudarte. ¿Me llamaron tus hijos? Sí, lo hicieron, y fueron ellos los que me contaron lo de la cuenta en Suiza y los millones. No fui yo el que lo investigó, pero gracias a Dios que ellos lo hicieron, porque te podía haber estallado en la cara. Lo demás, lo hemos ido averiguando juntos... De verdad, Lola...

Juan trata de acariciar su brazo, pero ella se zafa. Tiene aún el enfado en el cuerpo, pero va amainando, al tiempo que entiende las razones.

—Necesito tomar el aire. Estoy enfadada y... bastante piripi...

2

6 de agosto, Sotogrande

De hecho, lo está. La juez, que apenas ha dado dos pequeños mordiscos a la hamburguesa y ha picado media docena de patatas fritas, ha vaciado dos copas colmadas de champán. A Juan Iturri no le hace ninguna gracia. La Lola que él conocía tenía escasa o nula relación con el alcohol: una cerveza con limón de tanto en tanto, una copa de vino blanco en una cena, un licor café en alguna ocasión especial; eso era todo. Pero ahora bebe de otra manera.

Sabe por experiencia que el alcohol es el consuelo de muchas mujeres que se sienten solas, que soportan un fuerte o inesperado dolor físico o moral, que mascan la frustración, que no logran dormir; exactamente la situación de Lola. Durante un tiempo, días, semanas, familia y amigos se mantienen cerca, pero la vida debe seguir y se van. Entonces es el momento de afrontar el cambio. Es obvio que Lola no lo ha hecho y que el alcohol le está sirviendo de sucedáneo. Al fin y al cabo, ese néctar anima, desinhibe, tiene un agradable efecto euforizante y parece anestesiar las penas durante un ratito... No es que piense que se ha convertido en una alcohólica, pero percibe un cambio de patrón que puede ser peligroso. Si no le pone freno, podría llegar a convertirse en una adicción. La buena noticia es que bebe con él. De hecho, ha sido él quien ha abierto la botella de champán. Sin embargo, ¿qué hacía Lola cuando él no estaba? ¿Asaltaba el minibar? También sabe que, hasta muy tarde, la familia no se da cuenta, no detecta el problema y, por tanto, no busca soluciones.

Han salido a la terraza a tomar el aire. Juan lleva su cachimba en la mano; Lola se envuelve en el chal y comenta, ya sin enfado en la voz:

—Me alegro de que la... dama invisible no esté muerta. Me cae simpática, aunque ya conoces mi ramalazo republicano... Además, se habría armado un lío tremendo...

—Coincido en lo del lío, pero lo más interesante es saber por qué no está muerta. Si todos los miembros del club, cuando llegaban a sus respectivos domicilios, se inyectaban voluntariamente la sustancia que, suponemos, les facilitaba tu marido, entonces la dama invisible también lo hizo, por lo que podemos inferir que el veneno no estaba en esos viales, lo que excluiría a Jaime como culpable.

—Lo que dices es razonable. Apuesto a que la ricina estaba disuelta en alguno de los alimentos que compartieron...

Al comandante Iturri un recuerdo fugaz le pasa por la mente.

—Volvamos dentro, quiero consultar mis notas.

Lola lo agradece; se está quedando helada. Antes de marcharse, toma la copa para terminarla, pero Iturri la frena con suavidad.

—¿No has bebido suficiente?

La juez se echa a reír.

—Define suficiente.

Iturri baja la mirada y comienza a hablar en voz queda.

—Mi madre fue una buena madre, aunque le tocó una vida dura. Pero guardaba un secreto inconfesable: era alcohólica. Comenzó a beber cuando...; bueno, eso no importa. Llegó un momento en que el alcohol fue lo más importante en su vida. Y yo a por uvas.

—¿Crees que soy una alcohólica?

—No. No lo eres, pero das el perfil para dejarte deslizar por esa pendiente. Solo te pido que seas consciente. Y perdóname por no haber tenido la sensibilidad de guardar el champán... En fin, voy a consultar mis notas.

Lola no replica, porque sabe que Iturri tiene razón.

—Voy a aprovechar para ir al baño —dice.

3

6 de agosto, Sotogrande

—Aquí está —comenta Iturri cuando Lola regresa—. Según las notas que tomé tras mi reunión con el CNI, tanto en el estómago de Hamid bin Aziz como en el del cardenal Ochavarría se hallaron restos de caviar negro y de tarta de queso, y cantidades moderadas de alcohol en sangre. ¿Lo llamarían el Club del Caviar porque tomaban ese alimento en sus reuniones? Ya sabes cómo le gusta a ese tipo de personas el lenguaje simbólico...

—Eso es imposible —responde la juez, contundente, dejando descolocado a Iturri.

—¿Qué es imposible?

—Saber qué cenaron. Si ingirieron esos alimentos el día trece hacia las nueve de la noche, más o menos, y fallecieron el catorce hacia las nueve y pico de la mañana, habían transcurrido unas doce horas. Si, como dices, fue una cena completa y variada, es decir, con mezcla de diferentes alimentos en el estómago, la digestión tardaría un poco más de lo normal, pero, por lo que escucho a los médicos forenses, el tiempo máximo de vaciamiento del estómago no pasa de seis horas. Quizá sean ocho, no lo recuerdo con exactitud, pero desde luego no doce. Con esa cifra es imposible que los médicos supieran qué comieron y mucho menos un alimento tipo «tarta de queso». Creo que tus amigos del CNI te tomaron el pelo...

—¡Hija de puta! ¿Cómo he podido ser tan estúpido? —exclama Iturri alterado.

—No te flageles, Juan. Dime, esa amiga del CNI, ¿es de fiar?

Tras varias maldiciones y gestos ostensibles de enfado, Iturri digiere la pregunta.

—Creo que Betty es, hasta donde un agente del CNI puede serlo, confiable...

—Si es así, ¿no estará dándote pistas de cosas que no ha podido contarte? Por ejemplo, dice que comieron caviar: podría estar dándote pistas sobre el nombre del club. En el caso de la tarta de queso..., amén de que es dulce y engorda bastante... Por cierto, me suena que la dama invisible en la que ambos pensamos sigue una dieta muy sana y no toma dulces... Envenenando el postre, se aseguraban excluirla.

Iturri se levanta y comienza a pasear por la habitación.

—Quizá solo haya que investigar quién hizo esa tarta de queso... ¿Jaime era goloso?

—Mucho. Si sirvieron tarta de queso, o de cualquier otro tipo, con seguridad la habría probado y repetido... Aunque aún se me ocurre otra posibilidad. ¿Y si mencionar un alimento tan específico fuera una reducción al absurdo?

—No te sigo, Lola.

—Si no se pueden detectar los alimentos ingeridos doce o catorce horas antes, es muy probable que tampoco pueda detectarse un tóxico que se ha mezclado con esos alimentos. Quizá no esté presente en el resto de los órganos en cantidades identificables, o quizá sea de acción rápida y se haya degradado rápidamente. Sé que cuando llevan al hospital a alguien que ha ingerido pastillas o algún veneno con propósito autolítico, piden a la familia que lleven los envases para saber qué han tomado. Entiendo que una de las razones es que, pasadas unas horas, las pruebas de laboratorio no son capaces de identificar la sustancia.

Iturri sigue consultando sus notas.

—Mi amiga del CNI mencionó que lo habían identificado con una prueba llamada ELISA. Dijo que se acordaba porque así se llama su hija..., aunque, ahora que lo pienso, en otra ocasión me dijo que se llamaba Ester, como su madre. ¡Hija de puta! ¡Me estaba transmitiendo que alguien se ha inventado lo de la ricina! ¡Maldita sea, Lola! Se nos acaba de caer todo el castillo de naipes y tenemos que volver a empezar...

—No seas exagerado: que fueran envenenados con ricina o con cianuro, o que

comieran tarta de queso o natillas no va a cambiar nuestro juicio... Aunque, ahora que lo dices, si ni siquiera hay certeza de que sea con ricina, es que el caso no se está llevando por la vía ordinaria... Hay alguien muy poderoso metiendo mano.

—Vale, volvamos a los orígenes, solo a lo que sabemos con certeza: siete miembros, tratamientos a diez millones por barba, seis muertos, cuerpos llenos de púrpura y algunos, quizá todos, infectado con VIH. La posibilidad de que se envenenaran por el vial, casi nula, porque la dama invisible, el miembro número cinco, continúa con vida. En cuanto a Jaime y a la chica rubia, los mataron el día catorce por la mañana y luego, esa misma tarde, trasladaron los cuerpos...

De pronto, Lola, nerviosa, se pone en pie.

—¿Qué pasa?

—¿Te acuerdas de lo que dijo el forense, el de los tirantes con la bandera?

—Ha dicho muchas cosas, Lola, ¿a cuál te refieres?

—Dijo que entre mi marido y la rubia había una diferencia sustancial...

—Cierto, la chica no tenía púrpura y tu marido, sí...

—Eso es. Si la púrpura la produjo el veneno en quienes recibían el tratamiento, una de dos: o la joven científica no cenó con ellos, o no recibía el tratamiento...

Iturri aplaude.

—¡Cierto! Pero aún hay más. Si tu marido tenía púrpura, entonces... ¡también recibía el tratamiento!

—Tenemos que averiguar qué contenían esos puñeteros viales —añade Lola.

—Y encontrar al séptimo miembro. ¿Crees que estará vivo o habrá muerto también?

La juez lo considera un instante.

—Si los demás murieron la mañana del catorce de julio y el séptimo miembro está muerto, habrá fallecido en esa misma fecha. Una de las malas cosas de ser rico es que, cuando te mueres, se comenta: podemos revisar las necrológicas de los periódicos...

La idea anima a Lola, quien finalmente da un buen tiento a su hamburguesa. Aún con la boca llena, abre Google y busca la lista de famosos fallecidos el

catorce de julio.

—Veamos: abogado y político brasileño, ochenta y dos años; esquiadora francesa, noventa; jugador de baloncesto estadounidense, veintinueve, accidente vial; músico peruano, sesenta y seis; periodista mexicano, setenta y dos; futbolista británico, setenta y cuatro; político australiano, cincuenta y ocho, cáncer; chef argentino, accidente vial; periodista y baloncestista estadounidense, setenta y ocho... Nada: todo estos eran famosos o famosillos, pero no eran ricos. Espera, aquí hay algo: José Tracule, brasileño, setenta y cinco, exportador de cítricos, con una fortuna cercana a los mil millones. No indican la causa de la muerte... En este tampoco: Ramash Rerding, multimillonario británico, empresa de corretaje de aeronaves con sede en Dubái, sesenta y cinco. Fallece sorpresivamente en Marbella, donde pasaba unas cortas vacaciones. Estos dos encajan, ¿no te parece?

—Deja que revise los orígenes de las transferencias que me facilitó tu yerno, por si algo nos casa... Aquí están. La transferencia de veinte millones procede de una fundación farmacéutica con sede en Madrid: esa tiene que ser la de los Aguirrezábal. Las transferencias de diez millones proceden de cuentas de Arabia Saudí, Islas Vírgenes Británicas, Dubái, Luxemburgo y una fundación de Zúrich... Podemos suponer que la transferencia de Arabia Saudí es de Hamid y la de Zúrich la del cardenal, pero de las demás no hay datos; son prácticamente paraísos fiscales...

—El tal Rerding era británico y ya sabes que los británicos son tan suyos que hasta para blanquear dinero lo hacen en sus territorios; podría ser la de Islas Vírgenes... ¡No me mires así: tengo sangre irlandesa!

—Podría ser, pero no tenemos tiempo ni forma de comprobarlo, salvo que yo acceda desde Interpol y entonces moveríamos un avispero peligroso... Pensémoslo un poco más, Lola: ¿qué adelantamos sabiendo quién era el séptimo miembro? Si ha fallecido, que descanse en paz. Si está vivo, no aparecerá en la lista de decesos. Además, en mi experiencia, el tema financiero es siempre peliagudo. Por ejemplo, la transferencia procedente de Dubái puede corresponder a infinidad de países: sin ir más lejos, desde que invadieron Ucrania, los rusos lo emplean como capital financiera...

En ese momento, a Lola le viene a la cabeza la imagen de Nikolái.

—Oye, comandante, ¿te acuerdas que te presenté esta mañana en el desayuno a un científico ruso que trabaja en el hotel? Siempre se mostró colaborador y amable...

—Vagamente, sí.

—Tenía patillas XXL, de torero de antaño... Bueno, eso es lo de menos. El caso es que me ha pasado algo curioso... ¡Seguro que es una tontería!

—Con los rusos, nada es una tontería. Cuéntamelo...

—Bueno, yo bajaba cada día a desayunar a las siete y media en punto, sobre todo para no encontrarme con nadie, porque llevaba conmigo las cenizas de Jaime. Siempre me atendía él. Charlábamos... Nunca me pareció corto de luces, pero me quedé de piedra cuando me contó que trabajaba en algo nuclear en una ciudad del cinturón de Moscú. Me dijo también que había descubierto un nuevo elemento de la tabla periódica..., quizá era de otra tabla, no lo recuerdo, y que lo habían denunciado por hablar en contra de la guerra de Ucrania y se había visto obligado a salir por piernas y había recalado aquí...

—Lo recuerdo; sugeriste que lo conectara con científicos españoles. ¿Qué pasa con ese tío?

—Esta tarde, cuando he bajado a tomar un café, he preguntado por él y me han dicho que no hay ningún ruso ni nadie que se llame Nikolái trabajando en el hotel... ¿Por qué me habrá mentido? ¿No te parece raro?

—¿Qué? Espera un momento: eso huele fatal... —Coge uno de sus móviles y marca una extensión interior—: Olga, soy el comandante Iturri. Siento molestarte a estas horas, pero necesito una comprobación urgente. Sí..., lista de empleados del hotel MIM en Sotogrande, España. Altas y bajas en los últimos dos... tres meses. A mi móvil, gracias.

—¿No estarás pensando...?

Iturri no responde. Se ha puesto en pie y ha salido de nuevo con su cachimba a la terraza. Lola nota de inmediato la transformación. Ha puesto de nuevo ese gesto. Ahora actúa en modo policía: su amabilidad y cortesía han sido enviadas al recóndito fondo de su alma; ahora es un soldado, un cazador. Lola coge su copa de champán, pero al ir a apurar los restos, recuerda la regañina de Iturri y

desiste. Cuando va a depositarla en la mesa, se le resbala y las trazas del licor caen sobre su vestido blanco.

—¡Mierda! —exclama.

Busca a su alrededor la servilleta. Como no la encuentra, mete la mano en su bolsillo para dar con un pañuelo de papel. Pero lo que descubre es una cuartilla doblada. Apenas tarda unos segundos en ponerle contexto: es la nota que le ha entregado la sargento Urdiales. Su teléfono, supone. La abre, pero no encuentra el contacto de la guardia, sino una lista de tres nombres, con sus correspondientes teléfonos, de los que ella nunca ha oído hablar.

4

6 de agosto, Sotogrande

—El listado de empleados ya está pedido, pero su recepción puede demorarse, Lola. ¿Te parece que descansemos un rato y sigamos mañana temprano? Yo estoy reventado. ¿A qué hora regresas a Madrid?

Lola tarda apenas un segundo en contestar y lo hace de modo categórico.

—No pienso regresar...

—Se lo prometiste a tus hijos... Además, tendrás que retomar tu actividad en el Tribunal.

—Con la que está cayendo, ¿no pretenderás que me quede de brazos cruzados? No puedo hacerlo. Mira, por el Tribunal no hay que preocuparse: estamos en agosto y todavía me quedan quince días del permiso sin sueldo que he pedido. Respecto a mis hijos, los llamaré mañana y se lo explicaré, pero aún no puedo volver. Sé que me comprendes.

El comandante sabe que tiene que darle la razón, aunque no quiera.

—Te comprendo, pero eso no significa que sea lo correcto. Es mejor que no llamemos más la atención. Yo puedo encargarme solo.

—¿Insinúas, comandante, que no me necesitas? Porque entonces te perderías regalos como este: mira, lo metí en el bolsillo y con todo el lío del análisis del VIH lo olvidé. Me lo entregó bajo mano la sargento Urdiales cuando fuimos al puesto de Pueblo Nuevo.

Iturri estudia la nota. Es una cuartilla corriente, escrita a mano. No está firmada ni tiene membretes, pero incluye tres nombres completos con sus correspondientes números de teléfono. El comandante echa un vistazo.

—Comprobemos quiénes son esas personas —dice y teclea el primero de los nombres en su buscador.

—Felipe de Liébana, marqués de Tisón, abogado corporativo, setenta y tres años, viudo... ¡Joder!, aparece en la lista de *Forbes* entre los más ricos de España: puesto ochenta y tres... Dame un minuto, voy a ver sus propiedades inmobiliarias. ¡Mira, el tipo tiene casa en Sotogrande desde 1979!

—Sin duda, encaja en el perfil del Club del Caviar. ¿Podría ser el séptimo miembro?

—Ni idea. Veamos el segundo: Diego Dosantos, marqués de Buenrostro, cirujano plástico, propietario de una clínica de cirugía estética. Misma edad, también viudo... ¡Coño! También tiene casa en la urbanización y también está en la lista de *Forbes*... Supongo que será el médico del que nos hablaron, el que iba a firmar el parte de defunción de Claudio Guinea. Vamos con el tercero: Luis Rojo... Este es de otro pelaje. Casado, un hijo, cincuenta y dos años, bachiller, con una pequeña vivienda en Pueblo Nuevo, gravada con una hipotecada de ciento treinta y dos mil euros. Profesión: vigilante de seguridad. Figura como recientemente despedido de la empresa en la que trabajaba, que, mira por dónde, es la que vigila Sotogrande... ¡Aquí hay mucho material, Lola! Pero son las dos de la madrugada y de momento no podemos hacer gran cosa. Hasta Desliz está frito.

Lola se levanta.

—De acuerdo. Durmamos un rato: me voy a mi habitación. ¿Desayuno a las siete y media? Hasta esa hora no abren.

Iturri no vacila esta vez. Con toda la amabilidad que es capaz de condensar, propone:

—¿Por qué no te quedas? En el dormitorio de la derecha, o conmigo, en el de la izquierda...

Lola tampoco duda.

—Te lo agradezco, Juan, pero tengo mis cosas en la habitación. Nos vemos mañana...

—De acuerdo, te acompaño...

—¡Por Dios! Estoy a cincuenta metros. No tengo tantos lujos como tú, pero

mi cama es estupenda. ¿Te importa que Desliz se quede aquí? Te ha cogido cariño.

Iturri acepta. Lola reintegra al bolso todo lo que ha sacado de él y regresa a su habitación. Cuando por fin consigue encontrar la llave magnética y vislumbra la enorme cama se le ilumina el rostro; también ella está agotada. Ha pensado en darse una ducha, pero se lo piensa dos veces y decide no hacerlo; ni siquiera perderá el tiempo buscando el camisón. Sujeta la tela del vestido por la parte inferior y se desprende de él tirando hacia arriba. En ropa interior, se dirige hacia la ventana y corre de un tirón las cortinas opacas. Pero cuando se da la vuelta para lanzarse sobre la cama, un brazo fuerte y musculoso la sujeta por el cuello y le tapa la boca. Le da un susto de muerte.

—¡No grites, juez! —escucha de una voz cuya entonación le resulta familiar.

Su primer instinto es tratar de zafarse, levantando los brazos y llevándolos hacia la espalda. Aunque su agresor ve el movimiento y se inclina hacia atrás, logra alcanzar su cara y lo araña con todas sus fuerzas. Pero su adversario, que se sabe más fuerte, no está dispuesto a soltar a su presa. Lola sopesa si, con su año de pilates, será capaz de lanzar la pierna hacia atrás y patearle la entrepierna. Apenas necesitaría que se resintiera unos segundos para tener la oportunidad de salir corriendo, pero antes de poder intentarlo, el brazo aprieta más fuerte el lazo y tiene que emplear toda su energía en meter sus dedos entre él y su cuello para tratar de liberarse.

—¡Quieta, juez! —reitera la voz. Lola siente su aliento en la oreja—. Voy a soltarte muy despacio: si gritas o te mueves, tendré que hacerte daño. ¿De acuerdo?

Lola asiente con la cabeza y comienza a notar como la presión sobre su garganta se afloja. Luego, el hombre deja libre su boca. Sus pulmones, ávidos de aire, se llenan una y otra vez, para después toser compulsivamente.

—No te gires —le ordena la voz, que cambia la presión del brazo por el frío cañón de una pistola en su nuca.

Lola intenta conservar la compostura y mantener firme la voz; si se ablanda, será peor. Pero está cagada de miedo y, muy a su pesar, siente como las lágrimas

se le escapan de los ojos. A pesar de todo, su instinto de supervivencia la mantiene activa.

—Nikolái, sé que no eres el doctor que descubrió ese elemento periódico ni tampoco el que tuvo que salir precipitadamente de Rusia, pero, seas quien seas, pensaba que nos respetábamos. ¿Qué daño he podido hacerte yo para que me trates así? ¡Hasta intenté encontrarte trabajo como físico!

Con un tono que no parece demasiado convincente, replica:

—Estamos en guerra. Sé que tú no has hecho nada, pero tu marido, sí...

—Fuiste tú, ¿verdad? Tú atropellaste a Jaime y a su ayudante...

Por toda respuesta escucha una respiración profunda.

—¿Lo hiciste? —le repite, ya sin miedo.

Su insistencia irrita a Nikolái, cuyo cuerpo se le echa encima de nuevo y siente incrementarse tanto la presión del brazo como la del cañón del arma.

—Tu marido envenenó a Aleksandr Mazarosvy, mi jefe y, sobre todo, mi amigo con esas inyecciones que le proporcionaba. No tuvo la muerte a la que aspiramos todos. Cayó como un perro. Fue una muerte terrible, ignominiosa, sangraba por todas partes. Sé que andas indagando por ahí, con tu amiguito de Interpol, y que tu marido abrió una cuenta millonaria en algún paraíso fiscal...

—¿Cómo sabes eso? —pregunta Lola.

El ruso suelta una risa estrambótica.

—¡Tu perro me lo cuenta todo, estúpida mujer! Y ahora, dime: ¿quién pagó a tu marido para matar a Aleksandr? Responde, ¿fue la gente de Putin? Siempre ha sido un tirano incapaz de aceptar una crítica. Por él tuvimos que abandonar nuestra patria...

Lola intenta girarse, pero vuelve a notar el brazo en su garganta y la pistola en su sien derecha. Le tiembla todo el cuerpo, pero consigue responder en un tono potente:

—¿Putin?, ¿el Putin ruso? ¡Jaime no tenía nada que ver con Rusia, y menos con ese Putin! Mira, Nikolái, Maxim, o como te llames, es la primera vez que escucho el nombre de tu jefe, pero lo que sí hemos averiguado es que a Jaime lo envenenaron como al resto. ¡Junto a tu amigo, han muerto seis personas, mi marido entre ellos! Todos sangraban por todas partes. —La mente de Lola piensa

a toda prisa. No tiene una fotografía de él lleno de púrpura, pero sí las del árabe. «Espero que Nikolái se trague el cambio»—. Si me permites que coja el móvil, te enseñaré una fotografía que lo demuestra...

Su atacante afloja la presión.

—¡Adelante! —acepta (es más un bufido que una palabra), pero le advierte —: Mi pistola es una GSh-18. No es tan cómoda ni tan bonita como una Glock, pero es capaz de perforar el blindaje de un coche. Imagina lo que haría con tu linda cabecita pelirroja...

Lola asiente e intenta darse prisa, pero no localiza el móvil tan rápido como a ella le habría gustado. Las manos le tiemblan. Finalmente, vacía el bolso sobre la cama para dar con él. Trastea unos segundos hasta localizar una de las terribles fotografías de Hamid bin Aziz que la sargento Urdiales había compartido con ella.

—Aquí está. ¿Lo ves? Jaime también sangraba por la boca, por los ojos, por los dedos, ¡por todos los poros!... Y no solo él; como te digo, otros miembros del Club del Caviar acabaron así. ¿Qué sentido tendría que Jaime envenenara a tu amigo y luego se envenenara a sí mismo? El culpable tiene que ser otro...

—¿Quién?, ¿ese cura con el que habéis hablado hoy?

—No, ese es un pobre hombre. Mira, Nikolái, aún no lo sabemos... Pero pareces un hombre práctico. Te propongo un trato: si yo averiguo algo, te lo cuento, y a la recíproca...

—De acuerdo.

—Tenemos un trato, entonces. ¿Cómo te localizo, Nikolái?

—Yo te localizaré a ti —manifiesta, bajando el arma y rebajando la tensión —. Por cierto, señoría, no estás nada mal en ropa interior. Me encantaría quedarme un rato más...

Aunque temblando, la juez hace caso omiso del comentario y del arma con la que Nikolái está recorriendo su cuerpo.

—Nikolái, ¿sabes cuál era el propósito del Club del Caviar?

Como respuesta, siente acentuarse la presión de su atacante en la garganta. Ocurre tan deprisa que se asusta y emite un grito de pánico. Lola sabe que, si no hace algo pronto, será su fin. Lanza el codo hacia atrás, intentando enfocar hacia

la nuez de su atacante, pero su resistencia ceja en el mismo momento en que Nikolái empuja con la mano izquierda su cabeza hacia abajo. Las rodillas de Lola flaquean, su mente retrocede y se desploma. Nikolái la suelta y cae a sus pies como un peso muerto. Luego, abandona la habitación sin molestarse en cerrar la puerta.

5

6 de agosto, Sotogrande

El comandante Iturri se halla concentrado en la pantalla de su portátil. Antes de meterse en la cama, echa un vistazo al listado de empleados del hotel que acaban de enviarle desde Interpol. No es una lista demasiado extensa y hay bastantes mujeres, de modo que el número de potenciales candidatos se reduce considerablemente. Eso le permite relajarse un poco, pero Desliz, que parecía estar en el séptimo cielo, se pone en pie de un salto, empieza a ladrar y se coloca en la puerta aullando. Emite un silbido tan lastimero que el comandante decide sacarlo un rato, pero en cuanto abre la puerta sale disparado pasillo abajo hacia la habitación de Lola.

Juan lo sigue. Con la escasa luminosidad de los focos de emergencia, ve a alguien salir huyendo de la habitación que ocupa la juez. Su primera intención es correr tras la sombra, escaleras abajo, pero su prioridad es Lola. Al llegar a la puerta de su habitación, observa con espanto que está tendida en el suelo, sin conocimiento. Por eso, en lugar de seguir al atacante, se agacha y trata de localizar su pulso. Gracias a Dios, está viva. Desliz, que parece haber entrado en pánico, no para de lamerle la cara y de lamentarse con extraños aullidos de pena. Está tan nervioso, que le cuesta retirarlo para poder atenderla. Tras examinarla, Iturri concluye que le han aplicado un mataleón. Espera que el hombre sea experto en la maniobra y no le haya dañado la tráquea.

No muchos segundos después, Lola vuelve en sí. Abre los ojos y se topa con el rostro de Iturri sobre ella.

—¡Juan! ¿Qué haces?, ¿qué ha pasado?... —susurra, antes de empezar a toser.

De rodillas, Iturri le levanta el torso y la abraza.

—¡Qué susto nos has dado, Lola!

En ese momento, la memoria de la juez regresa en tromba: había vuelto a su habitación, se había deshecho del vestido y había corrido las cortinas. Entonces, Nikolái la había sujetado por el cuello y había acusado a Jaime de matar a Aleksandr Mazarosvy...

—¡Ya sé quién es el séptimo miembro, Iturri! Apunta el nombre, porque no sé cuánto tiempo lo retendrá mi memoria.

Pero el comandante no la escucha. La toma en brazos y la lleva a la cama. Al darse cuenta de que está en ropa interior, se acerca al baño, captura un albornoz y delicadamente la cubre con él. Llena un vaso con agua y la hace beber. A Lola le duele la garganta al tragar.

—Mañana por la mañana vuelves a Madrid, señoría. Y no hay más que hablar... —ordena Iturri, con la diáfana convicción de que el asunto se complicará aún más.

—¿Y crees que en Madrid no me localizarán? Lo que tenemos que hacer es resolver este asunto de una vez por todas —se lamenta Lola, con amargura.

Juan sabe que tiene razón, aunque le cueste aceptarlo, por eso sentencia:

—Pues entonces, Lola MacHor, voy a ser tu sombra. Vayas donde vayas, estaré allí.

La juez asiente agradecida.

6

6 de agosto, Sotogrande

Juan Iturri está sentado en el borde de la cama. Sus manos recolocan una y otra vez el albornoz sobre el cuello de la juez. Tiene la mirada clavada en ella. Cuando Lola abre los ojos, se la encuentra. El cruce de miradas es diferente esta vez. Como si la bruma se disipara, la juez ve emerger un Iturri nuevo, ignoto, fascinante. No sabe si el hombre que dibuja su mente es real o fruto de la situación vivida. No sabe si es una quimera, un castillo en el aire con el que su mente trata de cubrir la brecha causada por su marido.

La juez conoce al policía, al hombre acostumbrado a apretar los dientes. Conoce al comandante riguroso, áspero, taciturno. Pero ante sí tiene a un dulce, cercano y respetuoso amigo por quien, percibe estupefacta, su corazón late muy fuerte. Siempre ha temido ese momento. Jaime ha sido el único hombre de su vida. Ningún otro ha compartido su cama o su corazón. No sabe si está preparada para abrir esa puerta, para aceptar sin peros ni reservas. Sin embargo, al ver esos ojos verdes, grandes y brillantes, exorciza el temor que la atenaza, cierra los ojos y eleva levemente el mentón.

El beso, suave, cálido, ofrece para ambos mucho más de lo soñado. Iturri tiene que contenerse para no emprender la carrera que le pide su cuerpo, pero lo hace: quiere que Lola entienda qué es lo que busca. Por eso, se tumba a su vera y se aferra a su cintura, mientras respira su frescura y espera que sea ella la que continúe. Si quiere.

Aparte de un ligero dolor en el cuello y en la garganta, Lola se encuentra en la gloria. Ahora es ella, situada a escasos centímetros de su rostro, la que masca el

olor de su colonia y el de su tabaco de pipa. Cierra los ojos cuando se acerca y besa de nuevo sus labios. Es un minúsculo beso, pero el estremecimiento corre por su cuerpo hasta erizarle el vello de brazos y piernas. Ya no recordaba ese sentimiento. Juan la secunda de inmediato. Sus labios se abren y sus manos se deslizan por debajo del albornoz, mientras los pelos de su barba corta rozan su cuello. Lola no puede impedir que su mente transporte el recuerdo de Jaime, pero sí que se quede.

—Te quiero, señoría —le susurra al oído. Su frase es una clara declaración de intenciones, como lo son sus dedos, colándose bajo el encaje rosa de su sujetador.

Lola le retira la mano.

—El médico advirtió que los anticuerpos del VIH pueden tardar en detectarse y no me perdonaría por nada del mundo haberte contagiado.

—Me arriesgaré —dice Juan convencido, retomando la posición.

—No —sentencia, categórica. Iturri va a protestar, pero Lola coloca los dedos sobre su boca y le susurra dulcemente—: Esto va demasiado rápido para mí, Juan. Eres de lo mejor que me ha pasado en la vida. Siempre estás cuando lo necesito, siempre te preocupas de mí. Y ese beso que acabas de darme me ha sabido a gloria, pero, hasta ahora, solo Jaime me había visto en ropa interior y aún tengo sus cenizas en el armario. Yo no amo en broma ni a ratos; me doy por completo y necesito estar segura.

—De acuerdo. Como siempre, tú ganas.

Décima parte

1

> Un príncipe... jamás predica otra cosa que paz y lealtad, y, en cambio, es enemigo acérrimo de la una y de la otra.
>
> NICOLÁS MAQUIAVELO, *El príncipe*

7 de agosto, Sotogrande

Han pasado algunas horas. Mientras el comandante descansa, la juez, tumbada en la cama, muy quieta, deja vagar sus ojos por el techo, haciendo esfuerzos para no dormirse. Está muy cansada. Le vendría de perlas descansar un rato más, pero no quiere que Iturri escuche sus ronquidos —son tan fuertes que se ha despertado a sí misma.

Lleva un largo rato dando vueltas a sus sentimientos. Está hecha un lío. Es muy consciente de cuántas malas pasadas juega la adrenalina y de lo fácil que es mezclar planos en situaciones estresantes. Se siente sola, herida y engañada: viene de enterarse de que su marido era seropositivo, tenía una cuenta en Suiza cargada de millones y vivía una vida que ella desconocía por completo. Al desengaño y la decepción, más profundos en tanto ella y Jaime llevaban más de un cuarto de siglo juntos, se suma el pánico ante el ataque de Nikolái, que le indica, además, que su juicio acerca de los demás no es tan certero como ella creía. Entonces, aparece Iturri como un campeador montado en su caballo blanco y la salva de todos los peligros. ¿No es lógico que su corazón caiga rendido en brazos de su salvador? Sin embargo, habitualmente vive una vida normal, sin más peligros que los propios de su trabajo. ¿Qué pasará cuando Iturri no tenga de qué salvarla? ¿Qué quedará de ese sentimiento? «Seguro que los psiquiatras

han puesto nombre a esto», se dice. Y, aunque ningún psiquiatra lo haya hecho, ella ha visto situaciones similares en demasiadas ocasiones.

La policía lo califica con el bonito eufemismo de «relación inapropiada». Una mujer vulnerable, necesitada, colocada involuntariamente en un escenario que la aterra. Y, a mano, un policía de uniforme, con una pistola en el cinturón. Un hombre que ofrece seguridad y, sobre todo, un hombro fiable donde descansar. En esas circunstancias, es fácil que el ambiente se caliente y se traspasen los límites de la profesionalidad. El policía sabe que el consentimiento de la mujer en esas circunstancias es deficiente, equivocado. Y también sabe que esa relación inapropiada complicará la investigación.

Puede que todo se resuelva con bien y que lo inapropiado pase desapercibido. Pero, antes o después, llegará el problema. Lo hará cuando pase el riesgo y las aguas vuelvan a su cauce. Lo hará cuando ella despierte de ese letargo psicológico y se pregunte qué hace en los brazos de un hombre con quien no tiene nada en común y cuyo hombro, pistola y uniforme no necesita. Y empezarán los líos, y las lamentaciones, y las heridas. Sí, lo ha visto otras veces. Demasiadas.

Y, sin embargo, le parece que la relación entre ella e Iturri es diferente. Se conocen desde hace años. Iturri siempre ha estado cuando lo necesitaba, costara lo que costara. Y ella también. El problema es la palabra «necesidad». El amor no es necesidad, es don, felicidad. Menea la cabeza, como si con ese gesto pudiera librarse de esos pensamientos, respira hondo y se esfuerza en concentrarse en el caso y en dejar de pensar en él.

Repasa mentalmente los hechos. Es obvio que lo ocurrido, sea cual sea el tóxico, no es circunstancial. Se trata de un envenenamiento deliberado, planificado y ejecutado de manera minuciosa. Pero ¿por qué alguien querría matar a todas esas personas, tan distintas entre sí? ¿Un odio visceral contra los ricos? Pero Jaime o el cardenal no parecían formar parte del prototipo de ricos...

«¡Dios!, ¡no tengo respuesta para tanto interrogante!», se lamenta.

Se frota las sienes como si el movimiento pudiera estimular sus neuronas y comienza con sus respiraciones de pilates, que suelen ayudarla a concentrarse. También lo hacen en esta ocasión. De pronto, su mente deviene más lúcida. ¿Y si

el asesino no pretendiera borrar de la faz de la tierra ese club? ¿Y si solo pretendiera matar a uno de sus miembros y, con tal de asegurar que lo lograba, no le importó llevarse al resto por delante?... Pero ¿quién podía ser un enemigo tan cruel?

Comprueba el reloj despertador de la mesilla. Son las cinco y media de la madrugada. Se levanta intentando no hacer ruido, se coloca el albornoz sobre la ropa interior y sale a la terraza. Va descalza. El contacto con las baldosas, frías, la hace temblar. Se sienta en una de las sillas, levanta las piernas, las dobla sobre el asiento y las abraza con la tela de algodón. El cielo está negro y brumoso. El viento se ha detenido. No se escuchan gaviotas, ni transeúntes, ni siquiera furgonetas de reparto. El amanecer aún tardará en cocerse. Sin previo aviso, le viene a la cabeza el rostro de Nikolái. ¡Era tan educado, tan servicial! Aquellas patillas, ¡lo hacían parecer tan señorial! Respira hondo, para evitar que de nuevo el corazón se le dispare. Y trata de regresar al caso.

De acuerdo, empecemos por los porqués. Tenemos dos empresarios, una esposa, un eclesiástico, un mafioso ruso y un árabe hijo de puta. ¿Por qué alguien querría matar a alguna de esas personas? Descarta *a priori* al árabe: según Iturri, Hamid bin Aziz era un ser insignificante que, además, vivía en un país donde podían exterminarlo por las buenas sin tanto lío. ¿Y los empresarios? Quizá alguien, en alguna de sus empresas, se beneficiaba de que Guinea o Aguirrezábal desaparecieran. ¿Podría ser alguno de los hijos, harto de esperar a que el padre le diera paso, o un consejero delegado ávido de poder? Andando de puntillas, entra en la habitación, recupera su portátil y se pone a buscar datos.

Comienza por Aguirrezábal. Según la web corporativa, su empresa farmacéutica, una sociedad anónima cotizada, se dedica a la fabricación y comercialización de productos farmacéuticos y a la investigación y desarrollo de nuevos productos. Su lista de patentes concedidas y en evaluación es larguísima. Su expansión internacional es mayormente europea. Parece una empresa sólida y estable con un beneficio al alza desde la pandemia y repartiendo dividendos récord. Revisa la estructura de su consejo de administración y sus anuncios. El fallecimiento del presidente ha devenido en el nombramiento de su hijo Beltrán como presidente no ejecutivo. Según *Expansión*, años antes, el conde de

Gardoqui había delegado en su segundo hijo la mayor parte de la gestión y solo se reservaba para él las cuestiones institucionales. Las acciones no habían sufrido apenas variación con el cambio. Visto lo visto, era difícil explicar el asesinato del fundador con lógica económica. Además, había que sumar que también habían asesinado a su esposa.

En el ámbito empresarial, el caso de Claudio Guinea es similar: sus empresas hace tiempo que están gestionadas por su hijo y su yerno. La diferencia entre ellos era que Margarita lo ponía en el punto de mira.

Continúa con el siguiente miembro y teclea «Aleksandr Mazarosvy». En la red, se topa con un oligarca ruso con una empresa dedicada a la importación y distribución de vehículos occidentales de alta gama, especialmente Mercedes. También figura como propietario de Boran Security Group, dedicada a misiones de seguridad y capacitación, especialmente contra la piratería. Cuando intenta acceder a esa web, le pide un código. Entra en el apartado de noticias y se topa con un artículo de unos años antes, en el que explican que sus desavenencias con el Gobierno lo han obligado a exilarse en Londres, donde reside. Es obvio que en esa búsqueda necesita a Iturri.

Ya solo le queda el cardenal.

2

7 de agosto, Sotogrande

El ordenador se está quedando sin batería. Lola busca el cable por la habitación y, de paso, echa un vistazo al minibar. Coge unas almendras y una Coca-Cola Zero, aunque, en realidad, su mente está recordando el plato de patatas fritas que ha dejado a medias en la *suite* de Jaime, junto a la hamburguesa. Seguro que está correosa e insípida, pero a esas horas le daría un buen tiento sin pensarlo.

Cuando termina con las almendras sigue con los dos KitKat del minibar, al tiempo que busca fotos del cardenal en la web. Parece un tipo amable, que sonríe con cierta timidez. Buscando noticias, se encuentra con su obituario.

> En la mañana del día catorce de julio falleció en Roma Su Eminencia Reverendísima el cardenal Ochavarría, arzobispo de Fráncfort, proprefecto del Dicasterio de las Causas de los Santos y nombrado recientemente miembro de la Sacra y Militar Orden Constantiniana de San Jorge. Tenía sesenta y nueve años. El papa Francisco lo nombró cardenal el 27 de agosto de 2022. Nacido el 21 de mayo de 1957 en Kronberg, un pequeño pueblo cercano a Fráncfort. Estudió Matemáticas y posteriormente Teología en Sankt Georgen, doctorándose en Derecho Canónico en la Universidad Ludwig-Maximilian de Múnich. Era uno de los obispos cuyo nombre sonaba fuertemente como candidato en el próximo conclave. El papa Francisco destacó «su testimonio coherente y comprometido y su dedicación al Evangelio y a la Iglesia desde la caridad». También la Sacra y Militar Orden Constantiniana de San Jorge y su gran maestre, S. A. R. don Pedro de Borbón-Dos Sicilias y de Orleans, duque de Calabria, desean transmitir a Su Santidad el papa Francisco y a toda la familia de Su Eminencia las condolencias más sentidas y su profundo pesar, uniéndose a las oraciones que se eleven por su eterno descanso.

«De modo que falleció en Roma, ¿eh? Tengo que hablar con su secretario. Estoy segura de que no me contó todo lo que sabía». Mira el reloj: pasan diez minutos de las seis. El padre Klepar mencionó que se acostaba temprano. La gente que se acuesta temprano suele levantarse temprano. No lo piensa dos veces. Le envía un wasap a su móvil. Si está dormido, lo tendrá silenciado. Pero

no es eso lo que espera, por eso, permanece absorta mirando la pantalla. El segundo tic sale de modo instantáneo. Dos segundos después, los tics se tiñen de azul. Y, casi a continuación, su móvil vibra. Sonríe. Está preparada para la pelea: el chocolate la ha despertado por completo.

—Veo que madruga, padre Klepar —lo saluda.

—En mí es una costumbre arraigada. Además, estoy ya en el aeropuerto. Debo coger un avión: vuelvo a la diócesis donde el cardenal Ochavarría me fichó para ser su secretario. ¡Otra etapa de mi vida! —Lola piensa que, en esta ocasión, su voz suena fuerte y tranquila—. ¿Usted también es tempranera?

—No siempre, pero lo que tenemos entre manos no me dejaba dormir. No sé cómo lidiar con ello y he pensado que quizá haya recordado algo que pueda ayudarme...

Lola escucha como el sacerdote inspira y espira por la boca varias veces.

—Creo que no, señoría. Le conté mayormente lo que sabía...

Pero el padre Klepar no conoce a Lola MacHor. En ese momento, parece un gato a punto de saltar sobre un ratoncillo demasiado valiente.

—Estoy mirando el obituario del cardenal que he encontrado en internet. ¡Era joven!, demasiado joven para morir, ¿no cree? Supongo que lo echará de menos. Por cierto, el papa ha dicho cosas muy bonitas de él... —continúa Lola, cebando el anzuelo.

—Es verdad. El santo padre lo apreciaba y ha sentido mucho su pérdida. Hasta me ha llamado a mí, que soy un don nadie, para darme el pésame. ¡Cuando descolgué el teléfono y escuché su voz en directo, no me lo creía!

—Muy considerado, sí. Y aprovechando que todos huyen del *ferragosto* romano, lo han matado ustedes en la mismísima Roma. ¿No es un poco *heavy*, padre?

Tras un instante de extrañeza, contesta con total sinceridad.

—No lo había visto, señoría, y le doy toda la razón. Pero, para que conste, no tengo nada que ver: quedé fuera de todo en el mismo momento en que el cardenal murió.

—Me lo imaginaba: un clérigo como usted no mentiría de esa manera... Bueno, de esa manera ni de ninguna, ¿no?

Tras un breve silencio, Klepar responde:

—Lo intento, señoría. Con la gracia de Dios, la verdad nos hará libres.

—Pues inténtelo conmigo, padre; está hablando con una viuda que no termina de entender cómo ni por qué ha muerto su marido, un hombre joven que deja hijos, nietos y muchos médicos a su cargo.

—¡Señoría, no puede hacerme esto!

—No, padre: es usted el que no puede hacerme esto a mí ni a su Iglesia. ¡Se lo pido por favor, cuénteme lo que sabe! ¡Necesito entender!

Hay otra pequeña pausa. El sacerdote duda. Pero finalmente responde bajando la voz.

—Usted gana. Le contaré no lo que sé, porque no sé gran cosa, sino cómo interpreto yo todo esto, pero deme unos minutos. Voy a buscar un sitio más discreto. Cuelgo. La llamo a renglón seguido.

3

7 de agosto, Sotogrande

Lola está frenética. Cuando se encuentra así, necesita comer. No es por hambre, sino por calmar la inquietud que le muerde las entrañas. Durante la llamada, se ha dado otro pequeño atracón con la minúscula bolsa de patatas fritas, los refrescos y hasta el agua. En el minibar solo quedan las bebidas alcohólicas. Vuelve a aparecer en su mente la imagen de la hamburguesa. La llave de Iturri está sobre la mesa, a su alcance, y la habitación está a cincuenta metros. Sería fácil acercarse. Pero el miedo a que aparezca de nuevo Nikolái le pesa más que la ansiedad y el hambre juntos. Mete la cabeza bajo el grifo y deja que el agua corra por su nuca y su pelo. Luego, se enrolla una toalla alrededor de la cabeza. Cuando se mira al espejo, se da cuenta del enrojecimiento de su cuello y vuelve a entrarle un escalofrío. No hay duda: no irá a por la hamburguesa. «¡Seguro que está malísima!», se convence. En ese instante, su teléfono vibra de nuevo.

—Señora MacHor, ya estoy: he entrado en la sala VIP. Hay poca gente a estas horas y me he colocado en una esquina desierta. Ahora podemos hablar con más tranquilidad. ¿Dónde estábamos?

—Iba a explicarme cómo interpreta usted lo ocurrido...

—A ver si soy capaz... Verá, el cardenal Ochavarría estaba en todas las quinielas a futuro papa. Tanto progresistas como conservadores veían en él un buen candidato, un candidato de consenso. Aunque radio macuto no acierta casi nunca; el Espíritu Santo debe de divertirse muchísimo. A lo que iba: de pronto, hace algunos meses, calculo que en octubre o noviembre, empezaron a frecuentarlo algunas personalidades tanto eclesiásticas como civiles. Venían a

saludarlo con mil excusas: decían conocer a gente de su tierra, a su familia e incluso su universidad... Todos tenían en común su pertenencia o cercanía a esa poderosa institución eclesial conservadora de la que le hablé ayer, la que financió sus viajes a Sotogrande. Uno de sus miembros, un tipo joven y bien plantado, suizo, comenzó a visitarlo cada semana. A veces, se citaban en Roma; a veces, él se desplazaba a Friburgo. Empezaron también a llegarle invitaciones de universidades, colegios y asociaciones culturales relacionados con esa organización. Adulaban al cardenal, lo agasajaban, le preparaban los platos que le gustaban, le organizaban reuniones con gente joven, con matemáticos como él... En suma, lo atraían hacia su visión. Hasta que, a principios de año, lo invitaron a una comida en su sede central de Washington. No me permitió acompañarlo ni hizo alusión a la misma al regresar. Me extrañó, pero no dije nada; yo estoy aquí para servir. Tras esa visita, tomó como confesor a ese sacerdote suizo y poco a poco fue separándome de él y relegándome a tareas de mero mayordomo. Y en febrero, comenzó a viajar a Sotogrande.

—Padre Klepar, a ver si lo he entendido bien: ¿dice que esa organización estaba preparando al cardenal para ser su candidato en el próximo cónclave?

—Eso es lo que creo, sí.

—¿Y cree que lo mataron por eso?

—Lo creo, sí. A él y a su marido, Lola, aunque no acierto a comprender quién, en nombre de Dios, podría cometer tamaño atropello.

Tras la revelación, la mente de Lola va a toda velocidad.

—Padre Klepar, el otro día mencionó que el cardenal se disculpó con usted y quería también pedir perdón al papa. Dijo algo así como que se sentía otro Adán. ¿Me puede explicar qué significa eso? No lo comprendo.

—También yo le he dado vueltas, no crea, aunque la tentación de Adán es la misma que nos acecha a cualquiera de nosotros. ¿Qué les prometió la serpiente? Ser como dioses, convertirse en dioses. Es como si les hubiera dicho: «Dios os está engañando; os oculta la verdad, porque no quiere que le arrebatéis el trono. Cuando os adentréis en lo prohibido, recobraréis la libertad y podréis construiros vuestro propio mundo. Seréis vuestros creadores, seréis vuestros dioses. ¡No aceptéis limitaciones de ningún tipo!».

—Perdone que sea tan bruta, padre, e insista, pero, referido al cardenal, ¿qué significa?

—No lo sé, pero sea lo que sea es un engaño: usted morirá, yo moriré, el cardenal y su marido han muerto. ¡Somos caducos! Para ser dioses, tendríamos que dejar de ser criaturas, dejar atrás limitaciones físicas, achaques, enfermedades, defectos e incapacidades... El diablo, padre de la mentira, dio a Adán y a Eva gato por liebre: les hizo conocer su libertad para escoger el mal, pero no les contó que ese conocimiento no liquidaría sus limitaciones ni la medida finita de su propio ser. Adán y Eva hicieron las diez de últimas: se dieron de bruces con ellos mismos y con los demás, porque, para el que quiere ser dios, los demás solo pueden ser esclavos o enemigos.

—Entonces, ¿se trata, simplemente, de una cuestión de poder?

La risa del secretario suena triste.

—¿Simplemente? Se llama a los cardenales príncipes de la Iglesia. Tienen rango, boato y atribuciones de ministros y podrían convertirse en papas. Pero si un príncipe se cree superior a los demás hombres, si cree que Dios le ha conferido esa realeza por sus méritos, como un príncipe de sangre de la Edad Media, termina convirtiéndose en un pequeño y estúpido dios, en otro Adán. El cardenal era humilde y austero, nunca disputó por un apartamento lujoso o por los primeros puestos... No hasta que esa organización, subrepticiamente, insinuándose como una serpiente, le hizo creer que había sido *elegido* y lo incluyó en su estrecho círculo de privilegiados. Era un hombre inteligente y reflexivo, pero hubo algo en Sotogrande, algo que no alcanzo a adivinar, que le hizo sentirse dios. Es todo lo que sé, señoría.

—Lo creo, padre, pero ¿cuenta con alguna pista más tangible? No sé, quizá algún cambio de comportamiento, dejar rutinas arraigadas o adquirir otras, lecturas nuevas...

—Pues mire, ahora que dice lo de las lecturas, su marido le regaló unos libros que leyó ávidamente. No recuerdo los títulos, pero tenía uno en la mesilla. Sé que tenían que ver con los genes...

En ese preciso instante, a Lola se le enciende la bombilla.

—¿Podría ser terapia génica, padre? A eso se dedicaba mi marido.

—¡Seguro! Incluso trató de explicármelo, pero soy negado para esas cosas...

—¿Cree que Jaime aplicaba al cardenal, y a los demás miembros del club, algún tipo de terapia génica?

—Es posible, pero no lo puedo confirmar ni desmentir, señoría. Lo que sí puedo decirle es que el cardenal se inyectaba mensualmente un tratamiento que su marido le preparaba. De eso estoy seguro. Y ahora va a tener que disculparme: nos llaman para embarcar.

4

7 de agosto, Sotogrande

Mareada, Lola se deja caer sobre el respaldo de la silla. Está agotada, nerviosa, frustrada. Las últimas horas están resultando demasiado duras de tragar. Antes de que Iturri apareciera, estaba segura de que alguien había asesinado a su marido. Ahora sabe que su intuición era cierta, pero la noticia del dinero y de la posible responsabilidad de su marido en las muertes la ha pillado completamente desprevenida. Habían pasado meses desde que Jaime abriera una cuenta en Suiza y recibiera esos ingresos y nunca se lo había mencionado, ni siquiera insinuado. No le había hecho un regalo extraordinario, ni había planeado unas vacaciones especiales, ni había dado cantidad alguna a sus hijos. Setenta millones y nada. ¿Por qué? ¿Qué pretendía hacer con ese dinero? ¿Para qué lo quería? Y, lo más importante, ¿para quién?

De un modo u otro, en términos generales, todos nacemos, vivimos y morimos con defectos similares. Sin embargo, cada uno flaquea más en alguno de ellos. La juez MacHor nunca ha sido codiciosa. Aunque le disgustan enormemente los avaros, para quienes la riqueza es un pozo sin fondo, no demoniza el dinero. Para ella es una suerte de seguro de vida, capaz de reducir muchas de las preocupaciones ordinarias y, en especial, las extraordinarias: una enfermedad, una discapacidad, un susto. El dinero es importante para no tener que preocuparse por él, nada más. Y nada menos. Cuando dispone de alguna entrada extra de fondos, termina repartiéndolo entre sus hijos, que están empezando en la vida y andan más justos, o entre las causas sociales con las que colabora sin que nadie, ni siquiera su marido, lo sepa.

Sin embargo, Lola sí es una mujer ambiciosa. Busca, desea, progresar en su trabajo, le gustan las dignidades y el poder que confieren, disfruta tomando decisiones y mandando. Le gusta tener el control. Ha subido en el escalafón judicial porque ha trabajado y tragado mucho, y también porque ha tenido suerte. Y si ha frenado es porque las conjuras y las conspiraciones, los odios y las oscuras envidias que ve a su alrededor rozan su límite, un límite muy claro: pasar de no ser perjudicado a perjudicar a otros.

Está concentrada en estos pensamientos cuando nota vibrar su móvil.

—Señoría, soy el padre Klepar otra vez. Mi avión ha retrasado la salida al menos dos horas por tormentas intensas en destino, de modo que me he preparado un café y me he puesto a pensar en nuestra conversación.

—Me alegra que me llame. Dígame, ¿ha sacado alguna conclusión?

—Bueno, lo que voy a contarle va a parecerle ridículo, absurdo, pero creo que hay un aspecto en la vida del cardenal que sí varió desde que comenzó a ir a Sotogrande. ¿Me permite que lo comparta con usted?

A Lola, repentinamente, le tiemblan las manos. Las últimas horas han sido un ir y venir a ninguna parte. Se anima solo con pensar que pueden tener una pista.

—¡Por supuesto! Nunca hay nada insignificante, padre. Lo escucho.

—¡Prométame antes que no se va a reír de mí!

—Lo intentaré, padre, pero no puedo comprometerme con algo que desconozco.

—Tiene razón, señoría; ¡qué sensata es usted! Se habría llevado bien con el cardenal.

Lola se echa a reír, una risa fresca y franca: nunca nadie la había acusado de sensatez. ¡Es cualquier cosa menos sensata!

—Verá, Lola, el cardenal se estaba quedando calvo. No era un hombre demasiado presumido. A veces, incluso, tenía que forzarlo para que comprara zapatos nuevos o cambiara el traje o la sotana cuando estaban viejos. Pero el cabello era su debilidad. Estaba muy enfadado porque su padre, que falleció con ochenta y nueve años, conservaba la misma mata de pelo de su juventud, mientras que él, con sesenta y nueve, tenía una tonsura pronunciadísima. Acudió a un médico especialista que le diagnosticó alopecia androgénica, un trastorno

muy frecuente en varones. Le dijo que la pérdida del cabello la provocaba un exceso de hormonas masculinas, pero que avanzaba y se exacerbaba con la edad y el envejecimiento. El doctor le recomendó aumentar la ingesta de proteínas y vitaminas A, C y E, y un medicamento de uso tópico llamado Minoxidil. De vitaminas se atiborraba, pero el medicamento, que comenzó a administrárselo con mucha ilusión, le producía terribles dolores de cabeza y tuvo que abandonarlo. Pasó entonces a los remedios caseros. Por ejemplo, se trataba las calvas con ajo; ¡no sabe qué tufo tuvimos en casa hasta que se rindió! Finalmente, lo ofreció a Dios como un sacrificio y dejó de hablar de ello, aunque yo sé que rabiaba. Entonces comenzó a ir a Sotogrande y se hizo el milagro. Le estoy mandando a su wasap dos fotografías del cardenal. La primera se tomó en enero, durante la Epifanía; la segunda, en junio, a su regreso de España. Compárelas, por favor. Tómese el tiempo que necesite, no tengo prisa.

Lola, que tiene el teléfono conectado con el ordenador, abre las fotografías en este último para observarlas mejor. Coloca todos los sentidos en la pantalla. La diferencia entre ambas imágenes, separadas por apenas seis meses, se percibe a simple vista.

—¡Padre Klepar, esto es alucinante!

—¿A que sí? No puedo explicarlo de ninguna otra manera que por Sotogrande. Que, por alguna razón que no acierto a comprender, esa inyección mensual que su marido le proporcionaba tuviera efecto en el nacimiento del cabello.

Lola acaricia a Desliz, que se ha levantado y se ha tumbado a su vera.

—Padre, creo que hay muchas más diferencias entre esas dos imágenes. Vuelva a mirarlas con detenimiento: fíjese en los pómulos, en el surco entre la nariz y la boca, en el ángulo de la mandíbula e incluso en los poros de la piel... ¿Está seguro de que el cardenal Ochavarría no se sometió a algún tratamiento de cirugía estética?

—Segurísimo... Pero, ahora que lo dice, tiene toda la razón: ¡está muy mejorado!

Durante unos instantes, el silencio se adueña de ambos lados del teléfono. No es, sin embargo, un tiempo hueco, muerto: produce una compenetración, un

profundo entendimiento mutuo entre la juez y el secretario, de modo que ya no necesitan decir nada.

—¡Seréis como dioses! —susurra Klepar.

A Lola de pronto se le cruza un pensamiento. Quizá sea absurdo, quizá no. En todo caso, lo suelta.

—Oiga, padre, ¿recuerda si, en alguna de las visitas que mi marido hizo al cardenal, lo acompañó su joven ayudante, una doctora rubia de habla alemana?

—¿Se refiere a la doctora Cynthia Kohn? Porque si es ella, lo acompañaba a menudo. Una mujer muy valiosa, sin duda. Y muy guapa. Su marido nos la presentó como especialista en... ¡envejecimiento!

Lola no escucha el piropo que el padre ha dedicado a la doctora, pero sí la palabra que abre el enigma. Se apresura a despedirse del sacerdote e introduce el nombre de la doctora en Google Scholar.

5

7 de agosto, Sotogrande

Lola tiene los dedos en las teclas del portátil cuando siente como una mano cálida se apoya en su hombro. El escalofrío la hace dar un bote sobre la silla.

—¡Por todos los santos, comandante!, ¡qué susto me has dado!

—¿Hasta cuándo vas a seguir llamándome por mi cargo, Lola?

—Perdona, la costumbre... ¿Has dormido bien?

Juan se acerca y deposita un beso en sus cabellos.

—Ahora mejor. ¿Y tú?

Lola se queda quieta. No sabe qué debe hacer. No sabe *qué quiere* hacer. De modo que, para establecer su perímetro de seguridad, se lanza a contar las novedades.

—Me he pasado las últimas horas pegada a la pantalla buscando datos y al teléfono con el padre Klepar. Tengo que contarte un montón de cosas...

Iturri la observa. Sonríe, pero en su boca se adivina un punto de pesadumbre. Conoce bien a la juez y sabe que ese desasosiego, esa inquietud, es una salida por la tangente, una excusa para ahorrarse esa conversación que deben mantener antes o después. Pero no tiene prisa. El destino ha sido generoso. No va a desaprovechar aquella segunda oportunidad.

—¿Qué tal si me lo cuentas desayunando? ¡Me muero por un café!

Mientras habla, se sienta a su lado, tan cerca que Lola puede escuchar su respiración.

—Hueles a chocolate...

Su comentario rompe la tensión en Lola. Se echa a reír nerviosamente

mientras se retira los cabellos hacia atrás.

—Lo confieso: he atracado el minibar. Salvo la ginebra, no he dejado títere con cabeza... ¡He estado a punto de robarte las llaves y colarme en tu habitación para recuperar la hamburguesa que dejé ayer!

—¿Y por qué no lo has hecho?

Lola inspira y espira el aire por la nariz.

—Porque me daba pavor volver a encontrarme con Nikolái; quedamos en que si yo sabía algo se lo contaría y me aseguró que él me encontraría...

—¡Joder, Lola!, ¡no puedes ir por el mundo haciendo tratos con mafiosos rusos!

—Lo siento, fue lo primero que se me ocurrió.

—Vale, tranquila: estoy a tu lado. Voy a mi cuarto. Me doy una ducha y nos vemos abajo...

—¡No! —grita la juez y se aferra a sus brazos—. ¿Te importa ducharte aquí? O, si prefieres, voy contigo a tu cuarto. No quiero quedarme sola, estoy asustada.

—Supongo que no querrás ducharte conmigo, de modo que voy a ser práctico: empieza tú. Yo aprovecharé para cargarme una pipilla y mandar un wasap a los nombres que te facilitó la sargento Urdiales... —comenta.

Lola se pone en pie, pero él extiende los brazos y baila con ella como si la música sonara.

«Baila bien», piensa.

—No sabía que fueras romántico, Iturri.

—Hay mucho en mí que todavía no conoces, pero solo una cosa es importante: estoy loco por ti, Lola MacHor. Tan loco que estoy dispuesto a hacer cualquier locura por tenerte a mi lado. Renunciaré a Interpol, a las montañas, a París, a lo que haga falta...

Lola detiene el baile. Lo de Interpol y las montañas lo comprende, pero no lo de París.

—¿Qué hay en París?

Esta vez, es el comandante el que se suelta.

—¡La Torre Eiffel! Anda, ve a ducharte...

6

7 de agosto, Sotogrande

Están solos en la terraza del desayuno. Les sirve una joven de piel olivácea. Todo está como siempre, limpio, ordenado y con unas vistas bellísimas, pero Lola no puede dejar de pensar en Nikolái y de girar de cuando en cuando la cabeza para comprobar que no anda por la zona. No toma café y cruasán. Ha pedido, como Juan, huevos revueltos con unas lonchas de pavo. Sin pan y sin queso, que ya ha pecado bastante con los KitKat.

La juez ha puesto al comandante al día. Le ha explicado que los dos empresarios no parecían tener enemigos abiertamente declarados, que no había sido capaz de localizar demasiados datos sobre el ruso, salvo que estaba exilado en Londres desde hacía años, y que Klepar le había hablado de las luchas vaticanas y de la hipótesis de que el cardenal Ochavarría fuera el candidato de la poderosa organización eclesiástica que pagaba las facturas del purpurado. Iturri ha escuchado en silencio el relato, tratando de unir las piezas y los flecos que seguía viendo en la historia.

—Comprendo que la organización diseñe una estrategia para preparar a un candidato válido para el próximo cónclave y se entretenga haciendo *lobby*. Lo que no me cuadra es que una simple pieza de esa maniobra costara la friolera de diez millones de dólares. Tampoco me cuadra que tu marido cobrara tanto dinero por ello. Y tampoco entiendo qué relación tiene esa estrategia eclesial con la de los demás miembros del club...

—¡Caray, comandante! Pareces una ametralladora de preguntas. El padre Klepar y yo tenemos una sola respuesta, más bien una hipótesis, pero si llevamos

razón habremos aclarado parte del enigma. Te voy a enseñar unas fotografías. —Lola hace sitio entre tazas y platos para abrir su ordenador y le muestra la imagen de Pilar Aguirrezábal recibiendo un trofeo de golf en el campo de Valderrama, en el verano de 2020—. ¿Qué edad crees que tiene esta mujer?

Iturri se entretiene unos segundos.

—Está maravillosamente bien conservada y algo retocada, pero calculo que cerca de los setenta.

—¡Bingo! En esa imagen, que es de hace tres años, tenía setenta años justos. Mira ahora esta. —Le muestra otra fotografía tomada en Sotogrande, en un acontecimiento similar, quince días antes de su fallecimiento—. ¿Qué edad crees que tiene aquí?

—Sin duda, esta imagen es previa: sesenta, más o menos.

Lola sonríe.

—¡Pues te equivocas! La segunda fotografía es de hace menos de un mes y, por lo tanto, contaba con setenta y tres años. Compara una con la otra.

—¡Menudo cambio! Se habrá operado de casi todo y su cirujano es un hacha.

—Pues yo creo que no. Mira ahora estas otras fotografías: ambas son del cardenal, con seis meses de diferencia, y él no se ha operado de nada.

—¡Joder!

—Y ahora estas. —Lola pasa con rapidez varias imágenes de Jaime, obtenidas en sendas conferencias—. ¿Lo ves?

—¡Están notablemente rejuvenecidos! ¿Tú no te diste cuenta del cambio de Jaime?

Lola se encoge de hombros.

—Lo veía estupendo, nada más. Eso es lo que tiene ver a alguien cada día... En fin, Klepar me contó que la joven rubia, la doctora Cynthia Kohn, acompañó a Jaime a visitar al cardenal en varias ocasiones. ¿Sabes cuál es su especialidad? El envejecimiento. ¿Y si Jaime y esa doctora hubieran descubierto algún tratamiento efectivo contra la degeneración de los tejidos por la edad?

—¡Seréis como dioses! —exclama Iturri.

—¡Eso mismo dijo Klepar! Tiene que ser un tratamiento experimental; la aprobación del uso de un medicamento en humanos es lento y complejo. Y de

dominio público. He revisado sus publicaciones. Jaime y esa mujer firman juntos dos artículos, uno en *The Lancet* y otro en *The New England Journal of Medicine*, que hablan de telomerasas.

—¿Qué son las telomerasas?

—Mientras dormías, he escuchado un pódcast de la doctora Cynthia Kohn. La verdad es que la tía, además de guapa, se explicaba bien. Puedo contarte lo que he entendido, aunque es más que probable que diga unas barbaridades gordísimas...

—Tranquila, tampoco voy a enterarme. Adelante.

—Vale. Las células del cuerpo se pasan el día dividiéndose y si no logran dividirse, se mueren. No sería problema si nacieran otras, ¿no? Como la piel: me doy un exfoliante y quito la piel muerta para que me salga otra nueva. ¿Por qué no hacen eso todas las células? Porque es como si se les agotara el combustible... A ver cómo explico esto... Yo me imagino a la célula como una pieza gruesa de Lego, con una cola formada por una ristra de piezas pequeñas. Cuando las células van dividiéndose y dividiéndose, van perdiendo pieza a pieza esa cola. Y, cuando la cola desaparece por completo, ya no se pueden dividir y empiezan los problemas: cáncer, envejecimiento... En el pódcast que escuché, la doctora Kohn explica que han certificado que el acortamiento de esa cola telomérica es causa de senectud.

—De modo que el tamaño de la cola mide el tiempo que resta para que la célula decline.

—Algo así. Te leo lo que he copiado de internet: «Los telómeros son regiones de ADN no codificante situadas en los extremos de los cromosomas eucarióticos, que gozan de un papel fundamental en la preservación de la integridad cromosómica. Sabemos que se requiere un mínimo de longitud telomérica para mantener su función. Cuando la longitud es crítica, se generan dificultades relacionadas con un aumento en la probabilidad de producir desarrollos neoplásicos y con el envejecimiento. La telomerasa puede ayudar a elongar los extremos cromosómicos erosionados a expensas de un componente de ARN». —Lola sonríe de oreja a oreja—. Bueno, no lo he explicado tan mal...

—¡Como una maestra!

—¡Y eso no es todo! ¿Sabes cómo realizan esas elongaciones en la práctica? Cogen un virus, puede ser el de la gripe, el del VIH u otro similar; lo vacían para que no pueda replicarse y hacer daño al organismo que lo recibe y lo rellenan (seguro que no es la palabra adecuada, pero no se me ocurre otra) con los genes..., quizá eran proteínas, que necesitan para alargar esa cola telomérica... Bueno, esto no es así, pero ya no me acuerdo. Lo importante es que la seropositividad que ha aparecido en los miembros del club y también en Jaime podría derivar simplemente del envoltorio. ¡Podría ser una falsa alarma y librarme de esta, Iturri!

La sonrisa de Iturri le llena la cara. No le importa estar en un sitio público, ni estar desayunando, ni que ella proteste: se levanta y le planta un enorme beso a Lola en los labios. Enseguida, vuelve a su posición y añade:

—Si esa enzima telomérica pudiera inhibir o retrasar el envejecimiento, dando cuerda de nuevo al reloj biológico, la patente de ese invento vale millones. Si tu marido y esa mujer habían logrado identificar qué controla el equilibrio entre la elongación por la telomerasa y el acortamiento debido a la actividad normal de la célula, y se lo han contado a quien no debían, podrían haber cavado su propia tumba...

—Es posible, pero también lo es que hubieran vendido esa patente a los miembros del Club del Caviar y esos setenta millones fueran un primer pago... Oye, Juan, ¿podrías investigar si la doctora Kohn tenía también una cuenta en Suiza?

Antes de que el comandante pueda responder, le suena el móvil. Lola le insiste en que lo coja. Habla unos instantes.

—Era Felipe de Liébana, uno de los nombres que te dio la sargento Urdiales. Le mandé un wasap mientras te duchabas. Dice que él y su amigo Dosantos han hablado ya con la Guardia Civil, pero que tienen mucho interés en hablar con nosotros. Nos citan a la una en un sitio llamado El Trocadero, un club de playa cerca del lugar donde casi se nos ahoga Desliz. Nos han reservado unas hamacas. Dice que allí podremos hablar con más libertad y que en bañador pasaremos más desapercibidos.

Lola suelta una risotada.

—¡Serán ellos! Yo en bañador llamo mucho más la atención. Estoy segura de que la razón es que no quieren que grabemos la conversación...

En ese instante, la juez palidece. Acaba de recordar la frase de Nikolái: «¡Tu perro me lo cuenta todo, estúpida mujer!». Sujeta a Desliz, que cierra los ojos esperando recibir una dosis extra de rascado, pero solo le quita la correa.

—Pero ¿qué te pasa?

Llevándose el dedo índice a la boca, Lola le pide que guarde silencio. Toma la correa y va pasando los dedos por ella, centímetro a centímetro. No encuentra nada hasta que llega al colgante, donde palpa una pequeña pieza redonda. Iturri la extrae ayudándose por un cuchillo. La observa, se la muestra a Lola y luego la suelta dentro de uno de los vasos de agua.

—Un micrófono. Ese modelo suele tener una capacidad de transmisión de audio de unos cien metros y unas cincuenta horas de autonomía. Tu amigo Nikolái ha ido siempre un paso por delante de nosotros...

Preocupada, Lola desgrana la afirmación de Iturri.

—¿Quieres decir que también ha escuchado mis conversaciones con el padre Klepar?

—Me temo que sí.

Lola suelta un gruñido y, nerviosa, empieza a sacar cosas del bolso, buscando su móvil.

—¡Tengo que advertirle! Si cree que tiene algo que ver, Nikolái le partirá el cuello sin contemplaciones.

Klepar contesta al segundo tono. De la pantalla oscura, colocada en modo altavoz, les llega la suave dicción alemana.

—Señoría...

Lola no puede perder el tiempo con contemplaciones y va directa al grano.

—Padre, hay algo importante que debe saber: creemos que al Club del Caviar pertenecía también un magnate ruso, expatriado en Reino Unido. Murió envenenado como el resto y su hombre de confianza está loco por vengarlo. Acabamos de enterarnos de que, con un micrófono oculto, ha escuchado todas nuestras conversaciones. Me preocupa que vaya a por usted. Si no ha cambiado de aspecto, tiene largas patillas de torero...

—¡Vaya! —dice al cabo de unos segundos—. No sé qué podría haberle hecho yo para que me tenga tanta ojeriza. De todas maneras, no debe preocuparse: nos acaban de anunciar que por fin embarcamos. Tres horas de retraso, pero en breve estaré fuera de España... ¡Oiga, caballero! Ese es mi equipaje; por favor, no lo toque. ¡Oiga! ¿Qué hace?

Lola e Iturri se miran con preocupación.

—Padre, ¿sigue ahí?, ¿sucede algo?

—Mire, no sé quién es usted, pero me ha debido de confundir con otra persona. Yo no soy torero... —escuchan a Klepar, jadeando por el miedo.

Una voz acerada, que Lola reconoce enseguida, le espeta:

—Estese quieto, cura, y no le pasará nada.

—Ya le he dicho que me está confundiendo con...

—Klepar, cállese y escuche, porque solo lo diré una vez: quiero el nombre de la organización que financió a su cardenal y los datos de la persona con quien contactaba. ¡Y los quiero ahora mismo!

Lola no puede ver al sacerdote sudando, rezando y temblando, pero sabe que está sudando, rezando y temblando. Al menos es lo que ella haría. Y sin pensarlo dos veces, empieza a chillar por el teléfono, con el ánimo de que Nikolái la escuche.

—¡Él no es culpable, Nikolái! ¡No es más que un peón! Si le haces daño, nunca sabrás qué ocurrió. ¡Te juro por mis muertos que jamás te lo diré! ¡Jamás!

Hay un momento de silencio en el otro lado del aparato. Nikolái gruñe y suelta algunas frases en su idioma, que ninguno entienden. Luego, escuchan jaleo de golpes y cosas que caen al suelo y finalmente un estruendo ensordecedor, tras el cual, la llamada se corta. Lola se queda de piedra.

—¡Lo ha matado, Juan! ¡Lo ha matado!

El teléfono de Lola vuelve a sonar: es el número de Klepar.

—Señoría...

—¡Asesino, hijo de perra! ¡No había necesidad de matarlo! Eres un canalla...

—¡Ese lenguaje! Una señora de bien no puede hablar de ese modo. Tu amigo está bien, solo un poco magullado. Nadie en su sano juicio se enzarza en una pelea con un hombre armado, pero el curita quiso hacerse el héroe. Tuve que

asustarlo un poco, pero sobrevivirá. Y ahora vamos a nuestro acuerdo: ¿sabes ya quién es el culpable?

—Aún no, pero estoy muy cerca —confiesa.

—Quiero saberlo en el mismo instante en que tú lo sepas.

—Te doy mi palabra, pero tienes que dejarnos en paz. Si vas metiendo palos en nuestras ruedas, nunca llegaremos a ningún sitio.

—Okey. Por cierto, veo que has encontrado uno de los micrófonos; bien por ti, pero hay más. Estás monitorizada en todo momento. Y cuando digo en todo, digo en todo... Me pregunto cómo se sentirá tu marido, encerrado en el armario, al ver que te dejas meter mano por ese comandante de Interpol en vez de llevarte sus cenizas a desayunar... Y dile a ese novio tuyo que no voy de farol. Te volveré a llamar.

Rabioso, Iturri pega un golpe en la mesa. Una de las tazas cae al suelo. El vaso de zumo se vuelca. Lola no presta atención. Está mirando su teléfono. La llamada no se ha cortado.

—Padre Klepar, ¿está bien? ¡Padre!

Unos segundos después, escuchan una vocecilla de tinte nervioso.

—¿Señora?, ¿sigue usted ahí?...

—¡Sí, aquí sigo! ¿Quién es usted?

—Me llamo Andrés, soy camarero en la sala VIP de Aena... No sé lo que habrá ocurrido, pero un hombre se ha encarado con su familiar y lo ha golpeado. Tenía mucha fuerza y lo ha noqueado de un mamporro. Hemos pasado mucho miedo; llevaba pistola y ha disparado, pero su pariente está bien. Tiene un golpe fuerte en la frente y está muy nervioso, pero su vida no corre peligro. Lo hemos tumbado en uno de los sofás. Estamos esperando a la policía...

—¿Puede pasarme con él, por favor?

—Sí, claro...

Iturri le quita bruscamente el teléfono a Lola, que lo mira con perplejidad.

—Klepar, soy el comandante Iturri, de Interpol. Estoy con la juez MacHor. Escúcheme con atención: coja sus cosas y salga de ahí todo lo rápido que pueda. Voy a enviar un coche a buscarlo; tardará unos quince minutos. Mientras llega, busque un aseo, enciérrese en un lavabo y no salga hasta que yo lo avise. Lo

traeremos para acá. Otra cosa, y esto es importante, muy importante: apague el móvil. Enciéndalo exactamente dentro de quince minutos, no antes. Entonces, le diré la matrícula del vehículo y el lugar de recogida. No hable con nadie y mucho menos con la policía, ¿lo ha entendido bien?

Undécima parte

1

> Un hombre que en todas las cosas quiere hacer profesión de bueno, entre tantos que no lo son, no puede llegar más que al desastre.
>
> NICOLÁS MAQUIAVELO, *El príncipe*

7 de agosto, Sotogrande

Son ya las once y media de la mañana. Están en la *suite* de Juan Iturri. Klepar se ha soltado el alzacuellos y se ha deshecho de la americana y de los zapatos. Han pedido hielo y una compresa fría, que el sacerdote sujeta sobre la frente, abultada y amoratada por el golpe recibido. Le han subido algo de desayuno y está empezando a reaccionar. Ya no tiembla ni llora, pero rítmicamente, cada cierto tiempo, se santigua.

—Tranquilo, padre. Estás a salvo con nosotros. Bueno, lo estás con el comandante Iturri; yo no sirvo para mucho —comenta Lola, que ya ha empezado a tutearlo.

—¡Muchísimas gracias a los dos! Cuando vi a ese hombre, el de las patillas, con la pistola en la mano, casi me da un infarto... Y los quince minutos en el aseo, los peores de mi vida. Cada vez que llamaban o intentaban abrir otros pasajeros, el corazón se me desbocaba... ¡Creo que nunca había rezado tanto! ¡Bendito sea Dios!

Algo hosco, Iturri lo interrumpe.

—Padre, como has visto, los malos no se andan con tonterías. Mira el cuello de la juez MacHor; esas marcas rojas son un intento de ahogamiento. Quiero

decir que no eres el único que está en peligro: todos lo estamos. Por eso te insto a que nos cuentes lo que no nos has contado. *Todo* lo que no nos has contado...

El sacerdote se recoloca la compresa, que, en contacto con la atmósfera cálida de la habitación, va perdiendo su frescor.

—Todo lo que le expliqué a Lola es cierto. Creo que la organización había apostado por el cardenal Ochavarría poniendo en funcionamiento toda la artillería pesada para prepararlo para ser el próximo papa...

La dulzura de la voz de Lola parece querer compensar la brusquedad del comandante.

—Padre, soy profana en tu mundo y necesito alguna aclaración. Cuando hablas de artillería pesada, ¿a qué te estás refiriendo exactamente?

Klepar baja los brazos y deja la compresa sobre sus rodillas.

—Siento vergüenza al decirlo. Sé que Dios se estará burlando de nosotros, pero la condición humana no cambia por ponerse una sotana... He visto todo tipo de cosas, fundamentalmente, chantajes, amenazas, sobornos, matones... De todo.

—¿Y por qué tanta obsesión con ese asunto? No acabo de entenderlo —pregunta Iturri.

—Es lógico que no lo entiendas; no estás en la pomada. Para los que están dentro, sin embargo, resulta obvio: esa organización, de sensibilidad contraria a este papado, ha buscado, con bastante astucia, reagrupar en una sola vía a la mayoría de las fuerzas opositoras al actual pontífice. Son voces diferentes, en muchas materias, opuestas, pero los une estar en las antípodas del papa Bergoglio y, por tanto, buscan evitar que el nuevo pontífice sea de esa cuerda.

—Y de esa lista de daños, ¿hasta dónde crees que están dispuestos a llegar en este caso?

—No sabría decirlo. En mi inexperta opinión, no creo que sea una oposición frontal ni que planeen terminar de raíz con él, como pasó con Juan Pablo I. Pero sí creo que no pararán hasta que el legado de Francisco quede enterrado para siempre. Piensan que Bergoglio es una simple anomalía en el tiempo, un papa hereje, pero efímero. Aguantarán agazapados y salvarán los muebles hasta que muera, y después darán la batalla.

—¿Y cómo pretenden lograr eso?

—Bueno, elegir a un pontífice no es distinto que elegir a un presidente: los electores votan y se forman mayorías. En el caso del santo padre, se requiere mayoría cualificada, lo que implica dos frentes: primero, el poder de veto, que requiere un tercio de los electores; segundo, la capacidad de erigir a un candidato hábil, logrando los otros dos tercios. Y lo harán con argumentos claros y rotundos: la ideología de género, el relativismo, el aborto, la eutanasia o el matrimonio homosexual.

—¿Y tienen capacidad de alcanzar esos fines?

—Soy un simple secretario, no conozco los entresijos vaticanos y las intrigas palaciegas me causan perplejidad. Ver comportarse a los príncipes de la Iglesia como si fueran los príncipes de Maquiavelo me sume en una profunda tristeza. Fuera de eso, no sabría decir cuántos cardenales comulgan con ellos y cuántos no, pero sí que cuentan con buenos teólogos y con mucho dinero, procedente tanto de los Estados Unidos como de la organización. Pero, por mucha vida cortesana que se realice en los palacios de la Santa Sede, yo confío en que el Espíritu Santo haga su labor y escoja al pontífice que la Iglesia necesita. Como siempre.

—Me estoy perdiendo: ¿tu cardenal estaba en esa conjura o no?

Esta vez su voz se tensa.

—El cardenal pudo cometer errores, no lo niego. Para empezar, le picó la vanidad y la soberbia, pero sobre todo pecó de ingenuo. Cuando se dio cuenta de que lo estaban utilizando como punta de lanza para esa batalla, trató de dar un paso atrás.

—¿Y eso le costó la vida?

Klepar baja la mirada.

—Ahora es el momento de ser un buen secretario y de hacer que el cardenal se hubiera sentido orgulloso de ti —lo interpela Lola, mientras aprieta su brazo.

El sacerdote mantiene la vista baja. Parece debatirse en una profunda duda existencial. Iturri va a intervenir, pero Lola lo detiene. Pasa un largo minuto. Finalmente, Klepar comienza a desabotonarse la camisa. El comandante y la juez se miran tan extrañados como expectantes.

—La noche antes de fallecer, cuando se dio cuenta de que no estaba

formándose para ser un buen candidato para el cónclave, sino que lo estaban utilizando en una conjura contra el papado, Ochavarría decidió escribir al santo padre y advertirle de lo que ocurría. Fue demasiado tarde para hacerle llegar esa carta, pero no para redactarla. La he ocultado junto a mi pecho desde entonces. Pensaba que nadie sabía de su existencia, pero ya no estoy tan seguro... Esa organización lo espía todo y puede que esta carta sea la clave.

—¿Y qué dice esa carta?

El sacerdote se encoge de hombros.

—No la he leído; el destinatario es el santo padre, no yo.

Los ojos de los tres se clavan en la carta que el sacerdote acaba de depositar en la mesa. El sobre está arrugado y tiene varias manchas de sudor, pero la tinta negra con la que han escrito el destinatario, «santo padre», se mantiene firme.

—No podemos abrirla, comandante: es privada —le recuerda el sacerdote cuando Iturri la coge.

—Privada es, Klepar. Pero más privado es el domicilio y, cuando existe una flagrancia delictiva, autorizamos la entrada de la autoridad policial. ¿Crees que este sobre contiene información que salve la vida de alguien, la del santo padre, por ejemplo? Te recuerdo que quien sea que esté detrás de esto ya ha matado a mi marido y a tu cardenal... —interviene Lola.

El sacerdote se pliega.

—Tienes mucha razón, señoría. Lo entiendo.

—Abrámosla, entonces, pero sugiero llamar primero a monseñor Zánel. Quizá él tenga más datos. Al fin y al cabo, él lo metió en el ajo.

Como los tres están de acuerdo, Iturri y Lola salen a la terraza a hacer la llamada. Él aprovecha para encender su cachimba.

—¡Qué raro! No contesta —informa el comandante. Insiste. Tras unos tonos, escucha una voz en alemán.

—¿Quién es?

—Monseñor, llevamos rato llamándote. Tenemos que hablar...

—¿Quién llama? —repiten.

—Soy el comandante Juan Iturri, Interpol. Pregunto por monseñor Zánel. ¿Con quién hablo?

—¿Interpol? Ah, yo soy el agente Corach, policía municipal de Zúrich. Buenos días, comandante. Siento darle malas noticias: monseñor ha sido asesinado. Hemos recibido aviso de un turista que buscaba la tumba de Joyce en el cementerio de Fluntern, se ha perdido y se ha encontrado con este lío.

—¿Asesinado?, ¿está seguro de eso?

—Segurísimo: lo han degollado. Un tajo de lado a lado; hay un charco de sangre enorme. Pero espere un momento, que busco a la médico forense, que anda por aquí. Ella se lo explicará con más detenimiento...

Unos segundos después, una voz femenina, que habla inglés con fuerte acento alemán, toma el relevo:

—Buenos días, comandante. Soy la doctora Zhurina, patóloga forense. Me dicen que quiere un diagnóstico preliminar. Le doy uno superpreliminar: varón de mediana edad, con ropa clerical, cuyos documentos lo identifican como Ígor Zánel Schult, ha aparecido tirado en el suelo de tierra del cementerio junto a un enorme charco de sangre. Las marcas indican que lo desplazaron unos metros para ocultarlo bajo un seto. No veo huellas de calzado en la sangre, pero sí pisadas en el barro. Corresponden a un zapato de talla grande, lo menos un cuarenta y cinco. La muerte parece consecuencia de una hemorragia aguda secundaria a las heridas incisas recibidas en el cuello a nivel de la zona anterior. El arma parece ser un cuchillo de caza que ha aparecido en la escena, sin huellas. Ha sido un ataque posterior, con el cuello en hiperextensión, de alguien diestro y bastante más alto que la víctima, porque la herida es completamente horizontal, limpia, uniforme, con lesión infratiroidea. El autor debe de ser una persona fuerte. El tajo en la garganta de la víctima ha sido contundente y decidido: nada de corte en dos tiempos; uno solo y sin rectificación del trazo de salida. Por lo que veo, el occiso trató de defenderse sujetando el cuchillo, lo que le produjo heridas en ambas manos. La que salió peor parada fue la cara palmar de la mano izquierda en los dedos segundo a quinto, a nivel de la articulación de la primera falange en los dedos segundo y tercero, en la segunda falange en el dedo cuarto. También, en el pulpejo del quinto. La mano derecha está algo mejor. A simple vista, veo una pequeña herida de tanteo, un corte superficial, derivado probablemente de haber inmovilizado a la víctima apoyando el filo de la hoja

sobre la piel, pero, como decía, la lesión principal es contundente: unos dieciocho centímetros... Es obvio que lo pilló desprevenido; los ojos parecen querer salírsele de las cuencas...

—¿Alguien detenido?

—No, que yo sepa. Nadie ha visto nada y aquí no hay cámaras. Me temo que la identificación va a llevar tiempo...

2

7 de agosto, Sotogrande

Klepar e Iturri se han quedado de piedra. Lola está en *shock*.

—¿Qué demonios está pasando, Juan? —susurra la juez, afectada por una extraña sensación de vértigo que le hace pasarse varias veces las manos por el cuello dolorido.

—Voy a serte franco, Lola: no tengo ni idea. Lo que está claro es que, aunque Ochavarría estaba en el Club del Caviar, quería abandonarlo. Lo único que se me ocurre es que por eso se lo cargara Zánel...

Lola lo interrumpe.

—Y a Zánel, ¿quién lo mató?

—¿Pudo ser el ruso de las patillas que me atacó en el aeropuerto?

Lola niega varias veces.

—No. La médico forense suiza ha dicho que el asesino tenía una altura superior al metro ochenta y cinco. Nikolái no medía tanto. Además, no le habría dado tiempo: estaba en el aeropuerto de Málaga pocas horas antes. Quizá tu carta nos dé más datos...

—Ve entrando, voy a contestar esta llamada... Buenos días, Gilda.

La chica está llorando.

—Comandante, acaba de venir la policía. ¡Han matado a monseñor Zánel! Le han rebanado el cuello con un cuchillo. Dicen que ha sido un drogadicto. ¡Ahora que se arreglaban sus problemas, lo matan!

—¿Qué quieres decir con que se arreglaban sus problemas?

—¿Se acuerda que le dije que, de no haber un milagro, habría que suspender

el Charity Golf Tournament? Pues el milagro ocurrió. No sé qué hizo don Ígor, pero consiguió convencer al nuncio para que viniera y con él regresaron muchos de los que se habían ido. Estamos batiendo récords: han confirmado su asistencia varios ministros, el alcalde de la ciudad y la princesa Margarita, además del diplomático vaticano. Monseñor Zánel estaba triunfante. Hace una hora o así, salió. Dijo que había quedado en el cementerio de Fluntern con un nuevo donante que le enviaban sus amigos de Sotogrande y que le vendría bien caminar un poco. Es un paseo de unos quince minutos, nada más.

—¿En el cementerio? Un sitio extraño para quedar.

—No crea, mucha gente va allí a visitar la tumba de James Joyce. Además, es un lugar muy agradable para pasear y muy tranquilo. En fin, aquí la actividad es febril. Se ha convocado al patronato a una sesión extraordinaria...

—¿Para suspender el campeonato?

—¡Qué va, para todo lo contrario! La propuesta del presidente, que, por cierto, no parece demasiado afectado, es mantenerlo. Dice que Zánel lo había preparado con tanto esmero que celebrarlo en su honor servirá de despedida y cariñoso recuerdo. Se reúnen en media hora, pero ya me ha pedido que redacte una nota electrónica para enviar a los quinientos doce inscritos, explicando el asunto e informando que el propio nuncio celebrará mañana por la mañana, antes de que el trofeo se inaugure, una misa por él, aunque la policía aún retenga el cuerpo para practicarle la autopsia...

Iturri da las gracias a la joven, cuelga y entra en la habitación.

Lola y Klepar ya han abierto la carta, que descansa sobre la mesa. La juez tamborilea rápidamente los dedos sobre ella. Iturri los informa de la noticia. Durante unos instantes, nadie habla. Finalmente, el comandante comienza a leer la carta en voz alta:

Santo padre:

¡Que Dios lo guarde! Con Su Santidad siempre he hablado con la franqueza y la humildad de un hijo. En nuestros encuentros le he contado en privado mis reticencias e incluso mi rechazo a algunas de sus propuestas. Sabe que, en la mayoría de los casos, mediaban cuestiones de forma, tono u

oportunidad, aunque en otras, especialmente en la comunión de parejas homosexuales, lo mío era un rechazo pleno. Su Santidad sabe también que a esta mente mía, educada matemáticamente, le resulta difícil su forma de gobernar, que se me antoja desordenada y desorganizada. Sin embargo, también sabe que ninguna de esas cosas me ha separado de su lado y que siempre ha tenido en mí a un hijo fiel y leal, convencido de que el Espíritu Santo sopla donde quiere.

Pero hoy tengo que darle cuenta de algo que probablemente no sepa, aunque lo intuya. Francisco, querido amigo, hay un complot que debería terminar con usted muerto y yo elegido como sucesor. Le ruego por Dios que me ayude a desactivar esas dos amenazas. Para empezar, ¡líbreme del episcopado! No permita que forme parte del listado de cardenales electos: usted puede hacerlo y debe hacerlo. No soy digno. ¡Quíteme de en medio, acepte mi dimisión! Y luego, vigile su espalda. Coma solo lo que personas que conozca y sean de su confianza le sirvan. No sé cómo ni cuándo, pero sospecho que van a envenenarlo después del sínodo y lo harán pasar por una muerte fortuita. No tengo más datos, pero estos son reales. ¡Hágame caso, por lo que más quiera!

Además, debo pedirle perdón de todo corazón. No he sido consciente hasta hoy de cuán dañina ha sido mi pusilanimidad. Solo puedo pensar que durante unos meses, a causa de mi vanidad, perdí la cabeza. ¡Quería tener pelo, Santidad! ¿Ha visto alguna razón más estúpida? Me pongo en sus manos, querido Francisco, pero, por Dios, hágame caso.

Su más sentido y humilde servidor.

NORBERTO

—¡Joder! Tenemos que avisar de inmediato al santo padre —exclama Iturri al terminar.

Lola lo detiene mientras niega con la cabeza.

—Hoy no hago más que llevaros la contraria a todos, pero creo que se impone la prudencia. Tenemos que advertirlo del riesgo, por supuesto, pero acertando

con las teclas. Si tocamos la partitura equivocada, quizá terminemos envenenados nosotros también.

—Estoy con Lola —indica Klepar—. Si existe una conspiración tan próxima que sus miembros son capaces de envenenar la comida del papa, tiene que haber junto a él gente tapada. Hay que ir con cuidado. Además, el sínodo no es hasta octubre...

—No lo creo, Klepar. Esa carta se escribió con el cardenal vivo y nadie al tanto del complot. Pero las circunstancias han cambiado y es posible que quieran acelerarlo.

—¿Y qué hacemos entonces? —pregunta el sacerdote, con aspecto derrotado.

Iturri mira su reloj. La cita con los marqueses y el vigilante es a la una.

—Pues vamos a ir paso a paso. De momento, iremos a darnos un baño en un sitio muy pijo. ¿Qué talla tienes, Keplar?

—¿Cómo dices?

—Que vamos a ver a unas personas en la playa. Espero que te valga uno de mis bañadores. Lola, ¿te atreves a ir a tu habitación sola?

—Sola no, me llevo a Desliz. ¡Vamos, precioso!

—Padre, deme un minuto para hacer una llamada y buscamos un bañador.

3

7 de agosto, Sotogrande

Es la una menos cuarto. Mientras el comandante busca ropa de playa para el padre Klepar y Lola se pone un bikini, Diego Dosantos y Felipe de Liébana han llegado a casa de Carmen. Ahora están frente a la puerta de su casa, inmóviles. Cariñosamente, Diego apoya su mano en el hombro de Liébana.

—¿Vamos? —pregunta.

El abogado levanta los ojos hasta encontrarse con los de su amigo. Ninguno de los dos se mueve. Ambos se resisten a avanzar. A pesar de que han hablado largamente de ello la noche anterior y que han concluido que no pueden dejar las cosas como están, ha bastado poner los pies en casa de Carmen para que quieran echarse atrás.

—Adelante —contesta Liébana al fin—. Pero voy a enviar un wasap a la sargento Urdiales para decirle dónde estamos. Por si acaso.

—Buena idea. Y manda otro a Luis Rojo. Me sentiría mejor con él cerca.

Siguen a la doncella, perfectamente uniformada, por el interior de la casa. En el silencio se escucha el roce de sus zapatos sobre el suelo de piedra. El aire está cargado de la frescura de la mañana, que entra por las grandes balconadas abiertas. A medida que se acercan, andan más despacio.

—Sigo sin tener claro si venir aquí es buena idea —masculla Dosantos. Le acaba de venir a la mente el último día en que cruzó aquel pasillo para informar a Carmen de que su marido, muerto, se hallaba en el garaje de su casa dentro de su Bentley.

Cruzan el umbral en silencio. En el amplio salón, un Rothko íntegramente

rojo colocado sobre la chimenea ilumina la habitación impoluta. Hay tres sofás idénticos, colocados en forma de U rodeando la antigua chimenea de piedra. Están tapizados en una chenilla beis, el mismo color que la alfombra. Solo unos cojines de tonalidades castañas y rojas manchan su pureza. Carmen está sentada en una de las esquinas del sofá central, justo frente a su cuadro preferido. Con la espalda muy recta, parece estar absorta en su contemplación.

—Buenos días, Carmen —susurra Diego. La mujer gira levemente la cabeza sin perder la rigidez de su cuerpo y sonríe con un gesto tímido.

—Buenos días, doctor —responde. Ni una palabra para Liébana. Tampoco una mirada.

El médico avanza y se sienta junto a ella, a su izquierda. La mujer le tiende de manera teatral la mano. Diego la roza con sus labios. Su tacto es frío como el hielo, como el mármol de Carrara; su olor, dulzón. Liébana se sienta en el sofá de su derecha, de modo que la mujer se encuentra flanqueada por los dos hombres.

—Nos alegra verte, querida Carmen. ¿Qué tal estás?

—Sí, eso es, Carmen: ¿cómo lo llevas? —sondea Liébana.

La mujer se encoge de hombros y cruza las piernas con delicadeza. Viste un impecable conjunto de blusa y pantalón de seda de un color verde pálido y sandalias blancas. No lleva joyas.

—¿Cómo crees que lo llevo, Pipe? ¡Fatal! Solo me alivia el recuerdo de los dulces momentos que Claudio y yo pasamos juntos, que gracias a Dios fueron muchos, y saber que su asesina está en la cárcel y no va a salir de ahí en mucho tiempo. ¿Y vosotros? Claudio también fue vuestro mejor amigo...

—Nosotros lo sobrellevamos, querida Carmen. ¿Cómo ha ido tu viaje?

La mujer se encoge de hombros.

—Ha sido un viaje extraño, triste. Volé a Zúrich para participar en un campeonato de golf benéfico al que asisto casi todos los años, pero después de ir, no he tenido estómago para jugar y he regresado hoy mismo. Y ha sido lo mejor, porque esta mañana, inopinadamente, mi pareja, monseñor Ígor Zánel, ha fallecido. Una pena.

—¿Esta misma mañana y ya estás aquí?

—He tomado el avión de Claudio, que ahora me pertenece. Hemos tardado poco más de dos horas y media.

De pronto, una batería de wasaps chilla desde el móvil de Liébana. Lo toma, lee de reojo y quita el volumen.

La dama fulmina al abogado con la mirada y, como pidiendo amparo, gira la cabeza en dirección al médico. Pero este no se ablanda. Con tono considerado pero firme, indica:

—Carmen, por desgracia, este asunto no ha terminado. Tenemos que hablarte de Margarita y de Claudio...

Ella levanta los brazos.

—¡Me exasperáis! Ya he pasado por este calvario, no me hagáis revivirlo de nuevo, por favor —responde. Parece muy molesta y tiene los nervios a flor de piel.

Unos toques en la puerta y un leve carraspeo indican la presencia del servicio.

—¡Ah, Priscilla! Ya está usted aquí. Traiga por favor algo de beber para los caballeros. Té helado, por ejemplo. Y tiramisú. Tenéis que probar este postre: su textura es originalísima.

—¿Lo ha hecho tu cocinero francés, estrella Michelin? —pregunta Liébana, ante la sorprendida cara de Dosantos: ¿a qué venía hablar del cocinero?

Carmen se sonríe.

—No, querido Pipe, este postre lo he elaborado yo misma.

—Pero habéis traído cocinero este año, ¿no? Lo sueles compartir con Juanjo y Pitita Aguirrezábal...

—Sí, hemos traído un cocinero magnífico. Residía aquí, en casa, y dividíamos los gastos. —Dando por zanjada la conversación, se dirige a la doncella—: A mí, Priscilla, tráigame agua con gas y una rodajita de limón.

Aguardan a que la doncella salga de la habitación para retomar la conversación.

—Y volviendo al asunto, tenemos que hablar contigo de Margarita. Es mejor que lo sepas por nosotros...

—Es un placer charlar contigo sobre cualquier cosa, doctor, pero no perderé un minuto hablando de esa arpía. Está donde debe estar, en la cárcel —replica.

Liébana, que conoce bien a Carmen, sabe que atacándola de frente solo conseguirá que se cierre en banda, de modo que da un rodeo.

—Siempre has sido muy perspicaz, Carmen. ¿Cómo supiste que fue ella?

Sensible a los halagos, la mujer deja escapar una risita.

—¿Cómo? ¡Era obvio! Leí en una revista que el veneno es un arma muy femenina y que casi siempre la autora es una mujer cercana al fallecido. Margarita sabía que Claudio iba a dejarla. Por eso, despechada y ávida de chupar todo el dinero que pudiera, se lo cargó.

—Pero tenían separación de bienes. Lo sabías, ¿verdad?

—Algo había oído, sí.

Otro círculo de silencio se yergue en rededor mientras la doncella sirve el té helado, el tiramisú y el agua con gas.

—Carmen...

—No diré una palabra más hasta que no probéis el tiramisú —dice cruzándose de brazos y tomando el mando de la conversación.

Los dos hombres obedecen. Diego, a quien no le gusta en absoluto, lo prueba para no desairarla. Pipe, goloso, no necesita que lo animen.

—¡Está verdaderamente delicioso!

Carmen vuelve a sonreír con complicidad.

—El cocinero ha regresado a París. Estando de luto, no tengo eventos que ameriten contar un cocinero francés. Lo despedí el día que Claudio falleció. Como veis, toda mi vida sigue yendo a rebufo de Claudio —dice y se echa a llorar, escondiendo el rostro entre las manos.

Diego y Felipe intercambian una mirada decidida. Finalmente, es el abogado el que comienza a aplaudir.

—Una magistral interpretación, querida. ¡Ha sido excelente! ¡De Óscar!

Ante el sonido de las palmadas, Carmen levanta la mirada. Y, tras un instante, pasa los dedos por sus ojos y sonríe.

—Siempre me gustó el teatro, Pipe.

La mujer habla despacio, con un hilo de voz, sin apartar en ningún momento la vista de su cuadro favorito. No hay en su tono rabia, ni miedo, ni siquiera dolor.

—Eso es cierto, pero esta interpretación ha sido la mejor de tu vida —insiste el doctor.

La mujer se muerde el labio inferior.

—No podía permitirlo. ¿Lo entendéis? Era intolerable —suelta en una especie de resoplido.

—¿Qué no podías tolerar? Los devaneos de Claudio eran conocidos por todos, incluso por ti —pregunta el médico.

—¿Devaneos? Si te refieres a sus amantes, siempre estuve al tanto, pero nunca me importaron demasiado —responde hastiada—. Esa cosa... es una parte tan pequeña del cuerpo, tan fea y asquerosa, que no merece la pena dedicarle ni un minuto.

—Entonces, ¿qué fue lo que te molestó? ¿Que se casara con ella?

Carmen se mantiene imperturbable, aunque su frente comienza a perlarse de sudor. Da un sorbito a su agua con gas y limón e instaura una larga pausa.

—Casarse fue una equivocación de la que Claudio fue consciente desde el minuto uno. De hecho, no sabía ni por qué se casaba. Creo que la culpa fue del cardenal Ochavarría y de su insistencia en la dignidad de las mujeres y en que no éramos de usar y tirar.

—¿Lo conociste? Me refiero al cardenal.

Asiente, mientras da otro pequeño sorbo a su agua.

—Sí. Coincidimos en Zúrich, en la Fundación Lammet. Me lo presentó mi amigo Zánel, que es el director de esa fundación y el que acaba de fallecer. Llevo años ayudándolo en sus proyectos solidarios y jugando al golf con él.

Pero el abogado no quiere que se desvíe y vuelve al origen.

—De modo que fue el matrimonio de Claudio lo que te molestó.

—En realidad, no. Al mes de casarse, cuando regresó de la cacería africana, vino a verme. Me pidió perdón, dejó las joyas auténticas en la caja fuerte y empezó a preparar el divorcio. No era diferente de otras veces.

—¿Sabías lo de la vasectomía?

Carmen asiente muy despacio.

—Lo sabía, sí: fue una de mis condiciones...

—¿Tus condiciones? Condiciones, ¿para qué?

—Para readmitirlo cuando se le pasara la fiebre de la entrepierna... Era lógico: una vez casado, Margarita trataría de asegurarse su futuro con un embarazo. Las plebeyas son putas, pero no tontas. Que haya vástagos Guinea por el mundo, como si estuviéramos en la época feudal, era intolerable.

—Entonces, te sorprendería cuando dijo que estaba embarazada, ¿no?

Carmen inspira y espira varias veces.

—¿Sorprenderme? Si te soy sincera, sí, me pilló por sorpresa. Pero luego pensé que era lógico, ¿no? Ella desconocía lo de la vasectomía... —Sin solución de continuidad, la dama hace sonar la campanilla que descansa sobre la gran mesa de madera lacada dispuesta entre los sofás. La doncella acude enseguida—: Priscilla, tráigame el tabaco, por favor. Lo he dejado en mi dormitorio, en algún sitio que no recuerdo... ¿Más tiramisú?

Los dos hombres niegan con la cabeza.

—Estaba muy bueno, gracias, pero es suficiente —tercia Liébana. Lo que no dice es que le ha ocasionado un terrible dolor de estómago.

—Yo tampoco, gracias, Carmen. —A diferencia de su amigo, Dosantos ha dejado la mitad.

—Entonces, Priscilla, retire todo esto. Y diga a Plinio que esté al tanto. Voy a necesitarlo. ¿Más té?

—Tampoco, Carmen. Pero quiero entender lo ocurrido. Si no era por su *affaire* con Margarita, ni por su matrimonio, ¿qué no podías dejar pasar?

Carmen se observa las manos unos instantes. En ese instante, llega la doncella.

—¡Ah, mi tabaco! Gracias, Priscila.

Enciende un pitillo y deja que el humo blanco envuelva su cabello recién peinado.

—Fue por el tratamiento...

De nuevo, los dos hombres cruzan una mirada.

—Si te refieres a las gotas naranjas, entono el *mea culpa*; estaba equivocado, era un simple placebo. Ese es uno de los motivos por los que estamos aquí: pedirte disculpas. Resulta que eran vitaminas, o cosas por el estilo; nos hemos enterado que las emplea medio Sotogrande... Varones, claro.

Escuchar la palabra «placebo» parece confundirla. Se frota los ojos.

—No hablo de esas estúpidas gotas, aunque me emocionó que te preocuparas tanto por mi reputación, doctor. ¡Verdaderamente, mi exmarido nunca llegó a apreciar la calidad de sus amigos!

—Si no hablas de las gotas naranjas, ¿a qué tratamiento te refieres?

—Al tratamiento contra el envejecimiento... Veo por vuestras caras que tampoco sabíais nada. Yo estaba al tanto, porque monseñor Zánel me lo contaba todo. Os pongo al día: Claudio, con otras seis personas, entre ellas el matrimonio Aguirrezábal, adquirieron la patente de un medicamento aún no comercializado capaz de producir el rejuvenecimiento de una década en apenas un año. Con un tratamiento anual, la vida se alargaba con mucha calidad al menos una docena de años. Se reunieron en una compañía llamada el Club del Caviar...

—Claudio, los Aguirrezábal... ¿Sabes quiénes eran los demás?

—Uno era el cardenal Ochavarría, del que os hablé antes. Zánel y su organización lo estaban preparando para que fuese el nuevo papa, aunque les salió rana. También pertenecía al club un magnate ruso afincado en Londres; un príncipe árabe y la re... una mujer de la realeza, pero del pueblo, a la que todos conocemos.

—Pero tú no estabas...

Los ojos de Carmen arden de rabia.

—Juanjo Aguirrezábal enseguida pensó en su esposa: no deseaba vivir más años si no era con ella. En cambio, Claudio solo pensó en sí mismo; para él, yo era prescindible. Yo, que fui siempre su pañuelo de lágrimas; yo, que le abrí la puerta de la alta sociedad cuando era un palurdo; yo, que le enseñé a comportarse, a comer, a vestirse adecuadamente. ¡No eran más que diez millones de dólares al año! ¿Acaso no valgo yo esa cantidad?

—¿Por qué no lo desembolsaste tú misma? ¡Eres millonaria!

Carmen ríe con amargura. Enciende otro cigarrillo.

—¡Para nada! Malas inversiones, un financiero estúpido y una hija caprichosa... Hasta el Rothko que veis es falso. Hace años que vivo de las aportaciones de Claudio... Cuando regresó de África, vino a contarme que quería terminar su relación con Margarita. Que estaba cansado de ir de flor en flor y

quería regresar a *su* casa. Le dije que no. Se enfadó mucho y me amenazó con cerrar el grifo; de hacerlo, perdería esta casa, la de Madrid y la de la Toscana. Entonces se lo solté. «Si tanto deseas volver, ¿por qué no recibo yo ese tratamiento?, ¿por qué solo tú?». ¿Sabéis qué me respondió?

Los dos hombres niegan con la cabeza.

—¡Que él se lo había ganado! «¿Y yo, que llevo a tu lado aguantándote durante todos estos años?», le pregunté. «Me diste la posición que necesitaba y los hijos que quería, aunque son tan imbéciles como tú, pero te lo he devuelto con creces. Ahora me toca a mí ser el marqués y tú la sirvienta; no eres nadie, no tienes nada. Volveré a casa cuando me salga de las narices y tú aceptarás o te largarás sin un duro. Si te portas bien, cuando decidamos ampliar el Club del Caviar pensaré en ti». ¡Eso me dijo!

—Y entonces, lo envenenaste...

—¿Qué otra cosa podía hacer? ¡Se comportaba como lo que era, un paleto!

—Eres consciente de que no solo lo mataste a él, ¿verdad?

—¡Tenéis que entenderlo: no podíamos arriesgarnos a no acertar! Por eso, preparé personalmente la tarta de queso y se la hice llegar con el cocinero...

Observador, Liébana indica:

—Estás hablando en plural, querida. ¿Tenías un cómplice?

—¿Cómplice? ¡Lo dices como si estuviéramos robando un banco! Pero sí, mi amigo monseñor Zánel también quería a su presa: había preparado al cardenal Ochavarría y ya estaba en marcha el plan para envenenar a Francisco, el papa, al que tenía por un hereje. Pero al cardenal le entraron escrúpulos y no solo se negó a colaborar, ¡planeaba contarlo todo! Pero ahí estábamos nosotros. Tanto Claudio como el cardenal eran golosos: estábamos seguros de que tomarían tarta y repetirían... Los demás, bueno, es el riesgo del juego.

—¿Riesgo del juego? ¡Te llevaste por delante a Juanjo y a Pilar, que eran amigos de todos nosotros!

—Cierto, y también al ruso, al árabe, al médico... A todos los asistentes a esa cena menos a esa mujer... —Esta vez su risa sonó estridente, enfermiza—. ¡Sé que ella no come dulce, por eso envenenamos el postre! Si ella hubiera muerto, habríamos tenido problemas. Pero no, todo ha salido a pedir de boca: las muertes

han sido escondidas gracias al buen hacer de mi amigo el exministro. Y ahora yo tengo esa patente...

—Nada hay oculto que no llegue a saberse —apunta Liébana, que cada vez se siente más mareado.

—¡No, querido letrado! Muchísimas cosas quedan ocultas. Y esta será una de ellas. Zánel ha muerto esta mañana temprano y no hay ni una sola prueba que me involucre en este asunto. En cuanto a vosotros, no os preocupéis: os prepararé un funeral dignísimo. Irá todo el mundo, os lo prometo...

Liébana la interrumpe y se pone en pie.

—Disculpa, pero el tiramisú me ha caído mal en el estómago. Necesito ausentarme.

Dosantos lo observa. El abogado tiene un color extraño y respira aceleradamente.

—Te acompaño. Perdona, Carmen; mi próstata está algo nerviosa.

Cogidos del brazo, inclinados hacia delante, los dos hombres se dirigen al aseo de cortesía, situado en la misma planta. Se cruzan con Plinio en el pasillo. El altísimo mayordomo los saluda respetuosamente.

Ya en el interior del lavabo, Pipe de Liébana susurra:

—Me arde el estómago, Diego...

—Lo sé, esa bruja nos ha envenenado como a Claudio. Tenemos que vaciar el estómago cuanto antes. Venga, métete los dedos y échalo todo. ¡Rápido!

—Lo siento, no puedo. Nunca he sabido hacerlo, lo de vomitar...

—Pues esta va a ser la primera...

—¡Que no sé! Sálvate tú.

—¡Déjate de teatro, que ya hemos tenido suficiente! Escúchame con atención, porque voy a explicarte el embolismo graso, una de las complicaciones que más tememos los cirujanos plásticos... Imagínate grandes émbolos de grasa colándose en las gruesas venas, llenas de sangre venosa, oscura y densa, y provocando una obstrucción mecánica, un fallo cardiopulmonar con pronóstico casi siempre fatal... ¿Lo entiendes? Hipoxemia, hipotensión, bradicardia y en algunos casos muerte súbita...

A la tercera palabra, el abogado ha comenzado a vomitar, pero Dosantos

termina la parrafada para lograr que su aprensivo amigo vacíe su estómago por completo. Sentado en el suelo, agotado, junto al váter, con las piernas estiradas y tratando de recuperar el ritmo de su respiración, sujeta la pernera del pantalón del médico:

—¡Como vuelvas a contarme una de tus operaciones, buscas otro compañero de golf!

Dosantos sonríe mientras se mete el dedo hasta donde puede y vomita también. Ninguno responde a las llamadas de la sargento Urdiales, Luis Rojo y el comandante Iturri: los móviles se han quedado en el salón.

4

7 de agosto, juzgados de San Roque, Cádiz

—Juez Vera, capitán Rodríguez, os presento a Beltrán de Aguirrezábal... —respira hondo un par de veces antes de concluir la frase—, mi padre.

Ambos se sorprenden al escucharla. Y no solo porque habla de un padre que siempre ha repudiado cuanto porque su gesto parece indicar cariño o, al menos, conmiseración.

—¿Qué? Mira, no estoy de humor. Y usted, caballero, esto es de muy mal gusto...

—No es broma —responde él—. Soy Beltrán de Aguirrezábal y Rocío es mi hija, mi primogénita. Será la próxima condesa de Gardoqui cuando yo muera, que va a ser pronto. Mis abogados disponen de toda la documentación...

Beltrán tiene que detenerse. Lleva unas gafas nasales sujetas a un concentrador de oxígeno portátil, que arrastra mediante un ligero carrito con ruedas.

—Beltrán desea poner una denuncia contra Margarita Rice de Guinea por envenenar a sus padres.

—¿Cómo dices?

—Que queremos formular una denuncia contra Margarita Rice, que amplíe la ya existente por el envenenamiento de Claudio Guinea.

El juez suspira.

—Alabo tu determinación, Quisquilla, pero como sabes no es suficiente. Esto no va de relaciones familiares, sino de hechos o, al menos, de datos que apoyen esa denuncia...

—Lo sé, señoría. En realidad, los datos que tenemos evidencian que Margarita difícilmente es culpable del envenenamiento de su esposo. Pero en ese asunto no podemos entrar, porque lo lleva un tribunal inaccesible, con todo tipo de restricciones diplomáticas. Al parecer, mis abuelos murieron en un accidente. Sin embargo, tenemos evidencias y testimonios de dos personas del servicio que certifican que mis abuelos cenaron en su casa junto con Claudio y otras personas, todas ellas fallecidas, y que los descubrieron muertos la mañana siguiente. Queremos que se investigue...

El juez Vera es un hombre sociable, comunicativo, casi locuaz, pero se ha quedado sin habla y tarda en reaccionar. Necesita reflexionar, de modo que guarda silencio unos instantes. Luego, mira con amabilidad en la dirección de Beltrán de Aguirrezábal y, secándose con un pañuelo el sudor que le perla la frente, le aclara:

—Verá, señor Aguirrezábal, la autoría de Margarita de la muerte de su esposo por envenenamiento es bastante razonable. ¿Sabe en qué porcentaje de casos el culpable de un envenenamiento es una mujer?

—En más del noventa por ciento —contesta Quisquilla, tratando de evitar que Beltrán se fatigue intentando hablar.

—Cierto, sargento. Pero Margarita no solo es una mujer, también era su esposa, la segunda, pero su esposa. ¿En qué porcentaje de casos el homicida es el más familiar cercano, sargento?

—En un porcentaje muy grande, pero, como usted me ha enseñado, la justicia no es estadística. En este caso, el servicio comió el mismo postre supuestamente envenenado por Margarita y están como una rosa.

Napias, que se ha mantenido al margen hasta ese momento, detiene la conversación. Se vuelve hacia el juez y exterioriza una sonrisa sideral:

—¡Es usted un genio, señoría! Tiene razón al decir que siempre hay que buscar en el entorno más cercano, el más íntimo. Como bien ha dicho, Margarita era la segunda esposa, lo que significa que hay una exmujer. ¿Y si lo hubiera orquestado ella? Con el embarazo de la segunda, su familia tendría mucho que perder. ¿Cómo se llama?...

—Carmen de Ayala —masculla Beltrán—. Una mujer que en el pasado fue

muy poderosa y muy rica, pero que hoy está completamente arruinada. Y, por cierto, durante el verano comparte cocinero francés con mis padres.

—¡Ahí está!

A Rocío Urdiales le viene a la memoria el wasap que ha recibido un rato antes, en el que Felipe de Liébana le informaba de que iban a visitar a Carmen de Ayala. En aquel momento, no entendió el porqué de esa información, pero ahora se le antoja evidente. Mira a su antiguo jefe y se da cuenta de que ambos piensan lo mismo. Dejan al juez y al aristócrata con la palabra en la boca y salen corriendo. Mientras lo hacen, Quisquilla comienza a dar órdenes por teléfono:

—Iria, espabila y escucha con atención, que es muy urgente. Primero: remíteme al móvil la dirección de Carmen de Ayala en Sotogrande. Lo quiero para ayer. Segundo: mueve el culo y envía cagando leches a esa dirección una patrulla. Tercero: manda la misma dirección al juez Vera y dile que nos vemos allí. Se está produciendo un asesinato a cámara lenta.

5

7 de agosto, Sotogrande

Su señoría MacHor y sus dos acompañantes llegan a El Trocadero a las doce cincuenta. Iturri se ha empeñado en llegar antes de la hora de la cita para revisar la zona. Esperan encontrarse con un chiringuito de playa, pero entran en un lugar completamente mágico. Es como revivir *Memorias de África* en directo. El sitio parece retrotraerse a las antiguas casas de los colonizadores británicos de África: muebles victorianos, techos artesonados de madera, estampados *animal print*, grandes leones de bronce, palapas en el más puro ambiente malayo... Hay dos enormes piscinas enlosadas en negro y rodeadas de un área de chozos y camas balinesas, canoas decorando las lindes y hasta una enorme jaima montada sobre mástiles atirantados con cuerdas. Todo idílico, exótico, un punto salvaje, lindando con la playa a la que se accede directamente, como en aquellas épocas en las que las playas privadas eran de lo más natural.

Cuando llegan, toman posiciones en las tumbonas reservadas para ellos, que prácticamente están metidas en la playa.

—Esto es pijo incluso para una bilbaína como yo, Iturri —protesta Lola—. Vestida de H&M y con todo el mundo ideal de la muerte, me siento fuera de juego.

—Pues si no te sientes a gusto, Lola, imagínate yo —replica Klepar. El bañador de Iturri le queda tan grande que se lo ha sujetado a la cintura con el cinturón de cuero.

Iturri corta por lo sano.

—No venimos porque nos guste, aunque el paisaje es bestial, sino para buscar

información. Voy a pedir una cerveza, ¿quiere una, padre? ¿Una clara, Lola?

—Yo sí, gracias, me apetece mucho. Y eso que en España tomáis unas cervezas ridículamente pequeñas. ¡Venid un día a mi tierra y veréis lo que es una cerveza!

—Yo tomaré Coca Zero, no quiero que *alguien* me acuse de borracha...

Cuando Iturri se aleja y se quedan solos, mirando como el día se contonea en el horizonte azulón, Lola piensa en lo bonito que sería estar allí de vacaciones, sin problemas en la trastienda, sin líos, sin las cenizas de tu marido en el armario. Como gente normal. Klepar también está enganchado en el mar.

—¡Qué bien se está aquí! Los ricos son linces escogiendo lugares —comenta.

Lola se encasqueta de nuevo la pamela y asiente.

—¿Cómo te encuentras? Verdaderamente, están siendo días terribles.

—Jodido, pero vivo, Lola, gracias a Dios. Me quedaré más tranquilo cuando avisemos a Su Santidad, pero entiendo que debemos ir con tiento. Y tú, Lola, ¿cómo estás?

—No sabría decirte. Todo va tan deprisa... No sé qué ocurrirá cuando acabemos.

Se desata una brisa ligera, que ambos agradecen cerrando los ojos.

—El comandante y tú, ¿tenéis alguna relación sentimental?

Lola se vuelve y con una sonrisa avinagrada se encara con su interlocutor.

—Esa es una pregunta demasiado personal, padre, que no viene a cuento.

Klepar la mira a los ojos y asiente con gesto de preocupación.

—Perdona mi instinto de cura, Lola, ¡es que tantas veces sufrimos sin necesidad! Mira, si me lo permites, este episodio puede amargarte el resto de tu vida. Puedes reconcentrarte en tu dolor, en tu fracaso, en rememorar las ofensas, lo que sería una pena, o puedes apostar por el amor, que es lo que diferencia una vida anodina de la felicidad. He dicho amor, no sexo. El corazón del hombre está hecho para amar: a un hombre, a unos hijos, a los amigos. Es obvio que Iturri te ama. No tengo tan claros tus sentimientos: si no lo amas, no lo dañes... Y, cambiando de tercio, ¿con quién vamos a reunirnos? —dice volviendo a vestirse con su inocente sonrisa.

—Con dos marqueses amigos de uno de los fallecidos con casa aquí y con un

vigilante de seguridad que, al parecer, tienen información de primera mano sobre lo ocurrido. Quizá encontremos la pista definitiva sobre quién envenenó la comida que me dejó a mí viuda y a ti sin jefe y amigo. Aquí viene Iturri. Os voy a dejar con las cervezas y con Desliz y me voy a dar un baño. Hace calor...

Iturri mira el reloj. Faltan dos minutos para la una.

—Nosotros vamos enseguida. ¿Eres nadador, Klepar?

—Como una sirena, pero lo hago mejor tras beber cerveza...

—¿Comandante Iturri?, ¿señora MacHor? —escuchan a su espalda. La voz suena insegura. Los tres se giran para toparse con un hombre de corta estatura y largo de peso, vestido con bañador y camiseta de tirantes—. Soy Luis Rojo, investigador.

—¡Ah, qué puntual! Gracias por venir —comenta Iturri y le presenta al padre Klepar y a Lola, que no puede apartar los ojos de sus pies: lleva calcetines y zapatos de tafilete—. ¿No estarías más cómodo descalzo, Luis?

—Lo estaría, pero no me voy a quedar.

—Y eso, ¿por qué? Dosantos y Liébana están al caer.

Pero él lo niega con la cabeza. Y en un instante, la belleza del paisaje se transforma.

—A eso de las doce y algo he recibido un extraño mensaje del doctor. Me decía que estaban en casa de Carmen, la primera esposa de Claudio Guinea...Y eso no me ha gustado nada. Ayer, cuando comimos juntos, los convencí, con pruebas, de que Margarita, la segunda esposa, no pudo ser la envenenadora... Y les conté que Carmen, la exesposa, y la señora Aguirrezábal, propietaria de la casa donde se celebró la fatídica cena, compartían cocinero. No sé ustedes, pero yo creo que una mujer despechada es capaz de hacer cualquier cosa... Además, ya es la hora y los marqueses, que son puntuales como el hambre, todavía no han llegado. Aquí está pasando algo. Voy a ir a esa dirección.

—Nos vestimos y te acompañamos.

Klepar se termina la cerveza antes de levantarse.

6

7 de agosto, Sotogrande

Dosantos y Liébana permanecen sentados en el suelo del pequeño cuarto de baño de cortesía. El olor y el sabor ácido del vómito resultan desagradables. Pero no se mueven.

—No sé qué manía les da a las mujeres por empapelar con papel floreado los aseos. El de mi casa es parecido a este. Lo decoró mi esposa y no me he atrevido a cambiarlo, pero es claustrofóbico.

—El de mi casa es casi igual. Será la menopausia... ¡Qué pena haber dejado el móvil en la mesa! ¿Crees que Luis y la sargento habrán entendido el mensaje? Es ya la una y cuarto. Y yo me encuentro fatal.

—Eso espero, porque Plinio está empujando cada vez con más fuerza la puerta.

—¡Plinio! Desde luego, Claudio a veces se comportaba como un gilipollas. Venga, salgamos. Ya nos ha envenenado, ¿qué más puede hacer?

—Se me ocurre una lista larguísima de cosas terribles, que incluyen cortarnos el gaznate, ahogarnos, lanzarnos por un barranco y algunas lindezas más, pero espero estar equivocado y que no sea nuestro último día. Y, de serlo, que no haya que desnudarse, porque..., en fin, se me ha escapado...

—No detalles, marqués, que somos aristócratas. A nuestra edad, una cagada no es más que una herida de guerra... Y hablando de guerra, nunca sospeché que Carmen pudiera tener un alma tan negra. Entiendo que tuviera ganas a Claudio, pero que, para llevárselo por delante, no haya dudado en matar a media docena de personas es alucinante.

—Y encima ayudada por un cura. ¡Eso debería estar prohibido! —ríe—. Mira, han dejado de llamar... Eso es buena noticia, ¿no?

—Yo también lo creo. ¿Apuestas por Rojo o por Urdiales?

—Creo que ambos tienen cojones, pero, ante la duda, yo siempre apuesto por las mujeres...

7

7 de agosto, Zúrich

Un Mercedes negro se detiene justo en la entrada de la Fundación Lammet. El chófer desciende y se apresura a bordear al vehículo para abrir la puerta al nuncio. Desde la Fundación, salen en tromba el presidente del patronato y la mayoría de sus miembros, todos varones. Pero cuando el nuncio va a descender, compuesto con su traje talar color púrpura y su grueso crucifijo de oro, ve como un individuo delgado y de rostro demacrado se abre paso entre quienes han salido a recibirlo y llega a su posición. Se fija bien y cree reconocerlo: es el periodista Alain Tucker. Los gestos del purpurado se contraen de ira, aprieta los puños con fuerza y empieza a hiperventilar. El periodista traga saliva. Y, arriesgándose a terminar con un puñetazo en el ojo, se acerca hasta él para susurrarle al oído:

—Le juro por mis hijos, por mi mujer y por lo más sagrado, que es lo mismo en lo que usted cree, porque también soy católico, que no he sido yo el que lo ha estado chantajeando. Escuche lo que tengo que decirle, quizá luego no quiera regresar aquí.

Con un gesto, el purpurado, que ha mudado la rabia por extrañeza, indica a Tucker que suba al coche. Luego, pide al chófer que dé una vuelta a la manzana. Al verlo partir, los miembros del patronato y los trabajadores de la Fundación se miran sin comprender.

Hace calor, una temperatura inusual para la ciudad, y está sudando. A Alain Tucker la noticia del asesinato de monseñor Ígor Zánel le ha llegado en su trabajo, cuando el periodista de sucesos lo comentó en voz alta en la redacción.

Creyó no haber entendido bien el nombre y se acercó a su mesa para comprobarlo. Su compañero, que ya tenía los dedos sobre las teclas de su ordenador y los movía febrilmente, lo puso al día mientras le mostraba las fotografías tomadas en el cementerio de Fluntern. Las imágenes no dejaban lugar para la duda. Era él, vestido con su impecable traje oscuro, con su alzacuellos teñido de rojo oscuro y sus ojos abiertos, fríos y retraídos en sus cuencas. Cuando, por la misma fuente, se enteró de que el nuncio oficiaría el sepelio en la Fundación, se apresuró a acudir.

—Diga pronto lo que quiera decir: he de oficiar un funeral

—Lo siento, Eminencia, pero necesito que esta conversación sea privada.

—Mi chófer es de total confianza.

—Por favor, Eminencia...

Su interlocutor acepta. El vehículo se detiene en Susenbergstrasse, donde el chófer desciende dejándolos a solas. Entonces, Tucker, con la voz tomada y aspecto nervioso, pone el móvil sobre sus rodillas, para que vea que no está grabando, y le explica:

—Eminencia, soy un periodista de la vieja escuela...

—¡Déjese de tonterías! Es usted un mal nacido. Ha tratado de chantajearme de la manera más vil posible: ¡jamás he tocado a un niño! De no ser por monseñor Zánel, no sé dónde estaría.

El periodista agacha la cabeza y la sujeta entre las manos.

—¡Qué equivocado está! Voy a contarle lo ocurrido paso por paso. Ayer, monseñor Zánel me llamó al periódico y me citó a media tarde en el café Sprüngli para contarme «un tema delicado y muy urgente». Yo no conocía al personaje más que de oídas. Nunca había hablado con él y sentí curiosidad: me olía una buena historia. Cuando lo tuve ante mí, me llamó la atención que conocía toda mi vida. ¡Incluso tenía noticia de mi diabetes, y me la han diagnosticado hace quince días! En esa reunión, me mostró dos fotografías en las que yo aparecía junto a otra persona. Eran una prueba de algo que ocurrió hace tiempo y de lo que no estoy orgulloso. Permítame que omita el contenido...

—¿Intenta decirme que Zánel lo chantajeó a usted?

—Eso fue exactamente lo que hizo. A cambio de que esas imágenes no vieran

la luz, debía hacerle un favor: llamarle a usted a su número particular y decirle que tenía información de primera mano de que dos jóvenes lo habían acusado de pederastia; que el asunto estaba ya documentado y que, tras informar al papa Francisco, lo iban a destituir como nuncio de la Santa Sede en Suiza. Obviamente, le pedí pruebas de que esa acusación era cierta. Él me entregó unas fotografías...

—Debe saber que...

—Permítame continuar, monseñor. Esas imágenes me parecieron un montaje y le pedí tiempo para analizarlas. Se echó a reír. Dijo que poco importaba si reflejaban la verdad o una patraña, que lo importante era que la gente lo creyera. Me insistió en que no tenía que escribir nada, solo llamarle a usted. Que si fuera necesario él me entregaría el artículo que debía publicar. Hice lo que me pidió y lo llamé.

—Recuerdo bien esa llamada, señor Tucker. Me partió usted el alma...

Al periodista se le quiebra la voz, pero logra continuar.

—Esta mañana muy temprano, Zánel volvió a ponerse en contacto conmigo y me ordenó que le telefoneara diciendo que había podido comprobar que las fotografías estaban retocadas y que no se trataba de usted. Sin embargo, que Ígor Zánel, con el que nunca había hablado, obtuviera la información y la contrainformación con tanta rapidez, me puso sobre aviso y...

La mano del cardenal se posa sobre el brazo del periodista y detiene el relato.

—Un momento: Zánel dijo que usted, él y su esposa eran amigos íntimos desde la infancia y que trataría de hablar con usted para que cambiara de opinión.

—¿Amigos? No, Eminencia; no tengo ese tipo de amistades. Lo conocía de oídas, como todos los periodistas de Suiza. Mi esposa, sí, porque pertenece a la organización y porque era su director espiritual... Como le iba diciendo, me extrañó su rapidez y seguí indagando el origen de la documentación. Si usted quiere saber quién modificó ese material con el fin de ponerlo contra las cuerdas, ya tengo esa información... ¿Quiere que le facilite ese nombre? En caso contrario, me bajaré del vehículo y regresaré al periódico.

El cardenal se lo piensa unos instantes, pasados los cuales susurra:

—Adelante.

—Pues ahí va, Eminencia: estoy en posición de certificarle, sin lugar para la duda, que el material salió de la Fundación Lammet y que el entorno del cardenal Ochavarría no tiene absolutamente nada que ver con eso. No puedo documentarlo, pero estoy convencido de que fue el propio Ígor Zánel quien se inventó tanto la historia como la contrahistoria. Desconozco para qué.

Dos segundos después, un repuesto cardenal le espeta:

—Comprendo, Tucker. Le agradezco mucho esta conversación.

—Antes de despedirnos, quiero decirle algo, Eminencia. No sé de qué va todo esto; como le digo, no había coincidido antes con Zánel, pero me preocupó mucho que tuviera datos sobre mi familia que solo pudo obtener de las confesiones de mi esposa. No soy teólogo, pero creo que hacer uso de ellos es inmoral.

—Lo es y le pido perdón de todo corazón en nombre de nuestra Madre Iglesia. Ahora, por favor, bájese y pida a mi chófer que vuelva. Regreso de inmediato a Berna.

Apenas el periodista ha bajado del coche, el nuncio llama a su secretario.

—Localízame, por favor, al que era secretario del cardenal Ochavarría. Kleme o Klepar, algo así; no recuerdo su nombre. Quiero hablar con él de inmediato.

Duodécima parte

1

> Todo príncipe debe desear ser temido por clemente y no por cruel; sin embargo, debe cuidar de no usar esa clemencia.
>
> NICOLÁS MAQUIAVELO, *El príncipe*

13 de agosto, Sotogrande

Estoy de pie, junto a la enorme cama de la *suite*, contemplando a Lola. Lleva mucho tiempo dormida, más o menos el mismo que llevo yo observándola, saboreándola. Y no paro de pensar que la mujer a la que miro, inclinada sobre su lado derecho, con su tromba de rizos sobre la almohada, no es una de las más bellas del mundo. La sábana blanca que cubre su pecho, el torso y parte de sus piernas deja entrever una piel bronceada, ajada por el sol y el tiempo. El color de su pelo es rojizo, pero si no se lo tiñera estaría lleno de canas. De su cuello se ha evaporado la antigua tersura y la máquina de sus pulmones aturde con el estruendo de sus ronquidos. Me río pensando que quizá pueda aprovecharse esa potencia para producir electricidad...

Y, no obstante, no hay para mí momento más dulce que este. Su proximidad me agranda; su impronta me impregna como un perfume que irá conmigo allá donde vaya. Con ella se desvanece el miedo, se frustra la tristeza y algo despunta, no sé exactamente qué, pero es delicioso. Me gustaría invitarlos a ver este espectáculo, la maravillosa sensación de tocar los deseos cumplidos, pero es un pase privado. Con la mirada vuelvo a recorrer su cuerpo, su rostro, su cabello, los brazos que escapan de la sábana blanca y no puedo más que contratar a algún poeta para que haga lo que yo no sé hacer.

El crujido de un sobre acartonado que se introduce por la rendija de la puerta, desde el pasillo, me distrae. No porque lo intuyera la oleada de rabia es menor. Esperaba la puntilla de la manera más sibilina: las personas de esa casta siempre imponen su crueldad como bonitos sepulcros blanqueados. Estoy descalzo, pero procuro no hacer ruido cuando me acerco a la puerta y me agacho para recogerlo.

El primer contacto ha sido telefónico, una llamada directa a mi móvil de Interpol desde un número privado. La voz sonaba educada, refinada, pero firme.

—Comandante, debe saber que monseñor Zánel obraba por su cuenta y riesgo. No era más que una piececilla que, por soberbia, se soltó de un engranaje complejo, haciéndonos daño a todos. A todos —insistió la voz—. Esta situación nos supera tanto a usted como a nosotros, pero usted y la dama pueden regresar a sus tareas habituales sin nada de qué preocuparse.

—Y eso, ¿qué significa?, ¿que ustedes no van a hacernos daño? Porque usted y yo sabemos que Zánel actuaba por obediencia, lo llaman así, ¿no? Mientras consiguiera lo que le exigían y llegaran los cheques, nunca cuestionaron sus medios.

Se hizo un silencio incómodo.

—¿Es usted casado, comandante? —preguntó finalmente la voz.

—Si ese es su órdago, padre, insulta mi inteligencia —lo llamé «padre» con toda la intención—. Esperaba más de su organización.

—¿Qué esperaba, comandante?

—*Touché*. Se están ustedes comportando como hacen siempre.

—La condición humana, comandante.

Y aquí están las pruebas, en este sobre marrón. Dos de las fotografías muestran a Lola medio dormida en la cama y a mí a su lado con la bragueta a punto de estallar. No me preocupan; ambos somos adultos, no tenemos que explicarnos ante nadie. Pero la tercera imagen es de Eulalia, en París... Aún no le he hablado a Lola de ella. Debería hacerlo y explicarle por qué cada dos fines de semana paso día y medio en París. Pero no quiero que este fuego se hiele. Por eso, voy a combatirlos con sus propios medios. Luego, me ocuparé de París.

Salgo a la terraza y comienzo las llamadas. Primero, telefoneo a Abu Dabi. Sé

que Al Waleed le ha informado puntualmente de todo y que conoce ya el Club del Caviar y su propósito. La información que me he reservado es la correspondiente a la dama invisible. La comparto con un único propósito: decirle que, en mi opinión, tanto ella como la juez MacHor son intocables. Mi interlocutor, a quien admiro profundamente, se muestra tan amable como siempre y de acuerdo conmigo.

Después, converso brevemente con el nuncio en Suiza. Estaba junto al padre Klepar cuando lo pusimos al día acerca de la carta del cardenal Ochavarría al santo padre y le pedimos que se encargara de entregarla. Pero hoy quiero hablarle de otra cosa: de las finanzas de la Fundación Lammet y de las subfundaciones nacidas a su sombra, especialmente de una donde se entierran herencias millonarias recibidas de todo el mundo, muchas con parada en Panamá, de las que nunca dan cuenta. Los financieros de la organización son buenos, pero los de Interpol somos mejores. El nuncio escucha con atención, me da las gracias y me pide oraciones. Le digo que perdí la fe por el camino, pero no ceja. Hemos quedado en vernos en Interpol a principios de septiembre. Se ha propuesto traerme de nuevo al redil.

Me acerco a la cama y me arrodillo al lado de Lola. Le beso la mejilla y le susurro que nos espera un día precioso, el último antes de regresar a la vorágine.

2

1 de septiembre, Madrid

—Señora, tiene una llamada desde Abu Dabi por la línea dos. Me indica que quiere hablar unos minutos con usted sobre el Club del Caviar. En la agenda no figura nada referente a ese asunto...

Sorprendida, la dama invisible levanta la vista del discurso que está repasando y que tiene que pronunciar en Naciones Unidas unos días después. Se queda pensando unos segundos, intentando saber qué decisión es la más adecuada. Es evidente que, antes o después, tendrá que hacer frente al asunto; lo que no consigue decidir es si es el momento. Hubiera preferido escogerlo ella. Pero es obvio que no tiene la sartén por el mango.

—Señora, ¿desea responder? —insisten.

—Cogeré esa llamada ahora.

Cuando su secretario abandona la habitación, responde cortante:

—Adelante...

—Seré muy breve. Te supongo al tanto del fallecimiento de todos los miembros del Club del Caviar. De todos menos tú, única superviviente. Debes saber que, desde Cádiz, se va a abrir una investigación penal. La nieta de los Aguirrezábal está dispuesta a llegar hasta el final y publicitar todo el asunto. También están comprometidos una juez del Tribunal Supremo y un comandante de Interpol. Con todos ellos tengo cierto trato. Creo que las cosas podrían ponerse feas. Cuentan con copia de todas las transferencias y de sus lugares de origen y tienen conocimiento del medicamento y de sus efectos. En fin, lo tienen todo.

—No he tenido nada que ver con esas muertes...

—Lo sé, pero la reputación lo es todo. Diez millones anuales por un tratamiento estético es difícil de digerir por una población ya muy afectada por los escándalos...

La línea telefónica se mantiene en silencio un segundo, dos, tres.

—¿Qué propones?

—No propongo, informo: voy a parar ese golpe; no por ti, sino por la institución. Sobre todo... ahora que frecuentaré más España.

Con la mano izquierda cubriéndole la frente, la mujer no contesta.

3

1 de septiembre, Marbella

Margarita Rice se encuentra encamada en una preciosa habitación del hospital USP de Marbella, uno de los más galardonados de la zona. Las flores la rodean por doquier. Una peluquera ha acudido a arreglarle el cabello para recibir la visita de la revista femenina que va a hacer un reportaje sobre ella.

De catorce semanas, según el médico, el embarazo progresa adecuadamente, aunque debe seguir encamada. Las pruebas de paternidad prenatal que ha realizado, con extracción de su sangre e hisopado bucal de su amante arquitecto, han sido negativas: los ADN, el fetal en sangre materna y el del arquitecto, no concuerdan. Al noventa por ciento de probabilidad, Claudio Guinea es el padre de sus gemelos. Su pasaporte a la buena vida está servido.

Esa noticia y la de Plinio y Carmen en prisión provisional acusados de asesinato la han llenado de alegría. Para celebrarlo, ha ordenado sacrificar a Poncio y a Pilato. Sin embargo, su orden no se ha cumplido. Su abogado, que le ha confirmado que, sin mediar razones de salud o agresividad, es más fácil practicar la eutanasia a un anciano que a un perro, le ha recomendado quedárselos. Pero ha hecho algo mejor: les ha cambiado el nombre, ahora se llaman Ricino y Cicuta, y ha mandado uno a Diego Dosantos y otro a Pipe de Liébana, que se recuperan en el hospital de su intento de envenenamiento.

Con esa jerga tan espantosa propia de los médicos, el ginecólogo le ha explicado que, debido a la caída de la calidad de los espermatozoides con el paso de los años, sus bebés presentan mayores riesgos que los que tienen padres más

jóvenes. Cuando le ha hablado de una trisomía, le ha respondido que no quiere saber nada. ¿Para qué? Los va a querer igual.

4

1 de septiembre, Roma

El cardenal Rodolfo Rapes Arrieta, secretario del Dicasterio para los Textos Legislativos, considerado como un miembro no adscrito a ninguna corriente eclesial, tiene sobre la mesa una invitación de la Fundación Lammet. Le ofrecen visitar sus instalaciones para conocer su labor y participar en unas jornadas de montaña con pernoctación en el nuevo refugio del Matterhorn. Rapes, gran montañero, conoce el Cervino desde el lado italiano, pero no desde la vertiente suiza, y le tienta muchísimo ir e incluso atreverse desde allí a culminar la ascensión. Sin embargo, ha escuchado rumores sobre la implicación de la organización en la muerte de Ochavarría y no se atreve a aceptar. Dudoso, decide consultar con su muy amigo el cardenal Fossell.

—Joseph, ¿me dejas que te haga una pregunta?

—Si no es teológica, sí.

Rapes se echa a reír.

—Política. Tengo una invitación de la organización que incluye una ascensión al Matterhorn...

Fossell suelta una carcajada.

—¿De qué te ríes?

—De que a cada uno nos buscan exactamente donde nos van a encontrar, como hicieron con Ochavarría. También tengo una invitación y pienso acudir. Nunca se sabe...

—Pero corren rumores.

—Son mucho más que rumores. Pero el nuevo cónclave se va acercando. Y

hay que estar abiertos, ¿no crees?

EPÍLOGO

En la Domus Sanctae Marthae, un sencillo edificio de ladrillo caravista, situado a la izquierda de la basílica de San Pedro, no aceptan tarjetas de crédito, pero al hombre de la sotana blanca no le preocupa: paga por meses. Está sentado en una de las mesas redondas del comedor acompañado por otro sacerdote, que va vestido con una impecable sotana negra; los puños dobles de su camisa, anudados con gemelos de oro. Los comensales de las mesas contiguas lanzan sobre ellos miradas intrusas. El rumor circula ya por todo el Vaticano y todos son capaces de situar la urbanización gaditana de Sotogrande en el mapa. Y el Club del Caviar.

Es una mañana tranquila, luminosa, pero es difícil obviar la tirantez que reina en aquella mesa. Sobre el mantel blanco, humean dos tazas de café. Junto a la cestita de pan, hay un bote de dulce de leche. Y, flotando sobre ellos, el regusto blanco de la duda.

—Tiene a un demonio sentado a su mesa, monseñor. Un demonio muy educado, muy diplomático, encantador, pero un demonio al fin...

El sacerdote, sentado con la espalda muy recta, lo mira fijamente.

—No lo comprendo, santo padre —replica. Su español tiene marcado acento norteamericano.

—Padecen el mal del círculo cerrado. Han creado ustedes su propia burbuja, su mundo paralelo, su paraíso. Aferrados a sus seguridades económicas, a sus espacios de poder y de gloria humana, creen que todo está en orden. Pero, como le decía, tienen al demonio sentado a su mesa. Y no viste de blanco...

—Esa es una acusación muy grave, Santidad.

—Lo sé. Por eso le advierto de su enfermedad: ha permitido usted que su organización sea más importante para sus miembros que Cristo mismo. Por eso,

algunos de los suyos aceptan que el fin justifique los medios, que esa sotana sea mera apariencia. El fuego amigo mata igual que el fuego enemigo, querido monseñor, aunque duele más. Le pido en nombre de Dios que vuelva a sus orígenes, que recupere su primera caridad. Y que rece por mí... y por mi sucesor.

Monseñor se levanta y abandona el lugar. Un coche lo espera cerca de la puerta, pero no deja de fijarse en un hombre de patillas de torero que lo observa desde la puerta del edificio. Tiene la sensación de haberlo visto antes...

AGRADECIMIENTOS

A mis lectores: sin vosotros sería como pintar en el aire.

A todo el equipo de Planeta, especialmente a la indesmayable Zoa, que me ha hecho trabajar de lo lindo.

A Antonia Kerrigan: seguimos echándote de menos y regando tus orquídeas. Ellas no pueden estar en mejores manos que las de Hilde y Claudia. A mí se me mueren hasta las plantas artificiales, pero, como soy rezadora, te he subido a mi cielo.

Mamá, cuando llegues a la página 387, sáltate dos párrafos. No quiero que luego me eches la bronca.

A mi cocina, capaz de producir las historias más suculentas. Y a los que la *okupan* siempre que pueden: Juan, Javier, Chema, Gonzalo, María, Marta, Covadonga, Borja y Reyes (o sea, mis hijos; por cierto, todos del mismo padre), a los añadidos (Helène, Marcos, Laura y Daria, estos cada uno de sus propios padres) y a los que han venido con ellos (Leonore, Rita y Lentejilla).

A Juan, mi toma de tierra. Después de cuarenta años, seguimos riendo juntos. Lo demás es secreto profesional.

A Francisco, que no come caviar, pero sí dulce de leche. A mis nietos que se comen todo lo que encuentran.

A Sotogrande. A su mar, inmensamente bello. A la playa de la sardina. A la terraza del hotel MIM, y del hotel So. A la última tumbona del Trocadero, mirando a la Roca. No dejen de visitar el lugar, porque es un paraíso, pero mantengámoslo en secreto.

Recomendación final: no coman semillas de ricino; son baratas, pero

venenosas.

Los crímenes del caviar
Reyes Calderón

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del diseño de la portada, Juanjo Ávila
© de la fotografía de la portada, Giada M. Piras / Arcangel Images

© Reyes Calderón (2025), en colaboración con Agencia Literaria Antonia Kerrigan

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2025

ISBN: 978-84-08-29901-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!



Lo que oculta la tierra

Sierra, Leticia

9788408299974

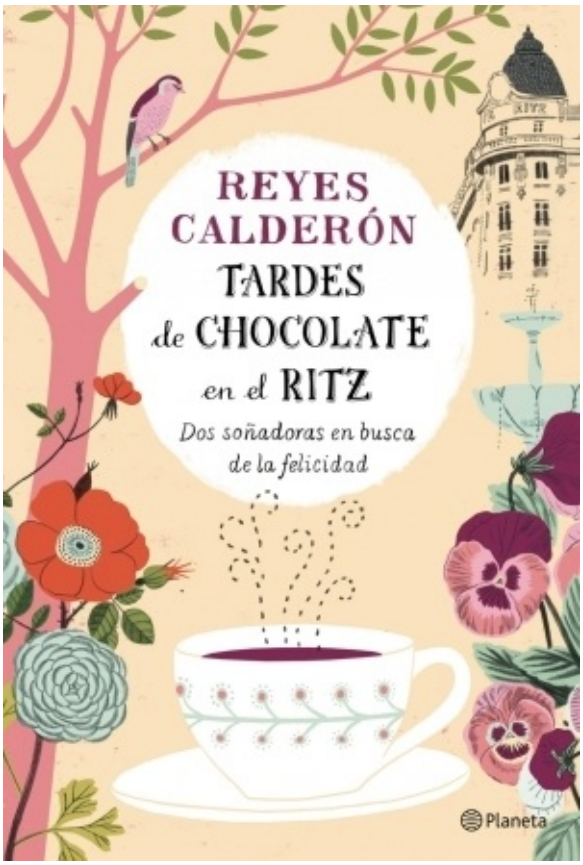
424

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

La memoria se transmite de padres a hijos. El odio también Asturias, valle minero de Turón, 1995. En mitad de la nada, en una carretera secundaria, aparece el cadáver de un anciano muy poco querido en el pueblo en posición de penitente, con las manos y la lengua cortadas y un

tiro en la nuca. Como único testigo, Tomasín, un discapacitado que no puede comunicarse, en estado de shock. Cuando la pareja de guardias civiles, Daniel Caicoya y su compañero Jesús Arias, comienzan a tirar del hilo, enseguida sospechan que las razones del asesinato se remontan a cincuenta años atrás: una brutal venganza. Todo gira alrededor del Pozo Fortuna; pero el pueblo calla, incluido el padre de Daniel, Matías, un exbarrenista de la mina que lleva diez años sin hablar a su hijo, incapaz de asumir que este eligiera ser guardia. Leticia Sierra nos atrapa con un thriller que noquea al lector, ambientado en la siempre impactante cuenca minera asturiana.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Tardes de chocolate en el Ritz

Calderón, Reyes

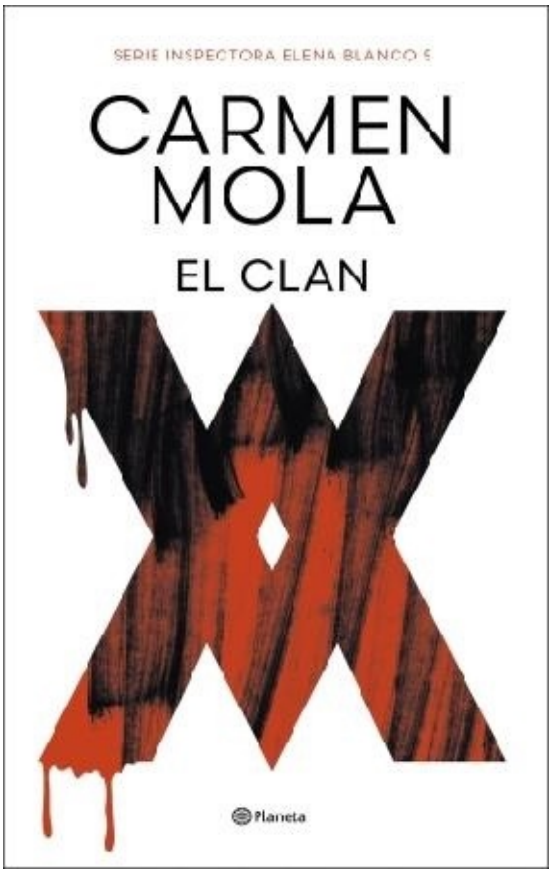
9788408128014

272

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Reyes Calderón nos ofrece en Tardes de chocolate en el Ritz un relato lleno de chocolatinas tentadoras, fracasos de chocolate negro, risas de trufa y profundas conversaciones sobre el amor, la amistad, la familia y el valor del trabajo tan deliciosas como el chocolate más auténtico. La noche en que se conocieron en la recepción de una embajada, nada hacía presagiar que Marta y Reyes acabarían siendo amigas. Excéntrica, adicta al lujo, con varios fracasos amorosos a sus espaldas y un marido recién estrenado, Marta no parecía tener nada en común con Reyes, una mujer volcada en su profesión y su familia. Pero el destino las unió y, contra todo pronóstico, comenzaron a reunirse el tercer jueves de cada mes en el Ritz. Entre animadas charlas y reconfortantes tazas de chocolate, sus vidas terminaron entremezclándose. Porque, sin saberlo, las dos andaban en busca de la misma felicidad.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El Clan (Inspectora Elena Blanco 5)

Mola, Carmen

9788408293293

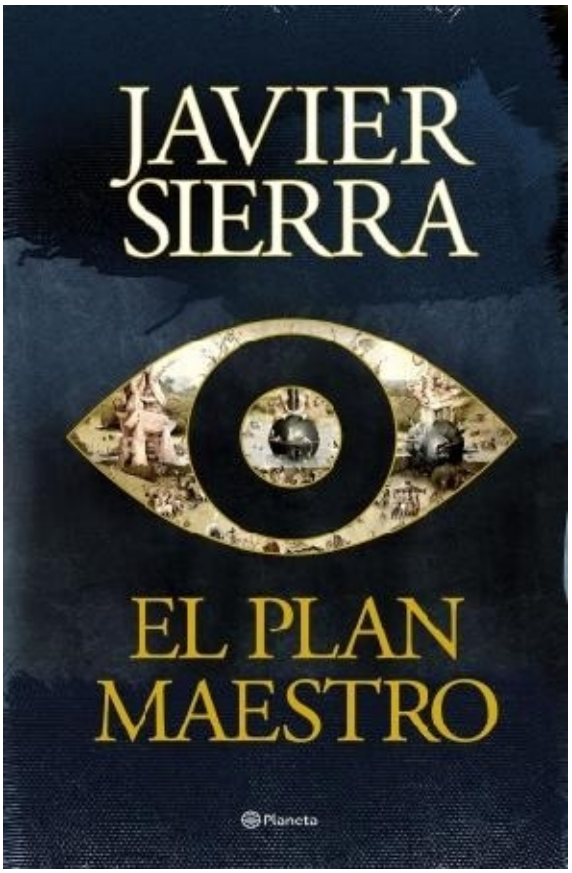
456

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

CUANDO MORIR NO IMPORTA, TODO ESTÁ PERMITIDOEL BRUTAL DESENLACE DE LA SERIE INSPECTORA ELENA BLANCO Elena Blanco, inspectora de la Brigada de Análisis de Casos (BAC) se enfrenta a su peor enemigo, una poderosa organización integrada por personalidades del mundo de la empresa, la política, la judicatura y la

policía. El Clan. Enfrentarse a él es acabar muerto. Aun así, la BAC afronta el desafío. Pero cuando Elena recibe unas imágenes en las que Zárate aparece tendido sobre un charco de sangre, comete un error imperdonable. Con la inspectora en busca y captura, acusada del asesinato de un policía, y Zárate desaparecido, Mariajo, Reyes, Orduño y Buendía hacen la guerra por su cuenta. La llegada de una nueva inspectora en sustitución de Elena empeora la situación: parece enviada por el Clan con la misión de acabar con la BAC y llevar a Blanco a la cárcel. Sin embargo, el hallazgo de unos cadáveres que han sido eviscerados lleva la investigación de Elena a cruzar todos los límites para salvar a su Brigada y encontrar a Zárate, sin saber si está vivo o muerto. Es el principio del fin de la BAC. Ninguno de sus miembros se había enfrentado a un asesino tan despiadado como el Clan. Magnífica, brutal y enormemente adictiva, Carmen Mola se supera en el esperado desenlace de la serie Inspectora Elena Blanco.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El plan maestro

Sierra, Javier

9788408300212

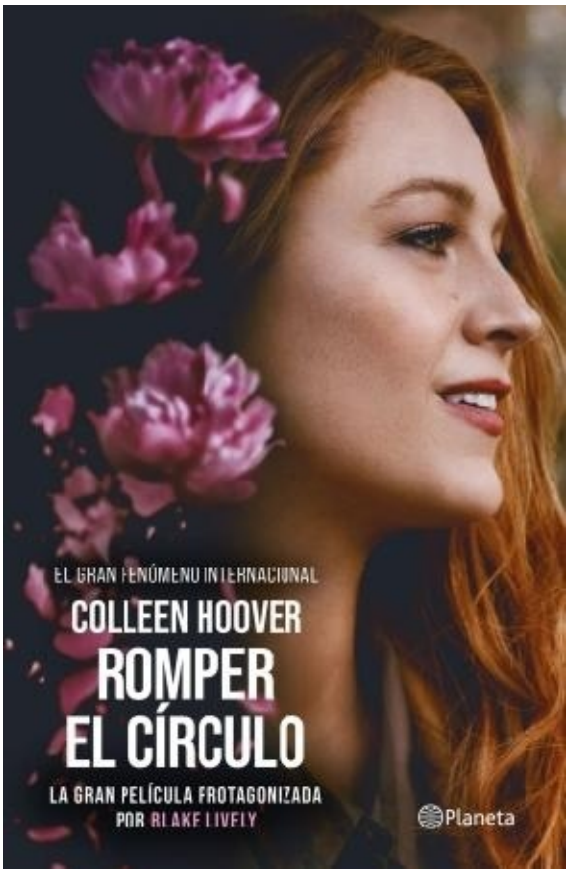
496

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Javier Sierra regresa con una novela muy emocionante que nos habla de los «maestros instructores» y del arte como motor de la civilización. La esperadísima vuelta a las librerías del maestro del misterio. En 1990, Javier Sierra fue abordado por un sujeto singular en el Museo del Prado. Este le confesó que existía una comunidad secreta que, desde hacía

siglos, se había dedicado a proteger una selección de obras que servía de puerta entre distintos mundos. Aquel tropiezo dio lugar a El maestro del Prado (Planeta, 2013). Desde entonces, el autor se ha obsesionado con encontrar de nuevo a ese personaje y, en su camino, ha descubierto que existe un «plan maestro» que otorga al arte un sentido esencial. Este lleva siglos siendo urdido por unos misteriosos maestros que han transformado a nuestra especie hasta límites insospechados. Algunos mitos se refieren a ellos como dioses instructores, otros como daimones; también como ángeles y espíritus. Sus ideas han moldeado nuestra especie con aportes como la agricultura, la astronomía, las matemáticas o la expresión artística. Pero ¿quiénes son ellos? Una apasionante novela que te hará viajar a través del arte a una historia desconocida de la civilización.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Romper el círculo (It Ends with Us)

Hoover, Colleen

9788408259015

400

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

A veces, quien más te quiere es quién más daño te hace. Lily no siempre lo ha tenido fácil. Por eso, su idílica relación con un magnífico neurocirujano llamado Ryle Kincaid, parece demasiado buena para ser verdad. Cuando Atlas, su primer amor, reaparece repentinamente y Ryle comienza a mostrar su verdadera cara, todo lo que Lily ha construido

con él se ve amenazado. «Nadie escribe sobre sentimientos como Colleen Hoover.» Anna Todd

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

